
UNA BEBÉ PARA
EL MAGNATE
italiano
HECHIZO ITALIANO | LIBRO 1
D. A. LEMOYNE

D. A. LEMOYNE

Copyright © 2025

UNA BEBÉ PARA EL MAGNATE italiano

HECHIZO ITALIANO | LIBRO 1

D. A. LEMOYNE

Sumario

Otras Obras de D. A. Lemoyne
Sinopsis
Notas de la Autora
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Epílogo 1
Epílogo 2
Bono - Tommaso
Sobre la Autora

Otras Obras de D. A. Lemoyne

La Obsesión del Magnate Griego (Libro 1 de La Familia Lykaios)

Sobre el Amor y la Venganza (Libro 2 de La Familia Lykaios)

Una Bebé para el Magnate Italiano (Libro 1 de Hechizo Italiano)

Una Deliciosa Trampa (Libro 2 de Hechizo Italiano) – próximamente

Bajo el Dominio del Arrogante Italiano (Libro 3 de Hechizo Italiano) – próximamente

Un Amor Inesperado para el Viudo Siciliano (Libro 4 de Hechizo Italiano) – próximamente

El Perdón que Necesito (Libro 5 de Hechizo Italiano) – próximamente

D. A. LEMOYNE

dalemoynewriter@gmail.com

Copyright © 2025 por D. A. Lemoyne

Todos los derechos reservados.

Publicado en los Estados Unidos de América

Título original: Um Bebê para o Italiano

Primera publicación: 2021

Carolina del Norte - EE. UU.

Autora: D. A. Lemoyne

Traducción: Walter Bezerra Cavalcanti

Edición y corrección de texto: Ágatha Almeida Thomaz

Diseño gráfico de portada: Jaque Summer

Fotografía de portada: Adobe Stock e Freepik

Diseño del libro: V. Miranda

ISBN: 978-65-00-30986-7

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o copiada de ninguna forma, ni por medios electrónicos o mecánicos, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, salvo breves citas en reseñas o promociones de libros.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es pura coincidencia.

La historia que sigue contiene temas maduros, lenguaje fuerte y situaciones sexuales, y está

destinada a un público lector adulto.

Sinopsis

Atención: puede contener desencadenantes.

Advertencia: ***Una Bebé Para el Magnate Italiano***, libro 1 de la serie Hechizo Italiano, es una historia independiente. Cada libro puede leerse de forma separada, pero es probable que los siguientes contengan *spoilers* de los anteriores.

Ricco De Luca Moretti, magnate propietario de las bodegas más grandes de Italia, y antes no se perdía ninguna noche de fiesta y clubes nocturnos en Europa, ha desaprendido a sonreír.

Hubo un tiempo en el que creía que era dueño del mundo, hasta que una tragedia le arrebató su posesión más preciada.

Amargado, el bello y seductor hombre sólo mantiene relaciones temporales, sin forjar vínculos afectivos, hasta que una diosa rubia aparece en su camino.

Luna Cox tiene un objetivo: ver el país de su madre.

Con su hermana menor casada y su salud rehabilitada, ella finalmente podrá llevar a cabo este proyecto.

Pero la feliz joven que celebra la vida cada día también guarda un secreto.

Después de años de no estar segura de que hubiera un futuro, ella desea todo lo que le corresponde, y eso incluye perseguir su mayor sueño.

A Dios, que me permite vivir de mi arte.

Carolina del Norte, febrero de 2025.

Notas de la Autora

Una Bebé Para el Magnate Italiano, libro 1 de la serie Hechizo Italiano, es un libro independiente, aunque forma parte de una serie.

Ricco Moretti es un magnate que, tras una gran pérdida en el pasado, cuando la persona que más amaba en el mundo se fue, se convirtió en un recluso. El magnate seductor y playboy de antaño ahora vive aislado en un viñedo en el corazón de Italia.

Luna Cox es una joven llena de vida que, después de superar una enfermedad que los médicos consideraban incurable, decidió cumplir todos sus sueños y se lanzó a la aventura en Europa.

Luna y Ricco son opuestos. Mientras la joven que tuvo una segunda oportunidad de vivir no quiere perder tiempo siendo infeliz, el magnate de la industria vinícola vive recluido, sin deseos de lazos emocionales.

Con personalidades tan diferentes, cuando se encuentran, Luna y Ricco se chocan, pero rápidamente se dejan llevar por un deseo abrumador.

Me encantó escribir esta trama y espero que también la disfruten.

Con cariño,

D. A. Lemoyne



Luna



Prólogo

A los trece años

Un colibrí canta en un árbol muy cerca de nosotros.

Me gustan los pájaros. Son libres y su única preocupación es volar lo más alto posible.

Creo que ellos también están felices. Siempre pensé que les encanta la atención porque son ruidosos. Es como si dijeran: *oye, ¿no ves que soy hermoso*?

Miro hacia el lado, no porque tenga ganas de hacerlo, sino para fingir que este día de hoy es un mal sueño.

Sin embargo, esta tarde, ninguna música me parece alegre. Tal vez la tristeza dentro de mí sea tan grande que apaga los colores del mundo.

No creo que pueda olvidar este día, y en mi memoria el siempre será en blanco y negro.

Tri. Tri. Tri.

El pájaro sigue su melodía, indiferente a mis lágrimas. Entre Antonella y yo, soy la llorona.

Sí, sé que debería ser al revés.

Ella es mi hermana menor. Soy yo quien debe consolarla.

Pero la vida no es un rompecabezas perfecto, donde todas las piezas encajan.

A veces es un juego aterrador, del que nadie nos explica las reglas.

¿Quién decidió que papá y mamá ya habían vivido suficiente?

Quiero hablar con esa persona, porque no es justo que mi hermana y yo nos quedemos solas.

¿Y mis sueños de entrar en la iglesia para casarme con mi príncipe, acompañada por papá?

¿Y los sueños de mamá, que quería que Antonella y yo llenáramos la casa de nietos?

Miro a mi mejor amiga: la otra parte de mi corazón.

Ella es tan fuerte. Durante todo el funeral, mantuvo su mano en mi hombro, apretándolo cada vez que yo temblaba.

Antonella nació después de mí por error, porque yo soy la niña soñadora y ella es la que no teme a nada.

Construyo castillos de arena y ella se pone de centinela para matar los dragones.

—¿En qué estás pensando? —pregunta en voz baja, porque creo que no quiere que nuestra tía la escuche.

Ella es quien se encargará de nosotros desde ahora, aunque no parece muy contenta con eso.

—En lo que nos pasará.

—No lo sabemos aún. Es demasiado pronto, Luna.

—¿Pronto para qué, hermana?

En lugar de responder, me vuelve hacia ella y me abraza.

—Para que dejes de soñar. ¿Recuerdas cómo mamá era feliz?

—Y linda.

—Sí, entonces hagamos un pacto. Primero: nunca nos pelearemos tanto que nos separemos.

—Esa es la promesa más fácil de cumplir. ¿Y la otra?

—¿Recuerdas cuando mamá decía que debíamos hacer realidad nuestros sueños? —pregunta, limpiando mis lágrimas con sus pulgares.

—Sí.

—No importa cuánto tiempo pase, pero ellos sucederán.

—¿Tú también sueñas, Antonella?

Ella me da una sonrisa triste.

—Tal vez no como tú.

—¿Por qué soy un hada? —pregunto, sintiendo que mis ojos se llenan de lágrimas al recordar como mi madre me apodó.

—Sí, por eso. Hadas son soñadoras por naturaleza.

—¿Y tú?

—Soy la mejor amiga del hada. Aquella que tiene un pie en cada mundo, que camina entre los sueños y la realidad.

Ricco



Capítulo 1

Principado de Mónaco

Cinco años después

—Estás completamente loca si crees que vas a impedir que vea a mi hijo.

—A ver si no te detengo

—No necesitamos convertirnos en enemigos, Naomi.

—¿No? ¿Qué quieres, que te invite para la hora del té? Mientras yo estoy aquí cuidando al niño, tú estás de fiesta por toda Europa, Ricco. Vi las fotos en línea de la fiesta de ayer y sé muy bien quién es aquella modelo.

Paso el dedo por el puente de mi nariz y entro en uno de los camarotes del yate de Vincenzzo, donde estamos mis amigos y yo desde viernes. La modelo a la que ella se refiere está arriba, esperándome. ¿Si me siento culpable? De ninguna manera. Naomi y yo nunca salimos ni fuimos monógamos.

—¿Cuál es la relevancia de con quién estuve ayer en relación con el hecho de que tengo el derecho, garantizado por un juez, de visitar a mi hijo?

—No es justo. Soy yo quien debería estar a su lado, no atrapada en esta casa.

—Villa[1].

—¿Qué?

—No estás encerrada en una casa, *cariño*, sino en una *villa* de ocho habitaciones que tú misma elegiste y decoraste a tu gusto. —Respiro hondo, intentando calmarme—. ¿Te falta algo, Naomi? Dímelo. Cualquier cosa que quieras, con tal de que no canceles mi visita a Nicolo la próxima semana. Esas fechas son importantes para mi familia.

—No me importa, prácticamente no los conozco.

¡Jesucristo! Esta mujer solo puede estar poniéndome a prueba, viendo hasta dónde puede empujarme antes de que sufra un ataque al corazón.

Sé que no es el mejor momento para argumentar que no los conoce porque nunca tuvimos una relación y que, después de que nació nuestro hijo, nunca aceptó las invitaciones de mi madre para hospedarse en su casa. Su excusa es que solo entraría allí como mí esposa —lo cual no sucederá en esta vida.

Podría involucrar a mis abogados en esto, pero, además de no querer un escándalo, no voy a empezar una guerra con la madre de mi hijo. Nicolo, mi pequeño que sólo tenía dieciocho meses, no estaba planeado, pero lo quise tan pronto como me recuperé del impacto de la noticia: un bebé con una mujer que fue solo una aventura de una semana.

No quiero que él crezca pensando que nos odiamos, aunque eso se acerca bastante a la verdad.

Él es la razón por la que me levanto y respiro. Es una tortura solo poder verlo los fines de semana alternos, pero mis abogados han presentado una solicitud para la custodia compartida. Ya fue una victoria lograr que Naomi, que nunca ha trabajado en su vida y, para todos los efectos, cuando la conocí, era actriz y modelo *en ciernes* —sea lo que sea eso—, no se opusiera al cambio de Londres a Italia, aunque desconfío que había intereses ocultos detrás de esa aceptación.

Ella creyó que, al estar más cerca, podría hacerme pedirla en matrimonio.

No hay chance.

Ya vi lo que una unión sin amor hace a una pareja. Mi padre traicionó a mi madre prácticamente desde que salieron de la iglesia, lo que resultó, además de varias amantes, en una familia paralela, cuyos hijos son enemigos mortales. Entre ellos, yo y mi hermanastro, la persona a quien más detesto en el mundo: Tommaso Andresano.

—*¿Por qué no nos casamos simplemente?* —ella pregunta por milésima vez.

—No quieres escuchar la respuesta.

—*No necesitas estar enamorado de mí para casarte. No seas terco, es lo mejor para nuestro hijo.*

—Nunca la engañé. Sabías que no estaba buscando una esposa. De hecho, que yo sepa, ni siquiera estabas buscando marido, o al menos eso me dijiste. Y precisamente por eso nos conocimos en esa fiesta, ¿o ya lo has olvidado? Nadie allí buscaba el amor eterno.

—*He cambiado.*

Yo no. No quiero y nunca he deseado tener una esposa.

—No habrá boda alguna. No involucres a Nicolo en sus planes. Sabes que lo adoro con toda mi alma, pero no uses a mi hijo para chantajearme. Hasta ahora, he sido paciente porque creo que un niño necesita a su madre cerca, pero si intentas prohibirme verlo, tienes mi palabra de que no te gustará las consecuencias.

Mi fortuna no se compara con la experiencia de ser padre, y no hay límites en lo que haría por ver crecer a mi hijo.

Ella no es la madre perfecta que intenta vender a la prensa. La tengo bajo vigilancia porque, a pesar de sus quejas sobre mi vida anterior, Naomi no se queda atrás. También frecuenta inauguraciones de clubes nocturnos y fiestas de la *jet-set*[2] europea.

Además de las niñeras, que no dejan solo a Nicolo ni un instante y tienen mi número directo, contraté guardaespaldas para garantizar la seguridad de mi heredero.

—No te llamé para discutir. También amo a nuestro hijo. Dado que sigues sin quererme en tu vida, ¿qué tal un nuevo coche?

—¿Y desde cuándo necesitas mi permiso para compras? ¿La paga que te do no es suficiente?

—Esta vez, el regalo que quiero es un poco más generoso: un *Porsche 911 Cabriolet*[3].

Me callo por un momento, pero la ira se extiende como veneno. No tengo problemas en darle

dinero para comprar lo que desea, pero odio que esto sea una especie de negociación para tener acceso irrestricto a mi hijo.

—Con una condición: nada más de fines de semana alternos. Quiero ver a Nicolo siempre que quiera.

Escucho el suspiro irritado, pero sé que gané.

—Tú no te importas lo que te pida, ¿verdad? Siempre que te permitas estar con el niño, no hay nada que no puedas conseguir. Debería haber pedido algo más caro.

—Cuidado. No creas que puedes decirme lo que quieras. Mantén el mismo respeto por mí que te ofrezco, Naomi. Créeme cuando digo que no quieres tenerme como enemigo.

Maldita sea. Siempre es lo mismo. Juro por Dios y todos los santos que no voy a pelear con ella, pero esta mujer sabe exactamente dónde presionar para enloquecerme.

—¿Cuándo vienes?

—El sábado, por la mañana. Deja lista su maleta para el fin de semana. No regresaremos antes de lunes.



Florencia — Italia

Dos meses después

Mientras escucho a mi madre hablar, aprieto la copa tan fuerte que corro el riesgo de partirla en dos.

—Está cada vez más descontrolada. No puedo dormir de tanto preocuparme por Nicolo. Aquella foto de Naomi en la revista, dando una fiesta en casa, y nuestro *bambino*[4] suelto, sin nadie para supervisarlo, me aterrorizó.

—Lo sé, *mamma*[5], y hablé con el equipo de abogados ayer. No quería hacerlo, pero voy a pedir la custodia definitiva.

—Es triste que un niño crezca lejos de su madre —dice, abatida.

Carina, mi madre, es el tipo de persona que cree que una pareja debe estar unida a cualquier precio —algo con lo que no estoy de acuerdo. Una relación tóxica entre marido y mujer puede ser mucho más perjudicial para los hijos que una separación.

Cuando Naomi se quedó embarazada, mi madre intentó convencerme por todos los medios para que me casara con ella, pero no permitiría que mi Nicolo pasara por todo lo que yo pasé solo para satisfacer a la sociedad.

—Ya tuvimos esta conversación. No permitiré que mi hijo se arriesgue, pero tampoco me casaré con Naomi.

Naomi despidió a todas las niñeras cuando celebró la llegada del coche nuevo, y no entiendo la razón. Si quería divertirse, debería haber dejado mi hijo con las mujeres que asigné para cuidarlo. No confío lo suficiente en Naomi como para dejarla a solas con él.

—Estás ansioso.

No la niego, todavía no me siento cómodo con que ella pueda leerme tan fácilmente.

—Yo arreglaré todo —hablo. Prefiero eso a analizar mis emociones.

—No necesitas fingir conmigo, Ricco.

—No estoy fingiendo. Simplemente no veo relevancia en discutir mis sentimientos. Mi única preocupación es el bienestar de mi pequeño. Me voy a Milán ahora. Traeré a Nicolo conmigo hasta que los abogados obtengan una respuesta definitiva del juez.

—Yo voy contigo.

—No. Tengo que resolver esto solo. Voy hablar con Naomi y estoy seguro de que no será agradable de presenciar.

Me acerco para besarla, pero antes de inclinarme, suena mi teléfono.

Es uno de los guardias asignados para proteger a Nicolo.

Mientras escucho, por primera vez que yo recuerde, pierdo las fuerzas en las piernas.

Ni siquiera noto que me siento en el suelo hasta escuchar la voz de mi madre.

—Ricco, háblame. ¿Qué pasó?

La miro sin verla.

—Lo perdí todo, *mamma*. Se acabó.



Luna



Capítulo 2

Hospital Medical City Dallas — Texas

Dos años y medio después

Miro alrededor de la habitación del hospital.

Mi último día de tratamiento. ¡No puedo creerlo!

Es increíble cómo nos adaptamos a las situaciones que se presentan.

Cuando, hace unos dos años, caí enferma, débil y perdiendo peso rápidamente, al principio pensé que era algo temporal. Sin embargo, pasaron los meses y los médicos no podían determinar lo que tenía —y eso empezó a asustarme mucho.

¿Sabes cómo funciona la mente de una optimista —y no una optimista cualquiera, sino de una soñadora— como yo?

Para nosotros siempre hay un plan *B* ante cualquier situación, por más difícil que parezca. La famosa *luz al final del túnel*. Pero, para que esta positividad entre en juego, necesitamos saber quién es el «dragón» para poder luchar contra él.

En mi caso, específicamente, el dragón no tenía nombre, dirección ni ninguna otra referencia. En realidad, era un monstruo invisible.

Una enfermedad sin nombre que fue minando mis fuerzas y nuestras economías —mías y de Antonella—, hasta el punto de mi hermana tener que ocupar mi lugar en el restaurante donde yo trabajaba como *hostess*[6] desde los dieciséis años.

Antonella y yo ya vivíamos solas, porque cuando cumplí dieciocho años, nuestra tía, designada como tutora después de la muerte de nuestros padres, me llamó para una charla y me dijo sin rodeos que ya éramos lo suficientemente adultas para vivir por nuestra cuenta.

Nuestros padres nos dejaron un buen apartamento en Boston y un seguro de vida que nos permitió una existencia cómoda durante algunos meses. Pero pronto, me enfermé.

Hacía poco que estábamos solas cuando comencé a mostrar los primeros síntomas. Todavía me estaba adaptando como adulta y no se me ocurrió contratar un seguro médico.

Yo trabajaba en el restaurante a tiempo parcial y cuando me contrataron, no me ofrecieron seguro médico estándar —ni cualquier otro. Descubrí, hace unos meses, que eso era ilegal. Si hubiera tenido esa protección desde el principio, no habríamos pasado noches enteras en vela,

preocupadas por si el dinero alcanzaría hasta fin de mes.

Nuestra nueva vida de repente se convirtió en una pesadilla y sólo existíamos para pagar las cuentas.

Los médicos de Boston, mi ciudad natal, no pudieron llegar a una conclusión sobre mi diagnóstico, y al miedo de morir sin haberme beneficiado de nada, ni siquiera saber qué enfermedad padecía, se sumaba otro miedo: dejar a mi hermana menor sin un pariente que se preocupara por ella, ya que nuestra tía nunca más nos buscó.

Y entonces, ocurrió un milagro. Mi hermana se enamoró de un poderoso *cowboy*, Hudson Gray, apodado «El Dueño de Texas» y candidato a gobernador del estado.

Él es uno de los hombres más arrogantes que he conocido, pero también tiene un corazón más grande que nuestro país —aunque intenta ocultar esa bondad detrás de una aparente frialdad.

La única excepción es mi hermana, por quien, estoy segura, escalaría el cielo para recoger la estrella que ella eligiera.

El punto es: Hudson pagó todas mis expensas médicas y dio carta blanca para que los médicos hicieran todo lo posible, con exámenes y pruebas experimentales aún no disponibles en el mercado.

Así, con todos los recursos disponibles y expertos llegados incluso desde Europa, finalmente estaban listos para darme un diagnóstico.

Sufría de una enfermedad rara, muy similar a la anemia aplásica[7], pero un poco menos grave[8].

El tratamiento fue agotador, doloroso por momentos y también, supongo, muy costoso, pero hoy, por fin, escuché las palabras que tanto anhelaba: curada.

Cierro los ojos para borrar los recuerdos de una época tan difícil.

—¿Feliz? —pregunta mi hermana tan pronto como el equipo médico sale de la habitación.

—Todavía no lo creo.

—Escuchaste lo que dijo el médico, ¿verdad? Durante los primeros meses, debes seguir rigurosamente sus instrucciones.

—Haré todo correctamente, te lo prometo. Nadie, más que yo, quiere dejar esta pesadilla para atrás. Tengo un objetivo, ¿lo recuerdas? Quiero recuperarme para hacer mi viaje de ensueño a Italia.

Mi cuñado me regaló un verano entero en el lugar que eligiera para mi cumpleaños — y no dudé porque solo había un lugar en el mundo al que deseaba ir, aunque todavía no estoy dispuesta a compartir con mi hermana el motivo.

—*…Ahora, señorita, debería ir a casa. Usted está embarazada y los hospitales no son lugares adecuados para gestantes. Sin embargo, quería que supiera que la familia está afuera. Vinieron para acompañarla en este último día…*

Familia — un concepto que perdimos cuando nuestros padres fallecieron. Los años en casa de mi tía no nos devolvieron eso. Siempre supimos que sobrábamos, como el fleco de una franja cortada irregularmente que, sin importar cómo se peine el cabello, siempre será visible.

Todo eso cambió cuando mi hermana se casó con Hudson. Desde el momento en que nos vio, Mary Grace, la abuela que lo crió, así como a sus hermanos y a su primo, fue maravillosa, recibiéndonos y mostrándonos que éramos bienvenidos.

Siento que mis ojos se llenan de lágrimas, no solo por la generosidad de los Gray, por el calor

humano y el acogimiento hacia nosotras dos, sino por saber que, sin importar el rumbo que tome mi vida, mi hermana estará bien.

—Voy a vestirme y puedes llamarlos. No puedo esperar para ver a todos esos guapos *cowboys* de una vez.

—Bryce todavía guarda la esperanza de que un día aceptes su invitación para salir —ella dice, sonriendo.

—No, gracias. Por más tentador que sea, porque el hombre es un regalo para los ojos, una unión Cox-Gray en la familia ya es más que suficiente.

En realidad, mi corazón no está disponible.

O, mejor dicho, desde los dieciséis años está ocupado por un sueño y ni siquiera si Gael Oviedo, ese actor guapo, entrara por esa puerta ahora y me pidiera matrimonio, lo aceptaría.

Al contrario de la mayoría de las personas que sueñan sin esperanza, soy una soñadora objetiva. No renunciaré a mis sueños hasta agotar todas las posibilidades.



Dallas — Texas

Algunos meses después

No es fácil caminar sola, pero la sensación de ser dueña de tu propio destino tampoco tiene precio.

Yo amo a mi hermana sobre todas las cosas, pero estoy muy feliz de, incluso antes de que los médicos me autorizaran a finalmente realizar el viaje de mis sueños, tener mi propio espacio —aún que sea prestado, ya que el apartamento donde vivo pertenece a Hudson.

De cualquier manera, tengo una rutina casi normal, ir al mercado y salir a caminar —aunque

siempre con seguridad alrededor, ya que, cuanto más se acercan los resultados de las elecciones para gobernador, cargo para el cual mi cuñado es candidato, el favorito, más se vuelve loca la prensa, persiguiendo a toda la familia. Y al parecer, descubrieron que yo formo parte de ella.

La meteórica evolución de mi enfermedad acabó con nuestros ahorros en el banco, pero aún quedaba un poco en inversiones, así como la propiedad que mi hermana y yo compartíamos en Boston hasta que Antonella y Hudson se conocieron. Actualmente está alquilado.

Intenté negociar con mi cuñado para venderlo y pagar las cuentas médicas que tuvo conmigo, pero no aceptó de ninguna manera.

Hudson no es el hombre insensible que intenta aparentar. Al principio, me irritaba un poco con su actitud de dueño del mundo, pero solo necesité un corto tiempo juntos para darme cuenta no solo de la absoluta devoción que tiene por mi hermana, sino también de su cuidado y protección hacia su familia — incluyéndome a mí. Entendí que era un ser humano excepcional.

Fue él quien sugirió que comenzara mi camino solo por la vida, y estoy segura de que no era porque quería distanciarse de mí —no es así que la cabeza de los Gray funciona—, sino porque veía cuánto necesitaba experimentar y vivir, y que yo dudaba en dejar a Antonella.

Él me ayudó a hablar con ella al respecto y no fue fácil convencerla de que estaría bien sola —especialmente porque, todos los fines de semana, estamos en la granja de la matriarca Gray, abuela Mary.

—Dominika te envió el pasaje hoy, ¿verdad? —pregunta mi hermana.

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Ella me contó que todo está listo para tu viaje a Italia dentro de algunos meses. Me impresiona cómo ella piensa dos pasos adelante. Incluso te consiguió seguro médico europeo.

—Y espero no necesitarlo.

—No te vayas, hermana. Los médicos no son de los que dan falsas esperanzas. Su evolución estuvo por encima de lo que habían pronosticado.

—Sí, creo en eso. Mi deseo de vivir es tan grande, Antonella, que no acepto nada menos que la victoria total.

—Ya lo lograste. Recé e hice promesas a Dios.

Sonrío, porque eso es muy propio de ella: hablar con Dios como si fuera un viejo amigo. Heredó esa característica de nuestra madre, que creía tener una línea directa con Él Creador.

—A Hudson no le gustaba que viajaras en un vuelo comercial. Dijo que preferiría que aceptara la oferta de usar su avión.

Por supuesto que lo preferiría. Mi cuñado es un controlador nato.

—Quiero la experiencia completa, como una turista común.

—Está bien, no discutiré. Ahora, si no te importa, vamos almorzar, porque Dante está reclamando hambre aquí dentro —ella dice, pasando la mano por su barriga.

Falta poco para ver la carita de nuestro pequeño. Antonella ya está al final del embarazo.

—No podemos dejarlo con hambre. Además, acabo de darme cuenta de que también estoy hambrienta.



Luna



Capítulo 3

Dallas — Texas

Cinco meses después

Por fin ha llegado el día y apenas puedo controlar mi emoción.

—¿Estás segura de que no quieres posponer un poco más este viaje?

Miro a mi hermana y siento que me cierra la garganta.

—Por favor, no hagas esto, Antonella.

Ella mira al suelo, pareciendo avergonzada.

—Lo siento mucho. No quiero ser una egoísta, pero te irás al otro lado del mundo.

—No, me voy a Italia, el país de nuestra madre. No me ofrezcas una excusa para renunciar a uno de mis sueños. Puedo parecer valiente, pero no lo soy.

—No quiero ser así, Luna, pero no puedo evitarlo. Fuimos solo nosotras dos casi toda nuestra vida.

—Peo ahora todo ha cambiado y eso no es malo. Mira a tu alrededor. Tienes tu propia familia. Un hijo hermoso. Eres la primera dama de Texas, pero mucho más que eso, tienes un hombre que vive por cada respiración tuya.

—Prométeme que me llamarás si necesitas algo.

—Te llamaré, sin falta. Quiero ver a Dante por videollamada cada semana. No te atreves a esconderme ese precioso.

Como si supiera que estamos hablando de él, nuestro pequeño Gray sonríe de oreja a oreja.

—¿Hay señal allí?

Pongo los ojos en blanco.

—No voy a un lugar sin civilización, es una bodega en la Toscana[9].

—¿San Bertaldo? ¿Por qué esa ciudad, Luna? Investigué en internet. Solo hay bodegas en esa región.

—¿Por qué no? Es un lugar tan bueno como cualquier otro —Disimulo, sintiendo que mi rostro se sonroja.

—Sí, pero Hudson te regaló con el viaje de tus sueños. Cuando pienso en Italia, imagino Milán o Roma. Bueno, no soy ignorante. Sé que hay puntos turísticos increíbles como Venecia,

la Costa Amalfitana…

—…Y la Toscana, donde nació mamá.

—Sí, lo sé. Ella era de *Greve in Chianti*[10]. Pero si querías estar cerca del lugar donde nació mamá, ¿por qué no em Florencia, que es una ciudad mayor?

—Cuando yo trabajaba como *hostess* en el restaurante, hice un curso sobre el vino que producen y me interesé —digo y luego me acerco a Dante para intentar escapar de sus preguntas.

Pero esta es Antonella, mi hermana que me conoce mejor que yo misma, y no parece dispuesta a dejarlo pasar.

—No me contaste que ya conocías los vinos de ese lugar adónde vas. Además, ¿una bodega? ¿El médico ya te permitió el alcohol?

Sé que pregunta por preocupación, no por querer dirigir mi vida ni arruinar mis planes.

—Un vaso al día. Pero no voy a beber. Cuando regrese a los Estados Unidos, retomaré mis estudios y quién sabe si podré abrir mi propio restaurante…

—¿Hablas en serio?

—Sí. Dios me dio una segunda oportunidad, Antonella, y no desperdiciaré ni un segundo. Cuando regrese de estas vacaciones, empezaré a definir mi futuro.

Ella camina hacia la mesa y saca su móvil. Después de desbloquearlo, dice:

—*Fattoria Moretti*, ¿no es así? —pregunta, después de verificar en su cuaderno—. Sé que tendrás el móvil a mano, como siempre, pero anotaré el número fijo por si algún apuesto italiano decide raptarte.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro por primera vez desde que comenzó esta charla.

—Lo deseo. Y si puede elegir, que sea alto, fuerte y de ojos azules. Deja ya de preocuparte y ven a abrazarme.

Me refugio en su calor y el de Dante, consciente de que tengo aquí mi universo completo, pero por más que duela alejarme de ellos, esta es la vida de Antonella. Es hora de seguir mi propio rumbo.



Durante el vuelo

Horas después

—*Hum*… *brut*[11], por favor —digo, tratando de actuar con naturalidad cuando la azafata de primera clase me ofrece una copa de champán, pero, vaya, todavía no puedo creer que mi aventura esté por comenzar.

Aunque tengo miedo de pasar vergüenza, ya que en mi mente desbordada creo que todos a mi alrededor pueden leer mis pensamientos y saber que esta es mi primera vez, me alegra no haber aceptado la oferta de Hudson de volar en su avión privado.

Además de no sentirme cómoda disfrutando de algo al que solo tengo acceso porque mi hermana se casó con el hombre más rico de Texas, él ya ha hecho demasiado por mí al costear todo mi tratamiento.

Ya es suficiente que sea un maravilloso esposo para mi hermana y un padre amoroso para mi sobrino.

Antonella retomó sus estudios y eso también calmó mi corazón. No cuento con el hecho de que se casara con un billonario, aunque en mi opinión de observadora, la posibilidad de que Hudson se separe de mi hermana algún día sea *nula*. De cualquier forma, me alegra que, a pesar del confort y lujo a su disposición, ella haya optado por perseguir una carrera, incluso con un bebé pequeño que cuidar.

—¿Necesita ayuda con el asiento, señorita? Tal vez desee levantar los pies y relajarse. Tenemos una excelente selección de películas a su disposición. — Un atractivo comisario de vuelo se acerca para hablar conmigo.

Admiro su rostro con rasgos perfectos, incapaz de responder, y creo que soy tan obvia que él sonríe y levanta una ceja.

—Lo siento mucho. ¿Lo que dijiste?

—El sillón. Si desea ayuda con él.

—*Humm*… no. No creo que sea tan difícil —respondo, avergonzada, al ser pillada admirándolo, y nerviosa, aprieto el primer botón del control lateral, haciendo que el sillón se recline hacia atrás y me deje en una posición que me hace parecer una paciente en examen… aunque, si este hombre fuera médico, habría cola en el hospital para ser atendida por él.

—¿Puedes parar esto? —pregunto mientras intento detener el dispositivo y mis pies comienzan a elevarse.

Veo la comisura de su boca curvarse en una sonrisa discreta al paso que se inclina sobre mí y detiene mi humillación propia.

—No es tan difícil —comento, porque tengo esa necesidad enfermiza de no dar mi brazo a torcer.

—En absoluto. ¿Es tu primera vez?

Desisto de fingir sofisticación. Media hora de mi vida solitaria basta para que mi máscara se desmorone.

—En vuelo, la segunda. Y créame o no, mi primera vez fue en un avión de lujo privado. Incluso tenía habitación.

—¡Hala! —él dice, sonriendo—. Pero al parecer no le enseñaron a manejar los botones correctos.

—¿Esta frase tiene doble sentido?

Él se sonroja.

—No podría tener, señorita. Estoy hablando con una clienta de nuestra compañía.

—Eso no es lo que pregunté. Por cierto, mi nombre es Luna Cox —hablo, ofreciéndole la mano a modo de saludo—. Una vez vi una película donde los asistentes de vuelo decían: *¿ya serviste la bebida en el asiento A5*? Prefiero que me llames Luna cuando hablas de mí, ¿vale?

Ahora se ríe con toda la cara.

—Está bien, señorita Luna. Respondiendo a su pregunta anterior, si no estuviera en horario laboral y usted no fuera una clienta, la frase que dije tendría, sí, un doble sentido.

—¡Mira, acabo de recibir mi primera insinuación! No está mal para el primer día.

—No…

—Está bien, ya entendí… —Me estiro para leer su identificación—. Milles. Tu no *puedes* ni *debes* decirme que me encuentra atractiva y que posiblemente me invitaría a cenar si no estuviéramos en nuestros respectivos papeles, porque eso infringiría varias reglas, pero es que estoy saliendo de casa para vivir la vida por primera vez completamente sola, así que necesito saber cuándo las frases tienen doble sentido para no hacer el ridículo.

Él mira a un lado y otro. Sacude la cabeza y después se inclina sobre mí de nuevo.

—¿Sabe una cosa, Luna Cox? Mi frase era totalmente en doble sentido y por usted, hasta valdría la pena perder mi empleo.

Después de esto, me guiña el ojo y se aleja.



Luna



Capítulo 4

Aeropuerto Florencia-Peretola

Italia

Piso en suelo italiano con el corazón ligero y mi alma inquieta.

No puedo creer que hace un año, este viaje para la región de Toscana no fuera más que un sueño.

Estoy en la cola de inmigración —enorme, por cierto — y aprovecho para observar quién está a mi alrededor.

Este es uno de mis pasatiempos favoritos: adivinar las emociones de otras personas.

El hábito empezó de una manera extraña. Un día leí en un sitio que un joven había entrado armado a un cine en Estados Unidos y disparó a varias personas del público. Entonces me pregunté si antes de que cometiera ese acto vil, alguien adivinó que existía la posibilidad de que fuera capaz de cometerlo.

¿Dejó alguna pista? ¿Era cruel con familiares y vecinos? ¿O era de esos que todos creían tranquilos e incapaces de hacer daño a una mosca?

La verdad es que no sabemos nada de lo que pasa por la cabeza de alguien, aunque siempre prefiero creer que el noventa y nueve por ciento de las veces, las personas son buenas.

Ni siquiera con los malhumorados me quedo con la duda. Nadie tiene que ser feliz todo el tiempo.

Las personas son como son, y las etiquetas pueden ser crueles.

Hasta hoy, la única excepción en mi corazón, que recuerdo, fue Evelyn, la primera esposa de Hudson. Esa no tiene como gustar, pero tal vez mi rabia hacia ella se deba principalmente a cómo trató a mi hermana en la única vez que nos encontramos.

Este es un defecto que tengo. Puedes pelear conmigo, ofenderme, pero no lastimes a quienes amo, o te odiaré para siempre.

Miro los mostradores de inmigración y veo un aviso en italiano que indica que solo podemos usar nuestros móviles después de pasar por los agentes. Sin nada que hacer, vuelvo a analizar a mis compañeros de espera involuntarios.

Aquel joven de camisa polo, por ejemplo. Tiene las manos en los bolsillos delanteros de sus

jeans y parece estar relajado, pero su pie sigue golpeando nerviosamente el suelo, haciendo evidente su impaciencia.

¿Tienes prisa porque tienes una hermosa novia esperándolo? No. Probablemente tengas una reunión importante y sabes que llegarás tarde. O entonces, irás...

—¡*Avanti, signorina*![12] —habla un hombre justo detrás de mí, y estoy segura de que está irritado.

La cola avanzó y ni me di cuenta.

Tengo doble nacionalidad, así que me puse en la cola de ciudadanos y no en la de turistas, ya que tengo mi pasaporte italiano en la mano. También traje mi pasaporte americano, por si acaso algo salía mal, pero estoy orgullosa de pisar la tierra de mamá con el pasaporte de su país —nuestro, en cierto modo, ya que soy medio italiana, aunque sea mi primera vez aquí.

Mamá insistió en solicitar nuestra nacionalidad, a pesar de que nunca habíamos salido de los Estados Unidos.

—*Mi scusi, signore*[13] —respondo, mirando hacia atrás, esperando que mi disculpa en italiano sea comprensible, pero el hombre ni siquiera parece mirarme.

Al volver a mirar los mostradores, el agente me llama.

El hombre sonríe antes de que yo llegue, lo que parece un buen signo. En las películas, los agentes de inmigración siempre tienen el rostro serio.

—Buenas tardes, Luna Cox. ¿Pasaporte italiano, pero es la primera vez en mi país? —pregunta al recibir los documentos.

No mentiré. Me duele un poco el ego que haga preguntas en inglés. Aunque tengo acento, mi italiano no es tan malo. Mi madre se aseguraba de que habláramos ambos idiomas con fluidez y nos hablaba con bastante frecuencia en el idioma de Leonardo da Vinci[14]. Incluso después de que se fueron, Antonella y yo mantuvimos la tradición para no olvidarnos del idioma.

—Sí, la primera vez —respondo en italiano y su sonrisa se amplía.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

—Todo el verano, si todo sale bien.

—¿En Florencia mismo? —pregunta él, ahora en su propio idioma.

—No, voy a una viña en San Bertaldo. Como soy ciudadana, pensé que no necesitaba llenar el formulario para turistas que ofrecieron los comisarios en el avión, aunque, técnicamente, soy turista. ¡Esto es un poco confuso!

—Entiendo, señorita.

—¡Uf! Que bien.

—¿Es esta charla su lado italiano o americano?

—Un poco de cada, creo. Nadie en mi familia podría ser llamado tímido.

Estoy segura de que él está conteniendo una risa.

—¡Bienvenida a Italia, señorita! Florencia será aún más hermosa ahora que ha llegado.

Recibo mis documentos, aún sin creer que me haya elogiado.

¿Será verdad lo que mi madre decía?

Si una mujer necesita un masaje en el ego, debe pasear por las calles de Roma. No hay hombre en el planeta tan encantador como el italiano.

Al llegar a la cinta transportadora, ya me espera mi maleta, con una etiqueta de «prioridad» pegada, y creo que sea porque viajé en primera clase.

—*Grazie*[15] —hablo con el joven uniformado que estaba cerca de ellas y saco cinco euros de la cartera para dar propina.

No, no soy ciudadana del mundo, pero investigué todo lo necesario para no pasar vergüenza en Europa.

Al igual que en Estados Unidos, en suelo europeo también se espera recibir propina.

Conecto mi teléfono al *wifi* del aeropuerto y le envío un mensaje a Antonella para avisarle que llegué bien.

Necesito recordar comprar una *tarjeta SIM* de una empresa de telefonía italiana para mi móvil, junto con algunos créditos. Investigué el costo de mantener mi línea estadounidense aquí en Italia y era equivalente al precio de un riñón.

Hudson depositó —a pesar de mi oposición— una pequeña fortuna en mi cuenta corriente, diciendo que era una extensión de mi regalo de cumpleaños, pero me quedaré aquí por mis propios medios, así que necesitaré esa *tarjeta*. De cualquier manera, para hablar con Antonella por videollamada, contaré con el internet del hotel de la viña.

Rechazo el carrito que me ofrece el mismo funcionario y comienzo a caminar hacia la salida, arrastrando mi maleta y con el corazón muy acelerado.

Sé que un empleado del hotel-viña donde me hospedaré estará esperándome. Fue lo acordado.

Al salir, busco alrededor un chofer uniformado, pero no lo encuentro.

Decido buscar mi nombre en las hojas de papel que varios guías de turismo tienen en sus manos.

Quizás hubo algún retraso y contrataron a una empresa.

Finalmente noto una placa que dice *Luna Cox*.

Pero cuando miro a quien la sostiene, mi corazón se acelera salvajemente.

Es él.

Ricco



Capítulo 5

Florencia — Italia

Miro el reloj y me pregunto cuánto tiempo más tendré que quedarme aquí hasta que desembarque mi invitada a la viña.

No es mi función, como *CEO* de las mayores empresas vinícolas de Italia, recibir a turistas, pero una conjunción de factores, unidos a mi sentido del deber, no me permitieron dejar a la mujer —una joven, en verdad, según los datos de registro de mi hotel— esperando indefinidamente hasta que alguien pudiera contactarla.

Un árbol cayó, bloqueando el camino. Habíamos avisado a las otras personas que llegarían hoy, redireccionándolas a hospedarse aquí en Florencia, pero esta huésped, aparentemente, dejó su móvil apagado.

Casualmente, yo estaba en la viña y el helicóptero estaba disponible, así que hice lo que consideré correcto.

Mientras espero, estoy demasiado irritado, y como es mi costumbre en los últimos años, sin ganas de interactuar, entonces me pregunto si no sería mejor dejar que el helicóptero la lleve y regresar después por mí.

Observo, aburrido, cómo la multitud pasa por el aeropuerto.

Tienen prisa, arrastrando sus maletas, corriendo sin mirarse unos a otros. En sus necesidades o miedos.

Por fuera, todos parecen felices, como yo también creía ser.

Una vida con todo lo que podría desear, inclusive…

Interrumpo los recuerdos.

Nunca me permito pensar en el pasado… en lo que no puedo cambiar.

Seguir adelante sin mirar atrás es mi lema.

Miro al reloj de nuevo. Por la aplicación del aeropuerto, descubrí que el avión ya aterrizó, así que ¿por qué diablos ella tarda tanto?

La puerta de llegadas se abre y comienzan a aparecer rostros sonrientes, miradas ansiosas.

Me siento un tanto ridículo sosteniendo la placa con su nombre.

Quienes reciben turistas deberían ser alegres, pero hace años que no sonrío.

Una cabeza rubia surge, solitaria, y de algún modo sé que es ella.

Camina sin prisa, observando alrededor, probablemente buscando a quien vendría por ella.

No la veo muy bien, a pesar de mi metro noventa y uno, que me hace más alto que la mayoría. Aun así, sería imposible no notar su cabello rubio casi blanco y su piel translúcida

como porcelana.

Noto que tiene una estructura frágil y, entre la multitud, parece un ser mítico, casi celestial, más flotando que caminando.

Alejo el pensamiento ridículo. Tal vez necesite dormir más de las cinco horas habituales por noche, ya que estoy empezando a imaginar cosas.

Y entonces, finalmente ella levanta la cabeza y nuestros ojos se encuentran.

Me mira de manera extraña, como si ya supiera quién soy, pero estoy seguro de que no la conozco.

Levanto un poco más el cartel con su nombre: Luna Cox.

Solo quiero terminar con esto e ir a casa a relajarme.

Ella sigue inmóvil y eso me irrita.

¿Me equivoqué? ¿No es ella? Si no lo es, dejaré el cartel con seguridad y le pediré que guíe a la verdadera Luna cuando llegue hasta el piloto.

Pero la joven comienza a caminar hacia mí, aunque de manera vacilante.

Al acercarse, noto que varios hombres que esperan a pasajeros vuelven la cabeza para admirarla, pero la rubia no parece darse cuenta.

Ahora la veo completamente y entiendo por qué no pueden dejar de codiciarla.

Es hermosa. Su piel es aún más perfecta vista de cerca. Un par de ojos azules tan claros como cristales y que parecen dominar su rostro. Puros e inocentes. Dulces y confiados.

Alguien que todavía cree en la bondad del ser humano.

Mi opuesto.

—*Buongiorno, signore*[16] —ella dice con un acento encantador, pero, extrañamente, no extiende la mano a modo de saludo.

Normalmente, esto sería un alivio. Tengo poco contacto con huéspedes, especialmente mujeres, para evitar confusiones entre la atención a una clienta de mis viñas y una mujer que me interesa.

Pero ella evita tocarme, lo que me hace tomar la iniciativa del saludo.

—Buenas tardes. ¿Luna Cox? —pregunto en inglés.

Su manita viene hacia la mía como si temiera el contacto, aunque sus ojos siguen fijos en los míos.

—Sí, soy Luna. ¿Fue mal mi italiano? ¿Por eso respondió en inglés?

No esperaba ser cuestionado. Pensé que todos los americanos preferían hablar su idioma natal.

—No para una turista —respondo, soltando su mano, aunque sea agradable sostenerla—. Soy Ricco Moretti, propietario de *Fattoria* Moretti, como supongo sabrá por el apellido. Estoy aquí porque hubo un pequeño incidente. Un árbol cayó en la carretera y como no pudimos contactarla, la llevaré en helicóptero a la viña.

—¿Y *usted*, el dueño, vino a buscarme? —ella pregunta, mirándome sorprendida y cruzando los brazos a la altura de los pechos, como si intentara crear una barrera entre nosotros.

—Sí, no había alternativa. A menos que no te guste volar en helicóptero y prefiera pasar la noche en Florencia —respondo con indiferencia—. Creo que el problema se resolverá mañana.

Antes de que tenga oportunidad de responder, se acerca un asistente de vuelo tan alto como

yo.

—¿Luna?

Ella mira por encima del hombro, pero parece conocer el joven, ya que noto que sus hombros se relajan.

—Milles, hola.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

Ella se vuelve hacia mí y muerde su labio inferior antes de decir:

—¿Te importa esperar un minuto?

Encojo de hombros, aunque, por alguna razón desconocida, me molesta que ella se acerque al otro.

No puedo escuchar lo que dicen, pero sí escucho el sonido suave de su risa, así como veo al empleado de la aerolínea devorándola con los ojos.

Ella muestra su móvil, sacude la cabeza en señal de negación y resuelvo que mi paciencia se ha agotado. Si ella quiere concertar una cita, tendrá tiempo después de llegar a la viña.

Me acerco a los dos de manera nada sutil.

—Tenemos que ir —digo, pero el idiota todavía tiene la oportunidad de darle su tarjeta.

—Adiós, Milles —se despide ella.

—*Ciao, bella*[17] —dice él, y siento ganas de revirar los ojos por su italiano horrible.

Aunque ambos sean americanos, no hay comparación entre la pronunciación.

—Lamento hacerle esperar, señor.

La sonrisa que le ofreció al otro muere cuando vuelve a mirarme.

—Eres una huésped en mi hotel. Es mi deber garantizar que llegue a su destino con seguridad.



Luna



Capítulo 6

Ya hablamos de que soy una soñadora, ¿recuerdas?

Positiva hasta el último cabello, de lo contrario, no habría cometido la locura de aferrarme, durante cinco años enteros, al deseo de viajar a Italia por *él*.

Cuando vi a Ricco De Luca Moretti por primera vez, a los dieciséis años, me enamoré inmediatamente.

No solo era el hombre más guapo que ya había conocido, sino todo en él —aunque ahora tiene competidores de peso, considerando los Gray[18].

Desde su cabello castaño claro hasta sus ojos azules penetrantes, su rostro con barba incipiente, su cuerpo musculoso y perfectamente esculpido en un traje completo, con chaleco incluido y todo más —Dios bendiga el buen gusto de los italianos en la vestimenta—, hasta su fuerte acento de la lengua materna de mi madre… Em fin, me conquistó por completo.

Nunca olvidaré el día que lo vi caminando junto al dueño, dentro del restaurante donde yo trabajaba.

El lugar era frecuentado por hombres poderosos, acostumbrados a no ver a nadie a su alrededor, pero Ricco parecía atento —al ambiente y a las personas—, como si en su cabeza estuviera haciendo un análisis mental de cada pequeña cosa.

Hasta entonces, en mi inocencia adolescente, nunca me había sentido atraída por un hombre.

Tampoco me interesaban los chicos de mi edad en el colegio. Consideraba a algunos de los clientes del restaurante muy atractivos y rápidamente me di cuenta de que el tipo que me atraía mucho mayor que yo, pero aun así, ninguno había capturado mi atención.

Estar frente a frente con Ricco, sin embargo, fue como ser alcanzada por un rayo. Como si hubiera pasado la vida dormida y fuera despertada por mi príncipe de carne y hueso.

Me quedé muda —lo que, en mi caso, es una tarea muy difícil— y absolutamente concentrada en él, siguiéndolo con la mirada y ajena a los nuevos clientes que llegaban.

Como si sintiera que era objeto de toda mi atención, en un momento determinado, él se volvió hacia mí.

Nadie me había mirado de esa manera.

Dejó de hablar con mi empleador y me miró de una forma que hizo que mis rodillas se debilitaran.

No tenía, y aún no tengo, experiencia para analizar si había algún tipo de atracción por su parte, pero sabía que me había enamorado por primera vez en mi corta vida.

Oh, sí, sé lo que estás pensando. Esto es una locura. Nadie puede amar a primera vista.

En aquella época creí que sí, pero después de presenciar la relación de mi hermana con Hudson, aprendí que el amor sucede día a día. Una suma de luchas, borrar las asperezas y hacer las paces —o algo así.

De esta manera, puedo decir ahora que lo que sentí por Ricco fue pasión a primera vista, algo tan intenso que hizo mi piel se erizara, mi corazón pareciera estar al borde de un infarto y la certeza de que nunca lo olvidaría.

Y eso fue hasta que vino a hablarme.

Vamos a hacer una pausa aquí para explicar sobre la sonrisa del hombre.

Además de que su boca me hacía desear todas las cosas que ya había leído en novelas en mi *tableta*, las palabras salían de sus labios calientes como chocolate con *marshmallow* en un día de invierno.

Y siempre amé el chocolate.

Respondí sus preguntas de manera automática y tardé al menos tres minutos en situarme en la conversación.

El dueño del restaurante, al ver que él se acercó a mí, actuó como si fuéramos amigos de larga data, cuando, estoy segura, hasta ese momento, ni sabía de mi existencia.

Explicó que Ricco era propietario de las más importantes bodegas de Italia y que el *Chianti*[19] que producía era considerado el mejor del mundo.

Para ser honesta, no me preocupé demasiada por lo que se dijo —sí, juzgadme libremente, pero ya expliqué que la belleza del hombre es capaz de invertir la rotación de la Tierra.

Lo que realmente quería era un balde de palomitas y refresco, sentarme en un sillón cómodo y admirarlo toda la noche.

Y si se quitara la camisa, el espectáculo sería aún mejor.

Claro, memoricé informaciones importantes, como su nombre y el de su bodega, pero eso fue todo, porque sabía que cueste lo que cueste, lo volvería nuevamente.

Solo un encuentro con un hombre como él no es suficiente.

Decidí que lo quería para mí.

¿Quién dijo que los sueños tienen que tener límites? Después de casi perder mi vida con la enfermedad, me volví aún más determinada. Me propuse conseguir lo que realmente deseaba: un viaje a Italia para volver a ver al protagonista de mis fantasías.

No lo olvidé en los últimos cinco años, y en los días más sombríos de mi hospitalización, me aferré a aquella conversación tonta entre la joven encantada y el guapo empresario italiano.

Un recuerdo emocionante de que había alguien allá fuera que hizo mi corazón latiera desenfrenadamente. Que todavía no había experimentado nada, ni siquiera los descubrimientos de lo que sucede entre un hombre y una mujer.

Pensar em Ricco era como tener un animador invisible al su lado, en la recta final de la carrera, incentivándolo a no rendirse.

Entonces, me prometí que algún día vendría a la Toscana e invertiría en esta atracción loca, pasión fulminante, o como se le pueda llamar que me despertó.

¿Estás siguiendo la conversación hasta ahora?

Bueno, es importante que prestes atención a todo lo que dije anteriormente.

Lo principal es que siempre usé el verbo en pasado, porque este hombre que camina a mi lado no se parece en nada al hombre que, a causa de mis tontos recuerdos, me hizo elegir el país de mi madre como destino de mis vacaciones.

De hecho, si pudiera, me daría la vuelta y lo dejaría hablando solo, porque este Ricco —tal vez el real, y no el de mis fantasías— me provocó un disgusto instantáneo.

Ricco



Capítulo 7

Toda la simpatía que ella mostró hacia el otro hombre cesó repentinamente cuando comenzamos a caminar por el aeropuerto hacia la *limusina* que nos esperaba.

Normalmente no uso chofer, pero mi intención era dejar claro a mi invitada que aquella no era una situación íntima, sino una cortesía hacia una clienta.

Ahora, se yo pudiera sonreír, lo haría.

Después de saludar al chofer, la rubia se inclina para entrar en el vehículo, ignorándome por completo. Si pudiera adivinar, diría que no corro riesgo de que ella confunda las cosas entre nosotros, porque a pesar del espacio enorme en el asiento trasero, Luna se sienta casi pegada a la ventana.

A pesar de la primera impresión, de estar avergonzada y tal vez un poco confundida cuando nos vimos, ahora parece regalarme la misma indiferencia que yo pretendía mostrarle.

Sí, esto mismo: *pretendía*.

Porque si hay algo que no está muerto dentro de mí, es el deseo de enfrentar un desafío.

—Tu acento no es tan marcado.

Elegí sentarme en el banco frente al de ella porque me gusta enfrentarme a mis oponentes.

Ella se toma un momento para dejar de mirar a la ventana para responderme, lo que me permite prestar más atención a la delicada piel de su cuello.

Es más delgada y suave que las mujeres que me gustan, pero es tan hermosa que compensa algunas curvas menos.

—Gracias —responde en inglés.

La palabra suena fría y sé que debí hacer herido sus sentimientos cuando dije anteriormente que su italiano no era malo para una turista, pero nunca fui conocido por ser un diplomático.

¿A quién quiero engañar? En mis buenos días, incluso los empleados me evitan, ¿qué dirá una joven mujer que vino a la Toscana…?

¿Para qué, mismo?

La miro más atentamente ahora.

Sé, por su registro en el hotel, que ella tiene veinte y uno años. ¿Por qué diablos una joven mujer se escondería en una vinícola en el interior de la Toscana? Hay lugares más divertidos en Italia y lo sé porque los conozco como la palma de mi mano.

Ella debe notar que la estoy analizando porque después de fingir mirar el paisaje durante minutos, vuelve a enfocarse en mí.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse en Italia? —pregunto, aunque sé que no debería.

—Todo el verano.

—¿En la Toscana?

Ella se encoge de hombros.

—No sé aún. No tengo planes definidos. Dependerá.

La escucho, sin creer. Puedo no saber nada de la joven, pero conozco mucho sobre los seres humanos.

Luna Cox es del tipo que planea.

—¿Dependerá de qué?

Ella desvía la mirada.

—Este es mi viaje de los sueños. Tengo muchos, pero son flexibles. Me quedaré donde me sienta feliz.

—¿Y cree que encontrará eso en San Bertaldo?

—¿Sueños o felicidad?

El chofer estaciona en la pista donde espera el helicóptero.

—Ambos.

—Ambos pueden encontrarse en cualquier lugar. Soy una buena cazadora de sueños y muy dispuesta a ser feliz. Sé que encontraré lo que busco en algún momento.

Sin esperar a que le abran la puerta, al parar el coche, ella baja.



Ella pasó el corto vuelo en helicóptero en silencio, mientras yo me sumí en mis pensamientos.

Al aterrizar, un equipo de bienvenida vino a recibirla y noté la sorpresa en los rostros de los empleados, ya que rara vez salgo de mi oficina durante el día, especialmente para interactuar con huéspedes o visitantes.

No salgo para divertirme. Todos mis viajes ahora son por trabajo. Mi convivencia con otros seres humanos se limita a mi familia y amigos, y aun así, después de que dos de ellos se casaron, ya no es lo mismo.

Además de gobernar sus respectivos emiratos, ahora tienen responsabilidades con sus esposas e hijos.

A mi pesar, mis pensamientos se centraron en la joven que, mesmo sin saberlo, rompió mi rutina de tedio.

Sobrevivo a los días como un robot, sin sentir placer ni hacer planes. Salgo para mantener

relaciones con cierta frecuencia, pero siempre con mujeres que, al igual que yo, no desean involucrarse emocionalmente.

Nunca con jovencitas o soñadoras, como la rubia que se despidió de mí fríamente en Florencia.

Luna Cox.

Hace mucho que no encontraba a alguien que me hiciera reflexionar sobre el rumbo de mi vida. Es fácil seguir adelante sin considerar nada más que el día a día.

Un paso a la vez, y de esta manera, la respiración se vuelve casi posible.

Luna, sin embargo, parece ser del tipo que no puede disfrutar nada en pequeñas porciones.

Ella dijo que está persiguiendo sus sueños y lo que la hace feliz.

«*Soy una buena cazadora de sueños*», dijo.

Cierro la puerta de la oficina, obligándome a sacar a la joven mujer de mi cabeza.

Cualquier implicación entre nosotros resultaría en que la estadounidense se fuera de aquí con el corazón roto.

No tengo nada que ofrecerle más que placer sexual y no necesito ser un adivino para darme cuenta de que ella quiere mucho más.

Copas llenas. No es una degustación. La joven quiere emborracharse de vida.



Dos días después

—*¿Crees que podremos reunirnos el próximo mes, entonces?* —pregunta un amigo, dueño de una bodega en California, al otro lado de la línea.

—Sí, y serán mis invitados. Reservaré un chalet especial para que disfruten su estancia con su esposa.

—*Dios sabe que lo necesitamos. Ella no tiene un momento de descanso con nuestro pequeño ejército en casa. Amo a mis hijos, pero ambos necesitamos de vacaciones. La compensaré,*

mimándola con paseos por la Toscana.

Él es dueño de una excelente bodega en Napa Valley, Estados Unidos, pero está interesado en ampliar sus negocios, adquiriendo una propiedad recientemente puesta a la venta, cerca de Nápoles. Nos conocemos desde hace años —nuestro primer encuentro fue en un congreso de productores, y desde entonces somos muy cercanos.

En uno de mis raros viajes que no fue por trabajo, visité su bodega y conocí a su esposa. Ellos forman ese tipo de pareja que parecen hechos el uno para el otro, hasta el punto de que parecen recién casados, tanta es la complicidad entre ellos.

—Si tu intención es proporcionar romanticismo a tu señora, mi país es el lugar adecuado.

—*¿Crees que cerrará el trato con la bodega en venta?* —pregunta, refiriéndose a Amadeo Rossi, uno de los productores más antiguos da Italia.

—Creo que sí. Ya no tiene más energía para dirigir la empresa ni descendientes que podrían hacerlo en su lugar. ¿Estás pensando en mudarte a la región, en caso de que la consiga?

—*No sería posible. No solo por la carrera de mi mujer, sino por nuestra enorme familia aquí en Estados Unidos.*

Después de diez minutos más de conversación, colgamos.

Pensando en él y su familia, así como en Kaled y la suya, casi da para creer en finales felices. Pero eso es porque ambos encontraron en sus elegidas su otra mitad. Yo nunca tuve una mujer en mi vida que me hiciera desear una relación a largo plazo y ahora, más que nunca, eso no me atrae.

Caminando hacia la ventana de mi oficina, observo la multitud de turistas allá afuera.

El verano es una estación mágica para la mayoría, pero para mí es como cualquier otra.

Días y años pasan sin que pueda distinguirlos.

Todos son iguales, congelados en el momento en que abracé el cuerpo sin vida de mi *bambino*. La última vez que toqué y besé.

Una risa llama mi atención y, siguiendo el sonido con la mirada, percibo que proviene de la rubia que fue a buscar en Florencia.

Ella está en la piscina, conversando con una huésped. Luna se integra rápido. La vigilo desde la distancia. Sonríe y hace amistades en un instante y, después de pocos días aquí, parece tan *nativa* como una italiana.

Noto cómo los hombres quedan hipnotizados por su presencia sin que ella se dé cuenta.

La felicidad de la joven no es algo que pueda ignorarse. Es como si tu entusiasmo por la vida obligara a todos a sonreír también.

Vuelvo a mi mesa.

Ella no es para mí. Luna y su alegría no encajan en mi mundo.



Luna



Capítulo 8

El mismo día

Cuando bajé del helicóptero, el día de mi llegada, me despedí rápidamente del italiano malhumorado y, después de hacer el *check-in* en la recepción de la bodega, seguí al empleado que me llevó a mi habitación.

¡¡Guau, qué habitación!

Quiero decir, en el último año y medio, me acostumbré a vivir con lujo, ya que Hudson es un billonario con *B* mayúscula.

Tanto su apartamento en Dallas como la hacienda en Grayland, e incluso la propiedad que me cedió para vivir unos meses, estarían listas para recibir a alguien de la realeza si fuera necesario.

Juro por Dios que puedes oler la riqueza solo caminando por las propiedades de los Gray.

Pero no es de eso que estoy hablando, sin embargo.

Por supuesto, la *Fattoria* Moretti es muy lujosa, pero estoy realmente enamorada de la belleza de la decoración.

El techo alto está atravesado por gruesas vigas de madera oscura y las paredes, al menos en esta habitación, son de tono terroso, lo que me hizo sentir acogedora.

Un tapiz persa se extiende sobre el suelo de mármol frente a la cama —enorme— cubierta por una colcha en tonos degradados de crema.

Tuve ganas de saltar en ella como una niña, pero había un empleado conmigo y no quería que él saliera diciendo que la huésped estadounidense está loca.

El cuarto donde estoy es más grande que mi antiguo apartamento entero en Boston.

El empleado se despidió educadamente, diciendo que, si necesitaba algo, podría llamar a alguno de los números que se encontraban en la mesita de noche.

Decidí anotarlos en mi móvil. Soy horrible para guardar tarjetas. Nunca sé dónde encontrarlas después.

Tan pronto como la puerta se cerró, corrí hacia lo que primero llamó mi atención al entrar: una enorme ventana que ocupa toda la pared.

Ella hace un contraste maravilloso con el aspecto tradicional del resto del ambiente, pero es la piscina exterior, exclusiva para mi cuarto, unida a la vista paradisíaca que tantas veces admiré en los sitios de turismo en *internet*, lo que me quitó el aliento.

Agradecí a Dios por darme la oportunidad de realizar este sueño.

Mis ojos se llenaron de lágrimas cuando abrí la puerta y salí.

No tengo un olfato muy agudo y no puedo identificar los olores que los sitios de turismo

decían que eran característicos de la Toscana, como olivos o romero, pero sentí el olor a *vida*.

Flor y verano.

Sol cálido en mi piel.

Aire limpio.

Un cuerpo sin dolor ni debilidad.

Todo fue casi perfecto, si no fuera por el encuentro con Ricco.

¿Que habrá pasado para convertirlo en lo que es ahora? ¿O el hombre que conocí antes era un personaje?

Creo que no. No tengo experiencia, pero sé reconocer una sonrisa genuina. En las breves conversaciones que tuvimos en el pasado, noté que Ricco era alguien que amaba la vida.

Guapo, carismático.

El hombre que fue a buscarme al aeropuerto parecía despreciar a la humanidad.

No, eso no es cierto. El odio es un sentimiento. Él parece simplemente indiferente al mundo.

No soy tan ingenua como para pensar que Ricco, guapo y con decenas de mujeres a sus pies, se acordaría de mí o se enamoraría al verme. Lo que realmente quería era reencontrarlo, quizás para terminar con aquellos recuerdos adolescentes.

Al conocerlo, lo busqué en *internet* y vi que era soltero y un *playboy* también. El tipo de príncipe azul moderno por el que suspiramos en las historias de amor.

Sin embargo, con los años y especialmente después de decidir venir a Italia, no busqué más información sobre él, como si quisiera proteger mi sueño —o tal vez evitar que la realidad lo arruinara.

Ahora pienso en la ingenua que fui.

Bien podría haberse casado, incluso si no hubiera visto un anillo en su mano. Esto no prueba nada, ya que algunos hombres no lo usan.

Dios, Luna, ¡qué golpe de realidad!

El hombre con el que soñé durante años, al principio, durante nuestra reunión de reencuentro, parecía querer estar en cualquier lugar, menos cerca de mí.

Todo bien que después, en el coche, él intentó arreglarlo haciendo algunas preguntas, pero creo que fue por cortesía, ya que yo era su huésped y, en ese momento, quien no quería conversar era yo. Soy hija de italiana y también soy bastante apasionada. Si me pisas, no te daré la otra mejilla, no, te devolveré el golpe con un taconazo de doce centímetros sin remordimientos.

Miro el cielo sin nubes. El día es perfecto, así que decido ir a la piscina para divertirme al máximo, como he hecho desde mi llegada.

Encerrarme lamentando el fracaso de nuestro primer encuentro no cambiará nada. No vine aquí para rendirme ante el primer obstáculo.

Todo bien, admito que es más que un obstáculo. Ricco parece tan inalcanzable como Marte, pero si nada sale bien, al menos lo eliminaré de mi mente de una vez por todas y abriré espacio para conocer a otros.

Sin embargo, no me lanzaré de ojos cerrados.

Necesito saber si está libre. Eso determinará si sigo intentando navegar en esas aguas o reprogramo mis planes.

Tomo mi móvil para mandar un mensaje a Antonella. Ella insiste en que nos comuniquemos

diariamente, y aunque creo que es innecesario ya que no hay riesgos, no quiero preocuparla.

«Voy a la piscina del hotel a ver si me salen más pecas. Voy a pasar de mi color blanco fantasma natural a un precioso rojo tomate. Te amo.»

La respuesta no tarda más de cinco minutos en llegar.

Antonella: *«Disfruta todo lo que puedas. Siento tu falta, pero deseo que te diviertas sin límites. De todos modos, estoy al alcance de una llamada. Hudson y Dante te mandan besos. Ah, no te olvides del protector solar.»*

Miro el móvil en mi mano, tentada de buscar información sobre Ricco Moretti.

Bastaría ingresar su nombre en un sitio de búsqueda, como lo hice en el pasado, y sabría si está comprometido, pero, extrañamente, después de reencontrarnos, no quiero hacerlo.

Antes fue una cuestión de necesidad, como verificar la vida de nuestra celebridad favorita, ahora me sentiría una acosadora si lo investigara.

No, dejaré que las cosas sucedan naturalmente.

Quizás algún empleado indiscreto me proporcione la respuesta que necesito.



Horas después

—¿Me estás diciendo que ya trabajaste como *hostess* en tu ciudad natal? ¿Cuándo? ¿En la

guardería? —pregunta mi nuevo amigo.

Me río del exagero de Alessandro, un empleado del hermoso restaurante principal de la bodega, donde cené anoche.

Iba al baño cuando me perdí y entré por la puerta equivocada, encontrándome con él.

Es un joven muy informal y acabamos charlando. No me di cuenta de cómo pasó el tiempo.

Primero, vino con ese encanto, que ya aprendí es tan natural en los italianos como respirar.

No, eso no es del todo cierto. Ricco no necesita encantos, al contrario. Con su apariencia, nunca necesitaría hacerse el seductor.

Sin embargo, al no caer en su juego, tratándolo como a un amigo, Alessandro salió de su personaje y se reveló como una persona muy agradable.

Como imaginé, entre conversaciones casuales, descubrí lo que necesitaba. Ricco Moretti es soltero. Nunca se casó, en verdad, pero eso es todo lo que sé por ahora.

Una pareja pasa por nosotros y nos saluda con la mano.

¡Ya he conocido a tanta gente en solo dos días!

Prefiero interactuar con los lugareños en lugar de con turistas. Además de practicar mi italiano, recibo consejos exclusivos sobre lugares para visitar en la región que no están llenos, incluso en esta época del año.

Estaba entrando para ducharme, después de horas al sol, cuando él me vio y se acercó a charlar. No sin antes mirarme de arriba abajo.

Una vez italiano, siempre italiano.

Llevo un bikini púrpura, uno de los que Antonella me dio para mi *ajuar de verano*, como lo llamó, y una salida de playa que parece un vestido super corto y transparente, del mismo color, encima.

Mi estómago gruñe y noto que estoy muriendo de hambre. Decido almorzar y luego salir en bicicleta por la bodega.

Todavía no fui a la ciudad de mi madre. Estoy posponiendo porque sé que cuando pise *Greve in Chianti*, me emocionaré. Nunca me acostumbraré a la pérdida de mis padres.

—Tierra llamando Luna —él dice y se ríe—. Esto suena extraño. Quiero decir, tu nombre significa «luna» en italiano. Tierra llamando luna…

Me río.

—¡Jesús, ni siquiera te esfuerzas en hacer chistes!

Él ríe conmigo, pero noto que su expresión cambia al mirar algo —o alguien, sería mejor decir— detrás de mí.

—Alessandro, su gerente lo está esperando para una reunión.

No necesito girarme para adivinar quién es. Puede parecer una locura, pero siento la presencia de Ricco en cada paso que doy dentro de la bodega.

—Sí, señor Moretti —él responde, pareciendo ansioso y confirmando mis sospechas—. Ahora que me doy cuenta de que mi hora de almuerzo terminó.

—Creo que yo también voy, Alessandro.

—Está bien, tengo que regresar al trabajo. Pero piensa en lo que te dije sobre el pícnic la semana que viene.

—Voy a pensar, pero como te dije, aún no estoy segura sobre mis planes. Tal vez ni siquiera esté en la Toscana ese día.

Ayer cogí un folleto de una agencia que ofrece excursiones a pueblos cercanos. Creo que iré a uno de ellos.

Finalmente, después de despedirme y verlo alejarse con un gesto de cabeza hacia su jefe, ya no puedo evitar enfrentar al apuesto hombre detrás de mí.

Respiro hondo antes de enfrentarlo. Mi corazón late frenéticamente.

Ricco



Capítulo 9

Por un momento, me quedo quieto, devorándola con mis ojos sin ocultarlo.

Absorbiéndola. Probando cada pieza de ella.

Luna es aún más deliciosa de cerca, su cuerpo casi desnudo, que el manto de playa no puede ocultar.

—*Buongiorno, signor Moretti.*

—Ricco —yo mando.

—Hola, Ricco — ella dice obedientemente, y me gusta escuchar mi nombre en esa boca tentadora.

—¿Te has estado divirtiendo?

Intento no transmitir ninguna condena en mi tono. Ella es joven, hermosa y libre. ¿Qué la impide hablar con quien quiera?

Es un discurso hermoso, pero totalmente falso.

La verdad es que me molestó para carajo verla tan cómoda con mi empleado.

Pero, ¿por qué? Ella no es mía. De hecho, no es nada más que una huésped.

—Mucho. Por ahora solo estoy aquí, pero planeo explorar las ciudades cercanas.

—¿Cazando sueños?

Ella frunce el ceño.

—Que tengas una buena tarde, *signor Moretti*.

Ya se aleja cuando digo:

—¿Luna?

Se vuelva, su rostro perfecto aún enfadado.

—¿Sí?

De algún modo, me molesta haber sido mi comentario el que arruinó su alegría.

—No hay nada de malo en soñar. Tal vez esté celoso de ti. Nunca supe cómo hacerlo.

Ella abre la boca como si fuera decir algo, pero antes de que pueda, me doy la vuelta y me alejo.



Tres días después

Reviso los papeles sobre la mesa, incapaz de concentrarme en lo que estoy haciendo.

Normalmente, a esta hora del día, estoy inmerso en trabajo. Fue sumergirme en mis negocios lo que me permitió seguir adelante después de la muerte de mi hijo.

Hoy, sin embargo, nada logra captar mi atención, por que de vez en cuando Luna vuelve a mi mente.

Sé que también se siente atraída por mí. He estado demasiado tiempo en este camino para no reconocer el interés de una mujer.

Sin embargo, a diferencia de todas con las que me he involucrado hasta ahora, la joven no fuerza un encuentro casual.

¿Será porque no sabe jugar? ¿O por ser demasiado joven?

El hecho es que yo soy quien me siento un perseguidor, buscándola con la mirada dentro del hotel cada vez que salgo de mi oficina.

Nunca necesité esforzarme para llamar la atención de una mujer, pero Luna parece evitarme cuando nos cruzamos, saludándome con una sonrisa educada.

Si es alguna estrategia suya, está funcionando, porque constantemente recuerdo su cuerpo perfecto, su sonrisa dulce y sus palabras sin filtros.

Ella es como un bálsamo en mi mundo oscuro.

Todavía no estoy seguro de seguir adelante con esta atracción, porque mi intuición dice que tener una relación con ella, aunque sea en mis términos, podría generar complicaciones.

Pero se va al final del verano. Regresará a su país, lo que hará que la despedida sea mucho más fácil.

¿Qué tengo que hacer? Hasta ahora he sido un bastardo malhumorado. No creo que ella simplemente acepte mi acercamiento. No, necesito ser sutil.

Abro su registro para comprobar dónde está instalado y, de repente, sé qué hacer.

Ofrecer lo mejor de *Fattoria* Moretti, un chalé exclusivo y lujoso. Darle un *upgrade* a sus vacaciones soñadas. Mimarla.

Además, así tendremos más privacidad si lo que hay entre nosotros sigue adelante. No quiero una relación pública, sino algunas horas de satisfacción mutua.

Salgo de mi escritorio y voy a la antecámara para hablar con mi secretaria.

—Quiero que llames a Luna Cox, una de nuestras huéspedes, y ofrezcas el chalé *deluxe*[20].

Su ceja se arquea casi hasta la coronilla.

—¿Debo darle alguna razón para la oferta?

—No. Solo asegúrate de que reciba el mejor trato.



Media hora después

—¿Hiciste lo que ordené? —pregunto cuando mi secretaria abre la puerta de mi oficina después de tres golpes.

—Sí, pero ella no aceptó el chalé especial que le ofrecimos.

—¿Por qué no?

—Dijo que prefiere quedarse en la sede de la viña.

—¿Dio algún motivo?

La mujer me mira como si me viera por primera vez.

—Creo que la señorita se justificó diciendo que le gusta tener gente cerca.

—Pero el chalé es más cómodo. Conécteme con su habitación.

—¿El señor… *eh*… quiere hablar con una huésped?

—Sí. ¿Qué hay de malo en eso?

—Nada, claro —responde rápidamente, saliendo para cumplir con lo solicitado.

¿Por qué demonios la joven mujer no aceptó una oferta tan generosa? Huéspedes de todo el mundo matarían por tener la oportunidad de reservarlos.

—¿Y entonces? —pregunto cuando, dos minutos después, ella regresa.

Con impaciencia, alcanzo el teléfono, pero ella me detiene con un gesto.

—No pude hablar con ella de nuevo, señor Moretti. La señorita Luna Cox salió. Parece que otra huésped la invitó a una fiesta.

—¿*Fiesta*?

La mujer parece a punto de sufrir un *ACV*. Casi puedo escuchar las palpitaciones de su corazón.

—Sí.

—¿Dónde?

—En la viña Andresano.

Siento una contracción involuntaria en mi mandíbula y un zumbido en el oído. Señales de que mi ira está aflorando.

De todos los lugares en la Toscana donde Luna Cox podría ir, tuvo que elegir la viña de mi medio hermano Tommaso, por supuesto.

«*Ella no es nada tuyo*», repite la voz que me advierte que me mantenga alejado de ella. Me esfuerzo por escucharla, porque dónde Luna va o deja de ir no es asunto mío, pero ya me estoy levantando.

—Gracias, puede irse ahora.

—¿Debo insistir en la oferta de cambiar su habitación por el chalé cuando regrese?

—No, dejaré que yo me encargue personalmente.

—Sí, señor.



Luna



Capítulo 10

Minutos antes

—No bebo nada más que una copa de vino, Chiara —le advierto para evitar interferir en sus planes.

Estaba dando uno de mis paseos aleatorios por la viña cuando una joven guapa se me acercó y me preguntó si yo era la estadounidense que su hermano había recogido en Florencia.

Me costaba un poco creer que esa criatura sonriente pudiera tener relación con mi italiano, así que pensé en lo que me dijo en nuestro último encuentro.

No hay nada malo en soñar. Tal vez estoy celoso de ti. Nunca supe cómo hacer eso.

Eso no salió de mi cabeza.

¿Te juzgué mal?

Quiero decir, no es que haya dejado de considerarlo un bastardo arrogante, pero tal vez haya mucho más debajo de la superficie de lo que muestra al mundo. Sería muy presuntuoso de mi parte pensar que lo conozco después de haberlo visto sólo una vez hace muchos años y, luego en dos encuentros rápidos aquí en Toscana.

Miro a la joven feliz.

Chiara Moretti, como ella misma se presentó, logra la hazaña de hablar incluso más que Antonella y yo.

Puedo decir sin temor a equivocarme que, en aproximadamente media hora, recibí una buena visión general de la región, así como de cada individuo de su familia.

Ella se ofreció a darme un paseo por el hotel y me contó que en el próximo semestre comienza la universidad en Milán, al norte del país, aunque su hermano mayor —Ricco— preferiría que se quedara en el centro de Italia.

Ahora, después de parar a tomar un jugo, me acaba de invitar a una fiesta en una viña cercana.

La idea parece mucho más atractiva que cenar e ir directo a mi habitación, así que estoy muy tentada de decir que *sí*. Pero como no la conozco aún, decido poner las cartas sobre la mesa para que sepa que no soy una juerguista profesional.

—Está bien, Luna. Créalo o no, tampoco tengo mucha resistencia al alcohol, aunque mis dos hermanos sean dueños de viñas.

—¿Dos? Creí que habías dicho que Ricco era tu único hermano varón.

—Por parte de padre, sí. La fiesta a la que te invito es en la viña de mi otro hermano, Tommaso. En realidad, medio hermano, aunque para mí no hace diferencia.

Me quedo sin saber qué decir y creo que ella lo nota en mi rostro.

—Es una historia complicada, Luna.

—No quise ser indiscreta.

—No lo estabas. Intentaré hacer un resumen rápido. No me gusta mucho hablar de eso porque termina entristeciéndome. Mi padre tenía una familia paralela, quiero decir, técnicamente todavía la tiene porque, hasta donde yo sé, a excepción de Tommaso, que no le habla, ve a los hijos que tuvo con la otra mujer. No sé si la relación con ella terminó, pero todavía está casado con mi madre.

—¡Guau! —digo con la boca abierta—. Lo siento si parezco una idiota, pero parece algo de película.

—¿Verdad? Y empeora porque mi madre no odia a los hijos de la amante de mi padre, pero Greta, la otra mujer, no nos soporta.

—Entonces, ¿cómo tú y Tommaso…? Quiero decir…

¡Jesús, qué situación! ¿Cómo hablar de esto sin parecer entrometida?

—¿Cómo nos llevamos bien? Soy la única del clan Moretti que habla con Tommaso. Créeme, él tampoco quería acercarse a mí, pero insistí hasta que me recibió en su oficina y ahora almorzamos juntos una vez por semana. Conociste a Ricco, así que no esperes nada mejor en cuanto a simpatía de parte de mi otro hermano.

—¿Hay más? Hablaste de los *hijos* de la otra mujer.

—Sí, por parte de mamá somos solo yo y Ricco, pero por parte de Greta son cinco. Tres chicos y dos chicas. Si seguimos cerca hasta el final de tus vacaciones, lo que espero, tal vez necesitarás una aplicación solo para recordar los nombres de mi familia completa. Ahora, basta de hablar y vamos a divertirnos.

—¿Necesito cambiarme de ropa?

Ella examina críticamente mi vestido rosa de un hombro y a la altura de las rodillas.

—Hoy no, pero planeo levarla a un club nocturno en Florencia esta semana. Entonces debes vestirse para matar.



Dos horas después

—Estás segura de que su hermano no se importará que me traigas? —pregunto, un poco nerviosa.

—¿Cuál? Si hablas de Ricco, él no sabe que vine, o se volvería loco conmigo. Pero si se trata de Tommaso, probablemente ni siquiera estará aquí. Al igual que Ricco, las viñas son sólo una parte de su negocio, pero, aunque a mi hermano mayor siempre le ha encantado esta región, Tommaso pasa casi todo su tiempo en Roma. Si quieres escuchar mi opinión, creo que solo entró en el negocio para convertir a Ricco en un infierno. Se odian.

¡Vaya, qué situación! Lo que me dijo Chiara es surrealista.

¿Cómo puede su madre seguir casada con un hombre que la ha engañado toda su vida y que, además, le restriega en la cara esa traición en forma de cinco descendientes con otra mujer?

¡Oh, tan iluminada! Porque estoy segura de que mataría a mi marido si, después de engañarme, tuviera hijos con la otra.

—Ya hemos llegado —dice mientras el conductor que nos trajo estaciona—. Normalmente vengo en mi *scooter*[21], pero esto me habría generado problemas en ambos lados de la familia, tanto con Ricco como con Tommaso.

—Nunca he montado en moto.

—Habrá otras oportunidades, pero para salir de noche por estas carreteras no es recomendable. Además, debemos probar el vino que compite con el de mi familia. Alcohol y moto no combinan.

—Técnicamente, este vino también es de tu familia, ya que la viña pertenece a tu otro hermano.

—Sí, lo sé, pero cuando se trata de *Chianti*, solo hay uno, y ese es de *Fattoria* Moretti.

Sonrío al pensar en lo dulce que ella es, aunque sea arrogante al hablar del famoso vino que produce su hermano mayor. Chiara no parece ser de las que dicen cosas para agradar, y eso, para mí, es una gran virtud.

Miro la propiedad iluminada. Varias personas disfrutan con copas en mano, dispersas por el terreno, pareciendo divertirse.

—¿Naciste aquí? —pregunto mientras nos acercamos a la multitud.

—Sí, pero en Florencia. Tanto yo como Ricco.

—Tienes suerte, Chiara. Qué lugar tan increíble para crecer.

—No sólo la región, sino también la familia. La nuestra es enorme, ¿sabes? La Navidad es casi como un festival. Nunca logramos reunir a todos.

—En el pasado éramos solo mi hermana y yo. Fuimos huérfanas desde muy temprano y la tía que terminó de criarnos no quiso estar cerca de nosotros después de que cumplí los dieciocho años.

—Vaya, Luna, que triste. Mi familia está lejos de ser perfecta, pero no puedo imaginar la vida sin ellos. Hay tantos tíos y primos que necesitamos un turno anual para visitarlos a todos. Pero lo dijiste *antes*. ¿Que cambió?

—Mi hermana pequeña se casó con un texano que tiene una familia bastante grande y ahora no estamos solas.

—¿Texanos *sexys*? —pregunta, sonriendo—. Vi una película otro día sobre *cowboys* modernos texanos y juro por Dios que me enamoré cinco veces durante la sesión.

—Son guapos, sí, pero aquí en Italia también hay muchos hombres atractivos.

—Guapos y seductores, así que ten cuidado para no caer en las garras de un Don Juan que colecciona mujeres.

La miro con dudas. A pesar de su discurso, no creo que tenga más experiencia que yo. Chiara parece un bebé queriendo usar zapatos de adulto. No me convence su actuación de mujer experimentada.

Respiro hondo para tener coraje de preguntar lo que quiero.

Un camarero pasa por nosotros y, para disimular, tomo una copa de *prosecco*[22], aunque no tengo intención de bebérsela, ya que aún no he comido nada.

—¿Y tu hermano, Ricco?

Ella se vuelve hacia mí.

—¿Qué tiene?

—¿Es él también uno de los guapos y seductores?

No intento ser sutil porque decir que Ricco es guapo es simplificar el concepto de belleza. Deberían estudiar sus genes. Sus padres merecen felicitaciones por crear hijos tan atractivos, porque Chiara también debe causar trabajo a los hermanos.

—Nunca necesitó esforzarse. Quiero decir, ser seductor. Desde que tengo uso de razón, las mujeres se le han lanzado como abejas al panal, y la admiración era, digamos, mutua, pero él ya no es así…

Antes de terminar de hablar, su móvil suena y ella hace un gesto pidiendo permiso para contestar.

—Ricco, no estoy en la *Fattoria*. —Puedo ver que se sonroja mientras escucha, como si estuviera recibiendo una reprimenda—. Sí, traje a la nueva huésped a una fiesta en la viña de Tommaso, ¿cuál es el problema?

Ay, ¡Dios mío! No quiero presenciar esto.

Sin remedio, olvido mi decisión de no beber sin comer y vacío la copa de *prosecco* de un trago, alejándome para darle privacidad mientras discute con su hermano.

Apenas doy media docena de pasos cuando una voz me detiene.

—¿Una intrusa?

Quienquiera que haya dicho eso debe saber que soy estadounidense, porque la pregunta vino en inglés.

Me vuelvo curiosa y tal vez un poco demasiado rápido, porque me mareo.

—Oye, despacio, *bella mia*[23].

Jesús misericordioso, es como ver a Ricco en una versión más morena.

¿Qué tiene esta tierra para producir tanta gente guapa?

Nadie necesita decirme que este es Tommaso, el medio hermano de mi ex-futuro-amor gruñón, pero a pesar de lo que Chiara dijo, esta versión de Ricco vino con el accesorio «flirteo» incluido.

—No soy intrusa. Chiara me invitó.

—Tommaso, no pienses en eso. Esta es mi nueva amiga estadounidense, Luna, y no voy a dejar que le partas el corazón. Así que, aléjate. —Aunque su tono es medio enfadado, ella sonríe al acercarse a su hermano y abrazarlo.

Él se endurece y el encanto que me mostró desaparece como por arte de magia.

Dios, los hombres de esta familia van a conseguir freírme el cerebro. ¿Qué lo hizo cambiar de actitud? ¿Decir que somos amigas?

Creo que fue eso.

—No me avisaste que vendrías —le dice a Chiara, como si yo ya no existiera.

—Porque no estaba segura. De todos modos, no me quedaré mucho.

—¿Por qué no?

Las mejillas de ella enrojecen.

—Ricco viene a buscarnos.

—De ninguna manera.

—Vamos, sí, y no pelearemos por eso, Tommaso. No importa cuánto tiempo nos quedemos, estoy aquí y muriendo de ganas de verte.

Ella enrosca su brazo en el suyo y me extiende la mano.

—Ahora, cuéntame las noticias.



Luna



Capítulo 11

Aproximadamente una hora después

—No es nada personal —ella dice cuando su hermano se aleja para hablar con algunos invitados.

Después del primer contacto, él permaneció en un modo «cortés-distante», sin ningún rastro del dios *sexy* que se acercó a mí.

—No sé si entiendo de qué estás hablando —disimulo.

—Sí, lo entiendes. Tommaso fue con ambos pies en la puerta hacia ti hasta que descubrió que estabas conmigo. Mis hermanos no se involucran con mujeres conocidas de nuestra familia porque ninguno de ellos sale con alguien.

¡Ah!

—¿Por qué? —pregunto, aunque ya sospecho la respuesta.

—¿Imaginas lo complicado que sería lastimar a la hija de una amiga de nuestros padres?

—Pero nadie me conoce. Tú y yo nos conocimos hoy por primera vez.

Estoy discutiendo solo por costumbre, porque, aunque Tommaso sea guapo, no me ha despertado interés.

—Aun así, te traje y él sabe que no me gusta que lastimen a mis amigas.

—¿Lo hacen mucho? Lastimar a las mujeres, quiero decir.

—No de propósito, ¿no? Mis hermanos pueden no ser muy simpáticos, pero nunca los he visto maltratar a nadie, hombre o mujer, y eso es algo que Ricco y Tommaso tienen en común. Aunque fueron criados por madres diferentes, no son groseros con sus mujeres, aunque no puedan ser llamadas novias. Lo que estoy tratando de decir es que las lastiman cuando quieren terminar y la persona no quiere.

—*Hum*… Creo que ya entendí el mensaje.

—No era para ti, créeme. No quiero que te hagas daño, pero tampoco puedo evitar que suspires por alguno de ellos.

—No estoy suspirando por Tommaso.

—¿Por Ricco, entonces?

Mi rostro se calienta y quiero negarlo, pero no creo ser una buena mentirosa. Mi silencio me delató por completo.

—¡Dios mío! ¡Es por Ricco!

—Tu hermano es muy guapo, pero no creo que decir eso sea algo que cause sorpresa. Dudo que exista una mujer con sangre en las venas que quede indiferente ante él.

—Verdad. Ambos son guapos, y no es porque son mis hermanos, sino que la mujer que los atrape será una afortunada. Ya han tenido muchas *compañías femeninas*, pero creo que ninguno de los dos se enamoró alguna vez, y pienso que cuando suceda, irán derecho al altar. En fin, lo que traté de explicar es: no dejes que la indiferencia de Tommaso te afecte el ego. Estoy segura de que, si no hubieras venido conmigo, a esta altura ya estarías en sus brazos.

—*Oye*, vamos despacio. ¡No soy de caer en los brazos de cualquiera!

Ella ríe.

Sí, en su lugar también reiría, porque una mujer tendría que estar muy loca para rechazar a alguien como Tommaso. El problema es que él es el hermano equivocado.

—Ah, sí, me olvidé. Sería en los brazos de Ricco donde preferirías estar.

—Eres incontrolable —digo, pero estoy riendo también.

—No es la primera persona que me lo dice.

—Imagino.

—No, tú no tienes idea de lo que es tener dos hermanos controladores. Tengo que esquivarlos todo el tiempo. Técnicamente son cuatro hermanos varones, ya que hay dos más por parte de mi padre, aunque ellos prefieren no tener en cuenta.

—Yo no me importaría tener dos hermanos en mi espalda si mi familia fuera tan grande como la tuya.

—Grande, pero muy loca.

No puedo negarlo, así que opto por no responder.

—Tendremos que irnos, ¿cierto?

—Sí, no le dije a Ricco que vendría y se enojó conmigo. Lamento que tengamos que irnos tan pronto.

—¿Por qué no le dijiste a tu hermano que vendrías?

—Él hablaría mucho sobre los peligros de este camino, pero creo que, en realidad, no quiere que esté cerca de Tommaso.

—¿Por qué se odian tanto?

—¿Aparte lo obvio?

—No veo nada obvio en ese odio, después de todo, los hijos no tienen culpa de los errores de los padres.

—Es complicado, Luna. Además de años de dolor, hay un asunto personal entre Ricco y Tommaso —dice, de manera enigmática—. De cualquier modo, perdóname por haberte traído a un programa que resultó ser un desastre.

—No hay problema. Créeme, considerando como era mi vida hace unos meses, hoy fue una super aventura.

—Ni siquiera hemos comenzado. Estamos en la mejor época del año para divertirnos y organizaré algunos paseos geniales para nosotras. A menos que prefieras vacaciones más tranquilas, claro.

—No, estoy súper animada. Me encantó la invitación. Las personas son tan alegres. Es como participar en una película, pero en la vida real. De todo lo que he visto de Italia hasta ahora, me he enamorado.

—Incluyendo a Ricco? — pregunta riendo.

Su móvil se ilumina con un mensaje en ese momento exacto, librándome de una respuesta

mentirosa sobre su hermano mayor.

Cuando termina de leer, tiene la cara un poco enrojecida.

—Ricco ha llegado, tenemos que irnos.

—¿Por qué pareces nerviosa?

—Los enfrentamientos entre los dos nunca son agradables de presenciar.

—¿Por qué se molestó tanto porque vinieras? Quiero decir, sé que me contó que él y Tommaso no se llevan bien, pero tú no correrías riesgos aquí.

—No fue solo por Tommaso, para ser sincera. Claro, creo que él preferiría que no nos conociéramos, pero pienso que su mayor preocupación fue la distancia que tendríamos que recorrer en coche de regreso. Estas carreteras son muy sinuosas y mi hermano es súper protector. Créeme cuando digo que él tiene sus motivos.

Ella hace un gesto hacia Tommaso, que se acerca.

—Ricco llegó, tengo que ir —dice, acercándose al hermano.

Es gracioso cómo, a pesar de no haber crecido juntos, son cariñosos el uno con el otro. Se nota que, a pesar de su actitud dura, Tommaso adora a su hermana.

—Las acompañaré hasta la salida.

—No es necesario…

—Sin discusiones, *bambina*[24]. Quiero asegurarme de que te vayas de aquí segura.

—Prométeme que no lo provocarás.

—Es más fuerte que yo. No puedo resistirme.

Ricco



Capítulo 12

Luna no fue a la bodega de Tommaso con cualquier invitado, sino con mi alocada hermana que, en sus diecinueve años, no se paró a pensar en los riesgos de volver de una región como aquella al amanecer, que es cuando suelen terminar las fiestas locales.

Confío plenamente en el conductor que los llevó, pero hay otros problemas, como la gente que bebe y toma la carretera, uno de cuyos lados, en algunos tramos, desciende hacia desfiladeros.

¿Qué demonios se perdió Chiara en *Castiglion*[25]? ¿No hay suficiente entretenimiento en San Bertaldo?

¿O era específicamente para ver a ese bastardo de Tommaso?

Paro el coche y le envío un mensaje. No siento ningún deseo de pisar la tierra de ese desgraciado, pero le doy cinco minutos antes de salir o me voy para allá.

Tamborileo con los dedos impacientemente sobre el volante, pero no es suficiente para calmarme, así que decido esperarles fuera.

Y entonces es cuando lo veo.

Ese imbécil de Tommaso de la mano con mi hermana, mientras Luna camina al otro lado de Chiara.

Cruzo los brazos delante del pecho, sin esperar más que una provocación. Sólo necesito una razón para ir donde está él. Pero tras despedirse de mi hermana, parece que se distrae con la diosa rubia.

«*No es asunto tuyo*», repite una voz cuando veo que le rodea la cintura y la gira para darle un beso en la mejilla.

Pero aparentemente esa voz no puede convencerme porque en media docena de pasos, estoy en ellos.

—Vámonos, les digo enfurruñado a las dos.

—*Buonasera*[26], *signor* Moretti —me saluda Luna en italiano, quizá para recordarme mis malos modales.

—*Buonasera*. Si están listas, vámonos.

Chiara habla con Tommaso, despidiéndose, pero Luna sigue dudando, como si me desafiara.

Miro a la mujer que, cuando la vi por primera vez, me pareció demasiado blanda para mi gusto, pero que, como pude comprobar aquel día en la piscina, a pesar de su delicada complexión, tiene curvas en todos los sitios adecuados y unos pechos bastante grandes como para llenar mi mano.

Lleva un vestido rosa que deja un hombro al descubierto y quiero pasar mi lengua por toda

esa parte de carne.

Cuando vuelvo a enfocar su rostro, sé que me han pillado in fraganti, pero no intento disimular lo que estoy haciendo. En lugar de eso, enarco una ceja y me alegro cuando veo que se sonroja.

— Estamos listas —dice mi hermana y viene a mi lado. Solo entonces la rubia se rinde, uniéndose a nosotros.

Miro por última vez a Tommaso. Ese encuentro fue muy civilizado para nuestros estándares, porque estoy seguro de que ninguno de los dos quiere disgustar a Chiara. Suelen acabar con ofensas mutuas y votos de odio eterno.

Cuando abro la puerta del coche, Chiara se dispone a ponerse delante, pero yo asiento con la cabeza y ella capta el mensaje.

La estadounidense parece confusa cuando me ve sujetarle la puerta del coche, pero finalmente sube, ocupa el asiento del copiloto y se abrocha el cinturón.

—Esta noche dormirás en mi casa —le advierto a Chiara—. Es demasiado tarde para volver a Florencia.

—De todas formas, no quería irme —ella responde, creo que más por el deseo de tener la última palabra que por otra cosa.

Ignoro la rabieta y me concentro en la silenciosa pasajera que tengo al lado. Está rígida, tensa, y estoy seguro de que ahora mismo no soy una de sus diez personas favoritas en el mundo.

¿Te estabas divirtiendo con el imbécil? ¿Por eso pareces tan disgustado? ¿O fue verme de nuevo lo que te disgustó?

Por lo visto, no quiere que me entere, porque tiene la cabeza apoyada en el vidrio de la ventana y, cuando me vuelvo para ver cómo está, tiene los ojos cerrados.



Estamos casi en la *Fattoria* y oigo un suave ronquido procedente de la parte trasera del coche.

Creo que ambos se desmayaron durante todo el trayecto, pero no estoy seguro de que Luna mantuviera los ojos cerrados, evitándome.

De todos modos, me dio tiempo suficiente para pensar en la escapada de mi hermana a la bodega de Tommaso.

Chiara me vuelve loco. Creo que nos vuelve locos a todos, incluso a mi desafortunado hermanastro.

La regañan por todos lados y le importa un bledo. La joven es un huracán de un metro y cincuenta y cuatro.

Mi hermana es impulsiva, demasiado buena para este mundo y también muy ingenua. No sabe pensar en las consecuencias de lo que hace —lo cual es normal a su edad— pero deja a nuestra madre sin dormir.

Aparto un momento la vista de la carretera y veo a Luna de pie a mi lado, en silencio. Me doy cuenta de que ahora está despierta, con la mirada tensa al frente.

¿Yo he causado esto? ¿Te sientes incómoda en mi compañía? He despertado muchas emociones en las mujeres, pero la indiferencia no suele ser una de ellas.

—Puedes respirar. El aire forma parte del paquete de traslado a la bodega.

Se vuelve hacia mí, pero no sonríe.

—¿Haces bromas?

—No era una broma.

—Bien, porque si hubiera sido así, habría tenido que mejorar mucho.

Lo siento, estoy conduciendo.

Ojalá pudiera estudiar mejor su rostro para estar seguro de si esas palabras son ciertas —lo que significaría que estoy oxidado con las mujeres— o si está jugando a algún tipo de juego.

—¿Por qué no cogiste el chalet que te envié?

—¿Fuiste tú? Pensé que era una amabilidad del hotel.

—*Soy* el hotel, digo, y puedes apostar a que, si la mirara ahora mismo, la vería poner los ojos en blanco ante la respuesta que me da.

—¿Es usted realmente el propietario, *signor* Moretti? —pregunta, haciendo hincapié en mi apellido, y por primera vez en mucho tiempo siento que la comisura de mis labios se levanta involuntariamente en una tímida sonrisa.

—¿Siempre eres tan impertinente?

—Normalmente no. Sólo con los arrogantes italianos.

El esfuerzo por contener la sonrisa es ahora mayor. La irritación de antes se ha olvidado en parte.

—¿Y cuántos italianos arrogantes conoció en sus primeros días en Italia, señorita?

—Dos. ¿No tengo suerte? —Me doy cuenta de que se ha vuelto hacia mí y me está mirando —. ¿Por qué me has ofrecido un chalet entero?

—Era lo menos que podía hacer tras las molestias de su llegada.

—¿Qué inconveniente? ¡Gané un viaje en helicóptero!

—Hice lo que creí necesario —vuelvo a mentir, porque no creo que ella quiera saber por qué quería trasladarla a una casa particular, lejos del hotel—. Pero no ha respondido a mi pregunta. ¿Por qué no aceptaste la oferta de ponerte más cómodo?

—¿Hablas en serio? ¿Has estado en la habitación en la que me estoy quedando? Es un pedazo de cielo. No necesito más comodidades. Me gusta hablar. ¿Por qué vendría a Italia y me aislaría del mundo?

—A mí me parece el paraíso.

—No para mí. Amo a los seres humanos la mayor parte del tiempo. Ahora respóndeme a esto: ¿por qué te importa dónde duermo?

—No me importa, sólo quería compensarla, le digo.

—Agradezco su oferta, pero no necesito ese tipo de compensación. Sin embargo, hay algo que sí me gustaría.

Me giro para mirarla.

—Dímelo.

Antes de que pueda responder, Chiara habla, aparentemente ya despierta:

—Llévala a un *tour* completo de la bodega. O mejor aún, un recorrido por la región durante el día y una cena en Florencia por la noche. Seguro que sería la compensación perfecta. Luna me contó que su madre nació en *Greve in Chianti*. ¿Quién mejor que un nativo para guiarla?

—Chiara, no creo que tu hermano tenga tiempo para eso.

No es tanto lo que dice, sino el tono con que lo dice —como si la idea de pasar unas horas a mi lado fuera absurda- lo que da en el clavo.

—No, mi hermana tiene razón. Después de la confusión de tu llegada, mereces un trato especial.

Una alerta interna me dice que retroceda, que pase la tarea a un empleado, porque sé lo que está pasando. El desprecio de Luna despertó al cazador que llevo dentro.

No sólo no parece interesada, sino que ahora mismo, si pudiera apostar, diría que está dispuesta a salir corriendo con el coche aún en marcha.

—¿A qué hora te despiertas? —pregunto.

—No dije que lo haría.

—No puedes ofender la hospitalidad de mi hermano porque, si lo haces, cuando te lleve a conocer a nuestra *mamma*, no te lo perdonará.

—¿Por qué no vienes? —Luna se da la vuelta para hablar con mi hermana.

—No, gracias. Voy a estar muy ocupada los próximos días, pero la invitación que te dije para ir de fiesta el próximo viernes sigue en pie. Las fiestas que hacen en verano son épicas.

Ignoro su entusiasmo mientras aparco delante de mi hotel para dejar a Luna.

—No salgas —advierto a mi pasajera.

Me doy la vuelta para abrirle la puerta del coche y veo que se está despidiendo de Chiara.

Un minuto después, está de pie frente a mí.

—No intento ofenderte. —Finalmente cede—. Por supuesto que acepto la *visita*, pero como le he dicho antes, tengo una petición que hacerle que no tiene nada que ver con esto.

—¿De qué se trata?

—Te lo diré mañana. ¿A qué hora nos vemos?

Saco una tarjeta del bolsillo y se la doy.

—Mándame un mensaje cuando te despiertes.

—Buenas noches, *Signor* Moretti.

La miro caminar, sabiendo que debo mantener las distancias.

Es demasiado guapa y desde el momento en que la vi, me sentí atraído.

No era un deseo que albergara, pero era imposible de controlar. Y sólo empeoró cuando

ofreció su resistencia a aceptar mi compañía para *el tour*.

Conozco todas las razones por las que no debería involucrarme con ella.

Si nos quedamos cerca, ocurrirá lo inevitable y, al final, las cosas no acabarán bien.

Pero admito que quizá sea un poco tarde para rendirse.

Me excita.

Luna Cox es como una brisa fresca y sólo ahora me doy cuenta de que tengo sed de aire puro.



Luna



Capítulo 13

Al día siguiente

—*Buongiorno*[27] —saludo a la camarera nada más sentarme a la mesa para desayunar.

—Buenos días, señorita —responde, también en italiano, y yo sonrío de oreja a oreja.

No está mal para un turista.

Toma eso, Ricco Moretti.

Todavía tengo unos minutos antes de nuestra *visita*. Le envié un mensaje en cuanto bajé, diciéndole que iba a desayunar.

Todavía no sé cómo llegamos a este punto. Quiero decir, su hermana lo sugirió, *vale*, pero ¿por qué aceptó?

Sé por qué, tras reticencias, accedí al paseo: mis sentimientos hacia Ricco fluctúan entre la atracción física y el deseo de huir.

Sólo la adolescente tonta que era podía creer que un hombre así pudiera estar interesado en mí.

Todavía no me he recuperado de lo de anoche.

Empecemos por el juego *frío* y *caliente* de Tommaso, en el que aparentemente yo era una pequeña parte de su juego. Primero se acercó todo *italiano caliente*, cambió a piedra de hielo y, al final, cuando vio a Ricco esperándonos, me tiró de la cintura para una despedida que no casaba en absoluto con la forma en que me trató después de enterarse de que era amiga de Chiara —lo que me hizo intuir que, de alguna manera, intentaba fastidiar a su hermano.

Ahora, cambiemos el enfoque a Ricco.

¿Aceptó llevarme a la *excursión* por la petición de Chiara?

No parece el tipo de hombre que hace algo sin ganas. Entonces, ¿qué sentido tenía insistir en que aceptara su compañía? Por nuestras interacciones anteriores, pensé que lo último que quería era estar cerca de mí, pero anoche, si no me vuelvo loca, estaba completamente cambiado.

No es que dijera algo con doble sentido, como en el caso de Milles, la azafata, pero incluso sin haberlo experimentado, sé que me miraba de otra manera.

Ah, ¿sabes qué? Voy a dejar que las cosas sucedan. Pasé cinco años fantaseando con él, ahora es el momento de vivir en su lugar.

Doy un mordisco a uno de los quesos que la camarera acaba de poner en la mesa y casi gimo de placer, pero me controlo justo a tiempo. El restaurante está abarrotado y no hace falta ser un *experto* para saber que los clientes de la bodega no son de clase media.

No, señor, estoy segura de que, si se sumaran las fortunas de los ocupantes de diez mesas de

aquí, equivaldría a la economía de un país pequeño.

El lugar es precioso. Al igual que la habitación, tiene un estilo rústico-chic, que lo hace muy acogedor.

Miro a la *hostess* de la entrada y recuerdo cuando trabajaba allí. Me encantaba el flujo de gente. Conocer diferentes culturas a través de las conversaciones con algunos clientes habituales extranjeros y también, por supuesto, probar la exquisita comida.

Sin embargo, nunca pude probar el vino porque no tenía edad legal para beber.[28]

Cuando el médico me dio el alta, compré una botella de *Chianti* de la bodega de Ricco y probé una copa yo solo en casa. Una especie de ceremonia de paso no sólo a la edad adulta, sino una celebración por tener la *oportunidad* de experimentar.

No importa si es una copa de vino, oler las vides de la Toscana o pasar unas horas con el hombre que, sin saberlo, era un poco una obsesión para mí.

Quiero saborear la vida.

—¡Te has levantado temprano!

Me doy la vuelta y veo a Chiara de pie con una mujer que es una copia de ella, pero mucho mayor. La misma piel dorada, pelo oscuro y ojos color avellana, lo que me hace suponer que Ricco ha salido a su padre, porque tanto él como Tommaso tienen los ojos azules.

—Buenos días —digo levantándome—. No tanto. Créeme, en Dallas solía levantarme prácticamente al amanecer para hacer ejercicio.

Fue una de las primeras cosas que hice cuando el médico me dio el alta: apuntarme a un gimnasio.

Sonrío, recordando lo que me decía mi *personal trainner* cuando me quejaba: *mano dura, trasero duro.*

Fue un intento de animarme a hacer más ejercicios con pesas, que nunca tuvo éxito.

—Mi madre ha venido a recogerme porque no se fían de mí en la carretera —dice sonriendo y señalando a la mujer que está a su lado—. Mamá, esta joven guapa es la Luna, de la que te hablé. Es medio italiana, pero pienso corregirlo antes de que acabe el verano. Cuando vuelva a Estados Unidos, será italiana de verdad.

—Luna, esta es mi madre, Carina. Si mi hermano te molesta, debes hablar con ella.

Sacudo la cabeza riendo y ofrezco mi mano para estrechar la de la señora, pero para mi sorpresa ella me abraza.

—No me gusta dar la mano —me explica Carina, dándome un beso en la mejilla.

—¿Tú o usted? —pregunto, más cómoda, porque no sé cómo hablar con gente formal.

—Tú. Ahora dime: ¿por qué iba a tener motivos para quejarme de Ricco?

—Porque la va a llevar a *un tour* y luego van a cenar. Mi hermano siendo quien es, hará cualquier cosa para molestarla.

¡Jesucristo! Chiara no podría ser más indiscreta, aunque se esforzara.

No soy de las que rehúyen las situaciones embarazosas, pero en ese preciso momento sentí que una oleada de calor se extendía por mi cuello y mi cara.

—Tu hijo se ha ofrecido a acompañarme en *un tour* —le digo y veo que levanta una ceja. Ahora me mira con más atención—. Quiero decir que Chiara le obligó a llevarme a visitar la bodega.

La matriarca de los Moretti niega con la cabeza.

—Nadie obliga a Ricco a hacer lo que no quiere —dice, confirmando lo que ya sospechaba —. Entonces, ¿adónde vas?

—Creo que está aquí, y esta historia de la cena es producto de la imaginación de tu hija.

—Veamos. —Mi nueva amiga se ríe—. Mañana quiero saber los detalles.

Asiento discretamente, rogándole por el amor de Dios que deje de hablar de ello, pero no parece muy dispuesta a cooperar.

—En Florencia hay restaurantes muy románticos. ¿Tal vez incluso podrías dormir allí?

—Chiara, estás avergonzando a tu amiga. Compórtate.

—¿Qué ha hecho esta vez? —pregunta detrás de mí el centro de la conversación.

Aunque su voz me produce escalofríos en la nuca y saber que está a mi espalda me hace temblar, tengo unas ganas locas de correr y esconderme.

No soy una buena seductora.

A la primera señal de caos, estoy lista para abortar la misión.

—Lo único que digo es que deberíais indemnizar a Luna con todo lo que tiene derecho por *las molestias que le ha ocasionado* venir desde el aeropuerto con vosotros en helicóptero, en lugar de por carretera con un conductor. ¡Qué programa tan horrible! Sinceramente, hermano, debería darte vergüenza, dice la descarada mujer.

—Chiara, vamos. Definitivamente no puedes comer azúcar temprano en la mañana[29]. —Carina camina detrás de mí—. Hijo mío, te espero mañana para comer. —Y se vuelve hacia mí: — Fue un placer conocerte, Luna. Pido disculpas por las indiscreciones de mi hija.

Escucho todo con una sonrisa pegada a la cara, asintiendo con la cabeza, pero incapaz de hablar… o de volver a mirar al hombre humeante que tengo detrás.

—Tienes mi número, ¿verdad? Llámame el lunes —me pide Chiara y luego me da un beso en la mejilla—. Disfruta de tu día y no dejes que Ricco te intimide. No es tan malo como parece, solo ha olvidado cómo sonreír —me susurra al oído.

Por fin estamos los dos solos —y unos cien comensales más en el restaurante— y me doy cuenta de que estoy haciendo el ridículo dándole la espalda, pero cuando me doy la vuelta…

Vaya, veo el pecho del hombre cerca de mi frente.

Si fuera en Estados Unidos, dirían que está invadiendo mi espacio personal, pero creo que los italianos tienen una visión más flexible de esto.

No puedo moverme.

Mentira, intentémoslo de nuevo.

No quiero moverme porque Ricco está tan caliente que, incluso a centímetros de distancia, es como acercarse a un incendio.

—¿Preparada?

Sin *buenos días*.

Levanto los ojos para mirarle.

Gran error. Los recuerdos que he grabado en los últimos cinco años no se acercan a la belleza del hombre.

Como siempre pasa cuando estoy nerviosa, ataco:

—¿Qué problema tienes con los cumplidos?

—¿Cómo?

—No nos conocemos. Tenemos que ser formales. *Buenos días, buenas tardes, buenas*

noches. Cosas que la gente civilizada suele hacer.

—Buenos días, Luna. Ahora contesta: ¿preparada?

Siento un deseo insano de decir que he cambiado de opinión, pero es sofocado rápidamente por la voz de la razón. No voy a desperdiciar un paseo con el dueño de la bodega sólo porque no tenga buenos modales.

¡Ya!

Sí, me estoy volviendo bastante bueno en esto de mentirme a mí mismo. No renunciaría a este paseo por nada del mundo.

—¿Cuánto tiempo estaremos fuera?

—¿Quiere conocer la región?

—Sí.

—Todo el día.

—No me visto para cenar en Florencia si es…

¡Jesús, alguien por favor! ¿Por qué iba yo a decir algo así?

—Quiero decir, no me invitaste a cenar, pero…

—Vamos a cenar, pero no tienes que preocuparte por tu ropa.

¡Oh, Dios mío! ¿Era eso un doble sentido?

—Muy bien. Sin ropa. Quiero decir, no te preocupes… —Recojo mi bolsa de la silla, incapaz de mirarle a la cara—. ¿Podemos empezar este *tour* de una vez, sin toda esta charla sobre la ropa?

No contesta y no puedo leer su expresión, pero me apoya la mano en la parte baja de la espalda y me guía fuera del restaurante.

Ricco



Capítulo 14

Se queda en silencio mientras sale del restaurante a mi lado. Se adelanta unos pasos y me ofrece una vista perfecta de su hermoso cuerpo femenino.

Lleva *short* blanco, zapatillas deportivas y una camiseta de tirantes azul claro. El pelo rubio le cae suelto por la espalda. El sol se refleja en ellos, volviéndolos casi plateados.

Me doy cuenta, por la rigidez de su postura, de que Chiara ha conseguido desanimarla.

La joven es diferente de las mujeres que he conocido. No creo que sea tímida, si tengo en cuenta la forma en que se enfrenta a mí, pero al mismo tiempo se sintió avergonzada por las insinuaciones de mi hermana.

Una contradicción tal vez explicada por su edad.

—¿Has llevado alguna vez a un invitado *al tour*? —me pregunta, dándose la vuelta y cogiéndome por sorpresa.

—¿A qué viene esta pregunta?

—Todo el hotel parece mirarnos, tanto el personal como los huéspedes, así que supuse que era porque debía de estar haciendo algo inusual.

Giro la cabeza y me doy cuenta de que es verdad.

—Nunca he llevado a nadie *al tour*, ni invitados, ni amigos.

—¿Vamos porque Chiara nos lo pidió?

En lugar de responder, la miro en silencio.

—Tu madre dice que sólo haces lo que quieres.

—Y tiene razón.

—¿Por qué me llevas a este paseo, Ricco?

—Porque soy el mejor anfitrión del mundo —bromeo, y ella no tiene tiempo de responder porque llega el aparcacoches con nuestro transporte.

Luna mira de mí a la moto, su boca *sexy* entreabierta.

—Pensé…

—Es imposible conocer una bodega decentemente en coche. Hay lugares a los que sólo se puede llegar en moto o bicicleta. ¿Has cambiado de opinión?

—*Hum*… Por supuesto que no. Puedo hacerlo —dice, pareciendo querer convencerse más a sí misma.

Le doy uno de los cascos que ha traído un empleado y se lo pone, pero tantea con la cremallera.

—Deja que te ayude.

La guío fuera del restaurante, tocándole la espalda por encima de la camiseta, pero en el momento en que mis dedos tocan el pedazo de piel de su cuello, siento que me golpea una especie de corriente eléctrica.

Sin pensar en lo que estoy haciendo, me olvido de la tarea que me he impuesto y paso el pulgar por el punto exacto donde late una vena. Solo cuando oigo un sonido como un chirrido grave procedente de ella, recuerdo dónde estamos.

Los ojos que me miran a través de la abertura del casco son brillantes y un poco vidriosos.

Es transparente y su deseo crudo y no disimulado me está volviendo loco.

Luna no es una brisa fresca como pensé al principio, sino un vendaval que fluye con emociones, sin tratar de enmascarar lo que quiere.

Sé que si cancelara la visita ahora y le dijera que fuera a mi propiedad, aceptaría.

Pero la razón habla más alto.

¿En qué demonios estoy pensando?

No es porque la joven sea una invitada. Ya no hay marcha atrás [30]—rompí todas mis reglas desde el momento en que tomé ese helicóptero para recogerla en Florencia— el verdadero problema ahora es todo mi equipaje y su juventud.

No es sólo nuestra diferencia de edad —quince años— lo que debería alejarme, sino el hecho de que casi puedo oler su inocencia.

Vuelve a mirar de mí a la moto, con la duda grabada en el rostro.

—¿Hay algún problema? —pregunto.

Casi espero que diga que sí y cambie de opinión sobre la *gira*, pero como reconocí por primera vez, Luna no huye de nada.

—No, nunca he estado en uno antes. Estoy deseando probarlo.

Pruébalo.

Esta palabra parece sentarle como una segunda piel. La sed de vida de la joven mujer va en contra de mi indiferencia de los últimos años.

E incluso sin mi permiso, la energía que emana de ella está entrando en mi sistema, haciéndome anhelar algo que no sé cómo nombrar.

Molesto por perder el control de mi propia voluntad, me subo a la *Harley*[31] y la llamo:

—Venga.

Duda un momento, pero luego se acomoda detrás de mí. Siento el calor de sus muslos a través de mis vaqueros y una descarga de deseo me golpea la ingle.

No elegí la moto a propósito —realmente es el vehículo ideal para obtener una buena vista de la bodega. Los clientes suelen participar en *tour* guiadas en moto, pero ahora que siento su delicada carrocería entre mis muslos, no puedo negar que disfrutaré de cada segundo.

Llevo sus manos a mi cintura.

—Agárrate fuerte. ¿Puedes hacerlo?

Su respuesta es apretarlos contra mi pecho. Yo los aprieto aún más, superponiendo los míos sobre los suyos para mostrarle cómo agarrarse. Luna me sujeta con fuerza y su cuerpo se desliza hacia delante.

Arranco la moto antes de perder la cabeza. El día va a ser una tortura.



Ya debería haber parado. Pasamos junto a varias parras y sería el momento de darle una explicación, pero en lugar de eso huyo del propósito original del *tour*, dirigiéndome a mi lugar favorito: la cima de la colina desde la que puedo ver toda mi propiedad.

Cuando apago la moto, Luna no se suelta y yo tampoco hago ningún esfuerzo por bajarme.

Sentir el sol en mi cuerpo y a ella pegada a mí me produce un placer que ya no recuerdo. Estar con alguien fuera de un contexto sexual es algo que hacía años que no experimentaba.

No soy un misógino[32] que sólo utiliza a las mujeres para el sexo. En el pasado, aunque no me van las relaciones serias, como a mis siete amigos, me he quedado con la misma compañía durante semanas.

Sin embargo, tras la muerte de Nicolo, la proximidad humana se hizo casi insoportable. Apenas soporto estar con mi familia, que para mí se reduce a Chiara y mamá. Mi padre no existe, aunque tengo que convivir con él todos los fines de semana para no herir sus sentimientos.

Claro, hay una horda de primos y tías, pero nadie que yo necesite.

Hoy, sin embargo, quiero estar aquí. Es como sentir que la sangre vuelve a bombear después de años de vivir en automático.

Me quito el casco y esto parece incitarla a actuar, porque se suelta y desmonta. En cuanto se despoja de la protección, camina hasta el borde de la colina y se pone de espaldas a mí, con los brazos abiertos y la cara vuelta hacia el sol.

No me muevo porque no quiero interrumpir tu momento. Sé exactamente lo que estás viendo. Este lugar es mi preferido de todas mis propiedades, tanto que me planteé construir aquí mi residencia principal. Lo único que me disuadió de la idea fue que la carretera forma parte de la ruta de acceso a la ciudad, y no me gusta la perspectiva de que los turistas atraviesen en coche mi terreno privado.

—Se lo dije ayer a tu hermana, pero lo repetiré: vives en el paraíso.

—¿De qué parte de Estados Unidos eres? Tu dirección dice Dallas, Texas, pero no pareces tejana.

—¿Ha comprobado mi información? ¿No hay leyes contra eso en su país?

A pesar de lo que dice, sonríe. Luna es una monada. Hermosa y encantadora como el infierno.

—Tengo libre acceso a tus datos. Fuiste tú quien los cediste voluntariamente cuando quisiste

venir a mis dominios.

—Ahora sonaba como un señor feudal.

—Tal vez lo sea. Respóndeme. ¿De dónde eres?

—Boston —dice y se sonroja—. He vivido allí toda mi vida. Me mudé a Dallas después de que mi hermana empezara una relación con su marido.

—¿Sois sólo vosotros dos?

—Sí, ahora formamos parte de una familia de *cowboys*. Mi hermana está casada con *un tejano*.

—Dallas es muy diferente de Boston, digo.

Se acerca unos pasos y en su cara hay una expresión que no identifico cuando pregunta:

—¿Conoces bien Estados Unidos?

—Conozco bien el mundo, creo, pero me gusta especialmente Texas. En cuanto a Boston, estuve allí hace unos años para hacer negocios.

Permanece en silencio, mirándome fijamente.

—Mi vida en Boston ha quedado atrás —dice finalmente— Me gusta vivir en Texas y también haber ganado una familia.

No dejo de pensar en cómo debe ser para una niña tan pequeña no tener a nadie más que a su hermana, pero no quiero hacer demasiadas preguntas al respecto porque es un camino de ida y vuelta. Hablar de sentimientos o emociones lleva por un camino de intimidad que no quiero recorrer.

—Ven aquí. Tienes que protegerte del sol o tu piel se quemará por la noche.

—No me importa. Significa que estoy viva. Además, soy muy blanca. Un poco de rosa en la cara no me vendría mal.

Su piel es jodidamente perfecta, pero me lo guardo para mí porque aún no estoy seguro de qué voy a hacer con la atracción que siento.

A pesar de sus protestas, me sigue, lo que me complace.

—¿Has dejado de viajar? —pregunta mientras nos sentamos en una roca.

—¿A qué viene esta pregunta?

Se encogió de hombros.

—Parecía referirse al pasado.

Es mucho más sensible y perspicaz de lo que imaginaba.

—Sí, he parado —respondo, tenso, porque no estoy dispuesto a entrar en detalles—. ¿Qué haces en la Toscana?

—Mi madre nació aquí.

—Sí, me lo dijo Chiara, pero ¿por qué todo el verano?

—No dije que estaría en Toscana todo el verano.

—He comprobado tu reserva hoy mismo. Dice que mi hotel está pagado para todo el verano.

—Eso es culpa de mi cuñado. Me regaló el viaje de mis sueños.

—Sueños y tú. Estas dos palabras siempre van juntas.

—No hay nada malo en soñar. ¿Por qué es tan cínico, *Signor Moretti*?

—¿Vas a llamarme *señor* cada vez que te moleste?

—Tal vez. ¿Tienes intención de molestarme a menudo?

—Creo que es una especie de don. Nací con él y no hay nada que pueda hacer para

cambiarlo.

—Mentiste ayer.

—¿Sobre qué?

—Sí, sabe hacer bromas.

—No es una broma. Mis amigos dicen que tiendo a irritar a las representantes femeninas. Sobre todo, al final.

—¿Al final de qué?

—Lo que sea que esté pasando entre la mujer y yo.

—¿Por qué?

—Porque siempre quieren más de lo que puedo dar.

—Si siempre das la misma cantidad, ¿cómo sabes que no puedes ir más allá?

—Tal vez me expresé mal, Luna. Nunca voy más allá porque no quiero una relación a largo plazo. Ni ahora ni en el futuro.



Luna



Capítulo 15

Paso unos cinco segundos asimilando lo que ha dicho.

Si estuviéramos en un ring, sus palabras equivaldrían a un nocaut. Un gancho de derecha indefendible, como diría mi padre, que amaba el boxeo profesional.

No necesito ser una experta en relaciones para darme cuenta de que acaba de enviarme un mensaje nada sutil.

Un mensaje que quizá debería asustarme, pero soy optimista por naturaleza y lo que saco de su cínico discurso es: Ricco Moretti, la delicia italiana que ha rondado mis sueños eróticos durante cinco años, ve una posibilidad entre nosotros, y eso es más de lo que imaginaba después de: uno, que ni siquiera recordara que yo existía, lo cual era de esperar, y dos, la forma tan poco amistosa en que me recibió en el aeropuerto.

—¿Me estás diciendo que sólo tienes relaciones cortas, como acostarte con alguien en verano? —pregunto con indiferencia.

Abre y cierra la boca, pero no emite ningún sonido, lo que me indica que esperaba que yo saliera corriendo asustada ante sus palabras.

—¿De dónde ha salido eso? —Parece que por fin es capaz de formar una frase.

—Mi pregunta tiene sentido. Dijiste que no quieres una relación a largo plazo, así que pensé que tal vez los mantendrías por una temporada. ¿O son semanas?

Se cruza de brazos como si intentara adivinar a dónde quiero llegar.

La verdad es que tengo mucha curiosidad por entender las reglas del juego. Tuve ligues tontos en el instituto y me gustaría saber cómo funciona este tipo de relación casual entre adultos.

—No hay un plazo fijo.

—Pero, ¿es seguro el final?

—Sí. El final es una certeza.

Me mira fijamente con tal intensidad que mis rodillas pierden fuerza.

Es como decir: *aléjate mientras aún estás a tiempo*.

¿Mi tonto corazón hace caso del consejo? En absoluto.

—¿Recuerdas la petición que te dije que quería hacerte? Era para ver si podías presentarme a alguien que me enseñara a conducir, pero acabo de cambiar de opinión. —Respiro hondo para armarme de valor y continuar—. ¿Puede explicarme un poco más sobre las relaciones entre hombres y mujeres?

—¿Cómo?

—Tuve… *eh*…. una situación que me impidió disfrutar como adolescente, y este viaje a Italia es sobre todo para descubrirme a mí misma.

—¿Me estás diciendo que viviste en un convento y eres inocente de todo?

Jesús, ¿de dónde sacó eso? ¿Convento, yo?

—Hum… algo así —respondo.

No quiero mencionar mi enfermedad. Creo que eso cambiaría su forma de verme, me vería como alguien frágil, vulnerable.

—¿Ibas a ser monja?

Ahora su asombro parece real y casi sonrío ante su expresión.

—¿A quién le gustaría ser monja? —pregunto, saliéndome por la tangente—. Quiero decir que hay todo un mundo de emociones que disfrutar y he decidido que estoy lista para empezar. Tal y como lo planteas, suenas muy experimentada, que es todo lo contrario a mí. Así que me preguntaba si podrías darme algunos consejos…

—¿Consejos? ¿Quieres que te enseñe cómo comportarte con un hombre?

—*Hum*... no. En realidad, quería hacer un trato. Podrías salir conmigo una vez, sin ataduras, por supuesto, y mostrarme cómo actúa una pareja cuando tiene una cita. Estaría segura a tu lado y, al mismo tiempo, entendería las señales. Como un profesor-alumno.

No voy a jugar. Salir con Ricco sería increíble y, si no pasara nada entre nosotros, al menos podría adquirir algunos conocimientos viniendo directamente de un experto.

Sin embargo, aparentemente no tiene respuesta a lo que he dicho.

—¿Por qué te callas?

—Pensando en lo que me acabas de decir.

—¿Te he ofendido?

Jesús, el hombre parece estar tratando de ver dentro de mi alma cuando me mira así.

—¿Cuán inexperto eres?

—¿Cuentan los besos?

—¿En los chicos?

—Sí.

Es tu turno de alejarte y dirigirte al borde de la colina.

—Ya te dije que no voy a salir más.

—No, dije que ya no viajaba.

—Es lo mismo.

Me mira y no tengo ni idea de lo que está pensando.

Cambio de una pierna de apoyo a la otra, mi coraje se desvanece.

—Mira, ¿sabes qué? Olvida lo que he dicho. Probablemente no tienes tiempo ni paciencia para este tipo de cosas. Estoy seguro de que estás muy ocupado y...

—Una vez. La sacaré una vez por la noche y entonces mi deber estará cumplido.

Vaya, tu tono no le hace ningún bien a mi ego. Es como conceder a un condenado su último deseo antes de ser fusilado.

¿De dónde saqué la absurda idea de que podía jugar con un hombre como él?

—*Signor Moretti*… Ricco… No debería haber pedido nada. ¿Podemos fingir que esta conversación no ocurrió y continuar con el *tour*?

—¿Y dejarla suelta en el verano italiano sin más experiencia que unos cuantos besos? ¿Una joven que es prácticamente una monja? No.

Ahora ha conseguido fastidiarme.

—No tienes que cuidarme. No soy tu hermana.

Me mira de arriba abajo y me estremezco.

—Ya lo sé.

—Entonces, ¿por qué te importa?

—Porque me pediste ayuda, así que ahora tenemos un trato. Una noche. Te llevaré a una fiesta para que puedas probarlo.

Dios, es tan arrogante que no puedo evitarlo.

—¿Como un tutor? ¿Aprobarás quién puede bailar conmigo también?

No contesta. En lugar de eso, camina hacia la moto.

—Vamos, Luna. Nuestro *tour* acaba de empezar.



Estamos en una de las tiendas repartidas por la bodega y Ricco me lleva a la zona privada donde, me dice, sólo tienen acceso los grandes clientes. Escucho fascinado cómo me explica el vino que produce.

Ahora entiendo lo que dijo Chiara. No sé nada de Tommaso, pero Ricco es un apasionado de sus bodegas. No es sólo un negocio para él.

—En los últimos cuarenta años, la Toscana ha experimentado un auténtico renacimiento vitivinícola…

Creo que podría sentarme aquí y escucharte hablar de ello todo el día y no me cansaría.

Tras la brusquedad con que terminó nuestra extraña conversación, Ricco se quedó callado, pero cuando bajamos de la moto para las visitas, sentí como si estuviera atento a cada una de mis respiraciones.

Después de enseñarme las plantaciones, me trajo aquí y su actitud cambió. El hombre enigmático dio paso a otro tan apasionado por lo que hacía que me pregunté cómo sería hacer el amor con alguien tan intenso como él.

Y en cuanto a la salida que propuse, ¿en qué demonios me he metido al sugerir tal cosa?

¿Y si, en mitad de la noche, se encuentra con una de las innumerables mujeres que probablemente ha conocido a lo largo de su vida y me deja allí plantada con cara de mala leche?

Oh, Jesús, tal vez debería encontrar una buena excusa para liberarlo de esta obligación.

—¿Quieres probarlo? —me pregunta, ofreciéndome una copa de vino.

Almorzamos en uno de los muchos restaurantes que salpican la propiedad, así que me siento seguro aceptando un sorbo.

—Sí.

Extiendo mi mano para cogerlo, pero él lo aparta.

—No te lo bebas todo —dice protectoramente.

Me he pasado toda la tarde intentando desmentir esa historia de que pensaba que estudié para monja, y lo que acabas de decir es la gota que colma el vaso de mi ansiedad.

—Nunca he sido monja —digo y me bebo el vino de un trago.

Se estaba sirviendo, pero el movimiento se congeló.

—Soy virgen y muy, muy inexperta. Pero no necesito que me saques por piedad.

Es eso, señor delicioso. Tengo algo de orgullo que preservar.

Estaba a punto de felicitarme mentalmente cuando me levanté demasiado deprisa y el vino que había bebido se me subió a la cabeza.

Sólo la agilidad del hombre que es también mi fantasía sexual en carne y hueso me impide caer literalmente rendida a sus pies.

Ricco



Capítulo 16

Después de lo que me había contado sobre su inexperiencia, por supuesto imaginé que Luna también era totalmente inocente, es decir, virgen, con lo que cobraba sentido la teoría de que había vivido en un convento toda su vida.

Hermosa como es, la única forma de que los hombres se mantuvieran alejados sería que estuviera enclaustrada.

Pero ahora dice que no, que nunca ha sido monja, y no sé qué pensar.

Protesta mientras la cargo y la tumbo en el sofá.

Me dirijo a la puerta de la habitación privada y la cierro, luego vuelvo y me siento en la mesita que hay frente a ella.

Sus mejillas están sonrojadas y sus brazos tienen un ligero tinte rosado por el paseo en moto bajo el sol.

—Deberías haberme dicho que no estás acostumbrada a beber. ¿Cómo de resistente eres al alcohol?

—Lo mismo que para el sexo, creo. Quiero decir, tal vez un poco más, porque he bebido dos veces, como para el sexo…

—Entiendo.

Me debato entre sonreír porque pienso que debe estar un poco borracha, sí, para tener el valor de decirme eso, y abofetearla por volcar toda la taza de golpe.

Dios, la mujer saca los sentimientos más locos en mí. No puedo predecir un movimiento suyo.

—No lo hagas más. Especialmente si no estoy cerca.

—No eres mi tutor, Ricco, aunque haya tenido la idea más estúpida del mundo de proponerte ese trato. Pero ten por seguro que no soy estúpida. No me pondría en una situación de riesgo. Sé lo que les puede pasar a las jóvenes en los clubes nocturnos si aceptan bebidas de extraños. No tengo experiencia, pero siempre he tenido acceso a *internet*.

—¿De verdad? Porque hace unas horas me dijiste que eras inocente en una relación entre un hombre y una mujer.

—En la práctica, soy una pizarra en blanco. En teoría, sé mucho. Tengo una cuenta *Kindle Unlimited*.

—¿Qué significa esto?

—Dos palabras: *libro hot*.

Sé que intenta jugar porque está nerviosa y también puedo adivinar la razón de su nerviosismo. La misma razón por la que mi pulso se acelera en este momento.

—El acuerdo sigue en pie —digo.

—No. No necesito una cita de *favor*.

En lugar de discutir, me siento en el borde del sofá y le paso el dedo por la mandíbula.

Dios mío, la mirada en los ojos de esa joven. Nunca he estado con alguien así.

Dulce, inocente.

Sin juegos ni disfraces.

Apenas respira, concentrada en mí.

—De cero a diez, ¿cómo de borracha estás?

—Medio. No es el alcohol, hablo mucho en cualquier situación, sobre todo cuando me pongo nerviosa.

—¿Y ahora estás nerviosa?

—Ya lo sabes.

—¿Por qué, Luna?

—Esto entre tú y yo… nunca lo he experimentado.

Su respiración se vuelve inestable.

—No vamos a hacer nada… aún.

—Y… ¿vamos a hacerlo?

Me levanto y decido sentarme en un sillón. Ella sigue el movimiento y sé que está muy excitada.

Le tiendo la mano, se levanta y viene hacia mí.

—No sé lo que eso significa. ¿Por qué me has llamado?

Separo mis piernas y la tiro entre ellas.

—Muéstreme lo que sabe sobre besar, señorita.

Me muero por tocarte, pero te daré la oportunidad de decidir si eso es lo que quieres.

—¿Debería montar en tu regazo?

Jesús, es muy cruda.

Deliciosa.

—¿Quieres montarme?

—Sí.

Apoyo las manos en los reposabrazos y espero.

No recuerdo haber sentido nunca tantas ganas de tocar a una mujer, pero te dejaré tomar la iniciativa.

Su suave muslo se superpone al mío. Uno y luego el otro. Solo está arrodillada, no sentada, pero solo la posibilidad de sentirla a través de sus jeans hace que se me hinche la polla.

—¿Y ahora qué?

—Hasta ahora, ¿sólo te has besado?

Me responde con un movimiento de cabeza.

—Enséñamelo.

—Estoy muy nerviosa.

Recorro con los dedos la curva de su esbelta cintura.

—Enséñame, Luna. ¿Quieres aprender? Déjame ver cuánto sabes, *bellezza mia*[33].

Me sujeta la cara con las manos, sus ojos ansiosos me suplican en silencio, y no puedo resistirme.

La atraigo hacia mí, haciendo que se siente en mi regazo.

El suave jadeo me demuestra que sabe lo excitado que estoy.

Apoyo las manos en sus caderas y su cabeza se inclina hacia atrás. Los pezones de sus pechos asoman a través de la camiseta.

Es la criatura más deliciosamente erótica que he tenido en mis brazos. En su pureza, Luna me deja completamente hipnotizado.

Le agarro un puñado del cabello, pero aún no la beso. Necesito que des el primer paso para asegurarme de que sabes lo que haces.

—Lo deseo tanto que duele, Ricco.

—¿Qué es lo que quieres?

—Su boca y su lengua en la mía.

Fue como romper una presa. Una lujuria primitiva siendo liberada.

No quiero pensar en por qué no debo tocarla, necesito su dulzura y su calor.

Aumento el agarre de su pelo mientras alineo nuestras bocas. En cuanto nuestras carnes calientes se tocan, una explosión de lujuria nos envuelve.

La devoro sin freno, hambriento de su sabor, perdido en su aroma y en la suavidad de su joven cuerpo.

Su inexperta lengua se bate en duelo con la mía y tardo poco en darme cuenta de que Luna es una aprendiz diligente y atenta.

Imita lo que le hago, me chupa la boca, me muerde los labios. Unas manitas me aprietan los hombros.

Para intentar controlar un poco mi erección, muevo la boca hacia su cuello, chupando y mordisqueando la pieza de seda.

Le aprieto el culo redondo y ella responde moviéndose sobre mi regazo.

—Ahhhh…

Su gemido envía una descarga directa a mi polla. El deseo controla cada fibra de nuestros cuerpos.

No hay dulzura en el beso, sino necesidad áspera y voraz.

Tu apasionada entrega me está volviendo loco.

Es como si confiara en mí para hacer lo que quiero.

Y eso es precisamente lo que me detiene.

—Tengo una contrapropuesta —digo, tomando aliento.

Sigue sin abrir los ojos. Tiene la boca hinchada por mis besos, tentándome a tumbarla en el sofá y darle su primer orgasmo en manos de un hombre.

—Luna.

—Todavía no quiero parar. Es tan delicioso, Ricco.

¡Jesucristo! ¿Cómo podemos resistirnos a eso?

—¿Has oído lo que he dicho sobre tener una contrapropuesta?

Finalmente cede y se pone frente a mí, nuestras caras a escasos centímetros.

—¿Contrapropuesta?

—Sí, me ofreciste un trato. Sacarla una noche. Tengo una contraoferta. Disfrutaremos de nuestro tiempo juntos durante todo el verano o mientras permanezcas en Toscana. Lo que termine primero significará el fin para ambos.

Es más de lo que había pensado en un principio y mucho más de lo que he ofrecido nunca a ninguna mujer, porque si se queda todo el verano, significan tres meses enteros como pareja.

Es una gran concesión si se tiene en cuenta el tiempo que he pasado con la misma persona hasta la fecha.

Sigo convenciéndome de que puedo aguantar en una relación tan larga, hasta que tu respuesta me coge completamente por sorpresa.

—No lo sé. Necesito pensarlo.



Luna



Capítulo 17

Me pongo de pie, aunque no estoy segura de que mis piernas obedezcan.

Aún puedo sentir el pulso en el centro de ellas, prueba del deseo que despertó en mí.

Me mira todo el tiempo, pero es imposible adivinar lo que piensa. Su autocontrol me vuelve loca.

¿Cómo puede permanecer impasible cuando siento que el corazón casi se me sale del pecho?

—Te deseo — dice mirándome fijamente.

Tres palabras.

No se mueve, pero sigo sintiendo como si un hilo invisible nos uniera.

Mi cuerpo no obedece a mi mente y vuelvo a tu regazo.

Han sido cinco años de desear lo imposible, de alimentar un sueño, y ahora está aquí, delante de mí, diciendo que también me quiere a mí.

Esta vez, soy yo quien se encarga del beso, porque necesito una prueba real del *tsunami* de emociones que ha provocado en mi interior.

Sus manos ya no están sobre mi cuerpo como antes. Me deja hacer lo que quiero, aunque sé intuitivamente que su naturaleza es puro mando.

Enredo mis dedos en su pelo y le beso con toda mi alma y mi corazón, mis labios nunca satisfechos con su sabor, mi lengua sedienta de más.

Gimo y me muevo en su regazo.

No hay lugar para la vergüenza o la modestia.

Quiero más. Lo quiero todo y al mismo tiempo me aterra perderme en ello para siempre.

Me convierto en una hoguera, ardiendo por los dos. Ahora sé que mis fantasías no se acercan a la realidad. En mis sueños, mi cuerpo no dolía con tanto deseo como ahora.

Muerdo su boca y luego la chupo. Por fin, él reacciona.

Se levanta conmigo en brazos y sólo cuando noto la dura superficie bajo mi trasero me doy cuenta de que me ha sentado en la mesa donde antes degustábamos el vino.

—¿Sólo besos?

—Sí, y no muchos. Dos novios en el instituto.

Había tomado distancia y me miraba, como tratando de impedir que me alcanzara, pero en dos pasos estaba conmigo de nuevo, su cuerpo varonil inclinado sobre el mío.

Mis pechos pesan y me duelen de deseo, y como si adivinara lo que necesito, se inclina y se limita a rozarme el pezón con su rastrojo a través de la seda de mi camiseta.

No llevo sujetador y la sensación es demasiado fuerte para que pueda contener un largo gemido.

—¿Te gusta?

—Mucho.

Me baja el tirante de la camiseta y, mirándome, se lleva el pezón de mi pecho a los labios.

Nunca olvidaré esa escena.

Su mirada de deseo, atenta a lo que siento, mientras su lengua juega por primera vez con mi cuerpo inexplorado.

—¡Dios mío!

Me chupa sin piedad y una mano se desliza hacia el interior de mis muslos, pero sin tocar mi sexo. Juega con el pulgar a un lado, muy cerca de mi ingle, ejerciendo presión, y el vértice entre mis piernas se empapa de inmediato.

—Esta es una zona erógena poco explorada. Podría hacer que te corrieras con sólo masajearla aquí, lo suficientemente cerca para que sintieras el palpitar en tu coño virgen.

—Quiero hacerlo.

Me acariciaba el pecho con la lengua, pero se detuvo.

—¿Qué es lo que quieres?

Desvío la mirada.

—No me hagas decir eso.

—Si eres mía, tendrás que aprender a preguntar, Luna.

—¿Cómo puedo hacer un pedido si no sé lo que necesito? Ayúdame a encontrar lo que me gusta.

No puedo predecir su próximo movimiento.

Me baja el otro tirante, dejándome completamente al descubierto.

Me sonrojo y miro hacia otro lado.

Pero ni siquiera tengo tiempo de avergonzarme, porque ya me está devorando.

Gimo, gimoteo, suplico.

Su boca no me abandona, su lengua áspera nubla mis sentidos mientras, en cumplimiento de su promesa, sus pulgares mantienen un masaje constante muy, muy cerca de mi sexo.

Siento mi punto más sensible dolorido y necesitado.

—Por favor.

No le importa y sigue tocándome.

Me reclino sobre la mesa, temblando de deseo, totalmente a su merced, rendida y confiada.

Y entonces siento que mi abdomen se agarrota y todo mi cuerpo se estremece, mientras una sensación familiar, pero que nunca antes había compartido con nadie, me saca de órbita.

Le rodeo la cintura con las piernas y oigo un gruñido grave en lo más profundo de su garganta.

—Venga —me ordena mientras me lame y me chupa.

Quiero cerrar los ojos para disfrutar de la sensación, pero al mismo tiempo también necesito memorizarlo todo, porque nunca me he sentido tan viva como ahora.

En el segundo siguiente, mi mundo explota, desmantelándose en infinitas partículas.

Su boca pasa de mis pechos a encontrarse con la mía, y ahora su beso ya no es urgente sino tierno.

Mientras sus cálidos labios pasan sobre los míos en una lenta exploración, me sube los tirantes de la camiseta.

No quiero que el beso termine, porque cuando lo haga, temo que se aleje y aún no estoy

preparada para perderlo.

Me doy cuenta de que mi intuición era correcta cuando, tras darme un besito en la mejilla, intenta dar un paso atrás.

Asiento con la cabeza.

—¿No qué? —preguntarás.

—No puedes irte todavía. Estoy temblando. Tú eres el que causó esto, así que tienes que abrazarme un poco más.

Puedo ver la duda en tu cara y no sé si lo que he dicho son las palabras correctas para decirle a un tipo que me acaba de dar un orgasmo que sacude el planeta, pero no voy a ser sofisticada.

Por fin parece decidirse y me coge en brazos. Le rodeo el cuerpo con las piernas y me abrazo a su cuello, con la cabeza apoyada en su pecho.

—Gracias.

—¿Por retenerte?

—No. Por mostrarme hasta dónde puede llegar mi cuerpo.

Ricco se acerca al sofá y se sienta conmigo en él.

—Aún no hemos empezado.

—¿Hay mucho más? Porque no sé si podré aguantar mucho más.

No me contesta, pero vuelve a tomar mi boca. El beso es tan erótico que me estremezco. La forma en que su lengua me invade, lenta y profundamente, me hace gemir de agonía.

Cuando rompe el beso, apenas puedo respirar.

—Una semana —digo.

—¿Una semana qué?

—Estaremos juntos una semana y veremos qué pasa.

—¿Has entendido mis condiciones? Nada ha cambiado, el final sigue siendo una certeza, no importa cuánto tiempo permanezcamos juntos.

Tus palabras son un balde de agua fría después de lo que acaba de pasar, pero quizás necesarias para que nunca olvide con quién estoy tratando y *quiénes* somos.

—Lo entiendo. Y exactamente por eso te digo que lo intentes durante una semana. Dijiste que tu advertencia no ha cambiado y que el final es una certeza. Eso es lo que te dije cuando nos conocimos, también. ¿Lo recuerdas? Me quedaré donde me sienta feliz. Si después de una semana creo que he tenido suficiente de los dos, continuaré mi viaje de ensueño en otro lugar.

Fuerzo una sonrisa y, tras besarle el pecho, me pongo en pie.

La conexión se ha roto.

—¿Adónde vas?

—Te pedí que me abrazaras después de hacerme venir. Ahora estoy de vuelta en el mundo real, gracias. ¿Podemos continuar el *tour*?

Ricco



Capítulo 18

Una hora después

Aparco delante de la sede del hotel y espero a que se desmonte.

Debería irme a casa, pero en lugar de eso le entrego la llave de la moto al aparcacoches y espero mientras ella se quita el casco.

Siguió charlando *durante el resto del tour*, pero no me miraba a los ojos cuando hablábamos, y yo quería eso.

No quiero cambiarla ni robarle su espontaneidad, y sé que fue culpa mía que se retrajera emocionalmente.

Lo ocurrido me pilló por sorpresa y no supe cómo actuar, así que opté por la vía segura y seguí el guión habitual.

He estado con más mujeres de las que puedo recordar, durante semanas o sólo para echar un polvo, y nunca había experimentado una química tan intensa.

El sexo es como un juego. A veces los participantes hacen un movimiento y esperan el del otro, a veces mueven las piezas al mismo tiempo, pero siempre hay algún tipo de recorrido en la carrera mutua por el disfrute.

Con Luna fue puro instinto.

Siempre me he considerado generoso en el sexo, recibiendo y dando a partes iguales, pero en cuanto la tuve entre mis brazos, me sentí fascinado, implicado en enseñarle a empezar a descubrirse, en escuchar sus gemidos pidiendo más. Quería tenerla desnuda y probar cada parte de ella, demostrarle hasta dónde podíamos llegar.

Sé cómo hacerlo de memoria. Hacer que se corra, que me pida a gritos en ese momento exacto en que cuerpo y alma se desconectan y el universo se llena de sensaciones, olores y susurros.

El problema es que no sé cómo trabajar el *después*.

No me pongo cariñoso después del sexo y, además, siempre he considerado que las conversaciones en ese momento son extremadamente peligrosas. Con la mente nublada por el orgasmo, puedes acabar diciendo cosas que no tienen nada que ver con los sentimientos, sino con la emoción provocada por la lujuria.

Y ahí fue exactamente cuando las cosas empezaron a ir mal. Rompí mis propias reglas cuando ella no aceptó que me mudara.

Cuando cedí y la tomé en mis brazos, en mi interior se mezclaron sentimientos confusos de posesión y cuidado, deseo y afecto, así que pensé en recordarnos a los dos lo que significaba el

vínculo que teníamos.

Sin embargo, no estaba preparado para su comportamiento.

Debería haberme alegrado de que se tomara tan bien mis palabras, pero no fue así.

Experimenté una sensación de pérdida, como si hubiera causado una grieta en una pieza rara.

—Gracias por el tour y… por todo lo demás también —dice sonrojada.

—La llevaré a cenar.

—*Hum*…. no. Quiero decir, me lo tomaré otro día, pero hoy quiero relajarme en la piscina de mi habitación y quizás pedir algo allí.

Me doy cuenta de que la gente pasa, atenta a nuestra interacción.

—Ven a mi casa, entonces —digo, echando por tierra lo que queda de las normas, ya que nunca he llevado allí a una mujer.

—Gracias, pero tengo otros planes. Voy a llamar a mi hermana. Me muero por hablar con mi sobrino, Dante. Quiero decir, no hablaremos exactamente porque todavía es un bebé, pero echo de menos estar con él.

Esa debería ser mi señal para irme. Hablar de la familia nunca es bueno, pero no quiero dejarlo por hoy.

—¿Qué vas a hacer mañana?

—Estoy pensando en hacer una excursión *a Greve in Chianti*. Creo que ha llegado el momento de visitar el pueblo de mi madre.

—¿Tiene parientes allí?

—Tengo una tía y unos primos, pero nunca hemos mantenido el contacto y ni siquiera les he dicho que vengo a Italia. Lo único que me apetece es pasear por la plaza y las calles de las que tanto hablaba mamá. Contaba con tanto entusiasmo las historias de su familia que casi podía sentir que yo también las había vivido.

—No podrá ver nada bien en una excursión.

Sonríe.

—Estaré bien. *Buonasera*, Ricco.

Luna ya empieza a moverse.

Así, sin más, sin intentar ningún contacto conmigo. Un beso, o incluso un simple apretón de manos, actuando exactamente de la forma que siempre he considerado ideal.

Entonces, ¿por qué me golpea tanto la sensación de verme privado de algo que me pertenece por derecho?

—Te llevaré a *Greve in Chianti*.

—No. Dijo que iba a comer con su madre. Carina se decepcionará si no acude a su cita. Le doy mi palabra de que no beberé con extraños, *signor* Moretti. —Intenta bromear—. Ni con nadie, para el caso. No debería beber alcohol tan a menudo.

—¿Qué significa esto?

—Nada. Tengo que irme.

—Aún tienes mi tarjeta, ¿no?

—Está en algún lugar de mi bolso. Pero estoy segura de que nos encontraremos. Después de todo, me alojo en tu hotel.

—¿Siempre eres tan indiferente?

—Aún no sé lo que soy. O, mejor dicho, quizá soy una página en blanco. Estoy dando mis

primeros pasos por mi cuenta, experimentando, como ya he dicho. No sé lo que me gusta, pero sé lo que no me gusta.

—¿Y qué es, Luna?

—Tendrás que descubrirlo por ti mismo. Eso es lo que haría un buen profesor —dice sonriendo—. Pero que sepas que me han encantado las lecciones de hoy y sé que pensaré en ellas cuando me vaya a la cama.

Mierda.

Ahora no puedo apartar de mi mente la imagen de ella en la cama, desnuda y recordando su orgasmo.

—¿No sería mejor revivirlos en pareja?

—Soy buena soñando, ¿recuerdas?

—Mi cazadora de sueños.

Me acerco un paso, pero ella retrocede.

—Dale un beso a Chiara y a Carina de mi parte. Tienes una familia maravillosa.

Y luego se va sin mirar atrás ni una sola vez. De algún modo, parece una especie de ensayo de lo que ocurrirá al final del verano.

Dije una semana para probar qué será de nosotros dos. Siete días no es suficiente. Luna Cox será mía mientras permanezca en Italia.

¿Quiere ser feliz y soñar? No sé si puedo hacer feliz a alguien, pero se me da bien hacer realidad los sueños.

Ricco



Capítulo 19

Al día siguiente

Me aguanto las ganas de levantarme. Siempre que puedo, vengo a las comidas de los domingos por amor a mi madre, aunque no entiendo cómo se las arregla para seguir en un matrimonio así.

Dino Moretti, también conocido como mi padre, es sin duda la persona que más desprecio sobre la faz de la tierra.

Llevo casi dos horas aguantando la respiración para no pelear. Esa es la dinámica entre nosotros. Un esfuerzo unilateral por mi parte para no herir los sentimientos de mi madre.

Mientras ella y Chiara charlan alegremente, me preparo para irme.

Quiero a mi madre y a mi hermana, pero no quiero estar aquí.

—Tu sobrino es precioso —dice, sin un atisbo de culpabilidad en el rostro. Como si recordar delante de su mujer la evidencia de que es un traidor no fuera gran cosa.

Antes de que ninguno de los dos pueda responder, me pongo en pie.

—Tengo que irme, *mamma*. Todo estaba delicioso —miento, porque no comí nada.

—Aún no has probado el postre —dice, pero cuando nos miramos, los dos sabemos exactamente por qué me voy—. Le diré a la camarera que te sirva una porción para que puedas comer más tarde.

La culpa se le nota en la cara, lo que sólo hace que odie un poco más a mi padre por hacerla sentir avergonzada de un error que no cometió.

Su debilidad es amarle. No puede desprenderse de ese sentimiento, aunque sabe que él no la respeta y es un tramposo.

—No hace falta. Voy a volver a la bodega.

Le doy a Chiara un beso rápido en la frente y le doy la espalda a mi padre, dirigiéndome a la salida. Mamá me acompaña.

—¿Cómo fue tu paseo con Luna ayer? Me gustó. Tráela la próxima vez.

—No creo que sea una buena idea.

—¿Por tu padre?

—En definitiva. No quiero confundir las cosas entre nosotros.

Está de pie frente a mí, estudiando mi cara.

—No soy la persona más indicada para dar consejos de amor a nadie. No estoy a la altura del amor, pero ¿no crees que ya es hora de que dejes atrás tu luto?

—Esto no tiene nada que ver con el luto, mamá, tiene que ver con mi incapacidad para

mantener una relación a largo plazo.

—No puede estar seguro de eso. Nunca lo ha intentado —dice, utilizando casi las mismas palabras que Luna pronunció ayer—. Ella no es como las otras mujeres con las que te has relacionado.

—¿Porque soy medio italiano? —Eso digo yo.

La mayoría de mis *ex* eran modelos de otros países. Coincidencia o no, de adolescente solo tuve novias italianas, y eso antes de ir al internado, donde acabé conociendo y haciéndome amigo de mis siete amigos.

El grupo del que yo formaba parte, al que apodaban *Los Ocho Silenciosos*, ya que nos manteníamos tan cerrados como lo sería una hermandad, estaba formado por hijos de la élite mundial. Nos reunimos por la fuerza de las circunstancias. Ocho herederos multimillonarios y cada uno con problemas familiares que resolver.

Fue decisión de mi padre enviarme a estudiar a Suiza, porque me había vuelto incontrolable desde que descubrí no sólo su traición, sino también la de la otra familia.

Con todo el daño que me hizo, admito que meterme en un internado fue lo que me convirtió en quien soy hoy. Sinceramente, no sé qué habría sido de mí si hubiera seguido por ese camino adolescente. Me peleaba con cualquiera, sobre todo con Tommaso. Nos desahogábamos con Dino a puñetazos.

Es muy probable que, si no me hubieran matriculado en la escuela suiza, estaría muerto, ya que uno de mis pasatiempos favoritos siempre ha sido correr en motos y coches rápidos.

—No tiene nada que ver con ser en parte italiana, sino porque me cayó bien al instante. Sabes que tengo buen instinto para la gente.

La miro en silencio y los dos sabemos lo que pienso: si es así, ¿por qué sigues con él? Mi padre es un canalla.

—Le quiero. Sé exactamente quién es, Ricco. Conozco sus defectos más que los míos y aun así le quiero.

—¿Es ese el tipo de amor que quieres? ¿Un sentimiento permisivo que lo perdona todo y poco a poco nos mata? Gracias, pero no necesito eso en mi vida.

—No, quiero que le des una oportunidad. No todas las relaciones son como la mía y la de tu padre.

—Tengo que irme —digo, sintiéndome sofocado—. Me ha gustado verte.

Le cojo las manos, se las beso y subo al coche sin darle la oportunidad de decir nada más.

Me quedo quieto, sujetando el volante, y sé que mi madre sigue mirándome.

No estoy seguro de poder seguir haciendo esto. Escuchar a ese gilipollas hablar de su infidelidad como si no fuera más que un hecho que debemos aceptar.

Antes de que pueda pensar en lo que estoy haciendo, cojo el móvil y completo una llamada a Luna.

Suena varias veces antes de contestar.

—*¿Hola?*

—¿Luna?

—*¿Ricco?*

Parece realmente sorprendida.

—¿No sabías que era yo?

—No pude grabar tu teléfono.

En algún nivel que no puedo identificar, me molesta.

—¿Por qué no?

—No creí que fuera necesario. Acabamos de conocernos.

—Pero tiene el de Chiara.

—Yo también tengo el tuyo, en la tarjeta que me diste. Tu hermana es mi amiga, una relación que espero que dure. Tú y yo… no tenemos nombre para lo que pasa entre nosotros, y como me recordaste ayer, el final es una certeza. No tengo intención de seguir en contacto después.

¿El final? Aún no hemos empezado.

Tu desapego me vuelve loco.

—¿Dónde estás?

—¿Recuerdas que te dije que quería visitar el pueblo de mi madre? Estoy en Greve in Chianti, visitando una preciosa finca, abierta al público, donde el dueño cría pavos reales. Estoy completamente enamorada.

Su entusiasmo me rompe el corazón al instante. Es como recibir un rayo de sol tras horas bajo un cielo nublado.

—Cancele la excursión. Voy de camino a encontrarte.

—Pensé que estabas almorzando con tu familia.

—Ya se ha acabado y de todas formas no podría comer. Podemos hacer esto juntos y luego quiero llevarte a ver mi casa. No hay pavos reales, pero sí un perro muy loco.

—¿Y qué más encontraré en tu casa? Creo que tendrías que añadir algo más a esta oferta para convencerme.

Sé que lo dijo en broma. No lo dije.

—A mí. Me tendrás cuando lleguemos.

Tarda en contestar y siento que se me acelera el pulso.

—Venga. Le estoy esperando, Signor Moretti.



Luna



Capítulo 20

Intento mantener los latidos de mi corazón estables mientras le veo salir del coche descapotable y caminar hacia mí.

A riesgo de sonar repetitivo, el hombre es escandalosamente guapo.

Ricco camina con la seguridad en sí mismo de quien sabe que el mundo le pertenece, y lo que me pareció arrogancia cuando lo vi en Hudson, me parece fascinante en él.

« *Boca habla, boca paga*[34]», decía mi madre.

No me levanto cuando se acerca porque tengo mucho miedo de que mis piernas no me sostengan.

Se centra directamente en mí, aunque la gente —sobre todo las mujeres— lo devora con los ojos.

Ser el blanco de la atención de Ricco me excita más allá de lo razonable.

Ahora está muy cerca y no tengo ni idea de cuál debería ser mi comportamiento en una «no relación» como la nuestra, pero él despeja rápidamente mis dudas cuando, una vez delante de mí, me levanta, me atrae hacia sus brazos y me besa delante de todos.

No un beso como «*buenos días, ¿cómo pasaste la noche?*»

Pero de esos que no necesitan subtítulos.

Me recupero rápidamente, aferrándome a sus musculosos brazos y entregándome al beso con toda mi alma.

Aunque me aterra enamorarme de verdad de él —sí, porque ahora sé que lo que sentía antes de llegar a Italia era excitación adolescente, nada comparado con lo que él despierta en mí ahora —, no pararé hasta que lo nuestro haya agotado todas las posibilidades.

—Hola —digo, con la respiración agitada, cuando por fin se aparta.

—Hola.

Me tranquiliza un poco ver que también está tirando fuerte del aire.

—Has llegado rápido.

Se inclina y me susurra al oído:

—No lo suficientemente rápido.

Mi agarre en sus brazos aumenta.

¡Dulce Señor! Hombre podría ser sinónimo de seducción.

Oigo su risa y me alejo un poco para mirarle.

—¿Lo he dicho en voz alta?

—No —responde como un caballero, pero la comisura izquierda de su boca se levanta y sé que está conteniendo una sonrisa—. ¿Qué hay en tu programa?

—Dijiste que no habías comido. Yo tampoco, pero prefiero ir a ver la casa donde nació mi madre. ¿Te parece bien? Entonces podemos merendar.

—Sí, para ir a casa de tu madre y no para merendar. Un almuerzo tardío en mi casa después.

—¿Para conocer a tu perro?

—Para hacer lo que queramos.

Y con esa última frase llena de promesas, me coge de la mano y se dirige al coche.



—Háblame de ellos —pide.

—El tiempo es cruel.

—¿Por qué?

—Era muy joven cuando murieron mis padres y los recuerdos se desvanecen con los años.

Mira hacia delante, pero como si estuviera en otro lugar, lejos de aquí.

Nos sentamos en un muro frente a la casa donde nació mi madre, pero por desgracia ahora no hay nadie. Vine con la tonta esperanza de que el nuevo propietario me dejara conocerla, pero las cosas no son tan perfectas en la vida real como en las novelas.

—Pero, ¿fueron felices en vida?

—Sí, mucho. Mi familia era la típica clase media americana. Mamá y papá ganando bien, hijas estudiando, vida sin dramas. No vivíamos en el lujo, pero no nos faltaba de nada. Y lo más importante para mí era que siempre estaban con nosotros, fuera cual fuera nuestro proyecto. Desde el deseo de convertirnos en astronautas hasta un campeonato de escupitajos a distancia, siempre estuvieron a nuestro lado, aunque también recibiéramos los codazos necesarios.

Su cara vuelve a relajarse y me alegro de que sea nuestra conversación la responsable de ello.

—Nuestra madre no era muy convencional. Creo que nunca he conocido a alguien tan naturalmente feliz.

—*Tu* pareces feliz por naturaleza.

—Porque valoro cada día y el hecho de estar viva.

—¿Qué significa esto?

—Me encanta vivir. Cada vez que me levanto y respiro, lo considero mi milagro personal. Tengo un pacto con Dios para no desperdiciar ni un solo día.

—Aún eres joven y estás lleno de sueños.

Me encojo de hombros.

—Tal vez, pero no están todos dentro de mi cabeza. Los sueños, quiero decir. Algunos los creo, otros los adapto, pero siempre los cultivo todos.

—Tras la marcha de tus padres, ¿tu hermana y tú tuvisteis que enfrentaros a todo solas?

—Ah, sí. Antonella y yo tenemos personalidades opuestas, pero totalmente complementarias. Solía decir que yo era el hada que vivía en el mundo de los sueños y ella la mejor amiga del hada, que mantenía un pie en cada mundo. El real, como perro guardián de las dos, y el mágico, para que nunca perdiera la conexión conmigo.

Me sorprende levantándome y colocándome de lado sobre su regazo.

—¿Así que ahora tengo un hada en mis brazos?

—Sí, soy un ser mítico, producto de tu imaginación. Puedo desaparecer entre parpadeos.

—No te dejaré.

—No depende de ti.

—¿Y entonces?

—Qué feliz me hará nuestro sueño juntos.



Está tranquilo y aparentemente concentrado en la carretera, aunque de vez en cuando me doy cuenta de que me está mirando.

—Tienes que apuntar mi número en tu móvil.

—¿Por qué?

—Si pierdes tu tarjeta, no podrás hablar conmigo.

—Todavía tengo el mensaje que te envié grabado en mi teléfono, así que, si es una emergencia, puedo llamarte. Pero no creo que eso vaya a pasar.

—Así de fácil, quiero que lo hagas.

—No le veo el sentido…

Antes de que termine de hablar, se da la vuelta y aparca bajo un árbol.

—Aclaremos una cosa para que no haya dudas: estamos juntos y soy un poco neurótico

cuando se trata de la seguridad de los que son importantes para mí.

—No soy nada en tu vida, Ricco. Apenas nos conocemos.

—Te has acercado mucho más que nadie.

—No quiero oír eso. No confundas mi cabeza con mensajes cruzados. He dicho que nuestra ruptura es segura, así que no me vengas con eso del italiano guapo, *sexy* y sobreprotector. Sólo nos estamos conociendo.

—No es algo que pueda cambiar, Luna. Mientras estemos juntos, necesito saber que estás a salvo.

—¿Asegurarse contra qué?

—Cualquier cosa. Desde un pinchazo en la carretera hasta un dedo del pie magullado.

Pienso en lo que me está diciendo.

¿Sería tan malo regalarlo? No es como si te estuviera ofreciendo mi corazón en una bandeja.

Suspirando, saco el móvil del bolso, lo desbloqueo y se lo doy.

No sonríe porque no creo que esté en su naturaleza, pero me doy cuenta de que está contento por la forma en que me mira.

Cuando me lo devuelve, compruebo el diario.

Se grabó a sí mismo como un «italiano guapo, *sexy* y sobreprotector».

Me echo a reír.

—Sabía que detrás de ese ceño fruncido había sentido del humor.

—No sé de qué estás hablando. Pensé que ese era mi apodo.

—Por supuesto que sí.

—¿En qué estás pensando?

—Lo que dijiste de que necesitaba ayuda con una rueda pinchada. No sé conducir y ya que estamos atrapados aquí, podrías darme una lección.

—¿Qué sabes de coches?

—¿En pocas palabras?

—Sí.

—Que necesitan estar enchufados para funcionar y cuatro neumáticos bien inflados para poder correr.

Apoya la cabeza en el asiento y cierra los ojos, pero al cabo de unos segundos vuelve a mirarme y abre la puerta del conductor.

—Ven aquí —ordena, señalando el banco desde el que se marchó—. Vamos a dejar una cosa clara. Tienes que hacer lo que te digo o tu experiencia como conductor llegará a su fin antes de que puedas entender lo que está pasando.

Ricco



Capítulo 21

—En Estados Unidos, los coches son automáticos —se queja, y no es la primera vez.

—¿Quieres aprender a conducir o toquetear un mando a distancia?

—Dios, eres tan arrogante.

—No puedo negarlo. Ahora contesta: ¿sabes distinguir entre el freno y el embrague?

Salí del arcén y entré en una carretera rural, y por supuesto muy recta. Va a hacer falta mucho más que una lección para conseguir que Luna arranque el coche. Quizá no sea el mejor profesor para esto, pero si pudiera hacer una conjetura, diría que es una de esas personas que nunca sabrán conducir.

—¡Esto es frustrante! —dice, golpeando el volante con su manita y soltando un grito de dolor.

—No lo hagas. Una mano rota no ayudará. Tengo una idea. Sal del coche.

—¿Qué? No me lo creo. No me lo puedo creer. ¿Vas a dejar de enseñarme tan rápido?

—Confíe en mí, Niña Luna[35].

Resopla, pero hace lo que le digo.

Vuelvo a sentarme en el asiento del conductor y me doy una palmada en el muslo.

—¿Cómo?

—Te enseñaré lo básico, guiando tus pies.

—¿Quieres que me siente en tu regazo?

—¿No quieres aprender a conducir?

—¿Y crees que hay alguna posibilidad de que me concentre contigo abrazándome? Estás subestimando tu *sex-appeal*[36], señor.

—De hecho, apuesto por nuestro autocontrol. No podemos hacer nada a plena luz del día, en medio de la carretera.

Encaja con dificultad entre mi regazo y el volante, y en la primera vez olí su cabello, comprendí que me he equivocado, porque mi cuerpo reacciona casi instantáneamente a la compresión de ese culo duro.

—Ahora que lo pienso, no creo que funcione.

Vuelve la cara, con la boca muy cerca de la mía.

—Ah, no. Ahora vamos a intentarlo. ¿Cuál es el problema? —pregunta, pero cuando se mueve, creo que entiende perfectamente cuál es el *problema*.

—¿Te estoy haciendo daño?

Sacudo la cabeza, incapaz de hablar.

—¿Quieres que me vaya?

—No. Pero no voy a comérmela aquí, aunque realmente quiera.

Gime con fuerza y noto cómo aprieta los muslos.

—¿Te duele otra vez? —pregunto, recordando lo que me dijo ayer.

Ya no sé lo que digo ni dónde estamos. Luna tiene el poder de invadir todos mis sentidos.

Sin que ella responda, deslizo las manos por debajo de su vestido, bajando por sus suaves muslos. Su cabeza se apoya en mi pecho y sus brazos pasan por detrás de mi cuello.

Me mira de nuevo y le muerdo ligeramente la mandíbula.

Cojo una de sus manos y, entrelazada con la mía, la llevo al centro de sus piernas.

—¿Qué estás haciendo?

—Estás ardiendo. Quiero que lo sientas conmigo la primera vez que te toque el coño.

—¡Oh, Dios mío! —grita cuando deslizo un dedo por delante de sus bragas.

—Tan mojada.

Luna se retuerce en mi regazo, tratando de encontrar lo que necesita por sí misma, pero le paso una mano por el vientre, manteniéndola quieta.

Le aparto las bragas y el primer contacto con su clítoris me hace apretar la mandíbula. Está muy excitada y obligarla a tocarse conmigo me está volviendo loco.

—Ahhhhh…

Deslizo los dedos en sus pliegues untados de miel, invadiendo su abertura lo suficiente para hacerla estremecerse.

—¿Qué es lo que quieres?

—Venir para ti.

—Separar bien los muslos.

Lo hace, su cara me muestra todo el placer que siente.

Le subo la mano por el pecho y le pellizco el pezón. Su trasero se frota contra mi regazo y daría lo que fuera por sentirla así de desnuda.

—No podemos tardar mucho, así que serás mi chica buena y lo disfrutarás.

Hago movimientos circulares con el pulgar sobre su clítoris hinchado y ella gime suavemente.

—Deliciosa.

—Me estoy muriendo, lo juro. No puedo más.

—¿Te tocas así?

—Ayer me toqué en el baño pensando en ti.

¡Joder!

Deslizo otro dedo dentro de ella, dilatándola, imaginando cuando sea mi polla la que la tome por primera vez. Empujo suavemente, pero sin parar, y cuando su cuerpo empieza a ondular contra el mío, sé que está muy cerca.

Su mano busca mi mandíbula, deseando mi boca, comiéndomela sin ningún pudor, y me trago su gemido en el momento exacto en que por fin me da lo que más deseo.



Es una especie de agonía, después de tenerla gimiendo y corriéndose en mis brazos, mantener la distancia, aunque sea conduciendo hasta mi propiedad.

Mi cuerpo quiere tomarlo, sumergirse en su dulzura, sentir su miel goteando por mis dedos y mi lengua.

Después de correrse, no sé cuánto tiempo la sostuve, pero la mantuve conmigo hasta que su respiración se estabilizó, porque recordé nuestro encuentro de ayer. Independientemente de su edad, Luna es una joven y no puedo actuar con ella como lo haría con una mujer experimentada.

Cuando me di cuenta de que se había dormido, la volví a sentar en el asiento del coche y se acurrucó dormida, con las piernas dobladas bajo el cuerpo, completamente desconectada del mundo que nos rodeaba. Pero aun así, atrapada en la red de la inconsciencia, su mano buscó la mía y se entrelazó con ella.

Ya he hecho las paces con el hecho de que Luna no encaja en ningún molde de relación que haya experimentado anteriormente.

Aparco, esperando que el ruido del motor al apagarse la despierte, pero mi hada sigue completamente ida, así que me doy la vuelta y la cojo en brazos.

Gime, bosteza y se acurruca más contra mi pecho.

Sería una llegada muy romántica si, al entrar en mi casa, no nos saludara mi Gran danés, Thor.

Al verme con alguien, cosa poco habitual, decide hacer de buen anfitrión y empieza a lamer las piernas de Luna para mostrar hospitalidad.

—Thor, basta.

Se despierta al oír mi voz y, todavía un poco adormilada, grita cuando ve lo grande que es.

Mi *guardián* sale corriendo y no sé quién de los dos tiene más miedo ahora.

—¡Dios del cielo, parece un potro!

—Tranquilízate. Te doy mi palabra de que es manso.

Me rodea el cuello con más fuerza.

—Nunca he tenido un perro.

—Le encanta la gente. Te llevarás bien, te lo prometo.

—Está bien, puedes bajarme. Si me pasa algo, diles a mi hermana y a mi sobrino que los amo.

La giro hacia mí y la beso.
—Nunca dejaría que te lastimaran.
Y luego me entrega música en forma de cuatro palabras.
—Confío en ti.

Ricco



Capítulo 22

—Thor, ven aquí, amigo.

A pesar de su intento de ser valiente, su espalda está presionada contra mí y juro que la siento temblar.

Mi compañero de cuatro patas, a su vez, se acerca ahora con recelo. A pesar de su tamaño y su excesivo entusiasmo, Thor es un perro tranquilo y debe estar planteándose si realmente quiere ser amigo del humano que casi le provoca un infarto.

—*Oye*, Thor —dice dando pasos inseguros— Sé que te di un susto enorme, pero puedo decir que fue correspondido. ¿Alguna vez te has mirado al espejo? Debes pesar más que yo.

Sonrío al escuchar sus argumentos y, al parecer, mi perro también parece encontrar divertido su camino, ya que toma las medidas necesarias para que puedan hacer las paces.

—Tengo que advertirte que le gusta lametazos.

—Unilateral, ¿no? Porque si depende de meter la lengua en esos pelos para poder hacer amigos, seguiremos siendo enemigos eternos.

Jesús, ella me hizo sonreír más en unos pocos días que en años.

—Sí, unilateral. Puedes guardarme los tuyos.

Ella mira hacia atrás y su rostro está rosado, pero sus ojos también están dilatados por la excitación.

Sin embargo, Thor vuelve a robarle la atención cuando intenta escalar el delicado cuerpo.

—No, amigo. Luna no podrá soportar su peso.

Finalmente se da por vencido y apoya sus cuatro patas en el suelo. Después de algunos movimientos más de cola, la novedad de un extraño en la casa pierde su atractivo y regresa para instalarse en su sillón favorito.

—Debe estar hambrienta. Voy a preparar nuestra cena.

—¿Cocinas?

—Soy italiano. A mi madre le encanta cocinar e, incluso con todos los empleados, prácticamente me creó en una cocina. —Entonces, sin tener la menor idea de por qué, me encuentro revelador:— Hoy me dijo que la llevara a uno de nuestros almuerzos familiares.

Luna caminaba unos pasos delante de mí, mirando las decoraciones, pero después de lo que dije, se giró hacia mí.

Puedo ver la pregunta en su rostro, pero no tengo una respuesta que darle, así que beso sus labios carnosos.

—¿Quieres explorar la casa o quedarte conmigo mientras cocino?

Para mi alivio, parece haber olvidado lo que dije.

—¿Y perder la oportunidad de verlo cocinar? De ninguna manera. Puedes mostrarme la casa después.



Ya no come y nos miramos fijamente al otro lado de la mesa.

Sé lo que estás pensando. Luna es transparente y no puede ocultar lo que quiere, tal vez porque es un reflejo de mi propio deseo.

Como yo, también prefería el agua sola al alcohol.

Observo a la hermosa e inocente mujer, preguntándome por qué su presencia en mi casa no me molesta.

No traigo amigas aquí. Nunca lo he hecho porque valoro mi intimidad. Dos cosas, sin embargo, me hicieron cambiar mis procedimientos.

Primero porque es demasiado preciosa. No tiene nada que envidiar a los hoteles para una noche, como he hecho tantas veces.

Segundo porque tengo la sensación de que nunca impondría su presencia.

Es como si estuviera atenta al final que le conté para no perderse el momento oportuno de salir de mi vida.

Me da la sensación de tener una bola de hierro en el estómago, lo cual es una locura, ya que nunca me he planteado tener una relación más seria con una mujer.

—¿Quieres hacer el *tour* ahora?

—Sí. ¿Thor viene con nosotros?

—No, no se despertará hoy. No te lo tomes como algo personal, es sólo que es viejo.

Me levanto y ofrezco mi mano.

—¿Por dónde empezar?

—La llevo a mi lugar favorito de la casa.

—¿Tu habitación?

—No, señorita. La terraza, en el tercer piso. Hay luna llena y se puede ver toda la zona desde allí arriba.

Me suelta la mano y sube las escaleras sonriendo. De vez en cuando se detiene y mira hacia atrás.

—¿Y ahora qué?

—Un piso más —digo señalando el lado izquierdo del pasillo.

—Tu casa es bella, pero enorme. ¿No te sientes solo aquí?

Con cualquier otra mujer, pensaría que es algún tipo de insinuación dirigida al futuro, pero sé que tu pregunta no tiene ninguna malicia.

—Soy esencialmente un solitario, Luna.

Llegamos al tercero piso y enciendo la luz de la suite, porque tenemos que atravesarla antes de llegar a la terraza.

—¿Cómo puedes ser un solitario? Tu familia es enorme.

—Esto no tiene nada que ver con cuánta gente hay a mi alrededor, sino con lo que pasa aquí —digo señalándome la cabeza.

Me mira confundida, pero antes de que pueda preguntar nada más, la tomo de la mano y abro la puerta de cristal, conduciéndola al exterior.

—Dios, Ricco, es muy hermoso. ¡Y mira esa luna! Parece un cuadro.

—Sí, mi luna parece un cuadro — digo mirándola fijamente.

Sonríe, perpleja.

—No me consideraba tímida hasta que estuve cara a cara contigo.

—¿Te avergüenzo? Porque aún no he empezado.

Nuestras bocas están cerca. Mi mano se desliza hasta la base de su columna en un firme apretón que podría marcar su piel. Con la otra, enredo los dedos en las hebras rubias.

Suspira y abre los labios, esperando.

Miro hacia abajo y los pezones de sus pechos asoman a través de la fina tela. Sus muslos están muy juntos porque Luna no puede ocultar su deseo.

Le aprieto el culo con la mano abierta, abrazando la carne febril, y ella se pone de puntillas, frotándose contra mi erección. Empuja su cuerpo con movimientos necesitados.

Ella frota sus pechos contra mi abdomen y yo podría acortar su agonía, darle lo que sé que quiere, pero estoy fascinado, viéndola perseguir su placer.

Me muerde la barbilla y me inclino para darle más acceso. Mientras nuestras lenguas bailan juntas, ella busca a tientas los botones de mi camisa.

Pero entonces, sorprendiéndome, se aleja.

—No puedo dejar que esta luna se desperdicie. Es un recuerdo que conservaré el resto de mi vida.

—¿De qué estás hablando, *bella mia*?

Señala la piscina de la terraza, que nunca se utiliza, pero se mantiene limpia.

—¿Puedo?

—¿Quieres nadar?

—Sólo un chapuzón. Cuando sea viejo, contaré a mis nietos que fui a bucear a la luz de la luna en la Toscana.

Sus palabras, sin saber por qué, se atascan en mi garganta.

Quizá porque habla de un futuro en el que lo que ocurre hoy entre nosotros no existirá, porque habrá un afortunado que lo poseerá para siempre.

Me acerco un paso y ella no se mueve.

—Por favor. Sólo un —me pide, como si sintiera que pendo de un hilo.

Camino hacia el balcón, porque es casi doloroso no tocarla.

En el mismo momento, sus manos se dirigen a su espalda y se baja la cremallera del vestido.

No me mira. Tiene la cabeza gacha y la cascada de pelo me impide verle la cara.

Parece una diosa de plata, con su piel blanca iluminada por la luz de la luna.

La lencería es ligera y diminuta, pero aun así no me deja verla entera. Hasta ahora solo la he palpado, pero tengo ganas de descubrir cada parte de su cuerpo.

—No tardaré —dice, dándose la vuelta.

—Quítate el resto. Desnúdate para mí.

—Debería avergonzarme de ti, ¿no?

—¿Debería?

—Sí, nunca me he desnudado delante de un hombre. Creo que sería normal sentir timidez.

Nunca he estado con una joven sin experiencia, así que opto por responder con otra pregunta:

—¿Pero no lo sientes?

Mueve la cabeza en sentido negativo y se baja las bragas, dejándome al descubierto la pelusa rubia entre sus delgados muslos.

¡*Joder*!

Mis manos juegan con el tirante de mi sujetador y mi temperatura corporal aumenta.

Decido darle a probar su propio veneno y me abro unos botones de la camisa.

—Sumérgete, Luna, porque una vez que estés en mis brazos, pasará mucho tiempo antes de que te deje ir.

Se desabrocha el cierre del sujetador y me deja ver sus pezones rosados e hinchados.

Camina hasta el borde de la piscina y se sumerge. Tarda un rato en salir a la superficie y, cuando lo hace, me mira, sonriendo, hechizándome como una sirena.

—¿No vienes?

Sacudo la cabeza.

—No me gustan las piscinas.

Ricco



Capítulo 23

«No pienses en eso ahora, Ricco», me ordeno, apartando los recuerdos de mi pesadilla.

—Pero entraré si es necesario para tenerla conmigo.

Ya no sonríe; sube las escaleras y, cuando se detiene frente a mí, me abraza, ajena a mi cuerpo mojado.

—Hoy soy tuya para que hagas conmigo lo que quieras. No tenemos futuro, pero podemos hacer que esta noche dure para siempre en nuestros recuerdos.

No quiero hablar de plazos ni de separación, así que la atraigo hacia mí, cerrando mi mente y dejándome llevar por nuestro deseo.

Sus pechos desnudos se frotan contra mí mientras termina de quitarme la camiseta.

La levanto por el culo, con cuidado de no arañarle los muslos a través de mis jeans.

Toco su sexo por detrás, recorriendo desde su clítoris hasta su abertura un par de veces e introduciendo ligeramente las yemas de los dedos.

Me muerde el pecho con fuerza en respuesta y en consonancia con su lujuria desenfrenada.

Maldita sea, tus reacciones me vuelven loco.

La acerco más y mamo uno y luego el otro pecho, pasando la lengua por la punta dura.

Luna gime fuerte y empieza a cabalgar mi mano.

Vuelvo al dormitorio con ella en brazos, la tumbo en la cama y enciendo la lámpara.

—Eres preciosa.

Me quito los jeans y los zapatos, pero me dejo puestos los calzoncillos.

Cuando me tumbo a tu lado, la entrega y la confianza en tus ojos casi me matan.

Separo los labios de su coño y acaricio su clítoris. Me agarra la mano, intentando que la penetre.

—No. Esta vez quiero beberte.

Me acomodo entre sus muslos, pero no suelto su peso. Beso su cuello y su regazo.

Su respiración es inestable, como si estuviera buscando oxígeno.

Chupo un pecho y ella levanta las caderas de la cama en señal de ofrenda. Froto mi barba contra su abdomen, turnándome para besarla y lamerla.

—Ricco, por favor…

Tu sexo está a centímetros de mi boca.

—Ábrete a mí.

Quiero que experimente el control sobre su propio cuerpo, que no sienta vergüenza y que aprenda a exigir lo que quiere.

Cuando hace lo que le digo, chupo su punto de placer, desesperado por su sabor, mientras la invado lentamente con un dedo.

—¡Dios mío!

—No tienes ni idea de lo mucho que la quiero.

—Enséñamelo.

Arrodillado entre sus piernas, acerco su mano a mi polla. No la mueve, pero veo que abre los ojos.

—Quiero acariciarte como tú lo haces conmigo, pero no sé cómo.

—Tócame. Te enseñaré a conocer mi cuerpo.

Me agarra de los calzoncillos y me los baja lentamente. Mi polla está dura como el acero, pesada y apuntando hacia arriba.

Mueve la mano hacia delante y hacia atrás otra vez, pero luego, más valiente, la envuelve entre mis dedos. La guío, ayudándola a moverse al ritmo que me gusta, con la presión justa. Luna parece concentrada en lo que hace, con los dientecillos pegados al labio y la cabeza gacha.

Como a cámara lenta, la veo inclinarse hacia delante y deslizar mi polla en su cálida boca. El primer contacto es experimental y no me muevo para dejar que se acostumbre. Pero cuando siento su lengua saboreando mi semen, me vuelvo loco y mis caderas se mueven como si tuvieran vida propia.

—Me encanta tu sabor —dice devorándome.

—¡Jesucristo, Luna!

La fuerza con la que me contengo para no agarrarla del pelo y hundirme en su garganta me hace estremecer, pero ella parece ansiosa por más.

—Eres tan grande.

Mis caderas empujan, urgiéndola a que me acepte. La urgencia me marea.

Sé que tengo que parar porque es imposible que la primera vez que me corra con ella no sea dentro de su cuerpo.

La empujo suavemente y la levanto. Ahora estamos los dos arrodillados en la cama, uno frente al otro. Mi polla frotándose contra su abdomen.

Paso los dedos por ella, casi gritando cuando la siento gotear sobre mí.

Inclino su cabeza hacia atrás, forzando mi lengua en su cálida boca.

—Te deseo. Quiero sentirte a mi alrededor.

La tumbo en la cama y le separo los muslos.

La acaricio desde las rodillas hasta el interior y no pierde el ritmo.

Se estremece bajo mis caricias, vulnerable, abierta.

—No voy a hacerle daño.

—Lo sé. No tengo miedo. Te quiero mucho.

Pero me doy cuenta de que está ansiosa, así que me inclino y le agarro cada uno de los pechos, acariciándole los pezones con los pulgares. Sigo explorando su cuerpo, mis manos recorren la carne de su abdomen hasta llegar a su coño.

La pruebo una vez más con la punta del dedo y, cuando me lo suplica con los ojos, sé que no puedo esperar más.

Voy a donde he dejado mis vaqueros y cojo un preservativo, poniéndomelo con la práctica de años, aunque esta vez realmente desearía no usarlo. Pero ella es virgen y las posibilidades de que esté protegida por la píldora son nulas.

Me agacho y le chupo el pecho, mientras me coloco entre sus muslos. Me aprieta los antebrazos, nerviosa pero también confiada, y me prometo que no le haré más daño del

necesario.

Tu cuerpo está duro bajo el mío y no quiero eso, sino que estés receptiva y preparada para mí.

—Estoy loco por ti, mi Luna.

Empujo lentamente dentro de ella y capturo su boca, acallando su jadeo asustado.

Agarrando uno de sus muslos y llevándolo alrededor de mi cintura, finalmente la tomo entera.

Una mezcla de suspiro y grito resuena en mi boca y, por su rigidez, sé que le duele. Sus uñas, clavándose en mis bíceps, me apartan y me arrastran a una apasionada indecisión.

Me muevo en círculos, aún más despacio, esperando a que nuestros cuerpos se adapten.

Salgo y vuelvo a entrar varias veces, decidido a hacerla gemir de excitación.

Poco a poco se relaja y sus brazos me rodean el cuello.

—Muévete conmigo, gira las caderas. Necesito ir más profundo.

Mi cuerpo es como una barra de acero, la fuerza con la que impongo mi autocontrol me tensa por completo.

Finalmente, se embarca conmigo en nuestro viaje por el paraíso, su carita bonita ya no está asustada, sino transmutada en puro placer.

Nunca me había sentido así. Atrapado en cada respiración y suspiro de una mujer.

—Más, Ricco. Aún no sé lo que necesito, pero lo quiero todo.

Y le doy lo que pide, la lleno, empujo fuerte, empujo profundo hasta que no queda espacio entre nuestras carnes.

—No quiero hacerte daño. Hazme saber si es demasiado.

—Por favor, no pares.

Tu petición es como gasolina en mi cuerpo y mente.

Descontrolado por el deseo, aprieto sus caderas, con el cerebro completamente desconectado, incapaz de pensar en otra cosa que no sea la primitiva necesidad de darle placer, envolviéndola en un mundo propio, hecho de descubrimientos, clamores y lujuria.

—¿Ya no te duele?

—Hummmmm…

—Luna…

Su respuesta es cerrar las piernas a mi espalda.

Mis golpes son ahora largos y profundos. Nos perdemos durante minutos en los ojos del otro. La conexión se forja como un lazo irrompible de deseo.

Pulsa a mi alrededor, contrayéndose y soltándose, mientras me la follo más y más salvajemente.

Llego casi hasta el final y ella protesta, gimoteando.

—No pares, me siento vacía sin ti en mí.

—No hay oportunidad, amor.

Ahora bombeo sin freno, decidido a llevarla al cielo, empujando cada vez más rápido.

Me acompaña todo el tiempo y cuando noto los movimientos espasmódicos de su cuerpo, deslizo una mano entre nosotros y masajeo el duro nódulo.

Gime, se estremece y, con un último grito, se corre en mí.

Tan caliente y empapada que puedo sentirla a través del condón.

Ambos estamos temblando.

—Me voy a correr muy fuerte —advierto—. Ojalá pudiera tirar este puto condón y llenarla

con mi semen. Verla rebosar con mi semilla.

—Ohhhhhh…

El sonido de nuestros cuerpos golpeándose rompe el silencio de la noche, llenando la habitación de una deliciosa sinfonía.

Empujo unas cuantas veces más, perdido en una confusión de sensaciones y olores hasta que siento que se me endurecen las pelotas cuando el mejor orgasmo que he tenido nunca me derriba por fin.

Es tan intenso que estoy seguro de que, si me pusiera de pie ahora, mis piernas no me sostendrían.

¿Qué acaba de pasar? Me siento como si me hubiera atropellado una locomotora.

Siempre me he enorgullecido de tener control sobre mi cuerpo, pero estoy completamente perdido en ella.

Todavía no puedo irme. No quiero renunciar a tu calor, entonces prolongo nuestro beso.

Ya no es sólo calentura, sino el deseo de mantener la conexión.

Sustituyo los besos de mi boca por los de su cara y su cuello, y ella me acaricia el cabello.

—Muchísimas gracias. Fue mejor que cualquier cosa que pudiera haber soñado. Nunca lo olvidaré.

«Yo tampoco», me digo, porque estoy demasiado confuso para expresarme con palabras.



Luna



Capítulo 24

Una semana después

—Me alegro mucho de que lo estés disfrutando.

A pesar de lo que dice, puedo ver la preocupación de mi hermana en su cara.

Esta es nuestra videollamada semanal, porque en el día a día nos hablamos por teléfono o por SMS. A veces incluso Hudson me escribe. Pero tengo muchas ganas de verlos, sobre todo a mi mini *cowboy*.

—¿Es realmente un buen tío?

—No es *un tío*, es un hombre adulto, como Hudson. Antes de crear fantasías en tu cabeza, debes saber que nuestra relación no se parece en nada a la tuya.

—No sé si lo entendí o me gustó oírlo.

—Entré en esta relación con él sabiendo que habría una fecha límite.

—¿A qué te refieres?

—Establecimos reglas. Quiero decir, él las estableció y yo dije que *de acuerdo*.

—Me estás diciendo que el cretino…

—Por favor, no hables así de él. No me sedujo ni nada por el estilo. Quería y sigo queriendo lo que pasa entre nosotros.

—¿Aunque sepan que se dirigen a la nada?

—Sí, porque cada segundo con Ricco vale la pena. Quizás ha llegado el momento de hacer una confesión.

—¿Qué tipo de confesión?

Hago un rápido resumen de cómo le conocí hace cinco años y, a medida que avanzo, puedo ver el asombro en su cara. Por eso postergo revelarlo todo. Porque nadie más que yo lo entendería.

Cuando todo parece perdido en nuestras vidas, lo mejor para alimentar la esperanza es tener un objetivo. En mis momentos más desesperados, cuando estaba enferma, soñar con mi viaje a Italia y volver a verla era como combustible mental.

—Si tu intención era calmarme, que sepas que mi preocupación alcanza ahora a las estrellas.

—También me puse nerviosa cuando te involucraste con Hudson y no te aconsejé que te alejaras. Soy una adulta, Antonella. Y soy consciente de que existe la posibilidad de que acabes el verano con el corazón roto, pero ¿quieres saber un secreto? Valdrá la pena. Me siento más feliz que nunca.

Veo que mis palabras te han entristecido, pero, aunque lamento hacerte sufrir, no permitiré que cualquiera guíe mi vida.

Es más, lo que he dicho es la pura verdad. Aunque no tengo ni idea de cómo seré cuando me despida, hoy me siento realizada. No sé nada de relaciones, casuales o no, pero puedo decir que Ricco ha sido perfecto desde el día en que hicimos el amor por primera vez.

—*No quería disgustarte* —dijo.

—No me disgustó, pero me duele pensar que me consideras tan frágil que sería incapaz de afrontar un corazón roto, si es así. Hubo momentos en el pasado en los que no sabía si habría un mañana, y ahora tengo la oportunidad de vivir como una joven normal.

—*No eres una joven mujer corriente, eres la más especial de todas. Espero que tu italiano sepa valorar lo que tiene entre manos.*

—No quiero hablar del futuro. Prefiero vivir el presente.

—*Lo siento, Luna. Soy la persona que más desea que seas feliz, pero ¿cómo no preocuparme sabiendo que ya has viajado con sentimientos hacia él? Has partido con desventaja, porque en ti hay algo más que atracción física.*

—Tienes razón, empecé en desventaja, pero ¿sabes lo que descubrí? No importaba dónde nos encontráramos, siempre me enamoraba. No tengo una explicación lógica para esto y, para ser sincero, no creo que la necesite. Lo único que puedo decir es que no me imagino, al menos de momento, entregándome a otro hombre.

Se seca una lágrima y mi corazón se contrae. Antonella nunca llora y verla triste me destroza.

—*No quiero impedirle vivir. Animo su felicidad porque soy su mayor fan, pero si ese italiano no la trata bien, me verá.*

—Nunca lo dudé, hermana.



El mismo día

Chiara me ha invitado a una fiesta en Florencia, ya que me perdí la de la discoteca. Me ha dicho que nos veríamos luego en la bodega y me pone muy nerviosa que me haga preguntas sobre mí y su hermano, aunque creo que ya sospecha algo.

Pienso en la expresión de la cara de Ricco cuando le dije, la primera noche que dormí aquí, que no quería que el personal del hotel nos viera juntos, lo que acabó desmoronándose porque siempre vuelvo a la sede en su coche por la mañana.

Ayer me cogió por sorpresa cuando me dijo que debía cerrar mi cuenta del hotel y quedarme en su casa.

Parecía un sueño, pero no me permití decir que *sí*, porque aparte de que llevamos poco tiempo juntos, no quiero acostumbrarme a dormir y despertar a tu lado, aunque la mayor parte del tiempo acabe quedándome aquí, en tu casa.

Hoy me he levantado más tarde de lo habitual y él ya se había ido a la oficina. Luego me ha enviado un mensaje diciendo que pasaría a recogerme para comer.

No en la bodega, sino en un picnic en una colina.

Miro la hora en el móvil y, sin nada que hacer, decido dar un paseo para explorar la casa.

Estoy lista y Ricco tardará al menos una hora en venir a verme.

Veo pasar una sombra por el pasillo y me doy cuenta de que es Thor. Nos hemos hecho buenos amigos, aunque a veces casi me tumba con su enorme cuerpo.

—Thor —le llamo, y asoma la cabeza por la puerta del dormitorio—. ¿Qué te parece si me enseñas la casa de tu amo, *eh*?

Juro que a veces tengo la sensación de que entiende lo que le digo y, como para confirmarlo, se vuelve hacia el pasillo, como diciendo: ¿a *qué esperas?*

La casa tiene al menos diez dormitorios y para un soltero empedernido es demasiado, pero eso no es asunto mío.

Camino con Thor a mi lado y paso por las habitaciones, cuyas puertas están abiertas, sin querer entrar en ninguna de ellas. Pero cuando veo una de ellas cerrada, me pica la curiosidad y giro el picaporte.

La sorpresa me hace abrir mucho los ojos.

Es la habitación de un niño. De un bebé, en realidad.

No como un trastero, sino como si estuviera listo para ser utilizado. Todo está limpio y huele como una habitación infantil.

Siento que se me contrae el estómago, pero no sé por qué.

¿Ricco es padre? Nada de lo que me has dicho hasta ahora me ha dado una pista.

Me acerco a una cómoda llena de marcos de fotos.

En todas ellas, Ricco tiene a un precioso niño en su regazo. No haría falta una prueba de *ADN* para saber que son padre e hijo.

¿Por qué no me dijo nada? ¿Dónde está ese niño? Llevamos juntos una semana y nos vemos todos los días. Ni una sola vez me ha dicho que tengo que ir a visitarlo, ya que para mí es obvio que él y su madre no tienen una relación.

—Pensé que la encontraría en casa de mi hermano.

La voz de Chiara me asusta, pero no demasiado, pues aún no me he recuperado de la sorpresa de mi descubrimiento.

Miro hacia atrás y creo que puede ver la confusión en mi cara, porque se acerca y me coge de la mano.

—Era nuestro Nicolo, el hijo de mi hermano. Mi querido sobrino.

—¿*Era*?

—Sí.

Tiene los ojos llenos de lágrimas.

—Se ahogó por la negligencia de su madre.

—¡Dios mío!

Me tapo la boca con la mano, una inmensa tristeza se extiende en mi interior por Ricco y por el pequeño que no tuvo la oportunidad de crecer. Un padre y un hijo separados por una fatalidad.

—Mi hermano nunca se recuperó de la pérdida. Creo que nunca lo hará. Se culpa a sí mismo porque no estaban casados y él no estaba para cuidar de su hijo.

Miro alrededor de la habitación.

—No sé qué decir.

—Si quieres un consejo, espera a que él te lo cuente. Cuando murió mi sobrino, pensé que también perderíamos a mi hermano. Si no te ha dicho nada de Nicolo, quizá aún no esté preparado.

Ricco



Capítulo 25

Florencia — Italia

Diez días después

Ella parece diferente y me pregunto qué le pasa.

Las dos últimas noches no quiso dormir en mi casa. De hecho, ahora que lo pienso, insistió en que viniéramos a Florencia.

No creo que tenga nada que ver con el plazo de sólo una semana, como me dio inicialmente. Expiró hace mucho tiempo. Además, la química entre nosotros no deja lugar a dudas de que funcionamos bien juntos.

Luna es guapa, apasionada y curiosa, una combinación explosiva, y creo que nunca he conocido a otra mujer tan compatible sexualmente conmigo.

Siempre he tenido una vida sexual sana y constante, pero con ella, el hambre no desaparece. Cada noche es como la primera, y se pone aún mejor.

Así que no entiendo qué puede estar pasando. No es nada de lo que se haya quejado, pero mi intuición me dice que se está conteniendo, que no se entrega del todo.

Así que hoy he decidido aceptar una invitación a la inauguración de una galería de arte y salir en público con ella por primera vez.

Es algo que ha causado peleas entre nosotros.

Nunca había vivido una situación en la que la mujer con la que estaba quisiera escondernos, pero ésa es exactamente la sensación que tengo —lo cual no tiene ningún sentido, ya que Luna me dijo que le había contado a su hermana, Antonella, de la que sólo supe más tarde que era la esposa del actual gobernador de Texas, Hudson Gray, que estábamos juntos—

—¿Por qué pareces enfadado? —me pregunta en cuanto subimos a mi coche.

Está guapísima con un vestido rojo corto con la espalda descubierta, que yo no podría permitirme.

Es como si no quisiera que nada le recordara a mí en el futuro.

—No lo estoy.

—Permítame corregirle, *Signor* Moretti. Callado y gruñón.

—¿Por qué no quieres que nos vean juntos? ¿Por qué he tenido que convencerte para que nos

dejes salir en público por primera vez, a pesar de que no me apetece nada ir a esta inauguración?

—Entonces, ¿por qué vamos?

—Verla asumir que somos el uno del otro.

—Sólo durante el verano.

Miro hacia delante, con las manos bloqueadas en el volante de mi Ferrari.

—Lo que sea, pero somos pareja.

—Aquí me da igual que nos vean —ella continúa, aparentemente indiferente a lo alterado que estoy.

—Todo el mundo en San Bertaldo ya lo sabe, Luna. Así es el campo italiano. El barrio tiene su propio concepto de red social: estar pendiente de la vida de los demás.

Se pone roja.

—¿Todo? Quiero decir: ¿que pasamos la noche juntos?

Joder, ¿cómo puede volverme loco y que cinco segundos después me entren ganas de cogerla en brazos y jurar que la protegeré del mal ajeno?

—¿Qué hay de malo en ser mi novia?

—Se lo dirán a su familia. Chiara ya sabe que vamos a salir, pero no quiere que su madre se entere.

—Creo que lo sabía incluso antes de que empezáramos.

—No lo entiendo.

—Mi madre me conoce. Se dio cuenta de que había algo entre nosotros cuando nos vio juntos. ¿Crees que por algo me pidió que te invitara a comer con la familia?

—Tu madre es increíble —dice, evitando el tema.

—Ha insistido en que venga al próximo almuerzo.

—¿Por qué mezclar a la familia en esto, Ricco? No tiene sentido. Me iré en poco más de dos meses. Si fuera al revés y estuviéramos en Texas, no te llevaría a conocer a Antonella.

—¿Por qué no?

—Mi hermana y yo somos muy protectoras la una con la otra. Ella no estaba contenta con el trato que hicimos de solo pasar el verano juntas.

—¿Y tú?

—¿*Eh*?

—¿Está satisfecha con este trato?

Mira por la ventana.

—Me has dicho que no te ves en una relación a largo plazo, lo que significa que, aunque siguiéramos después de que acabe el verano, en algún momento romperíamos. Preferiría haber acordado la fecha. No me gustan las sorpresas.

Y con eso, da por terminada nuestra conversación, aparentemente desinteresada en escuchar cualquier argumento.

Pero, ¿qué diría yo si así fuera? Luna me está dando exactamente lo que quería cuando empezamos: meses deliciosos con la mujer que me vuelve loco. Entonces, ¿por qué no me parece suficiente?



Horas después

Me bastaron unas horas dentro del partido para darme cuenta de que ya no soy el mismo de antes.

La gente con sus sonrisas falsas, los hombres deseando a Luna y tratando de adivinar quién es y las mujeres lanzándose sobre mí, sin ningún respeto por mi novia, probablemente creyendo que he vuelto al mercado.

Aquella mierda agotó mi paciencia con bastante rapidez, pero podría haberlo pasado todo por alto si no hubiera sido porque Luna parecía completamente fuera de lugar. La única vez que la vi relajarse fue cuando Chiara se acercó a hablar con nosotros, pero mi hermana estaba con un grupo de amigos y pronto se fue a quedar con ellos.

Nos dejamos fotografiar y se quedó firmemente a mi lado cuando quedé con un conocido, sonriendo y contestando cuando le preguntaba algo, pero ya estoy aprendiendo a leerla y podría jurar que preferiría estar en mi regazo, en el salón de mi casa de San Bertaldo, con Thor a nuestros pies.

Luna se adapta con facilidad, pero a pesar de su alma inquieta, su naturaleza es sencilla, y he descubierto que me encanta su naturalidad.

Ahora, de camino a casa, me presenta el mismo silencio con el que llegamos a la inauguración.

Debería dejarla en paz, pero soy un obseso del control y eso se extiende a cualquier ámbito de mi vida. Así que, en cuanto cierro la puerta de mi casa en Florencia, me reclino contra la puerta, con las luces aún apagadas.

—¿Qué falta entre tú y yo?

Se aleja, sin siquiera intentar encender las luces, hacia mi habitación, pero al oír mi voz, se da la vuelta. Se acerca a una lámpara y la enciende.

—Nada —responde lo que sé, por experiencia, que significa para una mujer: «*¿No ves dónde te has equivocado, idiota?*»

—Luna.

—¿Qué me estás exigiendo exactamente, Ricco? —Finalmente explota, con las manos en las caderas. Prefiero mil veces que te vuelvas loco a que te cubras de educada indiferencia—. Te dije que no tenía experiencia en relaciones y te estoy dando lo que acordamos. Mi cuerpo, mi tiempo y mi atención. Pero me aterra enamorarme y, al final, recibir una palmadita en la espalda con un cartel de «sigue adelante». No me pidas lo que no puedes darme. ¿Quieres que esté encima de ti, como todas las otras mujeres que has tenido? No, gracias. No fui deseada por la familia sustituta que tuvimos y me siento muy mal. No voy a esperar a que me eches. *Si*, y fíjate en lo que te digo, no estoy segura de que duremos tanto, me quedo hasta el final del verano, el día antes de que se cierre la temporada tendré las maletas hechas.

En dos pasos estoy delante de ella.

—No.

—No, ¿qué?

—Acuerdo roto. A la mierda el verano. Ya no quiero una fecha fija.



Luna



Capítulo 26

No es nuestra primera pelea y mi intuición me dice que tampoco será la última, pero hoy ha conseguido sacarme de quicio.

—¿Y qué me ofreces? —pregunto, dando un paso adelante y casi pegando nuestros cuerpos.

Mi respiración es agitada, una mezcla de rabia y excitación.

Tras el descubrimiento que hice en su casa de la muerte de su hijo pequeño, Nicolo, pensé que a medida que nos acercáramos, Ricco acabaría hablando de él. Pero, aunque nuestra relación no deja nada que desear en lo que a pasión se refiere, me di cuenta de que la vida de Ricco está compartimentada, como si encerrara cada sector en una habitación diferente. Yo, en este caso, soy el sexo caliente, la novedad.

Así que seguí con mi plan inicial, sin olvidar nunca lo que me dijo —que el final es una certeza—, aunque cada vez me resulta más difícil mantener el corazón protegido de todo lo que me hace sentir.

—Citas.

—Eso ya lo tenemos, ¿no? Porque eso es exactamente de lo que hablamos de camino a la galería de arte. Me dijiste que ahora toda Italia sabe que estamos juntos, aunque nadie sospeche que es sólo sexo.

Tiemblo como una loca y, de repente, como si se hubiera abierto el telón de un teatro, mostrando el decorado que hay detrás del espectáculo, me doy cuenta de que ya no puedo más. Porque, a pesar de nuestro bonito trato y de todos los recordatorios que he intentado darme, estoy completamente enamorada de Ricco Moretti.

—No se trata sólo de sexo —dice, pero yo ya no quiero oírlo.

Me bajo, me quito los tacones y corro a su suite.

—Luna.

Oigo sus pasos detrás de mí.

—Quiero irme.

—¿Por qué?

—Porque vas a hacerme daño. Pensé que podría durar todo el verano, pero no puedo, Ricco. Tu mundo está a años luz del mío. Nunca seré…

No termino la frase porque su mano me tira del cabello, su boca me devora.

Basta que nos toquemos unos segundos para que toda la rabia que sentimos estalle en pasión.

Nuestras manos se trazan mutuamente, en un camino que construimos cada día que nos entregamos a los brazos del otro. En una búsqueda desesperada, nuestros dedos tantean botones y cremalleras, pero no necesitamos mucho, sólo lo suficiente para conectar.

Me estrecha en sus brazos y, cuando por fin está dentro de mí, la rabia se apaga en una entrega tan íntima que apoyo la cabeza en su hombro porque no soporto mirarle.

—No se ha acabado —repite suavemente cada vez que me coge.

Subo y bajo por su cuerpo, necesitando sentirme completa, anhelando nuestra unión, la sensación de plenitud que sólo él puede darme.

—Estoy enamorada de ti. No recuerdo cómo era antes de tenerte así dentro de mí.

Sus movimientos se aceleran casi hasta el dolor, pero aún no es suficiente. Como si intuyera lo que necesito, me lleva hasta la cama, me apoya sobre las manos y las rodillas y me agarra las caderas por detrás.

Siento que se inclina hacia delante y me besa la espalda mientras sigue empujando cada vez más fuerte, y al poco rato me estoy derrumbando, rendida ante el hombre que sé que siempre será el único para mí.

Me sigue poco después y nunca habrá mejor sensación que la de que mi precioso italiano se entregue también.

«*Pero esto es sólo sexo*», advierte una voz, reventando mi burbuja.

Me dejo caer sobre la cama, con los ojos cerrados, sabiendo que tengo que irme mientras siga de una pieza, y como si adivinara lo que estoy pensando, se tumba y me atrae hacia su cuerpo.

—No ha terminado.

No respondo y no tengo el valor de abrir los ojos después de haber declarado mi amor en voz alta.

—¿*Bella*?

—¿Qué quieres de mí?

—Todo. Sin acuerdos ni plazos. Sólo nosotros dos.

—Aún no estoy segura de entenderlo.

—Novios sin plazos. Vamos a conocernos.

—Hasta ahora no lo has hecho. Todo lo que sé de ti tiene que ver con la bodega, que tienes una madre preciosa y una hermana que es la mejor cuñada que nadie podría desear. Sé que eres multimillonario, lo que no me importa, y que amas San Bertaldo. Aparte de eso, no me has dicho nada más, ¿y quieres que me entregue?

—Vamos a darnos una ducha y luego hablamos.



—No sé cómo hablar de mí mismo —dice.

—¿Puedo intentar empezar?

Asiente con la cabeza.

Estamos en su salón, sentados en sillones relativamente separados. Elegí el mío a propósito porque necesito pensar con claridad y no puedo hacerlo con Ricco tan cerca.

—Entré en la habitación de su hijo.

Su postura cambia al instante. Su mandíbula se aprieta.

—No estaba fisgoneando, sino explorando la casa. ¿Por qué nunca me hablaste de él, Ricco? Sé que se suponía que nuestro acuerdo era sólo para el verano, pero…

—No hablo de Nicolo con nadie, ni siquiera con mi familia.

—No voy a pretender entender tu dolor porque no tengo ni idea de lo que es perder un hijo, pero Chiara me contó cómo él… en fin, como te decía, no sé de dolor, pero sí de culpa.

No me miraba, pero se dio la vuelta para mirarme.

—¿A qué te refieres?

—¿Recuerdas cuando dije que mis padres fueron atropellados porque estaban visitando un terreno que querían comprar? Mamá dijo que iba a construir la casa de nuestros sueños y yo, que siempre he sido una experta en soñar, incluso cuando era muy pequeña, le prometí que algún día llenaría el lugar de nietos y que pasaríamos muchas Navidades con una familia enorme, porque siempre fuimos sólo nosotros cuatro, ya que como dije, aquella tía que terminó de criarnos nunca estuvo cerca de nosotros.

—No puedes culparte por eso. Fue una fatalidad. Ellos también querían la tierra.

Siento que las lágrimas corren por mis mejillas.

—Fue culpa mía que fueran allí ese día. Insistí a mi madre para que cerrara el trato o alguien lo habría comprado antes que nosotros. Querían ir el fin de semana, pero yo insistí, Ricco. Y nunca tuve el valor de decírselo a nadie, ni siquiera a Antonella. Mi hermana no tiene ni idea de que nos quedamos huérfanos por mi culpa.

No veo nada más delante de mí y ni siquiera me doy cuenta cuando me coge en brazos, pero cuando me envuelve con sus manos, sé que estoy en mi lugar favorito del mundo.

—No fue culpa tuya. Sé que no duele menos, pero no fue culpa tuya.

—¿Cómo puedes decirme eso si sientes lo mismo por tu bebé?

—Tus padres eran adultos, Luna, tomaron una decisión. Nicolo dependía de mí y de su madre para mantenerse a salvo.

—¿Qué hacía? ¿Por qué no cuidaba de su hijo?

—Nunca sabré toda la historia. Naomi se suicidó el mismo día que mi hijo se ahogó.



Luna



Capítulo 27

San Bertaldo

Una semana después

Nuestra relación cambió tras la pelea y la conversación que la siguió.

Creo que después de que ambos mostráramos un poco de lo que nos hacía daño, se formó un vínculo entre nosotros.

No me hago ilusiones pensando que corresponde a mis sentimientos, pero al menos ha admitido que soy diferente de las otras mujeres con las que ha estado, incluida la madre de su hijo, que, según Chiara, nunca ha tenido una relación.

Tras aquella conversación, finalmente cedí e investigué a *fondo en Internet*.

Tuve que ir a dar un paseo por mi cuenta cuando terminé de leerlo.

Según los periódicos, el niño, Nicolo, de apenas veinte meses, se ahogó al caer a la piscina. La madre había despedido a las niñeras, así como a los guardias de seguridad, y al parecer se quedó dormida y abandonó al niño a su suerte.

No hay muchos detalles sobre la cronología de la tragedia, pero se especula con que, al despertarse y encontrar el cadáver de su hijo, tomó una sobredosis de somníferos que le causó la muerte.

No puedo imaginar el dolor que debe ser perder un hijo de esta manera y también el sentimiento de culpa, aunque no creo que tenga sentido en su caso. Pero, ¿quién ha dicho que el dolor sea racional?

Chiara me contó que Ricco había intentado por todos los medios mantener una relación civilizada con su mujer, Naomi, pero que al final ya había decidido pedir la custodia permanente.

No tuvo tiempo suficiente y sospecho que el dolor proviene del hecho de que piensa que tardó demasiado en actuar.

Es mucho equipaje para llevarlo solo y no sé cómo se sobrevive a algo así.

No hemos vuelto a hablar de ello y he decidido que no voy a hacerlo, a menos que él tome la iniciativa. Creo que dada la forma en que ha llevado su vida hasta la fecha, lo que propuso fue un gran paso. Compartir no es fácil. Yo misma, con todo amor a mi hermana, nunca le había hablado de Ricco.

Miro el reloj de la mesa.

Hablando de Antonella, ya casi es hora de nuestra videollamada semanal.

Como estoy en casa de Ricco y decidí preparar la cena, dejé la computadora portátil en el mostrador de la cocina.

Completo la llamada y espero a que aparezca su rostro, pero me sorprende cuando aparece en primer plano el rostro regordete de mi sobrino.

—¡Dios mío! ¿Quieres matare mi corazón? ¡No esperaba hablar directamente con mi guapo cowboy!

Está sentado en el suelo, rodeado de juguetes, y cuando escucha mi voz, empieza a mirarme. No sé si entiende que alguien le está hablando por el ordenador, pero, pareciéndose a su padre, empieza a empujar el suelo, balanceando un carrito en su mano derecha.

—*Hola, hermana.* —finalmente aparece Antonella—. *¿Te gustó la sorpresa?*

Hablamos durante unos diez minutos hasta que decido sacar a relucir un tema que sé que la preocupará. Hasta ahora no he dicho nada sobre el hecho de que me quedaré más tiempo en Italia.

—Hay algo que necesitas saber. No me voy en septiembre.

—*¿Cómo? ¿Estás pensando en cambiar tu viaje a otro lugar?*

—Ricco y yo decidimos intentarlo de verdad. Y antes de que me preguntes qué significa eso, no tengo idea, pero estoy pensando en quedarme en Italia un poco más.

Para mi sorpresa, ella sonríe.

—*Creo que ahora me gusta un poco él.*

—No te emociones demasiado. Es sólo una relación, no una promesa de amor eterno.

—*Pero es amor, ¿no?*

—Por mi parte, sí.

—*Entonces ¿quién soy yo para juzgarte, Luna?*

No le hablaré de su hijo. Eso es algo para una conversación cara a cara, además, si conozco bien a mi cuñado, a diferencia de mí, que decidí no investigarlo todos estos años, Hudson ya debe haberle dado un giro a la vida de Ricco, lo que significa que él sabe sobre la muerte del bebé. No creo, sin embargo, que le haya dicho nada a Antonella. Él nunca interferiría en nuestra relación.

—Él me dijo que, si queréis venir, seréis bienvenidos.

—*Me encantaría, pero necesito ver si Hudson puede tomarse al menos cuatro días libres. Ir a Italia por menos tiempo ni siquiera vale la pena*.

—Si vienes, podemos ir juntas a ver la casa donde nació mamá. La otra vez, no había nadie.

—*Juro que lo intentaré, pero depende de la disponibilidad de Hudson.*

—Entonces será mejor que hables con Dominika. Ella conoce su agenda mejor que nadie. Cuando hables con ella, envíale un beso. Extraño a todos.

—*Mando, puedes dejarlo. Ahora tenemos que hablar de algo importante: Hudson le pagó por adelantado un mes más en el hotel.*

—No, estoy pensando en alquilar una casa. Mi parte del alquiler del apartamento en Boston es suficiente para esto.

—Ya que estás pensando en quedarte permanentemente en Italia, ¿por qué no vendemos el apartamento directamente? Hudson dijo que es muy valorado. Ninguno de nosotros tiene intención alguna de volver allí.

—Creo que sí ha aumentado de valor. ¡Boston es muy cara! Pero no dije que me quedaría en Italia de forma definitiva, sino que pasaré un tiempo aquí. Si realmente voy a quedarme en los alrededores de Florencia, estoy pensando en volver a estudiar y conseguir un empleo también.

—Cualquier decisión que tomes, te apoyaré. Solo quiero que seas feliz.

Ella se detiene y sé que quiere decir algo, pero se contiene.

—Te conozco, ¿sabías? ¿Qué te pasa?

—No te enojes, pero le pedí a tu médico que agendara una cita con un especialista en Florencia para que puedas hacerte un chequeo mañana. Sé que estás bien, pero como hace meses que no te consultas, me gustaría tener la certeza.

—Solo no voy a pelear contigo porque sé que estás verdaderamente preocupada. Pero te juro por Dios que estoy bien. Creo que incluso tendré que cerrar la boca. He comido mucho más de lo normal. ¿Ya he ganado dos kilos, crees?

—¡Ay, Dios mío! Si realmente vamos a Italia, tendré que buscar un nutricionista antes. Voy a empezar una dieta de inmediato, de hecho. Dios sabe que no necesito ni cien gramos más en mis caderas.

—No seas tonta. Eres hermosa. Ahora tengo que irme, si no, la cena se va a quemar. Te amo.

Tan pronto como cuelgo, Ricco entra por la puerta con mis maletas en las manos.

—¿Qué significa esto?

—Has sido desalojada, señorita. El gerente me dijo que tu reserva ya ha terminado.

—Pero mi hermana acaba de decirme que Hudson renovó la reserva.

—Sí, lo intentó, pero desafortunadamente no tenemos más habitaciones disponibles. Así que parece que tendrás que quedarte aquí.

Coloco ambas manos en mi cintura.

—Esto huele a manipulación de tu parte.

—De ninguna manera. Sólo tengo una reputación que mantener. No quiero que se extienda por toda Toscana el rumor de que mi novia no tiene hogar. Sería una vergüenza para el clan Moretti.

Sacudo la cabeza, obligándome a parecer enojada, pero empiezo a reírme de su descaro.

—Menos mal que no eres un jugador de póquer, novio. Miente muy mal. De todos modos, hoy estuve hablando con mi hermana sobre esto. Voy a buscar una casa para alquilar aquí en las afueras o quizás más cerca de Florencia. Si me voy a quedar en Italia, quiero volver a estudiar.

—¿Si?

—Sí.

Veo su rostro de cerca, pero no tengo ganas de pelear, así que cambio de tema.

—Tu madre llamó hoy a mi móvil invitándonos a almorzar el próximo fin de semana.

Su ceño empeora y sé que es por culpa de su padre, pero no tengo más excusas para darle a Carina. Desde que asumimos la relación, ella ha estado insistiendo en que vayamos a su casa.

—No necesitamos demorarnos, —digo— pero sabes que no puedo esquivar esta invitación para siempre. Si no quieres ir, tienes que decírselo.

Ya sabe que Chiara me contó todo sobre la loca situación de su padre como cabeza de

familia. Admito que no me entusiasma la idea de sentarme a la mesa con un hombre que juega no sólo con la vida de sus dos esposas, sino también con la de sus siete hijos. Sería feliz si Ricco le dijera a su madre que no iremos, pero esa decisión tiene que venir de él y sé que no quiere lastimar a Carina.

—Está bien, puedes concertar una cita. Pero ahora ven aquí. Había pensado en llevarte a cenar, pero mientras preparabas la comida para nosotros dos, decidí que quiero mi postre primero —dice levantándose y sentándose en el mostrador.



Luna



Capítulo 28

Cuatro días después

Mientras conduce hacia la casa de sus padres, la tensión de Ricco me invade.

Pasé los últimos días súper feliz. Fui a la cita con el especialista que me programó Antonella y me dijo que según los exámenes clínicos me veía muy bien. Por supuesto, también tuve que hacer los laboratorios y estoy esperando los resultados, pero sé en mi corazón que todo estará bien.

Miro hacia un lado y veo a mi novio agarrando el volante del auto con tanta fuerza que sus nudillos están blancos.

Nunca entró en detalles sobre el tipo de relación que tiene con Dino Moretti, pero no creo que sea amistosa. Mientras tanto, Ricco adora a su madre.

¿A quién no le encantaría? Carina es la típica matriarca agregativa, muy parecida a Mary Grace, la abuela de Hudson. La única diferencia para mí es que creo que la abuela Mary le arrancaría los genitales al hombre que la engañó.

Por más que trato de despejar mi mente de cualquier juicio, no puedo negar que, aún sin conocerlo, no me agrada su padre.

Hacer trampa en mi mundo es un límite estricto. Sé que nunca podría quedarme con un hombre que me engañó.

—Quiero volver pronto a casa.

—Está bien —digo, poniendo mi mano en su pierna—. ¿Puedo preguntar algo?

—Puedes —responde, aunque toda su postura dice *«de ninguna manera»*.

—Tu hermana me explicó más o menos la situación de tu familia. Si tanto te molesta verlo casi todas las semanas, ¿por qué no invitas a tu madre y a Chiara a almorzar a tu casa?

—Porque mi madre sufriría. Ella nunca trabajó. Le encanta recibir invitados y organizar fiestas. No la lastimaría así.

—¿Entonces en lugar de eso te lastimas?

—No me afecta.

No digo nada. No hay por qué molestarlo, pero es obvio que cada vez que se obliga a asistir a un almuerzo familiar, se tortura a sí mismo.

—Todo está bien. Sólo recuerda que iré contigo. Cuando quieras irte, dímelo.

Él no dice nada, pero toma mi mano que estaba en su pierna y la besa.



Florencia

Vale, alguien podría decir que llegué aquí con mala voluntad y es cierto, porque, como dije antes, no llevo bien la traición ni los traidores, pero no creo que sea solo eso.

Al instante no me gustó su padre.

El hombre tiene encanto, eso es innegable, y es tan guapo como sus dos hijos que he conocido, pero me revuelve el estómago la forma en que me mira cuando Ricco no está prestando atención.

En un acto, le falta el respeto a su propia esposa y también codicia a la novia de su hijo, lo que me dice que Greta, la madre de Tommaso, probablemente no sea la única mujer con la que engañó a Carina.

—Si estás aquí hasta Navidad, podemos ir de compras juntos, Luna —dice la madre de Ricco, aparentemente sin notar mi malestar.

—Todavía no lo he pensado, pero al menos el día de Acción de Gracias[37] debería regresar a Estados Unidos.

—No me dijiste nada sobre eso —dice Ricco, pareciendo repentinamente tenso, y esta es la primera vez que muestra alguna emoción desde que comenzó el almuerzo.

—Se me olvidó decirlo. Es una fecha importante para nosotros y mi hermana dijo que eres bienvenido a su casa si quieres pasarla con nosotros.

Me mira fijamente en silencio.

Entrelazo nuestros dedos y beso el dorso de su mano.

—Me encantaría si quisieras ir. Voy a devolverte el favor que me hiciste llevándome de gira aquí por la Toscana y mostrándote un poco de mi país.

Finalmente parece relajarse.

—Todo está bien. Dime cuando será y vamos juntos.

—¿Quién quiere postre? —pregunta Chiara.

—Me dijo la palabra mágica, pero me gustaría ir primero al baño —digo.

—Estamos renovando el baño del primer piso. Lamento las molestias, querida, pero tendrás

que usar el del segundo piso —advierte Carina.

—¿Quieres que te acompañe? —pregunta mi cuñada.

—No, solo dame la dirección, estoy segura que puedo encontrarlo.

—Después de subir las escaleras, gire a la izquierda. Es la cuarta puerta.

—Todo está bien. —Me giro hacia Ricco—. Volveré en un momento.



Cinco minutos más tarde, estoy saliendo del baño cuando aparece frente a mí la última persona a la que me gustaría encontrarme sola.

Al principio pienso que es una mera coincidencia, y con una sonrisa seca trato de alejarme, ya que él está exactamente en mi camino.

—¿Entonces eres la nueva *chiquilla* de mi hijo?

Levanto la cabeza para mirarlo, tratando de controlar el desprecio que evoca en mí.

—Si *"la chiquilla de tu hijo"* —enfatizo la expresión que utilizó— significa que soy su nueva *novia*, entonces la respuesta es *sí*.

—¿Nueva novia? Ricco no tiene citas, *cariño*. Ni siquiera se casó con la estafadora que le dio un bebé.

Mi sangre hierve de odio y nunca en mi vida había tenido tantas ganas de pegarle a alguien.

—Ese niño al que te referiste tenía un nombre. Era su nieto y no un bebé cualquiera. Honra la memoria de Nicolo. Ahora, quiero pasar.

—¿Por qué tanta prisa?

No sé si es su cinismo o el ciclo de la luna[38] lo que me hace explotar definitivamente, pero decido que ya he tenido suficiente.

—No estoy lo suficientemente familiarizada con la cultura local para entender cómo reaccionan las mujeres italianas ante tu encanto barato, pero soy estadounidense y te pido que te apartes de mi camino. Tenga respeto, señor. No sólo tiene edad suficiente para ser mi abuelo, sino que su esposa está abajo.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —pregunta Ricco, la ira transfigura su hermoso rostro.

—Nada. Me perdí en el camino de regreso y tu padre estaba tratando de ayudarme a encontrar el camino.

No quería mentir y probablemente si hubiéramos sido solo nosotros tres habría dicho la verdad, el problema es que Chiara y su madre aparecieron justo detrás de mi novio.

Me mira atento como siempre y creo que sabe que miento, pero le ruego con la mirada que no diga nada.

Da un paso adelante y me agarra por la cintura.

—Nos vamos, mamá. Se acabó el almuerzo.

Siento pena por el rostro desolado de Carina y la vergüenza en la expresión de Chiara, sin embargo, ya no podría quedarme en esa casa después de lo sucedido.

Las dos mujeres Moretti nos acompañan hasta la puerta y, como Ricco, no me despido de Dino. No soy tan buena actriz.

—Gracias por venir —dice Carina, pero si pudiera adivinar, diría que está al borde de las lágrimas.

—Te agradezco el delicioso almuerzo. Espero verlos pronto.

—La próxima vez será en mi casa, mamá —dice Ricco, sorprendiéndome—. Los almuerzos aquí se acabaron en lo que a Luna y a mí respecta.

La madre asiente en respuesta.



—¿Qué te dijo, Luna?

—No importa. Aprecio que hayas venido en mi defensa, pero no soy una joya frágil. Le dije algunas verdades que necesitaba escuchar. Pero debo decir que odio a tu padre. No soy del tipo que finge emociones, Ricco. Cuando me gusta alguien, se nota en mi cara, pero también ocurre lo contrario.

—No debería haberla llevado.

Acaba de aparcar delante de su casa en Florencia.

—A mí me gustó ir, no por él.

—Tenía razón. Debería haber puesto fin a estos almuerzos hace mucho tiempo. Si mi madre

quiere que nos reunamos, no será en su presencia. Quizás todos nos hemos equivocado hasta el día de hoy al fingir, para no hacerle daño, que no despreciamos a nuestro padre.

—¿Chiara también finge?

—Principalmente ella.

—Ojalá fuera una mejor persona y pudiera decirte que lo dejaras pasar, pero no me agradó tu padre en el momento en que entré a su casa. Lo siento mucho.

—No te disculpes. Eres mi mujer y nunca más te expondré a este tipo de situación. Simplemente no le ataqué por mi madre.

Sale del coche, da la vuelta y me abre la puerta.

—¿Dormimos en Florencia? —pregunto.

—¿Quieres volver a San Bertaldo?

—Lo que sea. Mientras estemos juntos.

Ricco



Capítulo 29

San Bertaldo

Cuatro semanas después

Me dirijo a mi pista privada para recibir a mi amigo y a su mujer.

Llevan unos veinte días en Italia y acaban de comprar la bodega de Nápoles. Como pronto tendrán que regresar a Estados Unidos por sus hijos, han venido a quedarse con nosotros en San Bertaldo.

Me quedo paralizado.

¿Han venido a quedarse con nosotros?

¿Desde cuándo es «*nosotros*»?

¿Y por qué diablos me suena tan bien?

Antes de que pueda llegar a una conclusión, se me acercan sonrientes.

—No puedo creer que por fin nos hayamos ido de vacaciones —dice.

—Creía que era un viaje de negocios —bromeo— Bienvenidos.

—Sólo la parte de la compra de la bodega —responde su mujer— Porque he venido con ganas de que me mimes.

—¿Más de lo que ya estás, mi amor?

—¿Qué quieres que te diga? Nosotras, mujeres, nunca estamos satisfechas.

Observo el intercambio entre los dos, pensando que son la prueba viviente de que una pareja puede estar junta durante años y seguir enamorada.

—Y hablando de mujeres, mi marido me ha dicho que su novia iba a salir con nosotros —dice después de darme un beso en la mejilla.

—Sí, Luna se disculpó, pero le había prometido a mi hermana que la ayudaría a elegir un vestido para su cumpleaños, pero ya deberías estar de vuelta y sería un honor que cenaras en mi casa.

—Acepto. Me encanta viajar, pero me vuelve loca la comida casera.

—¿Están muy cansados?

—No, ¿por qué? — pregunta mi amigo.

—Mañana vamos a una fiesta en Livorno[39], en el yate de uno de mis mejores amigos. Acaba de lanzar una nueva marca de whisky. Si te apetece, están invitados.

—¿Una fiesta en un yate en Italia? No me la perdería por nada del mundo —dice entusiasmada la esposa.



Livorno — Italia

Al día siguiente

—¿Cómo son las cosas? —pregunta Rodrick cuando Luna y mis amigos se alejan un poco para escuchar la explicación que da uno de los empleados contratados para promocionar la nueva marca de whisky.

—Estoy bien.

—Te ves más que *bien.*

—Sí —digo sucintamente, porque sé que se está refiriendo a Luna y no hay manera de que pueda explicarla en mi vida.

¿Cómo puedo decir que ella llegó a mi mundo sin que yo lo esperara, cambiándolo todo, trastornando mis certezas hasta el punto de comenzar a desear cosas que nunca antes había imaginado?

—Ella es hermosa.

—No, ella es más que hermosa, es perfecta.

—Parecen felices juntos.

Antes de que pueda responder, escuchamos una fuerte risa y noto que Rodrick mira hacia algún lado por encima de mi hombro. Cuando me vuelvo, veo a Jazmina, la hermana menor de Kaled, rodeada por un grupo de media docena de niños, todos luciendo hipnotizados mientras ella cuenta una historia.

Como Chiara hace conmigo, la joven acabará dejando a mi amigo Jeque con el cabello blanco, sobre todo ahora que ha venido a estudiar a Europa.

—No sabía que eran amigos —le digo a Rodrick.

—No lo somos. Ella es incontrolable y Kaled me pidió que mantuviera los ojos abiertos, ya que, de mis amigos, vivo más cerca de ella.

—¿Niñera?

—Más o menos. De hecho, me llama torturador. Asesino de sueños también. La niña tiene una mente muy creativa —ironiza— Hoy está castigada, por eso la traje.

Sacudo la cabeza, apenas creyendo lo que escucho.

Rodrick está de mal humor y es una de las personas más impacientes que conozco.

Incluso con la fuerte amistad entre nosotros, no puedo entender cómo aceptó la tarea de cuidar a Jazmina.

—Felicitaciones, tu fiesta es hermosa. —Escucho la voz de Luna detrás de mí, pero está hablando con Rodrick.

Paso un brazo alrededor de su cintura, respirando su aroma. Es un tipo de adicción en el que la necesidad de aumentar la dosis crece exponencialmente cuanto más tiempo pasamos juntos.

—Gracias, pero no te vi probar la bebida —responde Rodrick, relajando instantáneamente su rostro.

Mi mujer tiene ese efecto en la gente. Ella es como un rayo de sol que ahuyenta todas las nubes. No hay forma de permanecer en la oscuridad con su belleza y su luz iluminando todo a su alrededor.

—No soy muy resistente al alcohol. Pregúntale a Ricco —dice guiñándome un ojo—. La primera vez que nos juntamos, literalmente casi me desmayo a sus pies.

—¿Y así fue como lo enganchaste? Necesito aprender algunos trucos de seducción —dice la hermana de Kaled acercándose a nosotros y Rodrick vuelve a ponerse serio.

—No lo sé, ¿verdad? —pregunta Luna mirándome y sonriendo.

Le presenté a Jazmina antes y los dos se llevaron bien en el momento en que intercambiaron sus primeras palabras.

—¿Por qué quieres aprender trucos de seducción? —Rodrick frunce el ceño de una vez por todas.

¿No se da cuenta de que lo está provocando deliberadamente?

—Nunca se sabe. Quizás estoy intentando convertirme en una conquistadora. La novena silenciosa. Aunque… —dice, mirándome a Luna y a mí—. los soldados están siendo masacrados rápidamente. Dos ya casados. Ricco está en una relación seria… pero, mira, aún estás estancado, Rodrick.

Escucho un bufido de risa de Luna y tengo que controlarme también, porque la joven es divertida.

—No necesitas aprender a seducir a nadie, princesa —devuelve Rodrick, usando el título que se merece—. Cuando tengas que casarte, será con alguien elegido por tu padre.

Ambos sabemos que eso no es cierto, así que estoy seguro de que lo dice para enojarla. Aunque hay muchas posibilidades de que Jazmina se case a través de una alianza política, dudo que el ex Jeque Kamran, o mi amigo Kaled, la obliguen a casarse con alguien a quien no ama.

—Nunca me casaré —dice ella, desafiándolo.

—Bueno, algún día lo haré, y llevaré un vestido de novia tan largo que la cola llegará a la luna —interviene Luna, creo que intentando calmar los ánimos, pero termina generando silencio en el grupo.

Ella no parece darse cuenta y extendiéndole la mano a Jazmina le dice:

—Ahora, ¿bailamos? Realmente me gustaría.

Y después de darme un beso rápido, se aleja, dejándome sumido en mis pensamientos.



Horas después

—Están muy animadas —dice mi amigo, haciendo un gesto con su vaso de whisky mientras vemos a nuestras dos rubias, Luna y su esposa, bailando cerca de la barandilla del yate.

Jazmina ha desaparecido y sólo puede ser porque Rodrick la ahogó o se la llevó para evitar que se metiera en problemas.

—Sí, están. —Estoy de acuerdo.

Estoy completamente hipnotizado por el movimiento de las caderas de mi mujer. Luna es demasiado sexy y ni siquiera hace el esfuerzo de hacerlo.

Otra cosa que siempre me vuelve loco es cómo vibra con cada cosa que intentamos. Casi como si no pudiera creer que esté viviendo esto.

Lleva un vestido corto, blanco, sin tirantes y con tacones que hacen que sus piernas parezcan infinitas. No puedo esperar a tenerlas a mi alrededor.

—Me alegro que sigas adelante, hombre —continúa diciendo casi lo mismo que dijo Rodrick

hace unas horas.

Tan pronto como se enteró de la tragedia, voló al funeral de Nicolo. Como padre, creo que tenía una buena idea del infierno por el que estaba pasando.

—No sé si seguir adelante es la expresión correcta. Quizás cambiar la ruta sea una mejor definición.

—¿Qué significa eso?

—Pensé que nunca podría conectar con alguien, pero Luna no me dio muchas opciones. Ella es única. Intenté encajarla en los moldes que conocía, pero ella los descartó todos.

—Sé lo que es eso. A mí me pasó algo parecido con mi esposa. Pero ¿qué significa haber cambiado de ruta?

Miro el lugar donde bailaron nuestras mujeres, pero ya no están.

—Luna me hace desear cosas que nunca creí posibles, pero nunca volveré a tener hijos. Entonces, estoy abierto a entablar una relación a largo plazo, pero no a formar una familia. No sé si eso es suficiente para ella, pero es lo que tengo para ofrecer. No quiero hijos. Nunca querré hacerlo.



Luna



Capítulo 30

—Necesito desesperadamente ir al baño —dice la esposa del amigo de Ricco, jalándome de la mano.

—Sí, creo que yo también. Bebiste muy poco alcohol, ¿verdad?

—A mí no me gusta mucho, ¿y a ti?

—Además de ser un poco débil para beber, mi médico dijo que no es bueno convertirlo en un hábito debido a mi condición.

Se detiene en medio de las escaleras que conducen a las cabañas y mira hacia atrás.

—¿Qué condición?

—Sufrí durante años una enfermedad grave. Una anemia rara. Casi muero. Pasé por un tratamiento experimental y estoy curada, pero no quiero abusar de él. Me hicieron pruebas hace más de un mes en Florencia y el médico confirmó que todo está bien, sí. Envié los resultados a mi equipo médico en Boston y me dieron la mejor noticia del mundo: que la posibilidad de que la enfermedad regrese es casi inexistente.

—Vaya, Luna. Debe ser como nacer de nuevo, ¿verdad?

—No tienes ni idea. Me despierto cada día feliz de tener una segunda oportunidad.

Ella sonríe y me pasa la mano por el brazo en señal de solidaridad.

—Y qué segunda oportunidad, ¿verdad? Feliz, con un hombre que está loco por ti y, además, viviendo en ese pedazo de paraíso.

—¿Crees que está enamorado de mí? Ricco nunca dijo nada de amor.

—Una cosa que aprendí de mi marido es que la gente siente y demuestra el amor de diferentes maneras, Luna. Aún eres muy joven y a tu edad yo también era así, insegura de que alguien como mi hombre se interesara por mí. Pero no hay una explicación lógica de por qué alguien se enamora perdidamente de fulano y no de mengano. Creo en el destino, pero también creo en Dios. Cuando algo tiene que pasar, la vida puede dar mil vueltas y acabar con el mismo resultado.

—Estoy enamorada de él.

—Lo sé. Creo que cualquiera que se acerque a menos de un kilómetro de vosotros se da cuenta de lo locos que estáis el uno por el otro. No podéis quitaros las manos de encima más de unos minutos.

Sonrío. Nunca lo había notado, pero ahora que lo dice, me doy cuenta de que es verdad. La necesidad de contacto entre los dos es casi incontrolable.

Si estamos juntos en la misma habitación, Ricco me sube a su regazo como si fuera una muñeca. Siempre me toca el cabello, la cara y me besa. Y aunque el deseo entre nosotros es como un fuego que arde eternamente, estas caricias no siempre tienen un contexto sexual.

—¿Quieres un consejo?

—Sí.

—Vive la vida. Un día a la vez, como lo has estado haciendo. Yo era —hace una pausa—, no, quizá en cierto modo todavía lo soy, la persona más tensa que jamás conocerás. La planificación es lo mío, pero he aprendido que la vida no es una receta de pastel en la que basta con añadir los ingredientes adecuados para que todo salga perfecto. Incluso si sigues las instrucciones al pie de la letra y te sientas frente al horno, observando atentamente, a veces el resultado puede ser muy diferente de lo que esperabas.

—El pastel podría se bajar, ¿verdad?

—Sí, siempre existe esa posibilidad, pero también puede convertirse en tu comida favorita. Algo que nunca pensaste que querías.



Minutos después

Volvemos al segundo piso del yate, ella está delante de mí, y mi cabeza vuela, pensando en lo que me ha dicho.

¿Rico está enamorado de mí? No estoy segura de eso. Sé que lo que hay entre nosotros no es pura atracción física, pero tampoco hay forma de saber si es amor.

Sacudo la cabeza, sonriendo.

De momento, nuestra relación me satisface, así que ¿qué importa si no hay una etiqueta exacta para ella?

—Creo que deberíamos seguir con ellas durante un tiempo. Si conozco a mi marido, ya está llegando a su límite para una fiesta. Antes era asiduo a ellas, pero ahora se ha convertido en un hombre de familia.

Desde donde estamos, los veo a los dos de espaldas a nosotros y sonrío mientras trato de imaginarme a su marido como un pollo.

Es difícil de creer. El hombre parece idolatrar el suelo que pisa su mujer.

Dos pasos más y estamos sobre ellos, y entonces oigo la voz de Ricco decir:

—Nunca volveré a tener hijos. Así que estoy abierto a tener una relación duradera, pero no a formar una familia. No sé si eso es suficiente para ella, pero es lo que puedo ofrecerle. No quiero tener hijos. Nunca los tendré.

Para ser sincera, con todos los problemas que he tenido hasta hace poco, tener hijos es lo último en lo que pensaba, pero no porque no quisiera, sino porque creo que aún tengo tiempo suficiente para pensar en ello en el futuro.

Pero oír al hombre que amo decir que, aunque quiere una relación duradera, nunca querrá tener hijos me quita el piso de debajo de los pies.

Dejo de caminar y mi nueva amiga mira hacia atrás. Por su expresión, estoy segura de que lo ha oído.

—Hum… Creo que tengo que ir al baño otra vez.

—Luna...

—Por favor, estaré bien. Solo quiero estar un momento a solas.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy segura.

Bajo de nuevo las escaleras sin darle oportunidad a discutir y me encierro en el baño del que acabamos de salir.

Respiro hondo mientras me digo a mí misma que estoy exagerando, después de todo, no hay garantías de que a largo plazo para él signifique para siempre. Puede haber otros factores en el futuro que lleven a una ruptura, así que lo mejor es olvidar lo que dijo y seguir adelante.

Como si hubiera una llamada cósmica del cielo advirtiéndole de que necesito oír su voz, suena mi móvil y aparece en la pantalla la fotografía de mi hermana.

—Hola, tengo buenas noticias —me dice cuando contesto.

—Vaya. — Finjo emoción.

—¿Qué pasa?

—No pasa nada. ¿Cuál es la noticia?

—Podremos pasar allí cinco días a finales de año. Probablemente entre Acción de Gracias y Navidad.

—¡No puedo creer que vaya a verte! —digo, realmente emocionada, sintiendo que se me cae el corazón enseguida.

Renuncié a pasar Acción de Gracias en Estados Unidos porque Ricco no podía ir. Si vamos a ser pareja, quiero vivir las fechas especiales con él.

—Luna, ¿qué pasa?

—No es nada, palabra de honor. Sólo estaba emocionada por la noticia.

—No, estabas así desde el momento en que recogiste.

—Está bien, tienes razón, pero no quiero hablar de eso ahora, ¿vale?

Todavía parece dudar antes de responderme:

—Vale, pero si necesitas hablar, ¿me llamarás?

—Sí, te llamaré. Me tengo que ir. Estoy en medio de una fiesta.

—Te amo.

—Yo también te amo.

Apenas vuelvo a meter el móvil en el bolso, oigo dos golpes en la puerta del baño.
Luna, ¿va todo bien? —Oigo que pregunta la voz de Ricco.
Ahora voy a tener que usar todas mis dotes de actriz.
Respiro hondo y agarro el pomo de la puerta, forzando mi sonrisa más brillante.
—Mejor, imposible.

Ricco



Capítulo 31

Un mes después

Aparto su cabello para besarle la nuca.

—Vaya, qué calor —dice.

—Me encanta lo vocal que eres.

—No sabía que yo era. Eres mi primer en todo.

Se vuelve hacia mí, a horcajadas sobre mis muslos.

Estamos en la bañera de mi casa después de haber tenido sexo durante horas. En teoría, este sería el momento de relajarse, pero soy un adicto cuando se trata de ella.

—Todavía estamos en una fase experimental, Signor Moretti. Si no se lo digo, ¿cómo vamos a averiguar lo que me gusta?

—Tenemos todo el tiempo del mundo para probar.

Ella no dice nada, pero su expresión cambia.

Últimamente está así. Siempre tengo la sensación de que está aquí, pero no al cien por cien conmigo, aunque hayamos acordado una relación indefinida.

Hace tres días, alquiló una casa más cerca de Florencia que de San Bertaldo. Se empeñó en tener su propia casa, aunque pasa la mayor parte del tiempo aquí.

Son estos detalles los que me dicen que está lista para irse en cualquier momento.

Es como si todavía hubiera un contador de tiempo colgando entre nosotros. Un espía silencioso que nos avisa del final.

El pensamiento me produce una sensación de privación anticipada que es desagradable como el infierno y me encuentro proponiendo:

—Vámonos de viaje.

Me suelta y se va al otro lado de la bañera. Sonríe e intenta seguirme la corriente, pero casi puedo ver cómo trabaja su mente.

—Por si no te has dado cuenta, ya estoy viajando, Ricco.

—No, vivirás en Italia indefinidamente. Pero no hablo de quedarnos aquí, hablo de unas vacaciones de verdad, los dos solos, donde tú quieras. París, Japón, Australia. Nombra un lugar e iremos.

—¿Puedes dejarlo todo así?

—Soy dueño de mi mundo. Puedo hacer lo que quiera.

Gira la cabeza de lado y sonríe.

—Eres muy arrogante.

—Totalmente. Un auténtico cabrón. Pero tu cabrón, *Bella*.

Sin que se lo pida, se sube espontáneamente a mi regazo.

—¿Tiene que ser en un solo lugar? ¿Cuánto tiempo estaremos fuera?

—Dime dónde quieres ir y le pediré a mi secretaria que te proporcione un itinerario.

—¿Y qué gracia tendría eso? Quiero hacerlo todo yo.

—¿No confías en mí para organizar tus sueños?

—¿Cómo puedes saber cuáles son si ni siquiera yo lo sé?

Me vuelve loco con su lado *hippie* y desapegado. Luna es más feliz cuando la baño que cuando le regalo una joya.

No me da ninguna pista sobre lo que hace que su corazón se eleve.

—No necesito mucho. Nos vamos de viaje juntos. Eso en sí mismo podría convertirse fácilmente en uno de mis sueños.

—Yo no soy un sueño. Estoy en tu vida todos los días.

Me mira enigmáticamente, como si guardara un secreto. No es la primera vez que lo hace.

—¿Y qué más quieres, Luna?

—No lo entiendo.

—Todo el mundo tiene deseos.

—Si te refieres a bienes materiales, no me interesan.

—Aun así, me gustaría mimarte.

—Lo único que quiero es que seas mío mientras duremos.

Me estiro un poco hacia delante para que ella pueda bloquear sus piernas detrás de mi espalda. Mis manos la sujetan por el culo para alinearla conmigo. Sin dejar de mirarme, desciende lentamente. No importa que hayamos hecho esto infinitas veces, porque siempre se siente lo mismo. El deseo de estar dentro de ella no disminuye.

Ver sus ojos claros mientras entro en su cuerpo y ver su entrega y pasión me saca de órbita.

—Soy tuyo.

Apoya su frente contra la mía.

—No quiero hablar más. Bésame, mi italiano sexy.



Cuatro semanas después

A pesar de nuestra conversación sobre el viaje, no se decide a dónde vamos, así que fui a pedir consejo a alguien que está más acostumbrado que yo a mimar a su amante.

Kaled, mi muy bien casado amigo.

—¿Por qué no vas a nuestro castillo?

—No lo sé. Luna no piensa mucho en el lujo.

—No se trata de lujo, sino de sueños. Toda mujer sueña con estar en un castillo con su príncipe azul.

—Jesús, ¿puedes ver en lo que nos hemos convertido? —pregunto.

—Sí, ya lo sé. Si sólo una pequeña parte de las mujeres con las que hemos salido supieran que por fin hemos encontrado a nuestro elegida…

Sus palabras actúan como un rayo en mi cerebro.

—¿Qué has dicho?

—Me has oído perfectamente. No puedo creer que haya tenido que decirte que estás enamorado de tu estadounidense para que te des cuenta.

—Estoy loco por ella, pero no sé si soy capaz de amar.

—Todo el mundo tiene la capacidad de amar, Ricco. Y después de todo lo que ha pasado, tú, más que nadie, mereces rehacer tu vida.

—Aún me pregunto si cometí un error. A veces pienso que debería haberme casado con Naomi. Fue mi culpa que ella se fuera… —No puedo terminar de hablar, me sufoca.

—No lo fue. Le diste todo de lo que eras capaz. Ni siquiera os conocíais, nunca tuvisteis una relación más allá de una semana de sexo. Si os hubierais casado, vuestras vidas habrían sido un infierno y la de vuestro hijo también. No puedes culparte por ser irresponsable. No puedes culparte por su irresponsabilidad y posterior inestabilidad mental. Entiendo lo que sientes por Nicolo. ¿Qué padre no sueña con proteger a sus hijos de todo el mal del mundo? Pero no puedes controlarlo todo, Ricco. Nadie puede.

Decido cambiar de tema porque al recordar a mi hijo tengo la sensación de que me están

clavando un cuchillo en el pecho.

—Creo que sueña con casarse y quizá yo podría dárselo, pero no toda su vida. No quiero volver a ser responsable de la existencia de alguien. Ya he fracasado una vez.

—*Siento decirte que, si decides casarte con Luna, con hijos o sin ellos, tu vida y la suya estarán entrelazadas para siempre. Lo que significa que, conociéndote como te conozco, te sentirás responsable de cada suspiro de abatimiento que ella lance. No hay escapatoria. Amar a alguien significa que tienes que ofrecer todo el paquete. No destruyas la posibilidad de un futuro con ella por culpa de tu pasado.*

Cuelgo el móvil y me quedo mirando fuera de la bodega, pensando en la conversación que acabo de tener.

Quizá ni siquiera quiera tener hijos, así que ¿para qué molestarse?

Por otro lado, sé que tengo que actuar. Podría seguir pensando que es sólo una aventura en mi vida y acabar dejándome.

Incluso después de decir que me quería, Luna no se entrega del todo y eso sólo puede significar que no nos considera tan a largo plazo como yo.

¿Y si, cuando Antonella venga de visita, decide volver a Estados Unidos?

No, eso no ocurrirá.

Viajaremos y entonces pondré mis cartas sobre la mesa.

Eso será. Le pediré que se case conmigo, pero le diré que no quiero tener hijos. Estoy seguro de que podemos ser felices. Hay muchas parejas en el mundo que nunca serán padres y, sin embargo, siguen juntas toda la vida.

Satisfecho de haber conseguido poner orden en mi caos mental, envío un mensaje a Kaled.

Tiene razón. A las mujeres les gusta el romanticismo, ¿y qué mejor escenario para una proposición de matrimonio que un castillo?



Luna



Capítulo 32

Al mismo día

Miro a mi cuñada, segura de que busca problemas.

—No puedo hacer eso, Chiara. Lo siento.

—Luna, por favor. ¿Tienes idea de lo que es ser la hermana de dos machos alfa?

—Puedo más o menos imaginar cómo sería. Yo soy cuñada de uno, pero esta conversación no tiene nada que ver con que Ricco y Tommaso sean machos alfa, sino porque sólo tienes diecinueve años y quieres viajar con gente que no conoces de verdad.

—Bueno, quizás no fui cien por cien honesto. Yo… le conozco y me ha asegurado que las dos hermanas viajarán con nosotros, de lo contrario nunca habría aceptado la invitación.

La miro, muy disgustada.

—Me has mentido. Dijiste que le habías visto por primera vez la semana pasada. No hace mucho que somos amigas, Chiara, pero te haré una advertencia: no intentes manipularme. No uses el afecto que siento por ti en mi contra.

—No lo estoy usando. Te aprecio de verdad.

Suspiro, medio molesta y medio apenada.

Claro que me doy cuenta de lo difícil que debe ser convencer a sus hermanos de que la dejen respirar sin guardias de seguridad encima las veinticuatro horas del día, pero lo que me pide no va a suceder. Quiere que le mienta a Ricco, diciéndole que dormirá en mi casa, cuando en realidad está viajando con gente que su familia no tiene ni idea de quiénes son.

—Mira, dijiste que te gusto. La amistad es recíproca, pero nunca usaré mi influencia sobre Ricco para ayudarte escabullirse. Si quieres que te respeten, actúa como un adulto y di la verdad. Aparte de que me pides que sea deshonesta con él, nunca me perdonaría que le pasara algo.

Pienso en que, a pesar de la poca diferencia de edad que nos separa, hay un abismo en cuanto a madurez. Por todo lo que pasamos desde pequeñas, mi hermana y yo nos vimos obligadas a madurar muy deprisa. Aparte del embarazo de Antonella, que nos dio un susto de muerte, nunca hemos sido aventureras. Yo, por razones obvias, y mi hermana, porque siempre prefirió estudiar.

—Dijiste que ya conocías a este chico. ¿De dónde?

Tu cara se pone roja.

—Quizá sea hora de que te diga que no es un chico, sino un hombre adulto.

—Eso no es un problema, sino el hecho de que te haya pedido que no le cuentes a tu familia lo de este viaje, Chiara. No voy a fingir que tengo mucha experiencia porque tu hermano es mi primer novio de verdad, así que no sé mucho de relaciones. Por otro lado, Antonella y yo

tuvimos que protegernos cuando nos fuimos a vivir solas a una edad tan temprana, así que he aprendido un par de cosas sobre la naturaleza humana. ¿Y quieres saber la principal?

Menea la cabeza, diciendo que no, y me doy cuenta de que realmente no lo sabe. En su afán por sobreprotegerla del mundo, puede que sus familiares le hayan fallado, ignorando lo básico.

No basta con hablar del hombre del saco. Hay que hablarles de las cosas malas que pueden hacer, mostrarles datos y estadísticas.

—Una persona que pone como condición para salir contigo mentir a tu familia y amigos no es una buena persona. Alguien que no tiene nada que ocultar no necesita salir con una joven mujer a espaldas de su familia, Chiara.

Entrelaza los dedos en su regazo.

—A decir verdad, ni siquiera me interesa. Charlamos un poco en la discoteca la semana pasada y no sentí el escalofrío que dicen mis amigas, pero quería hacer algo diferente, Luna.

—Eres una joven moderna —empiezo a decir con cuidado y casi sonrío cuando ella se levanta con la espalda erguida, pareciendo muy orgullosa de sí misma—. Así que debes entender cómo los hombres pueden mentir para conseguir lo que quieren. Por mala suerte, no tenemos forma de saber el corazón de las personas hasta que no las conocemos bien. Por lo que sabemos, este hombre, porque quiere que mientas a tu familia, puede incluso estar casado.

—No es por eso por lo que pidió secreto.

—¿Por qué entonces?

—Trabajaba como guardia de seguridad para Ricco y su hermano aún trabaja en la bodega de Tommaso. Si alguien nos viera juntos, mis dos hermanos se enterarían, lo que significaría el apocalipsis en mi vida.

—Creo en mi intuición, Chiara, y te digo que esta historia no me huele bien. No voy a estar de acuerdo con engañar a tus hermanos, pero ambos sabemos que, si quieres ir, encontrarás la manera de hacerlo. Si quieres mi opinión como amiga de verdad, olvídate de este tío. No vale la pena. ¿Por qué lastimar a la gente que amas por alguien que ni siquiera te acelera el corazón?

—¿Como mi hermano hace con el tuyo?

Sonrío.

—Es verdad. Tu hermano me acelera tanto el corazón que a veces me pregunto si no soy cardíaca.

—Has dicho que crees en la intuición. ¿Quieres decir que cuando llegaste aquí supiste enseguida que Ricco era una buena persona? Porque estuvisteis juntos prácticamente desde que pusisteis un pie en la Toscana.

La miro y decido que es hora de que la verdad salga a la luz.

—Vine por él.

—No lo entendí.

—Cuando tenía dieciséis años, su hermano vino al restaurante donde trabajaba y me enamoré de él. Después de eso, me puse muy enferma. Muy enferma, hasta el punto de que mi hermana y yo pensamos que no podría sobrevivir. Pero tenía un objetivo. Me acordé de Ricco, de lo guapo que era y de lo amable que fue conmigo. Mi príncipe azul particular. Sin saberlo, me apoyaba, porque yo mentalizaba cada día que cuando me curara, vendría a la Toscana y viviría mi historia de amor.

Abre la boca y no sé si alguna vez será capaz de cerrarla.

—¡Dios mío! Es como un cuento de hadas. Que os volváis a encontrar después de tantos años, quiero decir.

—Cálmate, no tanto. Si fue un cuento de hadas, fue una locura en la que la princesa persigue al príncipe. Además, a día de hoy no se acuerda de mí.

—¿Qué importa si al final estás enamorado y viviendo tu historia de amor?

—¿No te parece un poco raro que haya cruzado el mundo para ir tras él?

—No. Me parece muy bonito y espero que mi hermano sepa apreciar este precioso amor que ha durado tantos años. ¿Piensa decírselo algún día?

—Sí, he estado pensando en ello. Contarle cómo le conocí, pero no lo de la enfermedad, porque tengo miedo de que me vea de otra manera.

—Mi hermano te quiere, Luna. No bromeaba cuando dije que no creíamos que sobreviviera a la muerte de Nicolo. Ahora ríe y sonríe. Has traído luz a la vida de Ricco.



Luna



Capítulo 33

Dos semanas después

Estoy temblando tanto que apenas puedo mantenerme en pie.

Debería ser un momento feliz, ya que Ricco me ha dicho que uno de sus mejores amigos, Kaled, que es Jeque, pondrá a nuestra disposición su castillo en el valle del Loira[40], en Francia, para que pasemos unos días de vacaciones.

Para una soñadora como yo, alojarme en un castillo es como hacer realidad mis mayores fantasías infantiles.

Pero no hay ni una gota de felicidad en mi cuerpo mientras estoy en el taxi de camino a Florencia.

Llevo unos días sintiéndome un poco extraña, pero como hace unos meses me hice las pruebas, estaba tranquila. Luego, esta mañana, después de que Ricco se fuera, me he sentido tan mareada que casi me caigo al suelo del baño.

Ya tenía intención de ir al médico hoy, así que me quedé a dormir en casa, lo que acabó en una pelea con él.

Si algo hay que decir de nosotros dos es que somos acalorados. Las discusiones son auténticas performances, pero irremediablemente acaban con nosotros abrazados o, como pasó ayer, con mi novio de más de un metro noventa de altura durmiendo en mi cama minúscula.

Ayer no pude quedarme en San Bertaldo, porque si le hubiera dicho que necesitaba ir a Florencia, habría hecho que me trajeran los guardias de seguridad, y no me cabe duda de que le habrían dicho que había ido al médico.

Sé que tarde o temprano tendré que hablarle de mi enfermedad, pero aún no estoy preparada. Ahora, sin embargo, sola de camino a la consulta del médico, desearía de verdad que estuviera aquí conmigo. Su gran cuerpo cobijándome y asegurándome que todo va a salir bien.

He decidido no llamar a Antonella hasta saber qué dirá el médico. Decirle cómo me siento sólo haría que se preocupara, y ella no podría hacer nada para ayudarme desde otro continente.

Agarro con fuerza la correa de mi bolso, rezando en silencio para que la enfermedad no haya vuelto.

Ahora no. Todavía no. Necesito más tiempo, Dios.

Más de todo. De nosotros dos juntos.

Cierro los ojos para no llorar, pero el corazón se me hunde en el pecho.



Florencia

En el consultorio

—Como le dije hace unos meses, no hay nada malo en su sangre y no veo ninguna necesidad de repetir los análisis, pero si lo desea, puedo pedirlos de nuevo. No obstante, si no tiene prisa, creo que podré darle un diagnóstico de sus síntomas en dos horas como máximo. ¿Está en ayunas?

—Sí, porque pensé que tendría que hacerme un análisis de sangre.

—Muy bien, entonces tomemos un poco. Si quieres, después puedes ir a la cafetería de la clínica hasta que lleguen los resultados. No creo que deba quedarme sin comer.

Me mira extraño, pero no me explica por qué ha dicho eso.

Cuando vine aquí la otra vez, le dije que mi apetito era normal, así que no entiendo por qué parece preocupado.

Entra una enfermera y se acerca a mí.

—Venga conmigo, señorita Cox. Terminaré en un momento.



Casi tres horas después

El médico me mira y siento que el corazón me va a atravesar el pecho, con qué violencia late.

—Por favor, dígamelo de una vez.

—No está enferma, está embarazada.

Por un momento, pienso que no he oído bien y me repito las palabras, intentando creerlas.

Antonella, Ricco, nuestras familias, todo pasa por mi mente, pero en realidad estoy atascada en el milagro que acaba de producirse.

Estoy embarazada.

De una joven que hasta hace poco estaba desilusionada, ahora tengo una vida creciendo dentro de mí.

Para mi vergüenza, empiezo a llorar, tanto que el médico se levanta y viene a mi lado.

—Señorita Cox, no diré que después de una curación tan reciente, un embarazo ahora sería lo ideal, pero tampoco implica arriesgar su vida. Tendremos el máximo cuidado y controlaremos todo el embarazo. Tenga la seguridad de que ya he tenido una paciente con una enfermedad muy parecida a la suya que dio a luz a un niño sano. Incluso te remitiré al mismo obstetra que controló su embarazo.

—No lloro de miedo, sino de felicidad. Todavía no me lo creo.

Estoy escondiendo la cara entre las manos porque no me gusta llorar delante de la gente, pero tampoco puedo parar.

—Te felicito. Estoy seguro de que todo irá bien. Me pondré en contacto con tu médico de Boston, si me lo permites, para que hablemos del seguimiento de tu embarazo.

—Pero, ¿cree que hay riesgos?

—Ningún embarazo está exento de riesgos, y el tuyo requiere precaución debido a tu estado de salud previo, aunque, como te he dicho antes, en mi opinión, estás curada al cien por cien.

—Muy bien, doctor. Le autorizo a hablar con mi médico en Boston. No tiene idea de lo feliz que estoy. Seré el mejor paciente del mundo. Haré todo lo que me diga para que mi bebé nazca sano.



Minutos después, salgo del consultorio médico con el corazón aun flotando por la noticia de mi embarazo. Dejaré para sentir miedo después, porque sé que no será una conversación fácil la que tendré con Ricco.

Estoy indecisa sobre si tomar un taxi de inmediato o comer algo antes. La cafetería de la clínica no tenía nada que despertara mi apetito.

Pero antes de que me decida, veo al otro lado de la calle a mi cuñado.

Vaya, es extraño llamar a Tommaso así, ya que, aunque sea medio hermano de Ricco, hasta donde sé, se odian. Sin embargo, no tengo nada que ver con esa pelea, así que no voy a actuar de manera grosera. Le saludo con la mano.

Sé que me está viendo, pero no se mueve, y por unos segundos, creo que me ignorará. Luego, como si hubiera perdido una lucha interna, da los pasos necesarios para alcanzarme.

—Tommaso.

—*Bella*, ¿cómo estás?

—Sin encanto italiano hoy, ¿*ok*? Sabes perfectamente que soy la novia de tu hermano y no voy a servir como una pieza, sea cual sea tu juego.

Para mi sorpresa, él sonríe.

—Me gustas, Luna Cox, aunque tengo dudas de que estés en posesión de tus facultades mentales.

—¿Por qué?

—Sería la única explicación para aguantar al bastardo de mi hermano.

A pesar de lo que dice, no me pasa desapercibido que Tommaso usó *hermano* y no *medio hermano*, como hace Ricco. Esto me da la esperanza de que, sea cual sea la diferencia entre los dos, algún día puedan reconciliarse.

—¿Qué haces en Florencia?

—¿Cómo sabes que no vivo aquí? —Devuelvo la pregunta.

Él pone los ojos en blanco.

—Sé de todo.

—Nunca he leído un estudio sobre si la arrogancia es genética. Tú y Ricco son mucho más parecidos de lo que suponen.

La expresión de él cambia.

—Y hablando de genética, supe lo que pasó en el almuerzo en casa de Carina. Pido disculpas en nombre de ese miserable.

—¿Quién te lo contó?

—Chiara.

—¿Sabes una cosa? Me muero de hambre. Si quieres disculparte, siéntate conmigo en esa cafetería. Hay algo que quiero preguntarte.



El mal



Capítulo 34

Florencia

Al mismo instante

No puedo creer que la puta se haya escapado. ¡Estaba tan cerca!

Es curioso cómo el todopoderoso Ricco Moretti, tan meticuloso y paranoico con la seguridad, deja a su novia completamente vulnerable, a merced de alguien como yo.

Fue sólo la suerte lo que lo salvó de mis manos hoy.

He estado esperando pacientemente una oportunidad, porque las mujeres no lo ponen fácil. Ella no tiene auto y aparentemente tampoco conduce, así que cada vez que va a algún lugar, va con esa maldita cosa o con un conductor designado y un grupo de guardaespaldas en la parte de atrás.

Y hoy, cuando finalmente tendría la oportunidad, el hijo bastardo tenía que aparecer.

Los miro afuera de la cafetería en la que están y siento la tentación de tomar una foto y enviársela a Moretti. Pero obligarlo a romper con la rubia pondría en peligro todos mis planes.

No. Por lo que tengo en mente, tu sufrimiento tendrá que ser lento. Quiero que sepa que se lo quité. Ella será mía para siempre.

Si conozco bien tu conciencia culpable, Ricco la buscará por el resto de su vida y nunca permitiré que la encuentre.

Venganza.

Yo creo esto.

Una vida por otra. Pero en el caso de Luna Cox seguirá respirando, pero será mi aire. El que permito.

Camino hacia mi bicicleta, tratando de contener mi enojo por haber pospuesto mis planes una vez más.

No importa. Me he sentado y esperado durante años el momento de la represalia y ahora llega el momento de mi venganza.

Cree que ya lo ha perdido todo, pero no tiene idea de cuánto dolor seguirá experimentando.



Luna



Capítulo 35

Al mismo día

—¿Por qué os odiáis, Tommaso?

—¿No es obvio?

—Para mí no. El hecho de que tengan un padre infiel no es motivo suficiente para que dos hermanos se odien.

Su rostro se tensa en un ceño tan similar al de Ricco que hace que me duela el corazón.

No suelo ser de los que se involucran en las relaciones ajenas, pero él va a ser el tío de mi hijo y no me gusta la idea de que mi bebé se vea privado de parte de la familia por rencor.

—¿Qué pasó en casa de Carina ese día? —me pregunta.

—Pensé que lo sabías. Dijo que Chiara te lo dijo.

—Mi hermana se sintió avergonzada y me dijo que pensaba que Dino te había faltado el respeto, pero nunca vio lo que pasó.

—Fue irrespetuoso en varios niveles. Lamento decir esto, pero tu padre es una de las criaturas más repugnantes que he conocido.

—Lo sé. ¿Qué te hizo, Luna?

—¿Qué opinas? Ignoró el hecho de que yo estaba dentro de su casa, con su esposa cerca, y también olvidó el pequeño detalle de que yo era la novia de su hijo. —Tomo aire porque recordar eso me vuelve a irritar—. Pero lo habría pasado por alto sin ningún problema si no hubiera involucrado el nombre de Nicolo.

—¿Qué?

—Tu padre le faltó el respeto a la memoria de su nieto. No conocí al bebé, pero veo cuánto llora Ricco todavía por su muerte, y cuando se refirió al niño de manera irrespetuosa, perdí la cabeza.

—Aprende una cosa, Luna: no hay nada sagrado para Dino Moretti.

—¿Es por eso que ya no hablas con él?

—No. Porque lo odio. Desde que entendí cómo éramos en su vida, la vergüenza, la segunda familia, el sucio secreto, lo odié. Y más aún con el paso de los años, por convertir a mi madre en una mujer amargada.

—No me gusta juzgar, pero no sé cómo ella y Carina se someten a algo así.

—Nadie entiende, es como si estuvieran atrapados en algún tipo de hechizo.

—Ricco también lo odia, y es precisamente por eso que no entiendo por qué ustedes también están enojados el uno con el otro. Quiero decir, ninguno de los siete niños tiene la culpa de las

decisiones de sus padres.

—Mi problema con Ricco no sólo tiene que ver con Dino, sino también con Naomi.

—¿Estás hablando de la madre de su hijo?

—Sí. Unos días antes de empezar a ver a Ricco, ella estaba conmigo.

—¡Dios mío en el cielo! ¿Y ella sabía que ustedes eran hermanos?

—Toda Europa sabe que somos hermanos, Luna. —Toca la taza frente a él, pareciendo perdido en los recuerdos—. Ahora estoy seguro de que estaba intentando quedar embarazada de alguien con dinero, probablemente con vistas a casarse. Para resumir, cuando apareció embarazada, la busqué para saber si era mío. Al principio me dijo que podría ser, jugando una especie de juego enfermizo, tal vez porque pensaba que Ricco tal vez no quisiera cuidar al niño.

—¿Y qué pasó?

—Cuando nació el niño, pedí una prueba de ADN. Y él, por supuesto, tenía otra razón para odiarme, pero no me arrepiento. Necesitaba saberlo.

—No sé qué decir.

—¿Qué hay que decir? Nunca nos apoyamos mutuamente ni siquiera antes de eso.

—Quiero que sepas que entiendo por qué pediste la prueba. En tu lugar yo habría hecho lo mismo. Pero no puedo aceptar esta animosidad entre ustedes.

—Eres una dama, Luna. No es animosidad. Es odio.

No al revés, aunque no estoy de acuerdo.

Ricco y Tommaso están muy orgullosos y quizás la situación entre ellos no pueda arreglarse, pero no creo que se odien. Tal vez tengan años de dolor, resultado de las acciones de sus padres, almacenados dentro de sus cabezas y corazones, pero apuesto a que no se trata de odio.



Una hora después

—¿Una sorpresa? —pregunta cuando abro la puerta de la oficina de su bodega—. O tal vez vino a explicarse.

Durante todo el camino pensé en cómo le daría la noticia de mi embarazo, pero nunca imaginé ese tipo de recepción.

—¿Llegué en mal momento?

Se levanta y casi puedo tocar la tensión en su cuerpo.

—No sé. Dígame usted. ¿Terminaste lo que tenías que hacer en Florencia?

Doy un paso atrás, con el corazón en el oído.

—Uno de mis guardaespaldas la vio en el centro.

—¿Enviaste a alguien para que me siguiera?

—¿Debería?

En un instante, paso del shock por la fría recepción a estar realmente furioso.

—No juegues conmigo, Ricco Moretti. ¿Enviaste a alguien para que me siguiera?

—No. La vio por casualidad. ¿Qué hacías con él en una cafetería?

Ahora estoy muy molesta, porque no tengo ninguna duda de que ese «él» al que te refieres es Tommaso.

—Tu pregunta ya tiene respuesta —digo.

—Me pediste que no jugara, así que respétame haciendo lo mismo.

—Lo encontré y fuimos a tomar un café. ¿Qué hay de malo en eso?

—Tú eres mi novia y él es el enemigo.

—Soy tu novia y él es tu hermano. ¿Quieres saberlo? No voy a quedarme aquí escuchando tonterías que se insinúan sobre mí. —Le doy la espalda y desisto de intentar hablar. Él está enojado y yo también. Nada bueno saldrá de esto—. Crucé un océano por ti. ¿Por qué entonces, ahora que estoy con el hombre de mis sueños, lo engañaría con otra persona? ¿Y no cualquier otro, sino su propio hermano?

—¿Qué dijiste?

Estoy tan enojada que me importa un comino el orgullo.

—Mi tonto corazón adolescente se enamoró a los dieciséis años cuando visitaste Boston, Ricco. En mi estúpida cabeza te veía como mi príncipe azul, pero en ninguno de mis sueños tú, mi príncipe, mi primero en todo, me dijiste que soy una tramposa.

Salgo de la habitación antes de exponerme más de lo que ya lo he hecho y cuando paso por el pasillo, veo a Chiara venir hacia mí, pero niego con la cabeza, pidiéndole que me deje pasar.

Sé que la gente probablemente escuchó nuestra pelea, pero no estoy preocupada. A estas alturas, no me importa si ese idiota se está avergonzando delante de toda la bodega.

—Luna. —Lo escucho llamándome.

—Créeme cuando te digo que no deberías hablar conmigo ahora, Ricco de Luca Moretti.

—¿Por qué? ¿Qué vas a hacer, *bella mía*? — dice, tomándome del brazo.

—No te atrevas a llamarme así, rompecorazones italiano.

—¿Por qué destruiría un corazón que me pertenece por completo?

—Es usted un maldito engreído, *signor* Moretti.

Escucho algunas risas, lo que sólo sirve para hacer que mi sangre hierva aún más.

—Déjame ir.

—No. Fui un idiota. Estaba cegado por los celos y no tengo motivos para estarlo, ya que acabas de decir que siempre fuiste mía.

—Todavía quiero tirarte algo. No debería tener que confesarte que te amo desde que era adolescente para que creas que nunca te traicionaría. Eres todo lo que quiero.

Eso es todo, si vamos a pasar vergüenza, hagámoslo bien. Ahora no hay una sola alma en la región que no se dé cuenta de mi amor por él.

—No, no debería —dice con la soberbia de que ya no estoy seguro si lo considero un defecto o una cualidad—. Pero me encantó saber eso.



Luna



Capítulo 36

Paris — Francia

Dos días después

Después de la espectacular pelea frente a toda la bodega, que estoy segura será uno de los temas más comentados en la región durante mucho tiempo, decidí simplemente contarle sobre el embarazo durante el viaje.

No quiero que el día en que se sepa que va a ser padre nuevamente esté marcado por turbulencias.

Bien, ahora que he cubierto la excusa que me he estado dando desde que descubrí que estoy embarazada, vayamos a la verdadera razón por la que he estado posponiendo revelar sobre el bebé.

Tengo miedo.

No porque vaya a ser madre. Mis pensamientos sobre esto no han cambiado. Sigo pensando que fue un milagro de Dios y estoy muy feliz. Mi pregunta es cuál será su reacción.

Dudo en considerarme un tonto por pensar así, ya que, cada vez más, creo en lo que decía la esposa de su amigo: que el amor entre nosotros es recíproco.

Por otro lado, no soy tan optimista como para olvidar la conversación que escuché entre él y el estadounidense. Entonces, es así, muriendo por compartir la noticia, pero también temiendo tu reacción, que terminé decidiendo que lo haré cuando lleguemos al castillo, dentro de cinco días.

Tampoco se lo dije a Antonella porque creo que estaría mal compartirlo con alguien más antes que con Ricco.

—Estás muy callada para estar de vacaciones, mi lunita.

—Tengo hambre —digo, y en parte es cierto—. Pero también me pregunto si podemos renunciar a esa idea tuya de ir de compras.

¿Para qué comprar ropa si no me queda bien en poco tiempo?

—Quiero que tengas todo lo que siempre soñaste.

Tengo casi todo lo que alguna vez soñé. Ahora todo lo que necesitas hacer es amar a nuestro bebé tanto como yo ya lo amo.

—Ya dije que los bienes materiales no me entusiasman.

—¿Será? ¿Nada la haría feliz?

—¿Qué escondes, Ricco Moretti? Porque lo conozco lo suficiente como para saber que cuando hace esa expresión como si fuera *dueño del mundo*…

Antes de terminar de hablar, me sienta en su regazo y me besa hasta que me quedo sin aliento.

Cuando nos alejamos, la intensidad con la que me mira me hace estar segura de que me ama, sí.

Entonces, ¿por qué no puedo hablarte de nuestro hijo?

En el fondo, sé la respuesta. Me temo que nunca podrá amarlo como lo hizo con Nicolo.

Aparto el pensamiento deprimente.

—Tengo un regalo —dice, entregándome un sobre.

—¿Un contrato de relación? ¿Como esos de los libros, donde los multimillonarios establecen reglas para sus novias y la colman de regalos a cambio?

—Cuéntame más al respecto, tal vez me interese.

Le muerdo el dedo en respuesta y él se ríe.

—Estoy loco por ti, ¿lo sabías?

A Ricco no le gusta mucho expresar sus sentimientos con palabras, pero cada vez que lo hace, mi corazón da un vuelco.

Me pidió que le contara la historia de cuando lo vi por primera vez en el restaurante, pero de todos modos no me recordaba, lo cual debería haber sido una patada en mi ego, sin embargo, acepté que es parte de la vida.

¿Qué es un recuerdo después de tenerlo conmigo durante meses?

No revelé nada sobre el tiempo que estuve enferma y tampoco quería enfatizar a mi amor adolescente. Al igual que yo, él también parece centrarse más en el día de *hoy*.

—Sospeché que te sentías *un poco* atraído por mí —respondo finalmente, disimulando lo mucho que me afecta cuando me das declaraciones así—. Ahora déjame abrir mi regalo.

Es una hoja que parece un contrato, pero cuando empiezo a leer, me quedo boquiabierto.

—Tú no hiciste eso.

—No es nada comparado con lo que haría yo por verte sonreír así, *bella mía*.

Leí el documento con más calma.

—¿Estaba a la venta?

—No, pero todo tiene un precio.

No sé si puedo entender eso muy bien, pero no importa, porque en mis manos tengo la escritura de la casa donde nació mi madre.

—Fue lo más hermoso que he recibido, pero no puedo aceptarlo. Es mucho y no tengo nada que darte a cambio.

—No lo hice esperando represalias. Además, tengo una condición.

—¿Condición para qué?

—Esta casa es sólo para cuando venga Antonella, para que esté más cómoda que en un hotel. Pero no vivirás allí.

Me encojo de hombros.

—Ya tengo mi propia casa, ¿te has olvidado? Aunque no veo ningún sentido en seguir pagando el alquiler, si ahora tengo uno —digo en tono de broma.

—Exacto, no tiene ningún sentido pagar alquiler, así que creo que deberías entregármelo y venirte a vivir conmigo.

—¿Qué me propones exactamente?

—Nada… aún —dice, enigmáticamente— Ahora déjame alimentarte. Entonces, hagamos todas las tonterías que hacen los turistas en París y que sé que te mueres por probar.



Vale do Loire — Francia

Días después

—Este castillo es muy hermoso, pero no puedo imaginar cuántos empleados se necesitarían para mantener algo de este tamaño.

—Muchos, no tengo ninguna duda —responde, pero parece ajeno a la conversación.

Nuestro viaje a París fue maravilloso, pero la parte turística de la que me habló se realizó según los estándares de los multimillonarios.

No estábamos cerca de ninguna atracción o museo porque los guardias de seguridad que caminaban detrás de nosotros llamaban la atención de la gente, así que decidí dejarlo para disfrutarlo tranquilamente la próxima vez.

¿Quién necesita una atracción turística con un hombre delicioso al lado y, encima, poder llamarlo mío?

Pero íbamos a restaurantes fantásticos y también paseábamos por la orilla del río Sena, porque el apartamento de Ricco en la ciudad está en *Ile de Saint Louis*[41].

Pareces dispersado, lo acuso.

De hecho, no se ha dado cuenta desde que llegamos al castillo y a veces parece que va a decirme algo y luego retrocede.

Caminamos hacia los establos, mientras Jeque Kaled cría caballos, y después de conocer a los Gray, comencé a amar a estos animales.

—Iba a esperar hasta que estuviéramos en el último día del viaje, pero decidí que no quería posponerlo más.

—¿Aplazar qué?

—Este tiempo que pasamos juntos fue el mejor de los últimos años. Tal vez de la vida, se sobresalta y me siento un poco mareado.

—¿Vas a romper conmigo? —pregunto, sin ninguna elegancia ni protección para mi corazón inmaduro.

—¿Qué? No. Déjame terminar de hablar, *bella*. Llevo días ensayando esto —dice, jalándome de la cintura, manteniéndonos pegados.

Levanta mi barbilla y no veo ninguna indicación en sus ojos de que tenga la intención de dejarme.

Suspiro de alivio, aunque no entiendo nada.

—Como decía, estos meses que pasamos juntos son los mejores que recuerdo en toda mi vida, así que ¿por qué no los extendemos… para siempre?

Repito las palabras en mi mente sobrecargada.

Él está diciendo…me está preguntando…

Espera, algo anda mal.

Solté sus brazos y doy un paso atrás.

Ricco es un hombre completamente enamorado de mí. Intenso hasta la raíz de mi cabello, pero en ese momento parece más como si estuviera proponiendo una alianza comercial que cualquier otra cosa.

—Tus palabras no coinciden con lo que creo que quieres decir. ¿Por qué?

—¿De qué crees que quiero hablar?

—No tengo el valor de decirlo en voz alta para evitar el riesgo de quedar en ridículo.

—Creo que tienes razón en lo que te voy a pedir, pero primero tenemos que hablar de algunos términos.

—¿Términos?

—Sí. Quiero que te cases conmigo, que seas mi esposa y compañera, pero voy a ser honesto. Nunca tendremos hijos.

Abrazo mi propio cuerpo, tratando de evitar que se dé cuenta de lo mucho que estoy temblando.

—¿Por qué? ¿Por culpa de Nicolo?

—Porque no quiero volver a ser padre y mi decisión sobre este asunto nunca cambiará.

Ricco



Capítulo 37

Pensé varias veces qué decir porque en mi cabeza no había otra respuesta posible que sí.

Ella dijo que siempre había estado enamorada de mí, desde nuestro encuentro casual cuando ella aún era una adolescente, lo que me aseguró que estábamos destinados.

No habría otro camino posible para ambos, y aunque no creo que lo merezca, soy demasiado egoísta para dar marcha atrás.

Sin embargo, cuando la veo palidecer, una especie de bola de hierro se desenrosca en mi estómago.

Ella no necesita decir nada. Está claro que lo que te ofrecí no importa. Luna quiere hijos.

—Sé que es una decisión difícil porque te rendirías…

Hace un gesto para impedirme continuar.

—Me gustaría estar solo un rato.

—No era la respuesta que imaginaba —lo confieso.

—Pero es la única que puedo darte.

Preferiría que me contara la verdad en más de una de nuestras peleas épicas, porque su silencio y su aparente frialdad son jodidamente espeluznantes.

Por otro lado, sé que no tengo derecho a obligarla a tomar una decisión. Pensé que lo que sentíamos el uno por el otro sería suficiente para mantenernos juntos, pero tal vez fui demasiado arrogante en mis suposiciones.

La caja con el anillo de compromiso pesa como plomo en mi bolsillo, como un recordatorio de lo que probablemente no sucederá: nuestra unión.

Aunque nunca he estado cerca de proponerle esto a una mujer, sé por amigos y familiares que generalmente reaccionan con sonrisas, lágrimas, pero lo único que veo en Luna es el deseo de alejarse de mí.

Pensé que ya no era capaz de sentir dolor, pero imaginar un futuro sin él es como recibir una puñalada.

No, peor. Con una herida como esa, o te curas o mueres. Pero sé que no hay ninguna posibilidad de que alguna vez pueda olvidarla.

Voy a deambular el resto del camino sin poder encontrar a alguien que me complete como ella.

No quiero encontrar a nadie más.

No puedo imaginarme tocando o deseando a otra mujer.

Yo ya tengo la mía.

Haciendo acopio de todo mi coraje, me preparo para darle una salida.

—Podemos volver a Italia, si quieres —digo, sabiendo que esto podría separarnos aún más.

Aquí en el castillo, al menos, ella no tiene muchas formas de escapar de mí.

Su respuesta me asegura que esto es exactamente lo que pretende.

—Me gustaría, sí.

—Al menos diga sí o no.

Ella mira al suelo.

—No. —Me mira—. Nunca renunciaré a eso.

Asiento, aunque por dentro siento frío.

Sé lo que significan tus palabras.

No sólo se niega a casarse conmigo, sino que dice, sin necesidad de expresarlo con palabras, que nuestros caminos continuarán por separado a partir de este momento.

—Yo arreglaré nuestra salida.



En esa noche

—Quizás deberíamos hablar —propongo parándome frente a la pequeña casa que ella alquilaba.

Luna no me ha hablado desde nuestra conversación en el establo y el silencio es como un veneno.

—No hay nada que decir, Ricco. Sabes lo que siento y conozco tus términos, como tú dices. Mi amor por ti no disminuirá ni pasará, por lo que permanecer juntos sabiendo que no habrá futuro no tiene sentido.

—Podría haber un futuro.

—No habría manera. Nunca dejaré de tener un hijo, porque él será mi milagro.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. No importa. Tengo que ir.

—Sé que no sirve de mucho, pero si tuviera que elegir una mujer para volver a tener un bebé,

serías tú.

—Entonces ¿por qué no me eliges?

—Porque no soy capaz. Fallé una vez. No quiero volver a pasar por esto.

—¿Me estás diciendo que estás eligiendo no ser padre? Por favor piensa antes de contestarme.

—No necesito pensar. Eso es exactamente. No quiero volver a ser padre.

Se gira sobre su asiento para irse y yo la tomo del brazo, con la intención de decirle que espere a que le abra la puerta, pero ella me detiene.

—No es necesario. Intentemos hacerlo más fácil. Adiós, Ricco.

La veo alejarse, incapaz de creer que la perdí.

Cierro los ojos, tratando de imaginar un futuro diferente al que me programé, un niño sonriente, resultado de nosotros dos, pero lo único que viene a mí es el rostro sin vida de mi Nicolo y el dolor que sentí cuando Finalmente me dejaron verlo.

Quise dar mi vida por la suya y le ofrecí a Dios cualquier cosa para que mi niño pudiera volver a respirar, pero no hubo acuerdo.

No lo protegí cuando me necesitó y por eso debo pagar por el resto de mi vida.

Salgo con el coche, pero en lugar de volver a casa, me desvío hacia el cerro donde la llevé en moto la primera vez que salimos.

Miro las luces de la ciudad abajo.

Es tarde y una a una las casas se van oscureciendo, como una analogía de lo que está pasando dentro de mí. La diferencia es que para ellos la luz volverá al amanecer.

En mi vida a partir de ahora sólo habrá noche.

Mi luna se ha ido.



Al día siguiente

Sé que no debería haber venido, pero al diablo con los pensamientos racionales.

Necesito volver a verla, así que me bajo de la moto, decidido a que ella me escuche.

Quizás no me expliqué correctamente. ¿Entiende que soy la peor opción posible como padre? ¿Que mi Nicolo murió por mi culpa?

Subo las escaleras y llamo a la puerta, pero no pasa nada.

Me agacho para recoger la llave que suele dejar debajo de la alfombra, pero esta vez, junto a ella, hay una nota para el dueño.

Ella entregó la casa y se fue.

¿A qué hora? Son sólo las diez de la mañana, lo que significa que debe haberse ido muy temprano o tal vez incluso anoche.

¡Joder!

Levanto mi móvil y la llamo, pero el teléfono salta directamente al correo de voz. Luego completo una llamada con la mujer con la que, a pesar de haber hablado dos veces en breves llamadas telefónicas, no estoy nada familiarizado.

—¿Antonella? Ricco Moretti.

—Sé que eres tú. Tengo tu número grabado. ¿Qué deseas?

La frialdad en su voz me dice que sabe que su hermana y yo hemos estado peleando.

—Luna se fue.

—Sí, ella regresó a su casa.

—¿Por qué sin despedirse?

—Por lo que ella me dijo, ayer se despidieron.

—No. Aún no hemos terminado. Fue una pelea. Las parejas pelean.

—Fue más que una pelea y ambos lo sabemos. No te conozco bien, Ricco, pero conozco a mi hermana. Ella es la persona más fuerte y valiente del mundo, y además está perdidamente enamorada de ti. Ella cambió su propia vida y, al fin y al cabo, siguió adelante sola creyendo en un sueño. Si has decidido volver a casa es porque has agotado todas las posibilidades.

—¿A qué te refieres después de todo?

—Nunca revelaré los secretos de mi hermana, pero créeme cuando te digo que si la quieres tendrás que repensar tu propuesta. Ella no volverá.



Luna



Capítulo 38

Dallas — Texas

Ese mismo día, por la noche

Increíblemente, no derramé una lágrima desde el momento en que se fue ayer hasta que llegué a Dallas.

A diferencia del día que me propuse perseguir mis sueños, esta vez me siento completamente agotada.

Cuando me pidió que me casara con él de una manera que parecía más una transacción comercial y que de ninguna manera representaba el tipo de relación que siempre habíamos tenido, al principio me enojé mucho.

Quizás un poco más allá del principio.

Hasta que me llevó a casa, en realidad.

Después, cuando se fue, pensé en toda nuestra historia y luego en los hechos que rodearon la muerte de Nicolo.

Sufrí tu dolor porque, más que nadie, sé lo que es tener que lidiar con la culpa durante años. Pero creo que nada se compara con la sensación de haberle fallado a un niño.

Este bebé, que aún no he visto en una ecografía, ya es tan importante para mí que moriría mil veces sólo para asegurarme de que esté a salvo. De esta manera, me puse en su lugar e imaginé cómo sería el dolor de perder a un hijo por abandono.

Y aunque esta negligencia no haya sido de su parte, Ricco es de los que soportan todo el peso del mundo sobre sus hombros. Para empeorar las cosas, la mujer, Naomi, se suicidó después, lo que aumentó el horror de la tragedia.

Entonces, gran parte del dolor que siento es por *él*, *de él*.

Por supuesto, ambos también tenemos un lado, pero siempre seré optimista y espero que cuando se entere del bebé no lo rechace.

No me fui porque quiero ocultar que estoy embarazada, sino para fortalecerme con mi familia hasta sentirme lo suficientemente segura para contarlo todo.

Creo que las cosas entre nosotros sucedieron rápidamente y con una intensidad increíble, así que tal vez ambos necesitemos respirar por separado. Pensando sin la pasión sentimos

confundiendo lo que queremos para el futuro.

De hecho, lo que él quiere, porque sé lo que quiero: él. El amor adolescente se ha convertido en un sentimiento incapaz de revivir con otro.

Siempre será él.

Pasé el viaje planificando, todo para no ceder a la tristeza. Desde que me enteré que estoy embarazada comencé a investigar la relación intrauterina con el bebé y parece que ellos sienten todo lo que vivimos.

No quiero que mi hijo piense ni por un segundo que su llegada me ha traído menos que felicidad, aunque las cosas con Ricco estén en el aire.

Decidí que voy al médico para ver cómo va mi embarazo y la próxima semana, si Dios quiere, tendré el valor de decirle que va a ser padre.

Pero no tengo intención de volver a Italia.

Ya hice mi parte para hacer realidad mis sueños y vivir nuestra historia de amor. Ahora ya no depende de mí. Por más comprensivo que sea con su sufrimiento, el próximo paso debe ser suyo.

Lo que podría haber hecho por los dos, lo hice, y fue porque estaba segura de que ni siquiera quería esperar a que llegara la mañana a casa. Tan pronto como se fue, hice las maletas.

Intento mantener mi expresión neutral mientras camino hacia el aeropuerto para encontrarme con mi hermana, rodeada de guardias de seguridad, pero creo que soy la peor actriz del mundo porque tan pronto como me abraza, ambos empezamos a llorar.



Horas después

—No sé qué decir. Cuando me llamó me enojé mucho porque pensé que la había lastimado. No me explicaste nada cuando dijiste que volverías, aparte de su exigencia de que no tuvieras hijos, así que obviamente te culpé. Pero no puedo odiarte después de lo que me revelaste, Luna

—dice cuando termino de contarle por qué Ricco excluyó a los niños de sus planes cuando me pidió que me casara con él.

Sólo después de mi llegada le dije que estaba embarazada y que esa era la razón principal por la que salí de Italia.

Aunque todavía estaba preocupada por mi salud, Antonella estaba muy feliz por mí.

—Yo sé eso. Tampoco estoy enojada, pero sí muy triste. Tanto es así que ni siquiera puedo expresarlo con palabras, pero no lo odio. Es más como un dolor constante, palpitando en mi pecho, ¿sabes?

—No, pero me imagino. ¿Qué vas a hacer? Tiene derecho a saberlo, Luna.

—Pensé en decírtelo la semana que viene, cuando regrese del médico.

—¿Ya encendiste tu móvil? ¿Viste si envió un mensaje?

—No tuve el coraje.

—Ese no eres tú. Si lo que tenías era tan bonito como me dijiste, no cierres todas las puertas a la vez. Escuche lo que tiene que decir.

—¿Y si sigue igual que antes? ¿Tienes idea de lo difícil que fue encontrar el coraje para partir? Hay algo que sé con seguridad, Antonella. Protegeré a mi hijo para que nadie le haga daño, ni siquiera su padre. Si Ricco no lo quiere…

Ella toma mi mano y la besa.

—Si él no te quiere, lo haremos nosotros. Ahora no somos sólo dos. Tenemos una familia enorme y estoy segura que lo que a mi sobrino no le faltará es amor.

Media hora después, llega Hudson y repite, de esa manera brusca, todo lo que dijo Antonella.

No sabe en detalle qué pasó, pero aun así prometió que todo estará bien.

Cuando se van, sostengo el móvil y finalmente tengo el coraje de volver a encenderlo.

Hay varias llamadas perdidas de Ricco, así como mensajes.

Ninguno de ellos habla de ningún cambio en su decisión.

Escribo un mensaje y lo apago nuevamente, o estaré esperando ansiosamente una respuesta.

Ahora no sólo tengo que preocuparme por mi salud, sino también por el bienestar de mi hijo.

Ricco



Capítulo 39

En la mañana siguiente — huso horario del Europa[42]

Luna: *«Lamento haberme ido sin despedirme, pero tenía miedo de no tener el valor de irme si te volvía a ver. Te amo.»*

Leí el mensaje dos veces, incrédulo de que finalmente me respondiera, y presioné el marcado rápido para completar la llamada, pero va directamente al correo de voz.

Agarro el móvil con tanta fuerza que hace clic en mi mano.

¿El hecho de que cuelgue el teléfono es una señal de que no me verá cuando aterrice en Dallas en unas horas?

Incluso antes de recibir su mensaje, ya había decidido ir tras mi mujer.

El piloto me espera con mi avión privado en la pista y ya debería haberme ido, pero decidí pasar por la habitación de mi hijo por última vez.

Estoy sentado en el suelo, rodeado por los marcos de los cuadros de Nicolo, y finalmente me permito sentir el dolor hasta el fondo de mi alma.

El dolor sigue siendo el mismo de aquel primer día, pero la idea de vivir un futuro sin ella también le resulta insoportable.

Pasé la noche despierto aquí, pensando y repensando nuestra historia. Yo era un cabrón egoísta. ¿Cómo podría haberle propuesto, en nombre de nuestro amor, que algún día renunciara al derecho de ser madre? ¿De robar tus sueños?

Sólo ella, mi hada soñadora.

—¿Ricco? —Escucho a mi madre llamar desde la puerta, pero sigo sin moverme—. Hijo mío, ¿qué haces ahí?

Ella se arrodilla a mi lado.

—Hablando con él. —Les muestro el marco del cuadro—. Nunca le había pedido perdón a mi niño por no poder protegerlo, porque pensaba que para eso no había absolución, pero necesito decidir entre el futuro y el pasado, madre.

—No es sólo una decisión, querida, sino dejarlo descansar también. Nicolo siempre será parte de nosotros y sé que hasta el día de tu muerte lo recordarás, pero Luna es tu futuro y terminarás perdiéndola si no sigues adelante.

—No hay nada que decidir, nunca lo hubo. En el momento en que la vi, supe que no había vuelta atrás. Pero no estoy seguro de que Luna pueda perdonarme.

—¿Perdonar por amar demasiado? Porque eso es lo que hiciste. Por lo que me contaste, tu separación no tuvo que ver con una falta de amor, sino con tu incapacidad para comprender que reconstruir tu vida no te hará olvidar a Nicolo.

—Los sueños han disminuido.

—¿Sueños?

—Pesadillas. Soñé que podía llegar a tiempo y salvarlo. Pero siempre me despertaba desesperada porque él nunca estuvo aquí. Hace unos meses solo soñé con su sonrisa y cómo le gustaban los abrazos, pero esa noche nunca vuelve a suceder. Tengo miedo de olvidarlo.

—No hay manera de que un padre olvide a un hijo, no importa si se fue a los dos años o a los setenta años.

Asiento.

—Creo que se fue por lo que le impuse de no tener nunca un bebé.

—Tal vez. Sólo ella puede responder eso, pero si quieres un consejo sobre cualquier cosa en tu vida de pareja, no te sometas ni intentes someter al otro. Estas reglas que querías determinar pueden funcionar muy bien en tus empresas, nunca en un matrimonio. Con el tiempo, uno de ellos resentirá pasar años siendo subyugado.

—¿De qué estás hablando? —pregunto, porque algo me dice que ya no somos solo Luna y yo.

—Dejo a tu padre. Finalmente tuve suficiente. Ayer hice sus maletas y llamé al abogado tan pronto como salió de casa. Quiero divorciarme lo antes posible.

—*Mamma…*

—Sé que me tomó un tiempo actuar, Ricco, pero finalmente abrí los ojos.

La miro fijamente, sin saber qué decir. Yo tengo treinta y seis años y Tommaso treinta y cuatro, lo que significa que desde hace más de tres décadas soporta todas esas faltas de respeto hacia sus hijos, sus familiares y la sociedad. ¿Y de repente decides girar ciento ochenta grados?

—Quieres saber por qué ahora, ¿no?

—Sí.

—Pasé años tragándome las travesuras de tu padre porque crecí en una familia donde se suponía que el matrimonio era para siempre. Mi padre engañó a mi madre y mi abuelo engañó a mi abuela. Todos tuvieron unas bodas de oro porque lo que importa en la alta sociedad es que las fortunas no se repartan.

—Entonces, ¿por qué, después de casi cuarenta años, decidiste divorciarte?

—Porque hasta ahora solo me había lastimado con su falta de respeto. Aunque sabía que todos comentaban a mis espaldas y me miraban con lástima, lo dejé pasar porque pensé que sería lo mejor para ti y para Chiara. Pero nunca sentí más vergüenza que ese día que acosó a su novia bajo nuestro techo. Habría sido inaceptable en cualquier lugar, pero en el momento en que te metiste con ella, ya no era contra mí contra quien lo hacías, sino contra mi precioso hijo. Finalmente, ese sinvergüenza llegó a mi límite. Si Greta quiere, puede tenerlo. Ya no me importa.

—Lo dudo mucho, madre. No son sólo ustedes dos. Hay otros, muchos otros.

—Eso no me sorprende.

—Me voy a Estados Unidos tras de Luna. ¿Estarás bien?

—Voy, sí. Tu hermana está conmigo y también ordené a los guardias de seguridad que no dejen entrar a Dino si se atreve a venir a buscarme. Ahora, basta de hablar de mí. Ve tras la mujer que amas. Ya ha habido suficiente sufrimiento en esta familia, Ricco. Es hora de que todos empecemos de cero.

Me levanto y la ayudo a levantarse. Luego, coloco los marcos de los cuadros de mi hijo encima de la cómoda.

—La traeré de vuelta.

—Sí, pero ten en cuenta la responsabilidad que esto conlleva. No la alejes de tu familia si no estás dispuesto a entregarte por completo.

Ricco



Capítulo 40

Dallas — Texas

En el mismo día

No llamé y dije que iba a ir porque no quería darle la oportunidad de escapar.

Sé que parece una locura venir de Italia a Estados Unidos sin tener la menor idea si quiere hablar conmigo. Tu teléfono ha permanecido apagado desde que me enviaste ese mensaje, pero estoy tratando de ser positivo.

El avión acaba de aterrizar y decido hacer un último intento. Si no me contesta, llamaré a Antonella y si es necesario, usaré mi influencia para localizar al cuñado de Luna, Hudson. Pero no hay manera de que me vaya sin mi esposa.

Para mi sorpresa, el teléfono sólo suena dos veces antes de que ella me conteste.

—*¿Ricco?*

—Estoy en Dallas. Necesito verla. Si dices que no, me mudaré a la ciudad hasta que cedas, pero no te desharás de mí.

—*Estás loco* —dice y me relajo un poco, porque no parece enojada.

—Completamente loca por ti, *bella mía*.

—No me llames así, porque despierta recuerdos dolorosos.

—¿Por qué no, si es verdad? Eres mi hermosa.

La escucho suspirar y pienso que tal vez fue demasiado difícil, pero luego dice:

—Estoy en mi apartamento, o sea, el que me prestó Hudson cuando vivía aquí. Vamos, realmente necesitamos hablar. Te enviaré la dirección.



Media hora después

Espero a que el conductor que contraté se estacione frente a su edificio. Pensé en dejar el coche en el garaje, pero no pienso salir de aquí pronto. Tenemos mucho de qué hablar y si todo va tan bien como espero, me quedaré a pasar la noche.

Ni siquiera necesito llamar al interfono para que el portero me abra la puerta. Le envié un mensaje de texto diciéndole que vendría y ella debió haberle advertido.

El ascensor sube a una velocidad desconcertante, o tal vez soy yo quien está muy ansioso y encuentra el mundo entero lento.

Cuando finalmente me paro frente a su puerta y aparece Luna, todo el maldito discurso que preparé en el camino se desintegra en mi cabeza.

No podría hilvanar tres palabras, aunque fuera necesario para salvar mi vida.

Sólo hubo unos días de diferencia, pero la sensación era que me faltaba el aire.

Tal vez debería ser un caballero y esperar a que ella me salude como dicta la etiqueta. Tal vez debería ser suave dada su incertidumbre sobre si todavía estamos juntos o no, pero no puedo evitarlo.

Tirando al infierno la etiqueta, la educación y los años de estudiar en una escuela secundaria suiza, avanzo y llevo la mano directamente a la nuca, enredándome en los sedosos mechones e inclinando su boca hacia atrás.

—Te amo, *bella*.

Nunca fuimos una bahía tranquila, pero hoy, en el momento en que nuestros labios se tocan, explotamos, como una tormenta.

Cierro la puerta con el pie.

—Te amo —repito, mientras tiro todos los planos al suelo, mientras la levanto y camino como un loco, buscando una habitación.

Somos un intrincado juego de piernas, brazos, manos, dedos y bocas, buscando, tocando, con un afán apasionado.

Los botones se desprenden de mi camisa, que, en cuestión de segundos, está en el suelo junto

a mi abrigo.

El vestido que lleva está dividido en dos partes desiguales por las prisas y la necesidad de sentirla dentro de mí.

Y sólo cuando finalmente estoy refugiado en el calor resbaladizo de su cuerpo, con sus manos acariciándome y la boca que adoro murmurando lo mucho que me extrañaba, el dolor que me había estado robando el aire se detiene.



Horas después

Siento como si la sangre comenzara a fluir por mis venas nuevamente, pero ahora que mi respiración ha vuelto a la normalidad, me siento un poco avergonzado.

No soy un adolescente. Debí haberme controlado porque nuestro problema nunca fue sobre compatibilidad sexual, sino sobre cuestiones relacionadas con mi pasado.

—No es así como imaginaba nuestro reencuentro.

—Yo tampoco y necesitamos tener una conversación seria —dice, recostándose sobre mi pecho, su mano dibujando círculos imaginarios sobre mi piel.

Tenso de que lo que ella tiene que decir es una confirmación del fin, pisoteo la caballerosidad.

—Yo, primero. Creo que es justo, ya que fui yo quien cometió un error la última vez.

—Prefiero vestirme si vamos a tener una conversación seria ahora.

—Todo está bien.

La observo mientras se levanta y camina hacia la lencería en el suelo. Luna es delgada y suavemente curvada, pero deliciosa. Sus pechos parecen más grandes, lo que me excita de nuevo, así que me obligo a apartar la mirada y me pongo los calzoncillos.

Regresa a la cama, aunque sus pasos parecen inseguros, como si ahora que se ha recuperado de sus orgasmos se arrepintiera.

Me aclaro la garganta para tratar de no decir algo que la aleje definitivamente, pero nuevamente, yo, el tipo que cierra negocios en todo el mundo, me pongo firme, en resumen:

—Quiero todo contigo. Familia, perro, gatos. Estoy abierto a la negociación.

Ella se sienta frente a mí.

—No entiendo. ¿Qué cambió desde tu propuesta en el castillo hasta aquí?

—Yo. Quiero decir, no he cambiado, pero entiendo que no hay posibilidad de un futuro feliz sin ti. Antes de que apareciera en mi vida, no importaba, porque todos los días eran iguales y no me importaba. Pero ya no quiero que sea así. Pido una segunda oportunidad y esta vez no la arruinaré. No tenía derecho a exigirle que entregara a sus hijos.

—Entiendo que aún estaba de luto por Nicolo.

—Sí, estaba. Y para ser honesto, esa herida nunca sanará, pero eso no significa que no sea capaz de amar a nuestro hijo. Esta vez haré todo bien. Lo protegeré a él y a ti también.

Ella comienza a llorar y estoy completamente perdido. No fue la reacción que esperaba, pero me perdonaron por ser un imbécil.

—No te hagas esto, Ricco. Me rompe el corazón verlo culparse así. Estoy segura de que fuiste el mejor padre que pudiste ser dadas las circunstancias.

—Cuando tengamos a nuestros hijos, será diferente. Estaré a tu lado, criándolos, y no pasará nada, lo prometo.

—¿Estás seguro de lo que estás hablando?

—Sí, mi amor. Repasé todo. Te compré un anillo con un diamante enorme y el otro me deshice porque soy supersticioso y pensé que era mala suerte. Éste es mucho más grande y está en el bolsillo de su abrigo. Iba a hacer una declaración de rodillas como me aconsejó Kaled, pero revertí todo porque, en primer lugar, se suponía que el sexo sucedería más tarde.

—Al parecer somos expertos en hacerlo todo al revés.

—No entendí.

—Me enamoré de ti y te perseguí en Toscana cuando, en un cuento de hadas normal, debería haberme quedado callada, como una princesa bien educada esperando que algún día me encontraras. Pero no está en mi naturaleza quedarme de brazos cruzados. Luego cedí con demasiada facilidad y me enamoré de ti cuando, según el consejo de mujeres mayores, debería haberte hecho perseguirme. Y finalmente, antes de que me pidiera que me casara con él de manera decente, porque ese contrato que me propuso en Francia no cuenta, quedé embarazada de su bebé.

—No creo haber escuchado bien la última parte.

—Estoy embarazada, Ricco. Por eso dejé Italia. Estaba esperando sentirme más fuerte emocionalmente para contártelo. Dentro de unos meses seremos padres de un pequeño bebé.



Luna



Capítulo 41

—Por favor di algo. Estoy muy nerviosa.

—Estabas embarazada cuando te fuiste.

No es una pregunta, así que espero a que termine el pensamiento. Aún con todas las declaraciones que hizo, quizás se refería a los niños como un plan de futuro. ¿Pero ahora que has descubierto que tenemos un bebé en camino?

—No tenía idea, Luna. Nunca habría dicho eso si hubiera sabido que ya estaba embarazada.

Me siento de nuevo en la cama y me miro las manos.

—Lo que voy a decir parecerá una locura, pero lo prefiero así. De lo contrario, nunca estaría segura de si viniste a buscarme porque me amabas o si fue porque sentiste que debías hacer lo correcto y casarte conmigo porque estoy embarazada.

—¿Cómo podrías preferir que prácticamente la mandara fuera de mi vida?

—No me enviaste, Ricco. Fue mi elección. No quería quedarme donde mi hijo no sería bienvenido. Estoy enamorada de ti, pero le prometí que siempre lo protegeré.

Llega hasta donde estoy y se arrodilla frente a mí, entre mis piernas, tocando mi vientre.

—Nunca rechazaría a un niño. No tenía ninguna conexión emocional con Naomi y, sin embargo, siempre amé a mi Nicolo. ¿Cómo podría darle la espalda a un fruto de nuestro amor?

—¿Hablas en serio?

—Totalmente, Luna. No soy la mejor persona del mundo, pero nunca dudes que te quiero. Estaría mintiendo si no dijera que tengo miedo de hacer esto mal y que podría ser sobreprotector con ustedes dos, pero quiero a nuestra familia.

Él apoya su cabeza en mi regazo y, en ese momento, siento como si nuestras edades se hubieran invertido. Él es quien necesita garantías.

—Yo también tengo miedo, Ricco, pero ¿quieres saber algo que dijo mi madre? El padre y la madre no necesitan ser perfectos, sino amar a sus hijos. Y eso es lo que quiero que me prometas: que aún con la pesadilla que has vivido en el pasado, podrás darle a nuestro pequeño o pequeña todo el amor que se merece.

—Mi problema nunca ha sido la falta de amor hacia ti… ni el miedo a no poder amar a la familia que formaremos, sino a asfixiarlos. Siempre he sido controlador, pero ahora que sé que estás embarazada… no voy a relajarme durante los próximos cincuenta años.

—Creo que puedo manejarlo y no será un problema si, cuando superes mi límite, tengamos una pelea u otra. Me gusta la forma en que se hace la paz después.

Sostengo su rostro entre mis manos y nos miramos en silencio. Hay cosas que simplemente no se pueden decir con palabras, y sé que no hay nada que pueda explicar lo loca que estoy por él.

—Hay algo de lo que tenemos que hablar y quiero que me prometas que me escucharás

atentamente antes de que pierdas la cabeza, ¿*okay*?

Al mismo tiempo, veo sus hombros tensos.

—¿Está bien el bebé?

—Lo sabremos en unos días. Tengo cita programada y será la primera ecografía. Pero de lo que quiero hablar tiene que ver conmigo. Primero me gustaría darme una ducha y comer, porque me muero de hambre, ¿tal vez?

Se levanta, me tiende la mano y puedo ver los engranajes de su cerebro funcionando, pero no dice nada, lo cual aprecio internamente.

Sé que cuando le cuente sobre mi enfermedad, se preocupará mucho y todavía tengo miedo de que me vea de otra manera, así que necesito revelarle todo a mi debido tiempo.



Una hora después

—Necesitamos encontrar al mayor experto en la materia para que nos dé garantías.

—¿Escuchaste lo que dije? Ya estoy en tratamiento con el mayor especialista en la materia y él me aseguró que estoy curada.

Él camina de un lado a otro en mi habitación.

—Tenemos que movernos. Vivimos en una ciudad más grande o, quizás, nos acerquemos a su médico.

—Ricco…

—¿Preferirías estar aquí en Dallas o en Boston?

—Prefiero nuestra casa, en la Toscana. Con Thor jugando con nuestro bebé y esa hermosa vista. Que mi hijo o hija se críe cerca de su abuela, pero por supuesto, podemos visitar a mi hermana cuando queramos.

—Allí no tenemos ningún especialista.

—Quizás no con toda la experiencia que tengo aquí en Boston, pero sí hay un médico en

Florencia que fue recomendado por el equipo que me atendió desde el principio. Venga aquí.

Acepta la mano que le ofrezco y se recuesta en el sofá, con la cabeza en mi regazo.

—Los tres estaremos bien. Te esperé. Quería ser sanado por amor a ti. Dios no permitiría que nos acercáramos tanto y luego lo perdiéramos todo.

—No podría soportar una vida sin ti, Luna.

—No me perderás, lo prometo. Nunca encontrarás a alguien más sediento de vida que yo. No renunciaré a nuestra historia de amor, a los recuerdos que construiremos juntos, a nuestros hijos y nietos. Todo estará bien, Ricco.



Días después

En el consultorio médico

—Estoy muy nerviosa.

—Dijo que el hematólogo no vio nada anormal en sus pruebas.

—No lo viste, pero tengo muchas ganas de que todo esté bien con nuestro hijo. Realmente quiero este bebé, Ricco.

Soy un fiasco. Debe mantener la calma, ya que debe ser una situación estresante para él asistir a la cita con el obstetra. El problema es que yo soy primeriza y él no. Así que realmente necesito tu apoyo.

—¿Listos? —pregunta el mismo obstetra que atendió a Antonella y dio a luz a Dante.

—Sí, pero muy nerviosa también.

—Cálmate, mamá. Esta agitación en la primera ecografía es normal. Pero primero quería

hacer una pregunta: si es posible, ¿quieres saber el sexo del bebé?

Ricco me mira y no tengo ninguna duda.

—Sí, quiero. Si tengo que esperar hasta el final del embarazo, no lidiaré con la ansiedad.

Mi novio me toma la mano —sí, *novio,* porque le dije que exijo una propuesta de matrimonio digna— y la besa, pero está serio, atento a todo.

Es como si esperara que en cualquier momento tendré que defenderme del médico o de la enfermera.

Finalmente se completa la preparación para el examen y comienza el médico.

Estoy hipnotizada por la imagen en la máquina, aunque todavía no puedo identificar nada.

—Por lo que me dijiste, Luna —dice el médico—, calculo que tu embarazo es entre trece y catorce semanas, pero podremos comprobarlo cuando encontremos a nuestro pequeño bebé y… uy, aquí está.

Y entonces ocurre el milagro, porque empezamos a escuchar el sonido de la vida pulsando dentro de mí.

No sé cuánto tiempo pasa, pero soy consciente de que Ricco le hace preguntas al médico. No puedo prestar atención, concentrado sólo en el sonido de mi milagro. Otra vida creciendo en mi cuerpo.

—Es el corazón de nuestro bebé —digo llorando.

La mano de Ricco aprieta la mía y su expresión es tan asombrada que duele.

—Felicitaciones mamá y papá, tienen una niña en camino.

—¿Una niña? —pregunto, incrédula— Otra Cox.

—Cox-Moretti —me corrige, y luego de volver a besar mi mano, se acerca a la pantalla y toca el lugar exacto donde aparece la imagen de nuestro bebé.

Luego se da vuelta y pone su mano sobre mi vientre, acariciando el montículo elevado.

¿Cómo podía este hombre sentir que no cuidó lo suficiente a su hijo? Ricco ya está rebosante de amor por un niño al que ni siquiera puede tocar todavía.

Quizás al darse cuenta de que necesitamos espacio, el médico advierte:

—Te dejaré en paz por un momento. Nos vemos en unos minutos.

La enfermera me limpia y lo sigue.

—Gracias —dice— Por perdonarme y aceptarme. Por cruzar medio mundo por mí. Por amarme.

Se inclina sobre mi vientre y pone su boca sobre él.

—Yo cuidaré de ti. Los amaré y protegeré a ambos.

—No necesito promesas, pero sí que te quedes a mi lado. Con ustedes dos, no tengo miedo de nada.

Lo que no sabíamos en ese momento era que el mal ya estaba a nuestro alrededor, listo para destruir el mundo que queríamos construir, incluso antes de que tuviéramos la oportunidad de vivir como familia.



Luna



Capítulo 42

Dallas — Texas

Tres días después

—Finalmente nos conocimos —dice mi hermana cuando le presentan a Ricco.

Es genial que Antonella y yo estemos hablando porque mi novio y Hudson se ven como dos adversarios.

Internamente, estoy poniendo los ojos en blanco. Si quieres una buena definición de la guerra de la testosterona, mira estos dos.

Mientras mi hermana y yo hablamos interminablemente sobre la noticia de tener otro bebé en la familia, Hudson, estoy seguro, está sondeando a Ricco. No pasa mucho tiempo antes de que pregunte «¿Cuáles son tus intenciones con mi cuñada?».

—Nos casaremos en San Bertaldo —le digo a Antonella.

—¿Por qué no en la granja?

—Porque la familia de Ricco es enorme y no sería justo. Pero todos los Gray son bienvenidos. Y Dominika, por supuesto.

—Serán bienvenidos en *Fattoria* Moretti o en nuestra casa, pero mi madre también ha contratado a un arquitecto para reparar lo necesario en la casa que era de mi suegra —dice, refiriéndose a nuestra madre, y yo lo juro por Dios, mis hormonas están furiosas por la ternura, así que ella también estará lista para recibirlas.

—Luna me dijo que le regalaste la casa. Muchas gracias. Fue un hermoso gesto. Casi no tenemos recuerdos de nuestros padres y si logran organizar todo, me gustaría mucho quedarme en la casa que era de mamá.

—Está bien, entonces le pediré a *mamma* que tenga todo listo para la boda.

Mi hermana sonríe de oreja a oreja y cuando miro a Hudson, me doy cuenta de que Ricco acaba de conquistarlo. ¿Quieres ganar un amigo? Haz feliz a Antonella.

—La próxima vez necesitas visitar Grayland, a mi abuela le gustaría tener un italiano como invitado —dice Hudson, porque como intuí, ya tiene la guardia baja respecto a Ricco.

Me río porque, la verdad, a Mary Grace no le importa la nacionalidad del huésped mientras la casa esté llena.

—¿Nos disculpas un momento? Quería mostrarle algo a Luna. No tardaremos —Antonella los interrumpe y ambos asienten.

Si quieres pasar unos minutos a solas conmigo, hoy es nuestro último día antes de regresar a Italia. Después de eso, sólo nos volveremos a ver dentro de un mes, en nuestra boda.

Parezco segura de mí mismo, ¿verdad? Después de todo, todavía no recibí la solicitud. Pero no tengo dudas de que Ricco tiene planes de arreglarlo rápidamente, ya que le dijo a su madre que había comenzado a planificar nuestra boda.

Carina habló conmigo ayer por teléfono y tanto ella como Chiara estaban muy entusiasmadas con la organización de la fiesta y mi vergüenza. Dijeron que están ansiosas por conocer a nuestra Paola.

Decidimos que la llamaríamos así. Me encanta ese nombre y también mantenemos la tradición de las mujeres Cox con nombres italianos.

—¿Lo que sucede? —pregunto cuando entramos a una habitación, porque conozco a mi hermana mejor que yo.

—No pasa nada. Sólo quería asegurarme de que estés feliz y que realmente estés dispuesto a afrontar la vida juntos.

—Como trío, no os olvidéis de vuestra sobrina —digo pasando mi mano por mi abdomen—. Estoy a salvo, sí, mientras pueda. Estoy tan feliz que temo que algo se salará mucho.

—Basta. ¿Qué podría pasar? Nunca te aconsejaría que fueras si no estuvieras segura de que este hombre está completamente enamorado de ti. La forma en que la mira…

—¿Es así como te mira Hudson?

Ambos nos reímos porque es más fácil analizar las relaciones del otro que las nuestras.

—Pero lo que decía era sobre ti, tus sentimientos. Sé que dijiste que te enamoraste de él cuando eras adolescente. Pero las personas cambian y lo que sienten también.

—No puedo llegar a ninguna conclusión. A veces pienso que este amor loco que siento por él fue mi amor adolescente que evolucionó. Otros, que siempre lo amé exactamente con la misma intensidad. ¿Pero quieres saber algo? No importa, lo que importa es lo que tengo hoy dentro de mí.

—¿Y qué es?

—Ricco definió lo que sentía por mí el otro día y lo tomo prestado: él es el aire en mis pulmones. ¿Cómo podría vivir sin él?

Ella asiente.

—¿Recuerdas una conversación que tuvimos en el pasado, donde te pregunté si pensabas que el amor era para tontos?

—Sí, lo recuerdo, y también mi respuesta. Te dije: «No lo creo. Esa es una cita amarga. De hecho, creo que el amor es para los fuertes. Se necesita mucho coraje para exponerse y volverse tan vulnerable ante otro ser humano». Todavía lo creo, hermana.



Ya casi nos vamos cuando le pregunto a mi hermana:

—¿Te importa si le doy un beso más a Dante? Ya lo extraño.

—No, puedes irte. De cualquier manera, debe estar despierto. Tu sobrino se ha mostrado rebelde, lleno de voluntad, tal vez queriendo el título de *Dueño de Texas* —dice, provocando a Hudson, quien frunce el ceño, pues odia ese apodo.

Me vuelvo hacia Ricco.

—¿Quieres venir conmigo?

Tan pronto como pregunto, lamento mi insensibilidad. Probablemente aún no esté listo.

—No tardaré —le advierto estrechando su mano, pero él me detiene.

—Yo iré.

Subimos las escaleras en silencio y como Antonella había previsto, Dante está sobre la alfombra de goma, rodeado de juguetes, mientras la niñera lo mira como si estuviera viendo a Dios encarnado.

¡Esos hombres Gray!

—¿Quién es el guapo de la tía?

No necesita más estímulos y se levanta, un poco tambaleante, luciendo irritado cuando pierde el equilibrio, pero finalmente llega donde estamos.

Para mi sorpresa, sin embargo, se aferra a las piernas de Ricco, no a las mías.

Apenas respiro, sin saber qué hará, pero me emociono cuando lo veo agacharse para hablar con mi sobrino.

Dante es muy argumentativo y mueve sus manitas en una ametralladora verbal, de la que sólo podemos entender dos palabras de cada diez dichas.

—Oye, Dante. Este es tu tío, Ricco.

Como enseñó Antonella, él ofrece la mano a modo de saludo y mi novio sonríe.

—¡Encantado de conocerte, Dante!

Eso es todo, eso era lo que necesitaba el expositor para iniciar su *show*.

Después de unos minutos de jugar con él mientras Ricco nos miraba, finalmente me despedí de mi pequeño.

El besador nos da a cada uno de nosotros un beso baboso y un abrazo. Noto que Ricco lo sostiene un poco más y solo después de unos momentos finalmente nos vamos.

En el pasillo, toco su mano.

—Lo siento si fue demasiado. Cuando lo llamé para que viniera, lo olvidé por completo.

—No, me gustó. Gracias. Necesitaba ese abrazo y ni siquiera lo sabía.



San Bertaldo

Al día siguiente

—Él me ama —digo, todo orgullosa, cuando Thor me da una lamida de bienvenida, que en su caso es casi equivalente a un baño, digno de la Reina de Inglaterra.

—Tiene buen gusto, igual que su padre —dice mi italiano y me guiña un ojo con ese encanto que hace que mis piernas se sientan como algodón.

Luego, mira el reloj.

—¿Cansada?

—¿Adivina? —lo devuelvo.

—Hambrienta.

—Eso.

—Puedo traerte algo de comer, pero ¿primero puedes venir a pasar el rato conmigo en nuestra habitación?

Toma mi mano y dejo que me guíe, mientras Thor nos mira como si estuviera decidiendo si venir con nosotros o no, pero termina desistiendo y dirigiéndose a su sillón favorito.

—Hace bastante frío hoy —digo cuando él abre la puerta de la terraza.

—Lo sé, no tardaremos. Mira hacia adelante, mía luna.

Es tarde. El cielo está rosado y el día es hermoso, a pesar de la baja temperatura.

Un globo aerostático vuela muy cerca de la propiedad.

—Vaya, qué bonito. Me vuelve loco volar en uno. ¿Le autorizaste a venir?

Entonces, cuando miro el envoltorio [43] del globo aerostático y veo lo que dice, me tapo la boca.

«Cásate conmigo, *bella mia*.»

Cuando miro a Ricco, está de rodillas.

—Hice todo mal la primera vez, pero lo que me falta en la práctica de gestos románticos lo compenso con mis ganas de aprender. Luna revirtiendo el cuento de hadas y viniendo a cazar a su príncipe fue lo mejor que me pudo haber pasado. Viví en la oscuridad sin ti en mi vida y ahora tengo mi propia luna privada y nuestra pequeña niña. Cásate conmigo y hazme el italiano más feliz del mundo.

—Te amo, Ricco Moretti. El *sí* siempre estuvo listo y te pertenecía.

Ricco



Capítulo 43

San Bertaldo

Dos semanas después

—*No puedo creer que te vayas a casar. Otro soldado caído* —bromea Vicenzzo[44] al otro lado de la línea.

—Jazmina dijo algo más o menos parecido. —Sonrío al recordar la fiesta en el barco—. Y por supuesto, aprovechó para llamar varado a Rodrick.

Él se ríe.

—*No quería esta tarea que Kaled le pidió por nada. La niña es la peor opción para alguien que quiere convertirse en tutora, dice*

—No es formalmente su tutor. Algo más parecido a un hermano mayor. O no. Los vi a los dos interactuando y, si me preguntas, les gusta lo del gato y el ratón. Creo que algo está pasando ahí.

—*No puede haberlo. Aunque Rodrick tiene el título de Duke, su cultura es completamente diferente. Además, el ex Jeque Kamran ya ha estado explorando una unión para su hija, que también será una alianza política.*

—Dudo que Jazmina acepte un matrimonio de conveniencia. Y hablando de matrimonio de conveniencia, ¿cómo van las cosas?

—*Tendré que encontrar una novia pronto.*

Hace unos años, Vicenzzo se convirtió en gobernante del principado en el que nació, ocupando el lugar de su padre. Después de un compromiso fallido, sus súbditos lo presionan para que encuentre una esposa.

—¿Ya tienes a alguien en mente?

—*No, y ni siquiera me entusiasma mirar. Pero cuéntame sobre ti.*

—Luna está embarazada.

Es el primero de mis siete amigos a quien le he revelado esto. No sé por qué, incluso en la videollamada que tuvimos ayer y en la que les conté y los invité oficialmente a la boda, dejé fuera esta información. Tal vez porque Vicenzzo, en este momento, no me obligaría a hablar más de lo que puedo.

—*¿Y cómo te sientes al respecto?*

—Yo estoy feliz. —Tomo un respiro antes de continuar, porque no es fácil expresar con palabras lo que me hizo ver a mi hija por primera vez—. Nunca pensé que esto pudiera pasar. Después de Nicolo, creí que no quería otros hijos, pero cuando escuché el pequeño latido de nuestra niña… fue como borrar todos mis pecados y empezar de cero.

—*Todos tenemos pecados, Ricco, pero el tuyo no incluye a Nicolo, hermano. Cualquiera podía ver que este angelito era su universo.*

—Sí, lo fue y siempre lo será, de alguna manera.

—*Me alegro que Luna haya aparecido. Mi vida es ocupada, pero no me perdería tu boda por nada. Tengo muchas ganas de conocer a la mujer que robó el corazón del soltero más empedernido del grupo.*

Recuerdo conversaciones en el pasado. Incluso hubo apuestas sobre cuál de nosotros se casaría primero.

—Sólo podría ser ella, amigo. Luna se convirtió en mi mundo.



Tres días después

Cierro la oficina antes de lo normal. Esta semana necesitaba ir a Milán, ya que mis oficinas están allí. Llevaba mucho tiempo dejando todo en manos de la directiva y como estaba de luna de miel de viaje, tuve que asistir a una decena de reuniones. Adquirí una bodega en Australia y necesitábamos elegir un *CEO* para hacerse cargo del negocio allí.

Acabo de salir de *Fattoria* Moretti, me muero por llegar a casa y ver a mi mujer, cuando creo que estoy teniendo alucinaciones.

El coche de Tommaso está al otro lado de la calle, bloqueándome el paso.

Por su bien, es bueno que haya tenido algo mal, porque no quiero a ese idiota en mi tierra.

Salgo del auto viendo todo rojo. Sin saber lo que me espera, pero dispuesto a todo.

Siempre es así entre nosotros.

Desde que, siendo niños, descubrimos que éramos hermanos, empezamos a odiarnos. Es extraño que los otros cuatro me sean indiferentes, pero le guardo un rencor especial al segundo hijo mayor de Dino[45].

—¿Perdiste algo de mi propiedad?

—No vine a pelear.

—Eso sería algo nuevo.

—Oh sí. ¡Porque eres un maldito santo!

—¿Qué carajos haces aquí?

—Te traje algo de información.

—No hay nada de lo que viene de usted que pueda interesarme.

—Se trata de Nicolo.

Mi control, que ya pendía de un hilo, se rompe de una vez por todas.

—¡No digas el nombre de mi hijo! ¡No te concierne!

—Créeme, si fuera sólo tu hijo, no interferiría. Pero Nicolo tenía mi sangre corriendo por sus venas. Era mi sobrino y me iré al infierno si es necesario para hacerle justicia.

El shock de lo que me acaba de decir me hace retroceder dos pasos.

—¿De qué estás hablando?

—¿Podemos hablar sin intentar matarnos?

—¿Se trata de Nicolo? —confirmo.

—Sí.

—Todo bien.



Me siguió en auto hasta el cerro donde estuve con Luna el primer día que salimos porque, a pesar de la tregua, no me confío con Tommaso en un ambiente cerrado.

Hay años de resentimiento —y en la adolescencia, confrontaciones físicas— para que simplemente podamos dejarlo pasar.

Para empeorar, su madre, Greta, ya protagonizó en Florencia para avergonzar a mi madre delante de todos. Sólo podrían verse como escándalos organizados por una mujer celosa, si no fuera por la prueba viviente, a través de cinco herederos más, de la traición de nuestro padre.

Por supuesto, cada uno se puso del lado de su propia madre, aunque sé, por Chiara, que él, como yo, no habla con Dino desde hace años.

De hecho, por amor a mi madre, todavía lo saludaba, pero como ella decidió solicitar el divorcio, ya no me encontré obligado a mantener ningún contacto con él.

Tommaso, sin embargo, tal vez por ser hijo de su amante, siempre lo ignoró. Sé que cuando llegó a la adolescencia se mudó a casa de sus abuelos, quienes también provienen de una familia tan rica como la nuestra.

—No tengo mucho tiempo, así que dime qué significaron tus palabras hace unos minutos.

—La muerte de Nicolo me pareció extraña desde el principio.

Paso mi mano por mi cabello, un dolor de cabeza me ataca instantáneamente.

—La muerte de un niño siempre será algo anormal.

—No es de eso de lo que estoy hablando. La obra en su conjunto no cuadra.

—¿A dónde quieres llegar?

—Llevo años investigando, pero no quería decir nada hasta encontrar alguna base. Ahora lo hice. Naomi estaba teniendo una aventura con uno de los guardias de seguridad. Su hermano trabaja para mí. Lo descubrí hace apenas unos días. Por eso despedía a las niñeras y, en ocasiones, dejaba de turno solo a uno de los guardias de seguridad, su amante.

—¿Cómo supiste de la rutina en la casa de mi hijo?

—Porque al igual que tú, soy un controlador. No importa que nos odiemos, Nicolo era mi sobrino y yo sabía lo loca que estaba su madre.

—Continuar. ¿Cuál era el amante de Naomi?

—Carlo Abato.

—No sé quién es. Todos los que estuvieron allí esa noche fueron despedidos. No hay nadie más trabajando para mí desde que mi hijo… en fin, fracasaron.

—Sí, fracasaron, pero quizás necesites saber por qué. Su hermano me confesó todo.

—No entiendo.

—No eres sólo tú quien vigila de cerca a tu familia. Yo también. Chiara había estado hablando en secreto con un hombre veinte años mayor. La presioné y ella me dio el nombre. Después de una rápida investigación, descubrí que era hermano de uno de mis empleados. Cuando Carlo desapareció, fui tras mi empleado.

—Espera, ¿me estás diciendo que además de ser el amante de Naomi, iba detrás de Chiara?

Asiente con la cabeza.

—Pero ella nunca salió con él. Al parecer aconsejado por su prometida. Ahora tengo un informe completo sobre ese hombre —dice, señalando el coche—. De todos modos, el hermano me confesó lo sucedido. Carlo estaba enamorado de Naomi. Ella quería que se casaran, pero no le interesaba casarse con alguien sin dinero. Su hermano intentó aconsejarle que se mantuviera alejado, pero él se obsesionó con la idea de que Nicolo era el obstáculo.

Siento que se me cae el estómago, porque puedo entender el camino que está tomando.

—No hay una manera fácil de decir esto, Ricco.

—Sólo cuéntame qué pasó —pregunto mirando a lo lejos. Sé lo que voy a escuchar, pero

necesito confirmación.

—Aquella noche, después de que Naomi se durmiera, abrió la puerta del dormitorio de Nicolo y lo sacó. Luego, todo lo que tuvo que hacer fue dejar abierta la puerta de la piscina.

Pensé que ya había sufrido todo lo que pude en la vida, sin embargo, escuchar que no fue un accidente, sino que mi hijo fue asesinado intencionalmente, me roba otro pedazo de mi alma.

—Cuéntame el resto.

—Se despertó y vio lo que había pasado. Nunca sabremos por qué se suicidó. Ya sea por verdadero remordimiento o porque perdería su estilo de vida. Quizás un poco de cada uno. De cualquier manera, ella sería considerada responsable.

—¿Dónde él está, Tomasso?

En este momento, no me importan los años de dolor. Haría un trato con el mismísimo diablo si eso significara hacerle justicia a mi hijo.

—No lo sabemos, pero propongo una tregua. Quiero ayudarte a encontrar a Carlo.

—¿Por qué? Puedo resolver esto por mi cuenta.

—Todavía no te lo he contado todo. Por lo que me contó su hermano, Carlo fue tras Chiara con un propósito: vengarse de ti. En su cabeza enferma, todo lo que pasó fue culpa suya. Que haya perdido a Naomi, quiero decir. Pero aparentemente se rindió con nuestra hermana y su atención se centró en Luna. Él cree que le debes eso. Quiere poner a Luna en el lugar de Naomi. Está detrás de tu esposa, Ricco.

Ricco



Capítulo 44

—Y su empleado, ¿dónde está?

—Detenido. Lo obligué a declarar a la policía y no lo dejaron salir. Sabía que había ocurrido un delito y ocultó información.

—Tengo que reunirme con mis guardias de seguridad. Piensa en qué hacer para mantener protegidas a Luna y Paola. Entonces, iré tras ese bastardo, aunque tenga que buscarlo en el infierno. Pagará por lo que hizo.

—¿Paola?

—Mi esposa está embarazada de una niña.

Parece que va a decir algo, pero se detiene.

—Yo… *hum.*.. gracias por venir a decírmelo —digo, mi voz casi rasca mi garganta, porque es difícil imaginar a Tommaso haciendo algo para ayudarme.

Él no responde, en lugar de eso dice:

—Está huyendo, Ricco. El hombre es un ex mercenario, un soldado, y sabe esconderse como nadie. No será fácil localizarlo y cuando lo hagamos, puede que sea demasiado tarde.

—No puede esconderse para siempre. Lo encontraré.

—Pero hasta que no lo arresten, su esposa y su hija no estarán a salvo. Puedo ayudar a cazarlo.

Normalmente le diría que se vaya al infierno, pero no puedo hacer eso. No después de la información que me trajo. Ahora tengo una deuda con Tommaso, porque por alguna razón, descubrió lo que pasó esa noche con Nicolo.

Pasé todos estos años tratando de encontrar respuestas. Por supuesto que el hecho de que mi hijo se haya ido porque alguien orquestó su muerte no lo traerá de regreso. Pero ahora, por amor y honor hacia mi hijo, voy tras ese monstruo, incluso si tengo que caminar sobre vidrios rotos para encontrarlo.

—¿Qué tienes en mente?

—Sólo hay un hombre que puede localizarlo: Odin Lykaios[46]. Él es…

—Sé quién es. Kaled tuvo algunos problemas con este hombre en el pasado.

—Mucha gente tiene problemas con Lykaios, y no creo que eso le importe.

—¿Por qué crees que me ayudarías?

—Porque es mi amigo y también es padre. Puede que muchos no lo consideren un buen material para la amistad, pero les garantizo que es una idea terrible tenerlo como enemigo.

—Todo está bien. Te doy carta blanca.

—Me gustaría que supieras que no estoy haciendo esto por ti. Nada ha cambiado. Sólo quiero hacerle justicia a mi sobrino.

—Nada ha cambiado —confirmo— Esto es sólo una tregua para Nicolo.



El silencio es raro cuando llego a casa.

Luna ha estado ocupada, emocionada entre los preparativos de la boda y el embarazo.

Al día siguiente de regresar de Estados Unidos pensé mucho en la conversación que tuve con mi *mamma* y le pedí que me ayudara a desmontar la habitación de mi hijo.

Doña Carina tenía razón. Ha llegado el momento de seguir adelante. Deja descansar a Nicolo. Siempre será un ángel en mi corazón, pero no sería justo traer al mundo a nuestra Paola con la sombra del sufrimiento por el hermano que nunca conocerá.

No necesito una habitación para amarlo. Tu carita quedará grabada dentro de mí hasta mi último día en la Tierra.

Después de que Tommaso se fue, pasé mucho tiempo de pie en la colina, pensando qué hacer.

No es fácil aceptar su ayuda, pero haré cualquier cosa para proteger a mis dos hijas.

No puedo explicar lo que siento. Hasta hoy me consideraba el tipo de persona que creía en la justicia de los hombres. Nunca me vi como alguien que pudiera matar a otra persona, pero no sé qué pasará el día que me encuentre cara a cara con Carlo.

—Te tomaste tu tiempo. —Escucho la voz de Luna en la oscuridad.

Todavía estoy de pie en el vestíbulo de entrada.

Intento decidir si debo compartir lo que descubrí o simplemente protegerla del sufrimiento y el miedo ocultándole la información.

No, esta no es la mejor manera de iniciar un matrimonio. Mi esposa es fuerte. Pasó por el infierno y sobrevivió.

Caminando los pasos restantes para llegar a ella, la abrazo.

—Necesitamos hablar.



Media hora después

—Me gustaría decirte que todo está bien, pero tengo miedo, Ricco. Este hombre, qué valiente era… ¡Dios mío!

Ella esconde su rostro entre sus manos y llora todo el dolor que no puedo expresar.

—No dejaré que lastime a Luna.

—No tengo miedo por mí, sino por nuestra hija. Alguien capaz de hacer lo que él hizo ya no tiene alma, Ricco.

—No sé si tiene alma, pero si le queda, me aseguraré de que vaya directo al infierno.

—¿De qué estás hablando? No puedes ir a conocer a este hombre. Ése es un trabajo para la policía. Es un criminal.

—No me voy a quedar de brazos cruzados. Tommaso y yo tenemos un plan.

—¿Tú y Tommaso? Quiero decir, sé que él fue quien le advirtió, pero nunca pensé…

—Yo tampoco, pero no estoy en condiciones de desairar la ayuda. Haré cualquier cosa para que ese bastardo pague por el daño que causó.

—Sólo prométeme que no te pondrás en riesgo. Una vez dijiste que no puedes perderme. Yo tampoco puedo. He pasado por muchas cosas, pero no podría soportar que te pasara algo. Me llevó años poder venir a encontrarlo. No acepto perderlo por alguien que está enfermo. Paola y yo te necesitamos.

—No hay manera de que vaya a destruir a nuestra familia, Luna. No fue una fatalidad la que me quitó a mi hijo, sino alguien. No tendrá la oportunidad de volver a hacerlo. Esta vez, cuando llegue, estaré preparado.



Más tarde, en esa noche

Tommaso acaba de llamarme.

Los engranajes ya están girando.

Odin Lykaios se ha comprometido a ayudarnos a localizar a Carlo. Ahora es cuestión de tiempo antes de que lo atrapemos.

No hay ningún lugar donde pueda esconderse. Hacerle pagar por la muerte de mi hijo será una de las misiones de mi vida. El otro, proteger a Luna y Paola a cualquier precio.



Luna



Capítulo 45

Florencia

Una semana antes de la boda

—Todo está listo para la llegada de tu hermana pasado mañana. Me alegra que tu madrastra, Mary Grace, pudiera venir —dice mi suegra.

Sonrío, con la intuición de que los dos se convertirán en almas gemelas.

—No sé qué habría hecho sin ti, Carina —digo, sinceramente.

—¿Y sin mí? —pregunta mi cuñada acercándose y dándome un beso en la mejilla.

Pongo los ojos en blanco ante la mujer celosa.

—Sin ustedes dos.

—En poco tiempo serás mi hija y madre de mi nieta. No hay nada que no haría por mi familia.

He escuchado a varias mujeres en películas y libros hablar mal de sus suegras, pero puedo decir que me llevé el premio gordo.

Ella y Chiara han ayudado incansablemente.

Faltando poco para nuestra boda, puedo decir que ya lo tenemos todo bajo control.

Con todas las prisas entre mi abrupta salida de Italia y luego mi regreso teniendo ya que organizar la llegada de nuestra Paola y la recepción de nuestra boda, hace sólo tres días mi suegra y yo nos detuvimos a hablar de su separación del padre de Ricco.

Escuché todo en silencio, por supuesto. Creo que necesitaba una amiga con quien desahogarse. Sólo alguien que la escuchara.

Pasamos juntas una tarde entera, en la que ella recordó el momento en que conoció a Dino Moretti, a los quince años, solo hasta cuando dije "*si*" delante al cura. Luego habló de todos los años de traición que soportó, simplemente porque creció escuchando que no debería haber divorcios en su familia.

Confieso que antes de conocer toda la historia la juzgué. Dino Moretti es uno de los seres humanos más repugnantes que he conocido y no podía entender cómo alguien como Carina, tan bella y amable, podía someterse a algo así.

Me dijo que, al igual que yo, se enamoró del padre de Ricco a primera vista, pero a diferencia

de mi caso, cuyo elegido es un hombre honesto, Dino nunca logró serle fiel.

Mi prometido me dijo una vez que no se había casado antes porque nunca había encontrado a alguien a quien quisiera ofrecer y pedir exclusividad. Tenía un ejemplo vivo en casa de cómo la falta de respeto puede destruir la autoestima y la vida de alguien.

Pensé mucho en lo que me contó y también en la situación de la otra mujer, Greta.

Carina me dijo que eran amigos y ambos se enamoraron de Dino prácticamente al mismo tiempo, pero ella no lo sabía.

Cuando su entonces novio le propuso matrimonio, mi suegra aceptó porque lo amaba, pero también porque sus padres pensaron que una unión entre sus dos fortunas sería ventajosa.

Sin embargo, descubrió demasiado tarde que todavía la engañaban cuando estaban saliendo.

Es una situación triste y lo siento por ambas mujeres, para ser honesta.

Ambos desperdiciaron sus vidas por culpa de un hombre que no las merecía.

Greta, me dijo, era un espíritu libre, rebelde y alegre. Hoy en día se ha convertido en alguien amargada y enferma.

Sí, enferma. La madre de Tommaso desarrolló cáncer y creo que puede deberse al dolor de tantos años esperando algo que nunca sucedería, porque no tengo dudas de que, si no lo hubiera echado de la casa, Dino nunca habría terminado con su vida. casamiento.

Era de esperarse que ahora que era libre, finalmente fuera tras quien no sólo fue su amante durante tantos años, sino que también le dio cinco hijos.

No. El malo está saliendo con una joven de mi edad y la está paseando por Europa.

—Bueno, ya que tenemos todos los preparativos de la boda bajo control, ¿qué tal si vamos de compras para nuestra Paola? —propone mi cuñada.

Antes de que pueda responder, uno de los guardaespaldas de la casa se disculpa y entra a la cocina.

—Doña Carina, se te olvidó volver a encender la alarma.

—¿Y por qué debería encenderlo a plena luz del día?

—Son órdenes del *signor* Moretti.

—Mi hijo se preocupa demasiado.

La miro sin saber qué decir.

Aún no hemos contado las verdaderas circunstancias de la muerte de Nicolo, para no añadir más sufrimiento, ya que, tarde o temprano, Carlo será atrapado y, si Dios quiere, responderá por sus crímenes ante la justicia.

Entonces ella descubrirá lo que pasó. ¿Pero por qué apresurar tu dolor?

Sin embargo, esta no es la primera vez que noto que descuidas estos detalles y eso me preocupa. He estado siguiendo todas las instrucciones de Ricco al pie de la letra, ya que tomé muy en serio lo que me dijo sobre ese monstruo.

—Algún motivo debe tener para pedirte que prestes atención a la seguridad, suegra mía.

—No lo hago a propósito. Lo olvido porque no soy de la época en que todo eran alarmas y botones, pero prometo tener más cuidado.



Llegada de los Gray a la Toscana

Víspera de boda

Veo a mi hermana y su familia —Hudson, Mary Grace y Dante— bajar del avión privado de mi cuñado. Mi corazón se acelera de emoción.

Le pido permiso a mi suegra y salgo corriendo a su encuentro a medio camino.

—¡Por fin llegaron! El tiempo no pasó lo suficientemente rápido.

—¡Hija mía! —dice la abuela María— No puedo creer que te vayas a casar y que dentro de unos meses volveré a ser bisabuela.

Acepto los besos y abrazos de mi familia con mucho corazón, pero luego recuerdo que mi suegra y Chiara están solas, así que las llamo cerca de nosotros.

Todo lo que necesitaba era que mi marido estuviera aquí, para que mi mundo estuviera completo.



Miro el cuerpo desnudo y sudoroso del hombre que amo mientras acaricia mi abdomen.

—Creo que debí haberme ido a dormir a casa de mi madre. Déjalo sin sexo para reforzar la magia de nuestra noche de bodas.

—No puedo quitarte las manos de encima, *bella.* Considera quedarte conmigo esta noche como mi regalo de bodas.

—No fue exactamente un sacrificio —bromeo acurrucándome contra su pecho—. ¿Hay noticias?

No necesita que diga un nombre para saber de qué estoy hablando: Carlo, el hombre que me ha estado persiguiendo desde que descubrí lo que le hizo al pequeño Nicolo.

—No, pero Odín sigue tras tu pista. El hecho de que ese desgraciado fuera un soldado es una ventaja. Él sabe esconderse. Pero no creo que pueda permanecer así para siempre. Hablé con Kaled. Hace unos años, Odín le dio la ubicación de su suegro Arif Ghazal. Si el todopoderoso ex asesor de Rheadur no puede permanecer en las sombras para siempre, estoy seguro de que atraparán a Carlo.

—Pareces más tranquilo con esto.

—No. Pienso todos los días en el momento de nuestro ajuste de cuentas, pero no quiero que ese bastardo contamine nuestras vidas. Cuando estoy contigo y nuestra hija, estoy cien por ciento concentrado en hacerte feliz.



Luna



Capítulo 46

San Bertaldo

Día de la Boda

Y finalmente llegó mi día.

Aquel en el que yo, la chica que durante mucho tiempo no supo si tenía futuro, pasaré de hada soñadora a esposa y madre.

Con todos los desvíos que tomó mi corta vida para llegar hasta aquí, mirando hacia atrás, veo que todo fue parte de una experiencia de aprendizaje.

Aparte de la muerte de mis padres. Me las arreglaría sin esta lección.

Siempre lamentaré que no hayan podido ver crecer a sus hijas.

Estoy segura de que a mamá le encantaría ver a Dante, su propio hombre, haciendo de encantador y llamando la atención dondequiera que vaya. Y también me encantaría saber que mi Paola está en camino.

Mi pequeña valiente se ha estado portando bien esperando perfectamente el momento de venir al mundo.

Miro mi imagen en el espejo, el embarazo se hace evidente suavemente y no puedo controlarme. Giro trescientos sesenta grados, sonriendo y agradecida.

¿Quién dijo que los sueños son demasiado grandes para hacerse realidad?

Me acerco a la ventana y observo los jardines de Fattoria Moretti, donde se instaló el altar de la boda. Los invitados ya están sentados esperándome.

Sí, quería casarme al libre aire.

Por supuesto que sé que no es la mejor época del año para hacer esto. Hace frío y Ricco tuvo que contratar a una empresa para que le proporcionara calentadores debajo de las tiendas, de lo contrario los invitados se congelarían. Pero este ha sido uno de mis sueños desde que pisé por primera vez San Bertaldo.

¿Qué es un poco de frío comparado con toda una vida de recuerdos?

Quiero seguir las tradiciones. El paso a paso de un cuento de hadas, aunque ya he aceptado que el mío era al revés.

Lo único que me falta es que mi papá esté a mi lado, pero me niego a estar triste por eso.

Donde quiera que esté en el cielo, estoy segura que está viendo todo junto a mamá.

Decidí que entraría con Dante, mi pequeño texano, que también tiene sangre italiana corriendo por sus venas.

Se ve el más hermoso del mundo con traje, pero como todavía da pasos inciertos, lo voy a cargar. ¿Quién necesita llevar un ramo cuando tienes un rico *cowboy* en tus brazos?

—Te ves tan hermosa. Este vestido es perfecto —dice mi hermana mientras entra a la habitación.

—¿No lo es? Y la estilista fue tan dulce al aceptar hacerlo tan rápido.

—Qué lindo que les hayas cobrado casi seis cifras por un vestido de novia, ¿verdad?

—Eres tan realista, hermana —digo riendo, porque eso es típico de ella: observar el cuadro más preocupada por las formas geométricas que por la belleza de los colores—. De todos modos, por alguna razón, ella lo hizo exactamente como yo quería, en un tiempo récord.

—No lo dije para molestarte. ¿Has olvidado quiénes somos? El hada es la mejor amiga del hada. Vivo con un pie en cada mundo, aunque tengo que confesar que después de conocer a Hudson me he permitido soñar.

—Todo el mundo debería soñar. No tienen que ser perfectos, pero tienen que existir.

Me besa en la mejilla y se seca una lágrima que se le escapó de los ojos.

—Todo está listo. No hagas esperar más a ese italiano o vendrá y te llevará a la fuerza —dice medio sonriendo medio en serio—. Me alegra que hayas elegido hacer la fiesta dentro del hotel y no en los jardines también. Prepárate para sentir frío.

—¿Qué es el frío en mi cuerpo comparado con lo que siento en mi estómago, Antonella? Sucederá. Me voy a casar con mi amor y el padre de mi hija.

Ella me abraza.

—Me preocupé mucho cuando viniste sola a Italia, Luna. Quiero decir, en términos prácticos, todavía tenías menos experiencia que yo.

—A decir verdad, no sopesé mucho las consecuencias y ni siquiera estaba segura de que me miraría si me veía.

—Imposible, eres hermosa. Pero creo que al principio sólo le prestó atención a eso, porque tiene mucho más que ofrecer que su belleza, hermana. Espero que sepa lo afortunado que es de tener una mujer como tú a su lado.

—Él no es perfecto, Antonella, pero nadie lo es. Cuando llegué aquí, Ricco aún estaba muy herido. Probablemente aún lo sea, porque el dolor de su pérdida no es fácil de curar. Pero, sobre todo, él es mi amor. Con cualidades y defectos, él es mi amor.



—¿Damos nuestro *show*? No le estropees el pelo a tu tía, ¿verdad? Necesito quedar bien en las fotos. Dentro de cincuenta años, tus nietos querrán verlos.

Dante sonríe y un poco de baba de un diente que está emergiendo cae justo sobre mi escote.

—Déjame limpiarte —dice mi suegra tomando un pañal y secándome.

Paso por parte de mi familia —Antonella y Mary— y también por mi suegra y Chiara. Puedo ver en sus caras lo felices que están por mí.

Yo también lo soy. Para mí y para él.

Por el derecho a un nuevo comienzo que Dios nos regaló, porque todo en nuestra relación se trata de segundas oportunidades.

Y cuando, aproximadamente una hora después, llega el momento de pronunciar mis votos delante del sacerdote y de nuestros amigos, repito lo que le dije cuando Ricco me pidió que me casara con él.

—No hay forma de expresar con palabras lo inexplicable. El amor que siento por ti no cabe en una definición. Nunca fue sencillo ni respetó la lógica que sigue a una relación llamada normal. Te amo, Ricco Moretti. El *sí* siempre estuvo listo y te pertenecía.



—Esta noche nunca podría terminar —digo sonriendo, mientras él me hace girar en sus brazos en medio de la pista de baile.

—No. Esta noche es solo un paso más en nuestra historia. Todavía nos queda todo un camino por recorrer juntas, mi niña luna.

—Es usted un romántico, *signor* Moretti.

—Soy italiano. Saber decir las palabras adecuadas está en mi *ADN*.

—Convencido.

—*Realista*. Además, ser romántico contigo es muy fácil, esposa mía. Eres una princesa encarnada.

Sacudo la cabeza y lo atraigo para darle un beso.

Es una suerte que mi italiano de voz suave, el mismo tipo contra el que me advirtió Chiara, esté enamorado de mí. Pero no dudo que debió romper muchos corazones a lo largo de su vida.

Mientras nos alejamos para tomar aire, Kaled pasa bailando con su bella esposa, Adeela.

—Ella es tan exótica. Y una persona dulce también —digo.

—Se adoran. Kaled contrajo matrimonio por conveniencia y acabó encontrando a su otra mitad.

—¿Crees eso?

—¿En qué?

—Otra mitad.

—Sí, pero en un concepto fluido.

—¿Qué significa eso?

—Que no creo que, por mucho que una pareja se quiera, toda su vida será un jardín de flores. Hay ocasiones en las que aceptarás gustoso un ramo que te regale, pero no tengo dudas de que, en tantas otras, querrás romper la maceta sobre mi cabeza.

Me río de tu analogía, pero reconozco que hay mucho de verdad en ella.

Ahora estamos justo en el medio de la habitación y puedo tener una buena vista de los invitados.

Hudson está a nuestro lado derecho con una Antonella muy sonriente y quizás un poco feliz debido al vino que bebió.

—Tu hermana se está divirtiendo —dice Ricco, como si leyera mis pensamientos.

—Sí, creo que todo el mundo lo es. Y finalmente pude verlos a los ocho juntos —digo refiriéndose a sus amigos—. Es curioso que cuando me dijo lo cercanos que eran, no pude entender cuánto, porque es difícil imaginar a ocho hombres siendo mejores amigos. Pero ahora, con todos aquí, me doy cuenta de que parecen más hermanos que cualquier otra cosa.

—Son como hermanos. Mucho más que mis propios familiares.

Permanezco en silencio, pero creo que adivina lo que estoy pensando.

—Sé que invitaste a Tommaso —dice.

—Sí, te invité. No era un secreto. De todos modos, me agradeció, pero dijo que no vendría, aunque le di mi palabra de que Dino no estaría aquí.

—Es complicado, Luna. No creo que nuestra situación se resuelva de la noche a la mañana.

Asiento y luego me recuesto contra su pecho.

Al menos ya ha aceptado que hay algo que arreglar entre ambos. Es mucho más de lo que hubiera dicho hace un año.

—Hoy no es día para hablar de penas o tristezas. Celebremos.

—Mantén ese pensamiento, esposa —me susurra al oído— Porque tengo planes para pasar una noche sin dormir.

—¿Cuánto tiempo más debemos quedarnos? —le pregunto y él me sostiene en sus brazos.

—No es necesario. Vámonos de aquí.

Ricco



Capítulo 47

Noche de bodas

—Nunca sé qué esperar de ti —digo mientras entramos en la habitación de mi avión particular, rumbo a nuestra luna de miel—. Pensé que te gustaría pasar la noche de bodas en un hotel lujoso, un chalé, pero nunca en pleno vuelo.

—¿Es eso bueno o malo? Quiero decir, que te sorprenda —ella pregunta, tomando distancia de mí.

—No estoy seguro, pero ya no hay elección, *belleza mia*. *Sei la mia anima gemella*[47].

—Ni para mí hubo elección alguna vez, Ricco. Desde mis dieciséis años he soñado con un príncipe italiano y ahora, él es mi marido.

—No tengo título nobiliario.

—¿Quién necesita títulos?

Avanzo un paso y veo su pecho subir y bajar.

—Vuélvete de espaldas, esposa. Déjame quitarte ese vestido.

Mis dedos se equivocan en los botones porque es difícil mantener la boca alejada de esa nuca tentadora, pero finalmente ella queda solo en ropa interior blanca frente a mí.

Se gira y da dos pasos hacia atrás.

Mi vientre lleno, con nuestra hija, me vuelve loco.

—No entiendo cómo, después de haber hecho el amor tantas veces, todavía me tiemblan las piernas cuando me miras de esa manera, Ricco.

Me quito el traje y la corbata.

Abro el puño y también algunos botones de la camisa.

—¿De qué manera, bella?

—Como si fuera tu comida favorita, pero también tu cielo.

—Pero tú eres el dulce más delicioso y mi paraíso. Desde la primera vez, nunca pude separar el deseo del amor. Ya estaba hechizado. Simplemente no lo sabía todavía.

Paso mi dedo por la piel sedosa de su rostro y ella se estremece.

Repito la acción con mi boca y sus manos aprietan mis hombros.

—Nunca podría resistirme a ti. Estoy segura de que nunca lo lograré.

—Porqué siempre estuviste destinada a ser mía.

Le doy un abrazo por la cintura y con la otra mano la levanto por el culo.

Las bocas se consumen unas a otras en un frenesí imposible de controlar. Las lenguas bailando e invitando, provocando y rindiéndose.

—Quiero quitarte la ropa hoy —ella pide cuando empiezo a caminar hacia la cama.

La bajo y espero, aunque ardo de deseo.

—Primero, déjame verla. No voy a tocarte, pero quiero que me desnudes cuando ya estés desnuda. Quiero mirarte, porque después de que termine de deshacerme de mi ropa, voy a chuparte y lamer cada pedacito de ti.

—Cambié de opinión. Pensé que podía esperar para que pudiéramos hacerlo dulce y lentamente hoy, pero lo quiero como siempre me entiendes, Ricco. Me encanta la forma en que me tocas, además de ver mi piel marcada por tus dedos y manos al día siguiente.

¡Jesús!

Creo que nunca en mi vida me había desnudo tan rápido. Es como si supiera exactamente qué decir para hacerme hervir la sangre, aunque estoy seguro de que toda su experiencia consiste en lo que ya hemos hecho juntos.

Ella mira mi polla y lame sus dulces labios.

—¿Estás segura de que no lo quieres suave? Última oportunidad.

—Llévame como a mí me encanta. Hazme gritar tu nombre.

Me arrodillo para quitarle la braga y cuando está en el suelo, le toco el coño mojado. Ella se aferra a mi cabello y sé que está tan ansiosa por mi boca como yo por devorarla.

—Separe las piernas —mando.

Separando sus labios, chupo su clítoris hasta que siento que se le doblan las rodillas. Los gemidos me alientan, las manos en mi cabello me mantienen en la prisión en la que quiero estar.

Ella gime cuando deslizo un dedo en su abertura, sin dejar de chuparla.

Su respiración se vuelve pesada y ya conozco su cuerpo tan bien que sé que correrte no tardará mucho.

—Llénname mi boca, mi tentadora.

Levanto una de sus piernas y sin que yo se lo diga, ella se bambolea, untándome mi rostro, mientras, como prometió, grita mi nombre en un largo orgasmo.

Planeaba tomarla con calma porque sé que las mujeres valoran su noche de bodas, pero si mi esposa quiere un sexo intenso, lleno de palabras explícitas, así que no voy a negarme.

La siento en el borde de la cama y le quito el sujetador, manteniendo ambos pechos juntos y turnándome para morderle los pezones.

Me levanto y pongo mi polla entre ellos, masturbándome y torturándome al mismo tiempo. Cuando ella baja la cabeza y empieza a chuparme, llego al límite.

—No.

—Lo quiero.

—¿Qué deseas?

—Beberte también.

Estoy listo para resistir y decir que me voy a correr dentro de ella, hasta que Luna empieza una tormenta sincronizada.

Abriendo la boca, toma todo lo que puede de mi polla, con una mano en mis pelotas y la otra masturbándome como si tuviera una misión.

Me dejo aprovechar, incluso con el último de mis sentidos, que todavía me dice que la detenga, pero cuando me hace deslizarme casi hasta su garganta, agarro su cabello, profundizando.

—Me voy a correr. Bébelo todo.

Mis palabras parecen hacerla perder el control, porque comienza a chuparme aún más deliciosamente. Mantengo su cabeza quieta y la follo tres veces más, hasta que se me escapa un gruñido mientras le doy mi semilla.

Disfruto la deliciosa sensación de perderme en ella, pero mi deseo no ha terminado.

Mi polla sigue tan dura como antes de explotar.

Empujándola sobre la cama, pero manteniendo sus piernas en el borde, pruebo por última vez si está lista para mí y cuando veo el brillo de su excitación en mis dedos, me sumerjo en su apretado interior.

Ella tiembla y trata de levantarse, pero no la dejo. Puse sus piernas sobre mis hombros.

Entro y salgo de su cuerpo, el ritmo se acelera con cada gemido que me da.

Es sexo casi brutal, pero su rostro me dice que así lo quiere.

—Más fuerte —pide.

—Tengo miedo de lastimarla.

—Quiero más. Nunca me lastimaste.

Giro mis caderas, follándola fuerte y profundamente, y ella grita, gime, se retuerce.

Masajeo su clítoris, amando verla abierta para mí, su sexo enrojecido por la intensidad de nuestra pasión.

Ambos somos vulnerables, expuestos, desnudos de cualquier máscara o protección, totalmente rendidos a la furia de nuestro acto de amor.

Murmura palabras incoherentes, en un lenguaje inventado en el calor del deseo.

El sonido de los cuerpos es erótico, travieso, lascivo. Como una melodía creada para los dos.

Pasa mucho tiempo y ninguno de nosotros quiere parar. Los ojos transmiten sincrónicamente la adoración mutua, junto con la lujuria que enciende nuestras pieles.

—Dios mío, estás tan mojada. Me vuelve loco verla desbordarse para mí.

Se toca los pechos y se pellizca los pezones hinchados.

—Me voy a correr —me advierte.

Empiezo a follarla más lentamente, pero muy profundo, porque quiero saborear este segundo orgasmo.

Pienso provocarme, aleja mi mano y masajea su clítoris, intentando arrastrarme a su locura.

Y ese, finalmente, es mi detonante.

Luna despierta en mí el amor y la lujuria en un perfecto equilibrio. Me vuelve loco con su inocencia y entrega.

Juntos perdemos el control de la razón. Todo es sentimiento y sensaciones.

Vuelvo a marcar un ritmo fuerte. Ella acepta y pide más.

Me siento creciendo dentro de su cuerpo y sé que estoy a un paso de correrme de nuevo.

—Venga conmigo. Te amo, mi mujer.

Los gemidos son reemplazados por juramentos y jadeos desesperados, y luego, ella se entrega a mí una vez más.

Y solo entonces, cuando la veo embelesada y satisfecha, me permito derramar en ella todo mi amor.



Amasitano[48]

Luna de Miel

Dos días después

—Fue muy amable por parte de Vicenzzo ofrecernos su chalé privado, en el alto de las montañas de su principado, para pasar nuestra luna de miel —ella dice mientras caminamos por el río que bordea Amasitano.

—La última cosa que se puede decir de Vicenzzo es que él es amable. Las mujeres dicen que tiene un pedazo de hielo en lugar del corazón.

—Como tú también tenías. Hasta que él encuentre a quien lo haga derretir —dice, parándose en puntas de pies para besarme. Aun así, tengo que agacharme mucho.

—Tan segura.

—Realista, *signor* Moretti. Tengo un contrato de matrimonio para probarlo.

—Más que eso. Tengo a nuestra hija, fruto de nuestro amor, creciendo en tu cuerpo.

Yo la abrazo fuerte y me gustaría que siguiéramos así para siempre, sabiendo que ningún mal puede alcanzarla.

—*Oye*, nada de ensimismarse hoy.

—¿Ensimismado?

—Sí, has estado muy pensativo y sé por qué, pero me niego a dejar que ese ser maligno llene tu mente. En lugar de eso, imagíname desnuda en nuestro chalet encantador, con este paisaje de ensueño debajo de nosotros.

Dos niños pasan sonriendo, saludan con la mano, y Luna les responde.

—La gente aquí es tan amable. La felicidad es casi obligatoria.

—¿Fue por eso que quisiste venir a Amasitano? ¿Por ser un lugar digno de un cuento de hadas? Sabía que Vicenzzo ofreció el chalet, pero podías haber elegido cualquier rincón del mundo.

—Podemos ir a cualquier lugar en otra ocasión, pero esta es *nuestra* luna de miel. Quería algo especial. ¿Qué mejor manera de sentirme una princesa que en un principado? Leí en unos folletos que el turismo aquí es controlado. No puede entrar cualquiera.

—Sí. Creo que principalmente por las joyas. Llamaban mucho la atención de ladrones especializados en robos de piezas raras —digo, escondiendo una sonrisa y dirigiéndome, sin que ella lo note, hacia la principal joyería de la ciudad.

—Mi anillo de compromiso y nuestras alianzas fueron hechos por la empresa de aquí, ¿verdad?

—Sí, pero aún no te he dado lo suficiente.

—No entiendo. Me has llenado de regalos desde que nos conocimos, Ricco. Me siento incómoda. Tengo bolsas, zapatos y vestidos suficientes para usar uno cada día del año si quisiera.

—Pero no te he dado una colección de joyas aún —digo, abriendo la puerta de la tienda, y solo entonces ella parece entender—. Encargué al principal joyero de Amasitano un pequeño tesoro, pero tu podrás elegir cuantas piezas más quieras.

—Es demasiado —dice, con el rostro sonrojado—. No necesito nada de esto. Ya te tengo, mi amor.

—No es nada, mi Luna. Solo algo para realzar aún más tu belleza, aunque ninguna de ellas podrá hacerte justicia.



El mal



Capítulo 48

Un mes después

La paciencia es una cualidad que muy pocos seres humanos son capaces de mantener a largo plazo.

Yo diría que la mayoría de las personas sufren de ansiedad y actúan cuando deberían esperar.

Antes que nada, seré siempre un soldado.

Sé analizar el mejor momento para atacar.

Cuando la rubia se fue de Florencia, pensé que había perdido la oportunidad de llevar a cabo mi plan, pero aun así, no perdí el control.

Si no podía hacerle pagar robándole a Luna, lo mataría y, de cualquier manera, ganaría.

No todo salió como lo planeé.

El hijoputa del Tommaso —y en su caso, el apodo es literal—, como un perro rastreador, siguió mi rastro, y gracias a la traición de mi hermano, descubrió lo que pasó aquella noche.

Maldita hora en que le conté sobre mi relación con Naomi.

Maldita hora en que decidí vengarme persiguiendo a Chiara.

Fueron decisiones erróneas, lo admito.

Me dejé llevar por la ira. Quería golpear a Ricco a cualquier precio y casi lo arruino todo.

Ahora, estoy escondido como un ratón.

Pero la ansiedad pasó. Esperaré el mejor momento. Cuando estén relajados y se sientan seguros, volveré. Solo he cambiado de opinión sobre el final de mi plan.

Llevaré a Luna conmigo y dejaré que Moretti la busque un tiempo. Después, cuando crea que ha sufrido lo suficiente, llegará su vez para ir al infierno.

¿Y Luna y yo? Seremos felices, como debería haber sido con Naomi.

Al contrario de la puta muerta, le ensenaré a ser obediente.

Todo está planeado para una vida perfecta.

Ricco



Capítulo 49

Dos meses después

Desde la ventana de mi oficina, observo a mi esposa, embarazada de casi ocho meses, hablar con mi madre y mi hermana junto a la piscina da *Fattoria* Moretti.

La escena se ha vuelto habitual, aunque la presencia de Chiara sea esporádica últimamente. Ella ya cursa el primer semestre de Derecho en Milán y solo regresa a Florencia los fines de semanas alternos. Me sorprendió su elección de carrera, pero Chiara siempre será impredecible.

Para que su mudanza fuera posible, hubo que organizar un verdadero ejército para protegerla, ya que aún no hemos localizado a Carlo. Chiara conoce la verdad sobre lo que pasó a Nicolo.

Fue la única manera de hacer que ella madurara y no se rebelara. Mi madre, sin embargo, sigue en la ignorancia. Descubrirlo ahora solo la haría sufrir innecesariamente, y, de todos modos, siempre fui obsesivo con su protección. Esto empeoró después de su separación de Dino.

Carlo es buscado por la policía italiana y la Interpol, pero sin resultados.

Odin me dijo que su cuñado consanguíneo también es un ex combatiente de las fuerzas especiales del ejército y le dijo que, si es necesario, podrían sobrevivir meses en una cueva con lo básico.

Él cree que esa sería la única explicación para que el desgraciado aún no haya aparecido en ninguna parte del mundo, aunque mi intuición me dice que, aunque esté escondido, ese escondite está en Italia mismo.

Sé que Odin no parará hasta encontrarlo. El hombre está tan obsesionado con la idea de atrapar a Carlo como yo mismo.

Ya contraté detectives y utilicé toda mi influencia, pero aún estamos tan lejos de atraparlo como el día en que Tommaso vino a contármelo todo.

Solo quiero que esta pesadilla termine. Quiero estar seguro de que, cuando mi hija nazca, no habrá nadie en las sombras amenazándola.

Dios, no puedo pensar en esto o enloqueceré.

Tengo que atraparlo.

Miro a mi mujer acariciar su barriga con ambas manos.

Creo que ni se da cuenta, pero es como si estuviera prometiéndole a nuestra Paola que, pase lo que pase, siempre la protegerá.

Es la misma promesa que hago en silencio todas las noches, cuando, después de acostarnos, escucho su respiración, una mano sobre su vientre redondo.

Daré mi vida si es necesario, pero mi hija crecerá y será feliz, con su madre a su lado.

Hemos estado siguiendo de cerca el embarazo y, aparte de las vitaminas normales que deben tomar las futuras madres, Luna no presenta ningún síntoma relacionado con su anemia. El embarazo avanza sanamente y nuestra niña se encuentra bien.

Solo hay un cabo suelto en nuestras vidas y yo lo arreglaré, cueste lo que cueste.



En aquella noche

—Tu madre me pidió visitarla mañana.

—¿Estás segura? No creo que deba ir a Florencia a esta altura del campeonato. Hay conductores locos repartidos por los cuatro rincones de Italia.

Estamos en el sofá de la sala, mientras Thor me observa, de su sillón favorito, masajear los pies de mi mujer.

Después de mis palabras, un silencio anormal se instala y juro por Dios que, cuando levanto el rostro, tanto él como Luna me miran con incredulidad.

—¿Y qué pretende, *signor* Moretti? ¿Encerrarme en casa por un mes y medio?

—¿Hay alguna manera de que podamos negociar esto? —pregunto, esperanzado.

—No. Todavía faltan algunas piezas para el ajuar de Paola. Después de la tienda, iré directo a casa de tu madre. Lo prometo.

—Y me esperarás como una buena chica.

—Sí, *signor* Moretti… —La burlona se ríe—. Pero solo si me llevas a tomar helado en *Gelateria dei Neri*. Necesito un *gelato di fragola*.

—¿Helado de fresa? Pensé que la fase de antojos ya había pasado.

—No hay fin para mis antojos, marido. Soy una embarazada insaciable.

—En más de un sentido —digo, ya sin pensar en helado.

—¿Cómo logras convertir un antojo alimentario en un deseo sexual?

—Desde mi perspectiva, ambos son alimentarios.

Ella se sienta en mi regazo.

—Ahora quiero ambos. *Gelato* y tú.

—¿Tiene que ser al mismo tiempo? Porque estoy dispuesto a darte una muestra de mí mismo en este instante, señora Moretti.

—Dios, me encanta que me llames así. Todas las veces me hago una promesa de que no daré una sonrisa idiota, pero es imposible.



Al día siguiente

Miro el teléfono en la pantalla de mi móvil y casi me río. Si alguien me hubiera dicho hace un año que hablaría diariamente con mi medio hermano, aunque fuera por nuestro hijo, y la conversación no terminaría con ofensas mutuas, habría pensado que estaba loco.

—¿Alguna novedad? —pregunto al responder.

—*Tal vez.*

—¿Qué pasa?

—*Odin me dijo que estemos atentos porque cree que puede haberlo localizado.*

Siento la adrenalina tomar control de mi cuerpo.

—¿Y ahora?

—*Tenemos que esperar sus instrucciones.*

—De acuerdo.

Cuelgo el teléfono e inmediatamente hago otra llamada, esta vez para mi esposa.

—*Buenas tardes, signor Moretti.* —Ella contesta al segundo tono, permitiéndome respirar de nuevo.

—¿Dónde estás?

—*En casa de tu madre y simplemente abandoné la idea del helado. Mis pies me están matando.*

—Está bien, puedo comprar algo para ti y comeremos en casa. Estaré allí a las tres. No salgas más a la calle. Necesitamos hablar.

—*¿Qué pasó?*

—Creo que lo localizamos.

—*¿Estás seguro?*

—No. Tommaso dijo que hay una posibilidad, así que quiero que me obedezcas.

—*Oye, no saldré. Te doy mi palabra. Estoy bien. Estamos bien.*

—Lo siento. No debería haber hablado así.

—*No deberías, pero puedes compensarme con un masaje, helado y… sexo* —ella dice esta última palabra casi en un susurro, y creo que es porque mi madre debe estar cerca—. Ahora tengo que ir porque acabo de pedir en mi panadería favorita aquella *focaccia* que adoro.

—¿Luna? —llamo antes de que corte.

—*¿Sí?*

—Te amo. Siempre te amaré.

—*No digas eso. Estoy muy sensible últimamente. No. Cambié de idea. Dilo, sí. Soy un pozo sin fondo. Llename de amor.*

Ella cuelga y me levanto, inquieto.

Cuarenta minutos después, sigo caminando como un león enjaulado.

Trato de convencerme de que debo esperar las instrucciones de Odin, pero no puedo estar quieto.

—¿Tommaso? —hablo después de presionar el botón de llamada rápida— Voy a encontrarme Luna en Florencia. Está en casa de mi mamá y tengo un malo presentimiento.

—*Acabo de aterrizar mi helicóptero en Fattoria Moretti. Necesitamos ser rápidos. Podemos llegar allí en doce minutos si te vas ahora.*

—¿Qué pasó?

—*Odin descubrió la ubicación de Carlo. Finalmente se expuso.*

—¿Y dónde está él?

—*Cerca de la casa de tu madre.*



Luna



Capítulo 50

Quince minutos después

—¿No quieres tumbarte un rato? —pregunta mi suegra.

—No puedo, tengo hambre.

—Puedo preparar algo.

—De eso estoy segura, suegra, pero prefiero esperar a la *focaccia*. Me hace agua la boca solo de pensar en pan calentito.

—¿Dónde hiciste el pedido?

—El la *Forno*[49]. Estaba muy orgullosa de mí misma porque la mujer no me hizo repetir el pedido por teléfono.

Ella sonríe.

—¿Y estás segura de que pediste *focaccia* mismo?

—Espero que sí.

—Estoy bromeando, hija. Tu italiano es excelente. En unos meses, creo que ni tendrás acento estadounidense.

—Mi madre estaría orgullosa de mí. Y hablando de ella, todavía no te he agradecido lo suficiente por haber logrado que la arquitecta preservara la estructura original de la casa donde nació. Quedó tan hermosa. Mi hermana y yo la amamos. Antonella se emocionó al hospedarse allí.

Suena el timbre y uno de los chicos que está de guardia hoy entra con un paquete de pan. Por recomendación de Ricco, ningún extraño puede hacer entregas, ni aquí ni en nuestra casa en San Bertaldo.

—Gracias —digo, tomando el paquete de sus manos, pero el hombre no sonríe.

Ya noté que debe ser algún código de etiqueta el hecho de que los guardias de seguridad no sonrían, así que no lo tomo personalmente.

—¿Y entonces? —pregunta Carina mientras me observa abrir el paquete.

—¡Ay, no lo creo! ¡Cambiaron el pedido! ¡No vino mi *focaccia*, sino dos panes de cebolla! ¡Estaba tan ilusionada! —lloriqueo al abrir el paquete que la panadería acaba de entregar.

Mi suegra se acerca y corta un trozo de pan con la mano, dándole un generoso mordisco.

—Ningún problema. Me encanta el pan de cebolla. Los llamaré y reordenaré, pero me quedaré con estos también.

—Yo misma puedo hacerlo, Carina —digo, mientras camino hacia el corredor para buscar mi teléfono en la bolsa—. ¿Por qué no invitas a los dos guardaespaldas a almorzar? Me da pena que

pasen tanto tiempo sin comer. Sé que tienen aquellas caras duras, pero con su tamaño, deben estar muriendo de hambre.

Veo que corta medio pan para cada uno y no dudo que lo devorarán rápidamente.

Alcanzo mi bolsa y saco el teléfono.

—Hola —digo cuando una mujer responde con tono monótono— Aquí es Luna Moretti, de la calle *Santa Trinita*[50], número 3. Hice un pedido de *focaccia* hace una hora y cuando llegó, eran panes de cebolla. Estoy tan hambrienta que los comería, pero odio la cebolla.

—*Señora, estoy revisando su pedido y estoy segura de que le enviamos media docena de focaccias* —ella dice y siento mis mejillas coloradas.

¡Vaya, ni siquiera recordaba que había pedido tantas!

—Sí, es eso, pedí media docena porque estoy muy embarazada y tenemos dos guardaespaldas gigantes aquí…

Oigo un ruido, pero no paro para comprobar, pensando que Carina dejó caer un cuchillo.

—Como iba diciendo…

—*Señora, el pedido ya fue entregado. ¿Desea pedir de nuevo?*

—¿Tardaré otra hora en entregar? Porque estoy muriendo de hambre.

Otro ruido, esta vez mucho más fuerte que el anterior, me hace estremecer. Sin saber por qué, camino en dirección opuesta a la cocina.

—*¿Señora?* —pregunta la asistente al otro lado de la línea.

—Sí, lo siento. Quiero que rehagas la entrega. ¿Pero puede ser rápido esta vez?

—*El plazo es de media hora a cuarenta y cinco minutos y…*

—Está bien, olvídalo. Que tengas una buena tarde.

Cuelgo antes de que pueda replicar y, dejando de lado el miedo irracional, comienzo a regresar por el largo pasillo cuando mi teléfono vuelve a sonar.

—¿Ricco?

—*¿Luna? ¿Dónde estás?*

—Volviendo a la cocina, pero acabo de escuchar un ruido y…

—*Necesito que me escuches. Entra en uno de los cuartos y escóndete.*

—¿Qué pasa?

—*Ya voy con Tommaso.*

—¿Qué ruido es ese?

—*Estamos en moto, no es hora de preguntar. Llegaré pronto. Ahora, corre. Odin localizó a Carlo.*

—¡Dios mío! Tu madre. Necesito encontrarla.

—*No. Yo cuido de ella. Haz lo que te digo. Entre en el cuarto de mi madre y esconde.*

Comienzo a sudar frío.

—Pero ella está en la cocina.

—*Maldición, Luna, no quería asustarte, pero escúchame, ¡por el amor de Dios! Carlo está ahí.*

Fue como si me hubieran conectado a la corriente eléctrica.

En el momento en que terminó de hablar, comencé a correr.

—*¿Luna?*

—Entré a la primera habitación que vi.

—*No puedes llegar en el cuarto de mi madre? Hay un arma allí.*

Empiezo a llorar.

—No sé disparar.

—*Cálmate, amor. Estaré allí en menos de dos minutos. ¿Cerraste la puerta?*

—Sí.

Bummm!

Se escucha un ruido de algo golpeando la estructura de madera.

—*No cuelgues el teléfono, pero no hables más. Sólo escúchame.*

—Cierto.

—*Ve al armario y ciérrate dentro.*

—Estoy en el ahora.

—*Te amo. Llegué al portón. No voy a apagar mi móvil, pero ya no puedo hablar. No tenemos idea de lo que nos espera.*

—Estoy con miedo.

—*Lo sé, pero te prometo que te sacaré de allí. Nunca dejaré que te lastime. Confía en mí.*

—Confío. Sé que nos protegerás.

Ricco



Capítulo 51

—La alarma está apagada —dice Tommaso cuando entramos por la puerta del garaje en lugar de por la delantera.

—Mi madre debió haberlo olvidado otra vez.

De camino aquí llamamos a la policía y también a más guardias de seguridad.

Decidimos entrar por la parte de atrás, porque los guardaespaldas que se suponía que debían estar en la entrada no estaban.

Cuando llegamos a la cocina, vemos el motivo: los hombres, como mi madre, están tirados en el suelo.

Mientras corro para comprobar su pulso, con el corazón saliendo de su boca, Tommaso se dirige hacia donde los guardias de seguridad han sido reducidos.

Coloco mis dedos en su garganta y veo que está respirando.

Mi móvil todavía está de guardia con Luna, así que me dirijo a Tommaso, pero me doy cuenta de que ya está llamando a una ambulancia.

Después de colgar, pregunta:

—¿Cómo está ella?

—Respirando. Creo que la drogaron porque no encontré ninguna herida.

Intento controlar mi ira porque ahora no puedo perder los estribos.

—También ellos. Deben haber sido sedados mismo —dice, señalando un pedazo de pan junto al cuerpo inconsciente de uno de los hombres.

Un ruido de golpe, como alguien chocando contra una puerta, nos hace reaccionar.

Veo que toma las armas de los dos guardias desmayados. Él me entrega una. Sé que, al igual que yo, también aprendió a disparar. Ese es uno de los deportes favoritos de nuestro padre, y estoy seguro de que enseñó a todos sus hijos. En una de sus casas en Estados Unidos, Dino tiene un cofre lleno de ellas, ya que, en aquel país, la posesión y portación de armas de fuego es más flexible que en nuestro.

El pasillo de la casa de mi madre es muy largo y en forma de U, con entrada en ambos lados.

Cada uno de nosotros sigue en una dirección diferente, intentando sorprender al desgraciado.

Los ruidos contra la puerta continúan y sé que solo no la ha destruido porque es una estructura muy sólida y centenaria.

Después de unos pasos, finalmente lo veo.

El hombre no es tan alto como Tommaso y yo, pero debe pesar veinte kilos más. Mientras intenta derribar la puerta, su rostro está desencajado. Está tan sumido en su furia que no nota mi aproximación.

No logro recordarlo, pero eso no es una sorpresa, ya que mi equipo de seguridad siempre fue muy grande.

Por la fuerza que ejerce, sé que no tengo mucho tiempo. Con el tiempo, la estructura cederá.

Noto que lleva un arma.

—¿Buscando a alguien, hijo de puta? —dice Tommaso, que acaba de llegar.

Carlo, que inicialmente me miraba, se vuelve hacia mi hermano y, como en una pesadilla en cámara lenta, le dispara.

La adrenalina que ya dominaba mi cuerpo triplica.

—¡Carlo!

No puede reaccionar rápido y, cuando se vuelve, sorprendido, le disparo dos veces en el pecho.

El arma cae de su mano y él se desploma de espaldas, con la boca abierta en una expresión de asombro. Me acerco y pateo el revólver para alejarlo. Hay sangre saliendo de su boca, pero aún conserva la consciencia.

—Prometí a mi hijo que mataría a su asesino —digo, de pie, junto a él—. Espero que hagas un buen viaje al infierno.

Sé que se está muriendo. Apunté a zonas fatales.

Corro hacia mi hermano, el imprudente idiota que intentó salvarme, llamando la atención del ex seguridad hacia sí.

Veo que recibió un disparo en el brazo derecho y creo que solo el factor sorpresa evitó que Carlo se preparara para dispararle en la cabeza y matarlo.

—¿Por qué hiciste esto? —pregunto, agachándome junto a él, mientras escucho las sirenas de la ambulancia afuera.

—No podía dejar que te llevaran toda la diversión —él dice, intentando sonreír, pero noto que siente dolor.

Tomo su mano con fuerza.

—¿Por qué lo hiciste? —repito.

—Porque eres mi hermano. Nunca te dejaría morir.

Nos miramos fijamente durante mucho tiempo. Incluso cuando los paramédicos se acercan, no lo suelto. Años de distanciamiento voluntario, rencor, resentimiento, reemplazados por el miedo que sentí de perderte. No importa lo que nuestro padre hizo, Tommaso es mi hermano.

—Señor, necesitamos que nos deje trabajar —dice un enfermero.

—Vete detrás de Luna. Dígale que todo saldrá bien —me pide Tommaso.

Hay un gran movimiento de personas ahora, entre policías y enfermeros.

Mientras me levanto para buscar a mi esposa, veo a uno recoger las tres armas —las nuestras y la de Carlo—, y otro anuncia:

—Está muerto.

Al poner la mano en el picaporte para encontrar a mi mujer, un detective se acerca.

—Necesitamos su declaración sobre lo que sucedió.

—Después de asegurarme de que mi esposa está bien.

—¿Su esposa?

—Sí, está dentro del cuarto.

Sé que no puedo responder nada más. No pago a un bufete de abogados muy caro por nada. No debería hablar con la policía sin uno de ellos presente.

—En cualquier caso, sólo declararé acompañado de mi abogado —aviso.

Cuando abro la puerta, el cuarto está vacío. Ella probablemente sigue escondida en el *armario,* como le pedí, y nunca me sentí tan agradecido en mi vida como en aquel momento, por haberme obedecido.

No tengo el móvil en mis manos, así que voy hasta la entrada del cuarto contiguo y llamo su nombre varias veces hasta que sale.

Al verla, me arrodillo a sus pies, abrazándola, con la cabeza apoyada en su barriga.

No hay palabras suficientes para expresar mi gratitud a Dios, y como si entendiera lo que siento, ella no dice nada también, solo acaricia mi cabello.

Después de unos minutos, dice:

—Tú nos salvaste.

No sé si lo dijo intencionadamente, pero era lo que necesitaba oír.

Recibí una segunda oportunidad y defendí a mi familia. Nada traerá de vuelta a mi hijo, pero saber que destruí al monstruo que se lo llevó, y que protegí a mi mujer e hija, finalmente me da la absolución que yo ni siquiera sabía que estaba buscando.

Espero que Nicolo, mirándonos desde el cielo en este instante, pueda perdonarme por no estar a su lado cuando más lo necesitó.

—Prometí que no las dejaría que él se las llevara. Moriría para cumplir esa promesa, *cuore mio*[51].



Cinco horas después

El pasillo del hospital está repleto de familiares de Dino Moretti a ambos lados. El médico acaba de informarnos que la cirugía de Tommaso fue exitosa y, ahora, apenas puedo respirar de nuevo.

Al salir de la habitación, mi intención era acompañar a Luna y mi *mamma* al hospital para sus exámenes, pero antes de que pudiera pedir al detective que debía declarar que cuidara su salud,

un abogado enviado por Odin Lykaios apareció.

Tengo mi propio equipo, pero al parecer, el hombre piensa varios pasos adelante y anticipó a lo que pasaría con mi pelea con Carlo.

El abogado logró que me eximieran de declarar hasta esta noche y está aquí con nuestros familiares.

Luna y mi madre están bien, pero como el médico consideró mejor que mi madre permaneciera internada bajo observación, envié a mi esposa, con Chiara y una enfermera, a nuestra casa. Hay un verdadero ejército que las protege, incluyendo ex soldados entrenados de la empresa de seguridad cuyo cuñado segundo de Odin es uno de los socios.

Llamé a Antonella y le conté lo sucedido. Ella y Hudson llegarán en unas horas. Estaba aterrorizada y lloró conmigo por teléfono, y sólo se calmó cuando escuchó la voz de su hermana.

Entiendo. La sensación de impotencia ante una posible pérdida es un dolor atroz. Aunque ahora estoy seguro de que ella está protegida y el médico que la examinó garantizó que todo está bien, aún me siento acelerado.

Descubrimos qué sucedió.

El empleado de la panadería donde Luna realizó el pedido —que realmente estaba cambiado, y que al final, la salvó, de lo contrario ella no tendría razón para salir de la cocina— fue raptado cerca de la casa de mi madre.

Eso significa que Carlo vigilaba los pasos de mi esposa.

Luego, disfrazado, puso somnífero en el pan, suficiente para derribar un caballo.

Creo que su plan salió mejor de lo esperado cuando mi madre dio el aperitivo a los guardaespaldas, porque su arma tenía un silenciador, indicando que estaba preparado para matar a los dos hombres responsables de cuidar a mi esposa.

Creo que su intención era drogar principalmente a mi madre y a Luna, para sacarla de la casa sin escándalo. Había una furgoneta sin placas estacionada frente a la mansión, que la policía confirmó pertenecía al ex seguridad.

—*Signor* Ricco Moretti, el paciente desea verlo —anuncia un médico.

Me levanto de donde estoy y siento las miradas de mi padre, así como de mis cuatro medio hermanos sobre mí. Ninguno de ellos habló conmigo y probablemente me estén culpando por lo le pasó a Tommaso. Yo también. La culpa es un ingrediente siempre presente en mi vida.

Greta no vino. Luna me informó que está muy enferma y probablemente sus hijos decidieron no darle las noticias hasta estar seguros del estado de su hermano.

Menos de un minuto después, estoy cara a cara con el hombre que aún no sé cómo definir en mi vida, pero con quien tengo una deuda de gratitud.

Además del disparo que recibió para defenderme, si no fuera por Tommaso, probablemente no habría descubierto lo que ocurrió a Nicolo hasta después de que fuera irreversible.

—No debiste hacerlo hecho. Fue una tontería de su parte.

—No lo hice por ti. Luna es demasiado joven para ser viuda y mi sobrina merece tener un padre al lado.

—Un infierno que no fue por mí.

Él me mira, aún pálido después de la cirugía, pero con la misma expresión de orgullo tan característica en nuestra familia.

—Gracias —digo, cansado de alimentar tantos años de rencor—. Luna también agradeció y

dijo que vendrá a visitarte. La envié a casa con Chiara.

No puedo decir que perdono las ofensas de su madre hacia la mía, pero ahora veo que, independiente de todo, el verdadero culpable es Dino. Él jugó con nuestras vidas.

—Si estás pensando que seremos mejores amigos, olvídalo —él murmura y casi sonrío.

—Eso ni siquiera se me pasó por la cabeza —respondo, aunque estoy seguro de que a partir de aquí hay un nuevo camino para ambos—. Ahora deja de ser vago y trata de mejorar rápidamente. Tu sobrina nacerá dentro de un mes y sabes cómo las mujeres con nuestra sangre pueden ser complicadas.

Le doy la espalda para irme porque, aunque tengo mucho que contarle, no se puede curar en unos días una herida que lleva años abierta.

—¿Ricco?

Dejo de caminar.

—¿Qué fue?

—Paola siempre estará protegida por mí.

Ricco



Capítulo 52

Florencia

Aproximadamente un mes después

—Ricco, soy yo la que va a dar a luz.

—Racionalmente, lo sé.

—¿Pero?

—No hay nada racional en mi ahora. ¿Por qué no pareces nerviosa, esposa?

—Estoy ansiosa, no nerviosa. Quiero ver su pequeño rostro, besarla y amamantarla. En cuanto a dar a luz, las mujeres lo vienen haciendo desde el principio de los tiempos. Todo estará bien.

Me agacho y presiono nuestros rostros.

—Tengo miedo. La idea de poner tu vida en las manos de otra persona, para alguien tan controlador como yo, es una pesadilla.

—No están en las manos del médico, amor, sino en las de Dios. Él ha sido el gran maestro de nuestra historia desde el principio, ¿por qué nos abandonaría ahora?

Luna tiene mucha fe y, después de muchos años alejado, me he reconectado con Dios, especialmente desde que descubrí que no fue un accidente, sino la maldad humana lo que me arrebató a mi hijo.

La investigación sobre la muerte de Carlo sigue en curso, pero mis abogados —un equipo completo, y no solo el enviado por Odin— me garantizan que, en un mes, como máximo, el caso se cerrará por legítima defesa. No estoy preocupado, ya que sé que no hay otra conclusión posible.

Empujo esos recuerdos porque no quiero pensar en muerte hoy.

—Es hora —anuncia una enfermera y mi corazón, pese a las palabras tranquilizadoras de Luna, late fuerte en mi pecho.

—Todo saldrá bien —repito para nosotros dos.

—Sí, saldrá, porque no acepto otra opción —dice ella.

Una hora después, Paola Cox De Luca Moretti llega al mundo.

Nuestra hija, de cuarenta y siete centímetros y tres kilos con cien gramos, llega llorando

fuerte, demostrando que heredó el espíritu italiano de ambos lados.

No tiene cabellos, pero sus cejas y pestañas son casi blancas, lo que me dice que será rubia como su madre. La piel, sin embargo, tiene un tono más dorado, como la mía.

—Hola, hija —le digo cuando la enfermera me la entrega en mis brazos, aunque esté con los ojos cerrados.

Me siento muy nervioso.

—Ella es tan delicada y pequeña que temo hacer algo mal y lastimarla —confieso a mi esposa, que nos observa.

—No la vas a lastimar. Estoy segura de que no habrá un padre más cuidadoso y amoroso.

La confianza de Luna en mí me hace llenar los ojos de lágrimas. Como si sintiera mi emoción, mi pequeña niña despierta y me mira.

—*Tu sei il sole del mio giorno*[52], Paola. Ahora mi mundo está completo. Tengo mi sol y mi pequeña luna.



Al día siguiente

—Nuestra familia está aterrorizando a Florencia —Luna dice, sonriendo, después de que los familiares reunidos, Gray e Moretti, finalmente se van—. Paola será la niña más mimada de la historia de este país.

—El amor nunca es demasiado —digo mientras la veo prepararse para amamantar a nuestra hija.

—No, no es. Y hablando de amor, ¿cómo van las cosas entre Tommaso y tú?

—No sé cómo responder.

—Pensé que vendría hoy.

—Me dijo que prefiere visitarla cuando tú estés en casa.

—Por culpa de nuestra familia, ¿verdad? Principalmente la tuya.

—Sí. Aunque mi madre no los culpa, y creo que tampoco Greta, el resto de mis primos y tíos no tienen espacio en sus corazones para el perdón.

—Se siente avergonzado.

—¿Qué?

—Eso mismo. Ya lo noté hace tiempo. Tommaso se siente avergonzado por las acciones de sus padres.

Me siento en una silla cerca de la cama, una mano sobre la pierna de Luna y la otra sosteniendo el piececito de nuestra Paola.

—Como dije, fueron acciones de nuestros padres. Me costó, pero finalmente entendí. Tal vez algún día Tommaso también lo comprenda.

Ella asiente con la cabeza.

—Pero no quiero hablar de eso hoy, porque me hace recordar a Dino, y cada vez que pienso en él, el desprecio se apodera de mí.

—¿Me vas a dejar ver a Paola? Lo siento, pero no quiero a mi hija cerca de él —dice Luna, con torpeza.

—Entonces la decisión está tomada, esposa. ¿Pero puedo preguntar la razón? Generalmente eres más abierto al perdón que yo.

—Ese día, em la casa de su madre, él fue irrespetuoso al hablar de Nicolo. No quiero entrar en detalles porque sólo te hará daño y no cambiará nada, pero su padre es un ser humano horrible.

Ricco



Capítulo 53

Un año después

—*Pappa*[53]! —mi Paola grita así que salgo del auto, tarareando, lo que para mí es la canción más linda del mundo.

—*Sì, principessa*[54], tu papá llegó.

Ella está en el regazo de mi Luna, pero cuando me vio empezó a esforzarse por llegar al suelo. La madre no puede contenerla por mucho tiempo, así que la baja, sonriendo, viéndola dar pequeños pasos temblorosos hacia mí.

Empezó a caminar la semana pasada.

La levanto, la beso y abrazo, porque nunca me canso de mi pequeña. Y cuando siento tus bracitos alrededor de mi cuello, doy gracias a Dios, como lo hago todos los días.

Camino hacia mí esposa, que está nuevamente embarazada, pero ahora de un niño, y la acerco.

—Estaba ansiosa. Creo que ya sabes la hora aproximada en la que la recogerás.

Todavía tengo muchas preguntas sin respuesta sobre la muerte de Nicolo que debo procesar interiormente, pero poco a poco estoy superando algunas barreras.

La mayor fue dejar mi hija se acercara a una piscina.

Desde los seis meses de edad, inscribí a Paola en clases de natación.

Inicialmente, pensé en contratar un profesor particular, pero la pediatra nos recomendó que interactuara con otros niños.

Me esfuerzo por llevarla personalmente dos veces por semana. No importa el compromiso, reorganizo mi agenda para estar con ella.

No se trata solo de enseñarle una habilidad útil para el futuro, sino de superar mi propio bloqueo interior.

La idea de las clases de natación fue de Luna, y al principio me resistí. Pasé una semana luchando contra mis miedos internos, pero finalmente entendí que tenía razón.

El primer día, confieso que me morí un poco al entregarla al profesor. Debí haber contenido la respiración durante segundos, y solo cuando la vi sumergirse y salir sonriendo, comencé a relajarme.

Aun así, sigo atento y creo que esta reacción tardará en desaparecer, aunque sé que mi hija adora sus clases.

—¿Quieres venir conmigo? —pregunto, besando la frente de mi pequeña luna.

—Me encantaría, ella está divina con ese bañador estampado de hadas que me envió

Antonella —dice, mostrando el conjunto que Paola le regaló su tía—, pero tengo que estudiar. Todavía quedan tres pruebas.

Ella está estudiando fotografía y tiene mucha ilusión por hacernos modelos. A mi hija le encanta. Yo, no tanto. Pero haría cualquier cosa por ver sonreír a mi esposa.

—Sin embargo —continúa, acercando mi cabeza para besarme—, tengo planes para más tarde.



En aquella misma noche

—Creo que voy a invertir en una heladería —digo mientras la enjabono después de horas de un juego muy dulce en nuestra habitación.

—Por favor, no hagas eso. Me estoy convirtiendo en una bola —dice riendo y acariciando el hermoso bulto de su cuerpo.

—El médico dijo que el aumento de peso está dentro de la media para cinco meses de embarazo.

—Sí, lo sé, pero creo que soy un poco adicta al helado de fresa contigo.

—Por favor, continúa. ¿Qué puedo hacer para empeorar esta adicción?

—Eres un libertino, *signor* Moretti.

—No puedo negarlo, pero solo depende de ti.

—Si quieres mantener todas tus partes de hombre en su lugar, es mejor que sigas así —me amenaza, pero luego vuelve su rostro hacia atrás al notar mi excitación—. No deberías alegrarte de esto, italiano. Acabo de decirte que puedo lastimarte si tu lujuria se extiende a otras mujeres.

—*Bella mia*, no deseo a ninguna otra. Entonces, cuando hablaste de mi pene, solo pensé en ti arrodillada, bajo la ducha, devorándome.

Segundos después, ella me quita el aliento al hacer exactamente lo que imaginé.

—¿Así, *signor* Moretti? —pregunta, mientras su lengua traviesa juega con mi erección.

Enredo mi mano en su cabello. El deseo y el amor me consumen por igual.
—No hay ninguna otra, mi Luna. Nunca la habrá.



Luna



Epílogo 1

Grayland — Texas

Dos años y medio después

—Tu familia es muy animada —Ricco dice, sonriendo.

Esto, viniendo de un italiano que, al reunir a todos sus familiares, necesitó un micrófono durante nuestra última Navidad, no es poca cosa.

Estamos acostados en la suite que Mary nos asignó —no en la cama, sino en la alfombra de pelo—, frente a la chimenea, después de hacer el amor.

Nuestros dos hijos, Paola e Gianluca, están siendo mimados hasta que dicen basta por los Gray. Mi niña, acostumbrada a vivir con muchos niños de su familia en Italia, tardó un tiempo en sentirse como en casa. Es divertido verla tratando de hablar con los miembros de la familia Gray, hablando la mitad de sus palabras en italiano, mitad en inglés. Estoy segura de que la mayoría de las veces no entienden nada, pero son demasiado amables para corregirla.

Finalmente logramos organizarnos para visitarlos después de algunos ajustes, tanto por nuestra parte como por parte del clan texano, ya que la abuela Mary quería que todos estuvieran juntos.

Honestamente, no entiendo cómo ella da cuenta. Hay tanta gente y tantos asuntos que nunca terminan, que cuando nos levantamos de la mesa después de una comida, ya casi es hora de la siguiente.

La simple elección de dónde hospedarnos fue prácticamente un campo de batalla.

Hudson quería que nos quedáramos en su rancho, y cada uno de los otros cuatro Gray ofreció sus casas.

Mi marido, acostumbrado a la familia numerosa en Italia, pero no al estilo texano tan acogedor, prefería alquilar una mansión, helicóptero y un ejército de empleados en Dallas.

Pero quien ganó esa batalla fue Mary Grace, que dijo que no aceptaría que el marido de su nieta —yo soy la nieta— se hospedara en otro lugar durante su primera estancia en Grayland.

—No tienes idea, pero confieso que adoro este caos. Y prepárate, porque mañana iremos a una fiesta al estilo texano.

—¿Vas a usar minifalda y botas? Porque si es así, no nos quedaremos mucho tiempo allí.

—No me importa. Es solo para que conozcas el estilo local de divertirse. Pero ya tengo planes para el resto de la noche, *signor* Moretti.

—Lo hiciste a propósito —él acusa, haciéndome girar sobre la colchoneta y atrapándome debajo de su musculoso cuerpo.

—No lo entiendo. —Disfrazo, pero ya estoy sin aliento y mi pulso se acelera.

—Claro que entiendes. Sabes que cada vez que me llamas así, me vuelves loco. Recuerdo cuando lo hiciste, así que nos conocimos.

—Desde que me conociste, porque yo ya te conocía hacía años.

—Nunca me perdonarás por no recordarte, ¿verdad? —él pregunta, mordisqueando mi cuello.

—Tal vez, si te esfuerzas. Quién sabe… cuando nazca nuestro tercer hijo, ya lo habré olvidado.

Siento su excitación dura como acero contra mi estómago, pero se detiene y se aparta un poco después de mis palabras.

—¿Voy a ser padre de nuevo?

—Sí. Lo supe un día antes de venir aquí, pero quise esperar para descubrir el sexo juntos.

Él agarra mis muslos y me penetra profundamente.

—Me conviertes en un hombre sin juicio, *cuore mio*[55]. Un cavernícola que quiere golpear su pecho y gritar al mundo: ¡mi mujer y mis hijos!

—Pero eso es lo que somos, marido. Tus amores. Tu vida.

Ricco



Epílogo 2

San Bertaldo

Tres años después

Luna, más bella que nunca, me saluda desde unos metros de distancia, mientras observo a nuestros tres hijos pisar las uvas[56] en una maceta que hice especialmente para ellos.

A los tres les encanta la temporada de vendimia[57] y están eufóricos. Cada uno agarra un pequeño balde y tijeras —sin filo, porque sigo cuidando obsesivamente a mi familia— para ayudar con la cosecha.

Nunca imaginé que podría volver a sentir paz después de la muerte de mi Nicolo, pero puedo decir que, después de tantos años, ya logré perdonarme.

Eso no disminuye la falta que siento de él, pero entendí que hay cosas fuera de nuestro control.

Perdí a mi pequeño, pero Dios me dio una segunda oportunidad.

A veces, me despierto de madrugada y verifico las ventanas. Recorro la casa y verifico si la alarma está funcionando. Voy al cuarto de los niños para asegurarme de que estén cubiertos y luego, vuelvo hacia ella.

Mi amor. Mi luna. Mi refugio.

Cada seis meses, volamos a Boston. Es donde se encuentra el médico que descubrió su enfermedad y desarrolló un tratamiento experimental que la curó.

Cada vez que ella entra en la sala de examen, contengo la respiración. Tenso, ansioso, haciendo promesas silenciosas a Dios y todos los santos. Y cuando sale con la confirmación de la cura, me arrodillo y rezo.

Yo la llamo mi luna, pero eso es simplificar las cosas.

Mi esposa es mi amor, mi amante, la madre de mis hijos, pero también fue mi salvación. La única capaz de reconstruir mi corazón destrozado.

—Dentro de media hora, van a bañarse. —Escucho decir a nuestro mini ejército, y en segundos, comienzan las protestas.

—Está bien, ya que no es suficiente, vámonos de inmediato —ella dice, fingiendo empezar a recoger sus cosas.

—Media hora, *mamma*. ¡Eeee! —Gianluca cambia de opinión rápidamente, Paola comienza a bailar y Vito aplaude, aunque estoy seguro de que nuestro pequeño no entiende nada, solo sigue el ritmo de sus hermanos mayores.

Y hablando de hermano, Tommaso y yo estamos tan cerca actualmente como lo estoy con mis siete amigos.

Mis hijos lo adoran y sé que el amor es mutuo.

En cuanto a los demás hijos de Dino, todavía no hay amistad entre nosotros, aunque ya aceptan a Chiara. Ella visita su casa y adora a sus sobrinos.

Hace dos años, Greta, la mujer que fue amante de mi padre, perdió su batalla contra el cáncer.

Sé que mi madre la visitó y en ese momento no entendí cómo, pero Luna me explicó que eso no tenía nada que ver con Dino o la madre de Tommaso, sino con la necesidad de mi *mamma* de cerrar de una vez ese capítulo.

Al perdonar a Greta en su lecho de muerte, mi madre finalmente pudo reiniciar su propia vida.

Ella está saliendo con un viudo que, según me contó, fue uno de sus pretendientes descartados cuando conoció a mi padre. El hombre dijo que nunca la olvidó y tal vez, ahora, ella tenga su oportunidad de ser feliz.

—No se muevan. Voy a hablar con *pappa* y ya vuelvo.

Luna viene y se sienta en mi regazo.

—¿Pensativo, *signor* Moretti?

—Agradecido. —Señalo a los tres revoltosos—. Vamos a tener que darles un baño con manguera antes de dejarlos entrar a la casa. El cabello de Paola está rojo por el jugo de uva.

—A nuestros hijos les encanta esta época del año.

—Quiero que al menos uno de ellos continúe con los negocios.

—¿De cuál estás hablando? Inviertes en tantas cosas que me pierdo.

—Los otros, como dijiste, son inversiones. Esto aquí es mi pasión.

—Estoy segura de que alguno se influenciará y querrá quedarse en la Toscana.

—Quiero que sean felices, no que se sientan obligados a continuar, pero mentiría si no dijera que sueño con ver a uno de mis hijos, no un *CEO* contratado, al mando de las vinas.

—Bueno, si no es uno de los tres, podemos seguir intentando hasta fabricar un hijo apasionado por la Toscana. Por una cuestión estadística, algún día acertaremos.

—¿Y qué tienes en mente? —pregunto, porque ya conozco esa expresión.

—*Hum*… tengo un sueño recurrente. tú y yo, desnudos, en un barril lleno de uvas… tal vez, en lugar de pisarlas, rodaríamos entre ellas. Tal vez así logremos hacer un apasionado del vino.

Me levanto con ella en mis brazos.

—No sé si lograremos un apasionado del vino, pero estoy cien por ciento a favor de hacer realidad tus sueños —digo y señalo con la cabeza para que las niñeras cuiden a los niños.

Fin

No olviden leer los contenidos extras de lo próximo libro en las páginas siguientes.



Tommaso

—¡Eres el peor paciente del mundo!

—Y usted eligió el hombre equivocado para tratar de controlarlo, doctora. Ya estoy muy bien. Fue solo un tiro en el brazo, aunque su negativa a salir conmigo me rompió el corazón.

Ella está de pie con las manos en las caderas y sus grandes pechos empujando la parte delantera de su bata de uniforme. Estoy hipnotizado y parcialmente olvidado de la pelea.

—Para destruir este órgano en particular, sería necesario poseer uno, Tommaso Andresano.

—*Bella*, guardar rencor durante tantos años es una pérdida de tiempo. Podría haber muerto y tú te habrías quedado con esa amargura para siempre. En lugar de eso, estoy aquí, ofreciéndote una noche de placer.

—Tú dijiste *cenar*.

—Exacto. Placer culinario. No mencioné otro tipo de placer, mi Beatrice. ¿Dónde está tu brillante mente ahora?

—Cambié de opinión. Te doy el alta.

—Me alegra que hayas entendido que estoy bien. Soy casi inmortal.

—No, tu ego lo es. Tú eres de carne y hueso como cualquier ser humano. Te doy el alta porque la otra opción es enviarte a la mesa del forense. Si sigues un minuto más en mi presencia, sé que te mataré, Tommaso.

Sobre la Autora

D.A. Lemoyne inició su viaje como escritora en agosto de 2019 con su primera novela, *Seduzida*. Desde entonces, ha escrito más de 80 libros y ha creado varias series superventas, cautivando a lectores de todo el mundo.

A los ocho años, su abuela, una apasionada profesora de literatura, la introdujo en el mágico universo de los libros. En un rincón del apartamento familiar, su abuela tenía una «biblioteca» personal que Lemoyne exploraba con asombro. Al ver el entusiasmo de su nieta, decidió regalarle toda su colección, marcando el comienzo de su amor por la lectura.

Hoy, Lemoyne vive en Carolina del Norte, donde disfruta escribir, cocinar y mantener animadas conversaciones con sus amigos. Sus romances son reconocidos por su intensa narrativa, que mantiene a los lectores al borde del asiento. La pasión inquebrantable de sus héroes y la sorprendente fortaleza de sus heroínas cautivan a quienes se sumergen en sus historias.

Firmemente convencida del poder del amor, Lemoyne encuentra en la lectura y la escritura su mayor inspiración, explorando las profundidades de las emociones humanas y creando relatos que resuenan en el corazón de sus lectores.

Contacto: dalemoynewriter@gmail.com

---

[1] Sería el equivalente a una mansión, normalmente en un sector rural.

[2] La élite de la alta sociedad. Gente muy rica que vive del placer, como los viajes y las fiestas.

[3] Un coche de este modelo cuesta a partir de 220 mil dólares.

[4] «Niño», en italiano.

[5] «Mamá» en italiano.

[6] Empleada que hace la recepción en restaurantes o bares.

[7] La anemia aplásica es un disturbio caracterizado por pancitopenia y médula hipocelular, con sustitución de grasas de elementos y sin signos de transformación maligna o enfermedad mieloproliferativa. Generalmente afecta a adultos jóvenes y ancianos, sin preferencia sexual. La mayoría de los casos son adquiridos, pero pueden ocurrir de forma hereditaria, debido a un disturbio molecular (anemia de Fanconi).

[8] Elegí no ceñirme a una enfermedad del mundo real, precisamente para tener flexibilidad durante la historia.

[9] **Toscana** es una región del centro de Italia, lugar de paisajes exuberantes y ciudades medievales.

[10] *Greve in Chianti* es una ciudad italiana cercana a la ciudad metropolitana de Florencia y Toscana.

[11] El **vino espumoso *brutt*** tiene una concentración de azúcar entre 8,1 y 15 gramos por litro. Es más recomendado para quienes gustan de los vinos menos dulces.

[12] ¡Date prisa, señorita! O algo así como «mantente alerta», en su caso.

[13] Siento mucho, señor. (Ella se disculpa por no prestar atención mientras caminaba en la cola)

[14] Otra forma de decir que les habló en italiano, ya que Leonardo da Vinci era italiano.

[15] Gracias, en italiano.

[16] En la tradición literal sería «buenos días», pero los italianos lo utilizan tanto por la mañana como por la tarde para saludar a alguien.

[17] «Adiós, guapa», en italiano. En caso, «ciao» sirve para «hola», «chao» y «adiós».

[18] Ella se refiere a los cinco representantes masculinos de la familia Gray: Hudson, Callum, Reed, Jaxson y Bryce.

[19] **Chianti** es un **vino** tinto italiano producido en la región de Toscana. Es un **vino** tinto seco, con notas frutales muy concentradas, producido con uvas Sangiovese (predominante) y Canaiolo, ambas tintas, y las blancas Trebbiano e Malvásia.

[20] Generalmente se trata de las habitaciones más lujosas y, en este caso, chalés más lujosos de los hoteles.

[21] Un tipo de motocicleta muy utilizada en Italia.

[22] **Prosecco** y **Champagne** son denominaciones de origen de dos de los vinos **espumosos** más famosos del mundo. Inicialmente, el prosecco era un tipo de uva originaria de Italia. No hace mucho que se convirtió en el nombre de todos los vinos efervescentes producidos en la región italiana del Véneto. A diferencia de los champagnes y cavas, los proseccos se elaboran mediante el método charmat, donde la segunda fermentación se realiza en grandes depósitos de acero inoxidable y no en la propia botella.

[23] Algo así como «mi hermosa».

[24] En este caso, Tommaso usó la palabra para significar «niña», tratando a su hermana como a una niña.

[25] Se trata de la bodega ficticia propiedad de Tommaso, hermano de Ricco.

[26] «Buenas noches, Sr. Moretti.»

[27] «Buenos días» en italiano

[28] En los Estados Unidos, la edad legal para consumir alcohol es 21 años.

[29] La madre está bromeando. Como cuando decimos que al comer azúcar, los niños se vuelven incontrolables.

[30] Indica que ya violó las normas de relación huésped-propietario al proponerle salir solo con ella.

[31] Harley-Davidson es una marca de motos famosa.

[32] Hombres que odian o deprecian a las mujeres.

[33] Outra forma de decir «mi belleza».

[34] Es un dicho popular que significa que hablamos de los demás, pero luego podemos experimentar lo mismo.

[35] Aquí él está bromeando con su nombre, ya que «Luna» significa «luna» en italiano.

[36] Poder de seducción.

[37] Es un feriado importante para los estadounidenses, celebrado en el último jueves de noviembre.

[38] Aquí ella hace una broma porque se dice que el ciclo lunar puede influir en el humor.

[39] Una ciudad de Italia.

[40] El Valle del Loira es una grán región de Francia que mide aproximadamente 280 km de longitud a lo largo del río Loira. Varias ciudades conforman la región y cada una tiene sus características específicas. Es una región llena de castillos y considerada muy romántica.

[41] Es un lugar muy exclusivo en París, donde sólo viven multimillonarios.

[42] En Europa, son siete horas más que en Texas.

[43] El envoltorio es el componente fundamental del globo aerostático, con la función de retener el aire caliente que proporciona su flotabilidad.

[44] Uno de los 8 silenciosos.

[45] El padre de ellos.

[46] Protagonista de «Sobre el Amor y la Venganza».

[47] «Eres mi alma gemela.»

[48] Un principado ficticio, en el cual el amigo de Ricco, nuestro protagonista, es el gobernante.

[49] Panadería ficticia que inventé para el libro.

[50] Calle ficticia creada para el libro.

[51] «Mi corazón.»

[52] «Eres el sol de mí día.»

[53] «Papá»

[54] «Sí, princesa»

[55] «Mi corazón»

[56] Este método tradicional consiste en presionar las **uvas** con los pies para extraer el mosto (jugo), que luego fermentará y se convertirá en vino.

[57] El proceso que implica la cosechar uvas recibe el nombre de **vendimia**. El concepto también nos permite designar el período en el que se llevan a cabo estas acciones.